

# EL PACTO DE LA SANGRE

(Serie: "La Saga de la Sangre", vol.04)  
Tanya Huff

*Blood Pact*  
Traducción: Fermín Moreno

## \_\_\_\_\_ 1 \_\_\_\_\_

--¿Señora Simmons? Soy Vicki Nelson; la detective privado de Toronto --hizo una pausa y pensó en la mejor manera de presentar la información. *Oh, qué demonios...*-- Hemos encontrado a su marido.

--¿Está... vivo?

--Sí, señora, muy vivo. Está trabajando como perito de seguros bajo el nombre de Tom O'Conner.

--Don siempre trabaja en seguros.

--Sí, señora, así es como dimos con él. Acabo de enviarle un paquete, por mensajero, con una copia de todo lo que hemos descubierto incluyendo varias fotografías recientes... debería recibirlo antes de mañana al mediodía. En cuanto me llame para confirmar su identificación, pasaré la información a la policía y podrán cogerlo.

--La policía creyó haberlo encontrado una vez antes... en Vancouver... pero cuando fueron a detenerlo se había ido.

--Bueno, estará allí esta vez --Vicki se reclinó en su silla, introdujo la mano libre bajo el borde inferior de las gafas y se frotó los ojos. En ocho años con la Policía Metropolitana de Toronto y casi dos años por su cuenta, había visto algunos verdaderos hijos de puta; Simmons/O'Conner estaba a la altura de los mayores de ellos. Cualquiera que fingiese su propia muerte a fin de deshacerse de una esposa y cinco hijos merecía exactamente lo mismo que él--. Mi compañero va a hablar con él esta noche. Creo que su marido decidirá quedarse justo donde está.

El bar era ruidoso y humeante, con mesas demasiado pequeñas para ser útiles y sillas demasiado estilizadas para resultar cómodas. La cerveza era demasiado cara, el licor sobrecargado de hielo, y el menú una mezcla maquillada de al menos tres tipos de cocina cuasi étnica, más la grasa y carbohidratos habituales. Todo el personal era joven, atractivo e intercambiable. La clientela era un poco más vieja, no exactamente atractiva (aunque trataba de forma desesperada de ocultarlo), e igual de anónima. Era, por el momento, el bar para maniqués más importante de la ciudad, y todos los imitadores baratos de Toronto se embutían a través de sus puertas el viernes por la noche.

Henry Fitzroy se detuvo nada más cruzar el umbral y escudriñó la muchedumbre a través de ojos entornados. El olor de tantos cuerpos agolpados, el sonido de tantos latidos martilleando al ritmo de la música que brotaba a toda potencia de media docena de altavoces colgados, la sensación de tantas vidas en tan poco espacio, despertó el Hambre y amenazó con liberarla. La obligación lo contuvo más que la fuerza de voluntad. En alrededor de cuatro siglos y medio, Henry nunca había visto a tanta gente esforzándose tan dura e inútilmente por pasárselo bien.

Era la clase de lugar en el que no lo cogerían ni de casualidad en circunstancias normales, pero esa noche estaba de cacería y era allí donde su presa se había refugiado. La muchedumbre se separó mientras se movía alejándose de la puerta; remolinos de cuchicheos siguieron su estela.

--Quién se cree que es...

--...te digo que es algún...

Henry Fitzroy, hijo bastardo de Enrique VIII, una vez duque de Richmond y Somerset, Lord Presidente del Consejo del Norte, advirtió, suspirando para sí, que algunas cosas nunca cambiaban. Se sentó en la barra (el joven que había estado en el taburete lo dejó libre cuando Henry se aproximó) e hizo una señal al camarero para que se apartara.

A su derecha, una mujer joven y atractiva alzó una ceja de ébano en evidente invitación. Aunque la mirada de él bajó hasta el pulso que latía en la marfileña columna de su garganta, recorriendo casi de forma involuntaria la vena hasta su desaparición bajo el suave pliegue de seda magenta, pegada a sus hombros y pechos, con pesar, y en silencio, rechazó la oferta. Ella se dio por enterada de su ojeada y de

su negativa, y luego se volvió hacia presas más receptivas. Henry disimuló una sonrisa. No era el único cazador que había salido aquella noche.

A su izquierda, una ancha espalda de traje gris carbón constituía la mayor parte del paisaje. El pelo sobre el traje había sido hábilmente marcado para ocultar las calvicies, al igual que el traje mismo había sido cortado para cubrir las zonas que la cuarentena había engrosado. Henry alargó la mano y golpeó ligeramente sobre un hombro revestido de lana.

El hombre del traje se volvió, vio que no se trataba de ningún conocido y se dispuso a fruncir el ceño. Entonces cayó en los abismos de un par de ojos color avellana, mucho más oscuros de lo que unos ojos de dicho color deberían haber sido, mucho más profundos de lo que podían serlo ojos mortales.

--Tenemos que hablar, señor O'Conner. --Habría hecho falta un hombre mucho más fuerte para apartar la mirada--. De hecho, creo que sería mejor que viniese conmigo. --Una fina capa de sudor cubrió la frente del otro hombre--. Esto está un poco concurrido para lo que tengo pensado... --caninos ligeramente alargados se hicieron visibles por un instante al abrir los labios-- discutir.

--¿Y?

Henry siguió junto a la ventana, una mano plana contra el frío cristal. Aunque parecía estar mirando hacia abajo a las luces de la ciudad, en realidad estaba observando el reflejo de la mujer sentada en el sofá detrás de él.

--Y ¿qué?

--Henry, deja el rollo de los no muertos. ¿Persuadiste al señor O'Conner/Simmons para que se quede donde está hasta que llegue la policía?

Adoraba observarla; adoraba contemplar cómo las emociones corrían por su rostro, adoraba verla moverse, verla descansar. La adoraba. Mas como aquello era un tema que no había que tratar, todo lo que dijo fue:

--Sí.

--Bien. Espero que le hicieras cagarse de miedo mientras tanto.

--Vicki. --Se volvió, con los brazos cruzados sobre el pecho, y frunció el entrecejo en lo que sólo en parte era desaprobación

fingida--. No soy tu hombre del saco personal, para que me hagas abandonar mi encierro cada vez que piensas que alguien necesita sentir el temor de Dios...

Vicki resopló.

--Tienes un alto concepto de ti mismo, ¿no?

--...dentro de ellos --continuó él, sin tener en cuenta la interrupción.

--¿Te he tratado alguna vez como a mi "hombre del saco personal"? --alzó una mano para impedir su inmediata réplica--. Di la verdad. Posees ciertas habilidades, igual que yo, y cuando lo creo necesario, las uso. Además --se subió las gafas de nuevo sobre el puente de la nariz--, dijiste que querías implicarte más en mi negocio. Ayudar con más casos ahora que has entregado *Cumbre de pasión púrpura* y no vas a comenzar otra obra maestra romántica hasta el mes que viene.

--*El amor no descansa* --Henry no veía ninguna razón para avergonzarse de escribir romances históricos; se pagaban bien y era bueno en ello. Dudaba, no obstante, que Vicki hubiera leído alguna vez uno. No era del tipo que disfruta, o incluso desea, escapar a través de la ficción--. Esta noche... no era lo que tenía en mente cuando dije que quería involucrarme más.

--Henry, ha pasado un año --parecía divertida--. Deberías saber a estas alturas que la mayor parte de la investigación privada consiste en días y días de búsqueda aburrida y tediosa. Las situaciones emocionantes en las que se arriesga la vida son escasas y aisladas.

Henry alzó una pelirroja ceja.

Vicki parecía algo avergonzada.

--Mira, no es culpa mía que la gente siga tratando de matarme. Y a ti. Y de todas formas, *sabes* que esas eran las excepciones que confirman la regla. --Se enderezó, metiendo un pie con zapatilla bajo su trasero--. Esta noche necesitaba convencer a un depravado, que merecía ser aterrorizado después de lo que hizo pasar a su esposa e hijos, para que se quedara en su sitio hasta que llegara la policía. Esta noche te necesitaba a ti. Henry Fitzroy, vampiro. Nadie más podría haberlo hecho.

Pensándolo bien, admitió gustoso que ningún otro podría haber hecho el trabajo tan bien, aunque un par de fornidos mortales y metro y medio de cuerda habrían producido más o menos el mismo efecto.

--No te gustaba nada, ¿no?

--No. No me gustaba --frunció el labio--. Una cosa es abandonar

tus responsabilidades, pero hace falta ser un gilipollas de una clase especial para hacerlo de forma que todo el mundo crea que estás muerto. Llevaron luto por él, Henry. Lloraron por él. Y el hijo de puta estaba lejos construyendo una nueva vida, sin compromisos, mientras ellos llevaban flores, cada sábado, a una tumba vacía. Si no hubiese salido en segundo plano en aquel informe de noticias nacionales, todavía estarían llorando por él. Se lo debe. A mi modo de ver, les debe muchísimo.

--Bueno, entonces te alegrará saber que, como dijiste de forma tan poco elegante, hice que se cagara de miedo.

--Bien --aflojó su presa sobre el cojín--. ¿Te... eh... alimentaste?

--¿Importaría si lo hubiese hecho? --Ojalá ella lo reconociera si le importase--. La sangre es la sangre, Vicki. Y su miedo era suficiente para despertar el Hambre.

--Lo sé. Y sé que te alimentas de otros. Es sólo... --se pasó una mano por el pelo, alborotándolo en forma de puntas rubio oscuro--. Es sólo que...

--No. No me alimenté de él. --Su involuntaria sonrisa era todo lo que necesitaba, así que atravesó la habitación para verla mejor.

--Probablemente estarás hambriento, entonces.

--Sí. --Le tomó la mano y le acarició con delicadeza la piel de la parte anterior de la muñeca con su pulgar. El pulso de ella se aceleró bajo su contacto.

Trató de resistir, pero él la hizo retroceder, inclinó su cabeza, y recorrió con su lengua la apenas perceptible línea azul de una vena.

--Henry, si no nos vamos pronto, no seré capaz de... --Su voz dejó de oírse mientras su cerebro pasaba a preocuparse de otras cuestiones. Con un poderoso esfuerzo, obligó a su garganta a abrirse y a su boca a moverse--. Acabaremos sobre la... cama.

Él alzó sus fauces lo suficiente para murmurar:

--¿Y?

Y aquella fue la última palabra coherente que pronunciaron ambos durante un tiempo.

--Cuatro de la mañana --masculló Vicki, buscando las llaves de su apartamento--. Otras dos horas y el reloj habrá dado toda la vuelta. Otra vez. ¿Por qué sigo haciéndome esto? --Su muñeca palpitaba como en respuesta, y suspiró--. No importa. Una pregunta estúpida.

Los músculos se tensaron a lo largo de su espalda cuando la puerta osciló de forma inesperada, abriéndose del todo. La cadena de seguridad colgaba suelta, abierta, describiendo un arco, arañando suavemente metal contra madera. Conteniendo el aliento, descartó los ruidos ambientes del apartamento (el sonido del motor del refrigerador, un grifo goteante, el distante murmullo de la subestación hidroeléctrica al otro lado de la calle) y percibió un débil zumbido mecánico. Sonaba como...

Casi lo había reconocido cuando un repentino ruido ahuyentó toda esperanza de identificación. El horrible crujir, rechinar, quebrar, prosiguió durante unos diez segundos, luego cesó.

*--Moleré sus huesos para hacerme el pan...* --Era lo más aproximado a lo que podía estar sucediendo que se le ocurría. *Y habida cuenta de todo, no descarto la posibilidad de una traducción literal.* Después de tratar con demonios, hombres lobo, momias, por no mencionar al vampiro omnipresente en su vida, un gigante comeniños en su cuarto de estar no era imposible por mucho que resultara improbable.

Se quitó el enorme bolso de cuero negro del hombro y lo cogió justo antes de que golpeará el suelo. Con la correa envuelta dos veces alrededor de su muñeca era un arma ante la que incluso un gigante se arredraría. *Menos mal que guardé aquel ladrillo...*

Lo sensato sería cerrar la puerta, correr sin hacer ruido hasta la cabina de teléfono de la esquina y llamar a la policía.

*Estoy demasiado cansada para esta mierda.* Vicki se adentró en silencio en el apartamento. *Coraje a las cuatro de la mañana. Te va a encantar.*

Deslizando cada pie un centímetro por encima del suelo y volviendo a bajarlo con extremo cuidado, se abrió camino a lo largo del corto tramo del vestíbulo y alrededor de la esquina hasta el cuarto de estar, con los sentidos alerta. Durante los últimos meses había comenzado a creer que, si bien la retinitis pigmentaria la había privado de toda forma de visión nocturna, el oído y el olfato estaban empezando a compensarlo. La prueba estaba en el pudín; aunque sabía que el alumbrado exterior del mirador proporcionaba cierta iluminación a pesar de las persianas y el apartamento nunca estaba en realidad del todo oscuro, en lo que a su vista se refería, podría estar llevando una venda acolchada.

Bueno, no exactamente una venda. Ni siquiera ella podía dejar de ver el borrón de luz que tenía que ser la televisión parpadeando en

silencio contra la pared más alejada. Se detuvo, el arma lista, ladeó la cabeza, y percibió el olor de una loción de afeitado bien conocida mezclado con... ¿queso?

La súbita liberación de la tensión casi la hizo caer.

--¿Qué demonios estás haciendo aquí a esta hora, Celluci?

--¿A ti qué te parece? --preguntó con ironía la familiar voz a su vez--. Estoy viendo una película increíblemente estúpida con el sonido quitado y comiendo unos tacos pasados. ¿Durante cuánto tiempo los has guardado, por cierto?

Vicki buscó a tientas la pared, luego la recorrió con los dedos hasta el interruptor de la luz del techo. Pestañeando entre lágrimas mientras sus sensibles ojos reaccionaban al resplandor, bajó despacio su bolso hasta el suelo. Al señor Chin, del apartamento del primer piso escaleras abajo, no le agradaría ser despertado por nueve kilos de baratijas surtidas golpeando con estrépito sobre su techo.

El sargento detective Michael Celluci la miró entornando los ojos desde el sofá y echó la bolsa medio vacía de tacos a un lado.

--¿Una noche dura? --refunfuñó.

Bostezando, ella se quitó la chaqueta, arrojándola sobre el respaldo del sofá.

--En realidad no. ¿Por qué?

--Esas bolsas bajo tus ojos parecen más bien un conjunto de maletas a juego. --Balanceó las piernas hasta el suelo y se estiró--. A los treinta y dos uno no se recupera como solía a los treinta y uno. Necesitas dormir más.

--Lo cual precisamente tenía intención de hacer --cruzó la habitación y clavó un dedo en el panel de control de la televisión--, hasta que llegué a casa y te encontré a *ti* en mi cuarto de estar. Y aún no has respondido a mi pregunta.

--¿Qué pregunta? --Sonrió de forma cautivadora, pero ocho años en el cuerpo con él, los últimos cuatro íntimamente unidos (*esto es lo que se llama una situación complicada*, se dijo) la habían hecho más o menos inmune a las clásicas miradas dulces usadas al efecto.

--Estoy demasiado cansada para esta mierda, Celluci. Deja la cacería.

--De acuerdo, entré para ver lo que recordabas acerca de Howard Balland.

Ella se encogió de hombros.

--Un rufián de poca monta, siempre buscando dinero fácil, pero que probablemente no lo vería aunque le mordiese en el trasero. Creía

que había dejado la ciudad.

Celluci separó sus manos.

--Ha vuelto, por decirlo de alguna manera. Un par de chicos hallaron su cuerpo esta noche detrás de una librería en Queen Street West.

--¿Y has venido para ver si recuerdo algo que te ayude a atrapar a su asesino?

--Lo has cogido.

--Mike, estuve en estafas durante apenas tres meses antes de ser transferida a homicidios, y eso fue hace mucho tiempo.

--¿Así que no recuerdas nada?

--Yo no he dicho que...

--Ah. --Aquella única sílaba contenía una desproporcionada cantidad de sarcasmo--. Estás cansada y preferirías ligar con tu amiguito no muerto a ayudar a coger al bastardo que cortó la garganta de un viejo estafador inofensivo. Entiendo.

Vicki pestañeó.

--¿De qué coño estás hablando?

--Ya *sabes* de qué estoy hablando. ¡Has estado fuera jugando a Vlad el empalador con el puto Henry Fitzroy!

Sus cejas bajaron formando una marcada V, obligándola a subirse con rapidez las gafas.

--No me lo creo. ¡Estás celoso!

Se encontraban pecho con pecho, y habrían estado nariz con nariz de no ser por la diferencia de altura. Aunque Vicki superaba el metro setenta y cinco, Celluci medía más de metro noventa.

--¡CELOSO!

Con el paso de los años, Vicki había aprendido suficiente italiano para entender lo esencial de lo que siguió. La pelea apenas había comenzado a calentarse cuando una suave voz se deslizó a través de una pausa en el griterío.

--Con su permiso.

Con los rostros ridículamente congelados en mitad de un gruñido, se volvieron para hacer frente a la arrugada preocupación del señor Chin. Empuñaba un albornoz de brocado borgoña cerrado por una endeble mano y tenía la otra alzada como para atraer su atención. Cuando vio que lo había logrado, sonrió en medio del silencio.

--Gracias --les dijo--. Ahora, veamos si podemos proseguir con esta tesis. --Ante sus perplejas miradas, suspiró--. Déjenme explicárselo de manera más sencilla. Son las 4:22 de la mañana.



Cállense --Esperó por un momento, saludó con la cabeza y dejó el apartamento, cerrando suavemente la puerta al marcharse.

Vicki sintió cómo se ruborizaba. Se estremeció cuando un cruce entre un estornudo y una pequeña explosión partió de donde se hallaba Celluci.

--¿De qué te estás riendo?

Él negó con la cabeza, agitando los brazos mientras buscaba las palabras.

--No importa. --Ella se estiró y le retiró el rizo de pelo castaño del rostro, retorciendo su propia boca en una sonrisa arrepentida--. Supongo que era bastante divertido sin más. Aunque voy a pasar el resto del día con esta vaga sensación de algo por terminar.

Celluci asintió, el poblado rizo volviendo a caer sobre sus ojos.

--Como cuando no recuerdas si te has comido el último bocado de donut.

--O bebido el último trago de café.

Compartieron una sonrisa y Vicki se dejó caer en la butaca reclinable de cuero negro que presidía el pequeño salón.

--De acuerdo, ¿qué necesitas saber sobre el difunto señor Balland?

Vicki se apartó del cálido farallón de la espalda de Celluci y se preguntó por qué no podía dormir. Quizá *debería* haberle dicho que se fuese a casa, pero parecía un poco sin sentido hacerle conducir todo el camino hasta su domicilio en Downsvie cuando tenía que regresar al cuartel general en el centro de la ciudad dentro de apenas seis horas. O menos. Quizá. No podía ver el reloj a no ser que se sentase derecha, encendiese la luz, y encontrase sus gafas, pero tenía que ser casi el amanecer.

Amanecer.

En el centro de la ciudad, a dieciocho bloques de distancia de su apartamento en Chinatown, Henry Fitzroy yacía en su habitación sellada y esperaba al día; esperaba a que el sol naciente desconectase su vida; confiaba en que el sol poniente la conectara de nuevo.

Vicki había pasado el día con Henry en una ocasión, cautivo de la amenaza de la luz del sol fuera del dormitorio. La ausencia de vida fue tan completa que había sido un poco como pasar el día con un

cadáver. Sólo que peor. Porque no lo era. No era una experiencia que quisiera repetir.

Había corrido alejándose de él aquella noche, en cuanto la oscuridad hizo segura su salida. Hasta el presente día no estaba segura de si había huido de su naturaleza o de la confianza que le había permitido a él estar tan indefenso ante ella.

No se había alejado por mucho tiempo.

A pesar de las últimas noches, o en ocasiones de ninguna noche, Henry Fitzroy se había convertido en una parte necesaria de su vida. Aunque la atracción física todavía le hacía un nudo en el estómago y la dejaba sin aliento (incluso tras un año de exposición), lo que la molestaba, casi la asustaba, era lo mucho que había invadido el resto de su vida.

Henry Fitzroy, vampiro, hijo bastardo de Enrique VIII, era Misterio. Aunque perdiese toda una vida intentándolo, nunca podría saber todo lo que era. Y, que Dios la ayudase, no podía resistirse a un misterio.

En cuanto a Celluci (rodó sobre su costado y se pegó a la curva de su cuerpo), Celluci era el yin para su yang. Frunció el ceño. O tal vez al revés. Él era bromas compartidas, intereses compartidos, un pasado compartido. Encajaba en su vida como una pieza de puzzle, ajustándose y completando el cuadro. Y ahora que pensaba en ello, *aquello* la asustaba al mismo tiempo.

Estaba completa sin él.

¿No?

*Señor, oh Señor, oh Señor. ¿Cuándo comenzó mi vida a parecerse a la música country?*

Celluci se agitó ante la fuerza de su suspiro y medio se despertó.

--Casi lo olvidaba --murmuró--. Llamó tu madre.

El tardío sol de la mañana casi había iluminado el mirador de Vicki cuando se sentó a la mesa de la cocina y alcanzó el teléfono.

Contestar a la llamada de su madre mientras Celluci se estaba vistiendo haría más sencillo ocuparse de las preguntas que sabía iba a tener que responder. Preguntas que sin duda comenzarían por: *¿Por qué estaba Michael Celluci en tu apartamento cuando tú no estabas?*, y se extenderían a partir de ahí hasta la eterna favorita: *¿Cuándo vendrás a visitarme?*

Suspiró, reunió fuerzas con un trago de café y rodeó con los

dedos el auricular. Antes de que pudiera alzarlo del soporte, el teléfono sonó. Consiguió, a duras penas, evitar que el café le saliera por la nariz pero le llevó media docena de tonos controlar el ahogo.

--Investigaciones Nelson.

--¿Señorita Nelson? Soy la señora Simmons. Empezaba a creer que no estaba.

--Lo siento --Enganchó una servilleta de la puerta del frigorífico y limpió enérgicamente lo ensuciado--. ¿Qué puedo hacer por usted?

--Recibí las fotografías. De mi marido.

Vicki consultó su reloj. Casi mediodía en Toronto significaba cerca de las once en Winnipeg. *Diablos. El anuncio decía la verdad; he encontrado un mensajero que marca el tiempo.*

--Es mi marido, señorita Nelson. Es él --parecía a punto de llorar.

--Entonces le daré la información a la policía esta tarde. Lo cogerán y luego se pondrán en contacto con usted.

--Pero es fin de semana. --Su protesta era más un gemido que una queja.

--La policía trabaja los fines de semana, señora Simmons. No se preocupe --Vicki ofreció su tono más tranquilizador--. E incluso si no pueden arrestarlo hasta el lunes, bueno, le garantizo personalmente que no va a ir a ninguna parte.

--¿Está segura?

--Estoy segura.

--Necesito preguntarle por qué, señorita Nelson; ¿por qué nos hizo algo tan horrible?

El dolor en la voz de la mujer tensó los dedos de Vicki sobre el auricular hasta que sus nudillos palidieron. Apenas consiguió disimular su ira con compasión durante los momentos finales de la llamada.

--¡Maldito, maldito hijo de PUTA!

Su libro de notas golpeó el muro más lejano del apartamento con suficiente fuerza para romper el dorso y enviar hojas sueltas revoloteando hasta el suelo como una bandada de pájaros heridos.

--¿Lo conozco? --preguntó Celluci. Como había aparecido en el salón a escasamente un metro del punto de impacto, suponía que habría de estar agradecido de que no hubiese tirado la jarra de café.

--No --Ella brincó de su silla, echándola atrás tan violentamente que cayó rebotando por dos veces.

--¿Algo que ver con tu desaparecido encontrado? --No era difícil de imaginar; sabía lo básico del caso y la había oído utilizar el nombre

de Simmons durante la conversación telefónica. Además, conocía a Vicki y, si bien era cualquier cosa menos simple, sus reacciones tendían a ser directas y sin rodeos.

--¡Asqueroso bastardo! --Sus gafas se deslizaron hasta la punta de su nariz y se las subió del todo con fuerza--. Le importa una mierda lo que hizo pasar a su familia. Deberías haberla oído, Mike. Ha destruido todo aquello en lo que ella creía. Al menos, cuando creía que estaba muerto tenía recuerdos, pero ahora los ha jodido también. La ha herido tan duramente que ni siquiera ha podido enfurecerse todavía.

--Así que te estás enfureciendo por ella.

--¿Por qué no?

Él se encogió de hombros.

--Claro, por qué no. --Íntimamente familiarizado con el temperamento de Vicki, creyó ver algo más que justa rabia ante una mujer agraviada. Dios sabía que ella había visto bastante de aquello durante sus años en el cuerpo y que nunca había (de acuerdo, casi nunca) reaccionado con tanta intensidad--. Tu madre, ¿llegó a enfurecerse cuando tu padre se fue?

Vicki se paró en seco y lo miró fijamente.

--¿Qué demonios tiene eso que ver?

--Tu padre abandonó a tu madre. Y a ti.

--Mi padre, al menos, tuvo la mínima decencia de no ocultar lo que estaba haciendo.

--Y tu madre tuvo que soportaros a las dos. Probablemente nunca tuvo tiempo de enfadarse.

Los ojos de ella se entrecerraron mientras lo fulminaba con la mirada.

--¿De qué coño estás hablando?

Captó las señales de peligro, pero no podía dejar pasar la oportunidad. Las cosas habían estado dirigiéndose hacia aquello durante mucho tiempo, y con su ira por lo de la señora Simmons dejándola tan emocionalmente abierta, sabía que era posible que nunca tuviese una oportunidad mejor. *Qué diablos, si llega el caso, estoy armado.*

--Estoy hablando, te guste o no, de ti y de mí.

--Estás diciendo sandeces.

--Estoy diciendo que estás tan asustada de comprometerte que difícilmente admitirás que somos algo más que amigos. Sé a qué se debe. Comprendo que, a causa de la forma en que tu padre se fue, y a

causa de lo que sucedió después con tu madre, crees que necesitas tener bajo control hasta el menor aspecto de una relación...

Ella resopló.

--¿Te envió el cuerpo a otro cursillo de sensibilidad?

Él redobló el control sobre su propio temperamento y lo pasó por alto.

--...pero todo eso ocurrió hace más de veinte años y tiene que parar, Vicki.

Ella retorció el labio.

--¿O si no?

--O si no, nada. Maldita sea. No estoy amenazándote.

--Esto es por Henry, ¿no? *Estás celoso.*

Era inútil obligarla a afrontar la verdad si él no lo hacía.

--¡Tienes razón, maldita sea, estoy celoso de Henry! No quiero compartirte tanto con *nadie* más. Sobre todo con alguien que... que...

--Mike Celluci no encontraba las palabras para explicar lo que sentía acerca de Henry Fitzroy, e incluso si las tuviera, no era asunto de Vicki. El canto de su mano cercenó el pensamiento--. No estamos hablando de Henry, sino de nosotros.

--No hay nada malo en *nosotros* --Ella miró a todas partes salvo al hombre en pie al otro lado de la habitación--. ¿Por qué no podemos seguir simplemente como hasta ahora?

--¡Porque no estamos yendo a ninguna parte!

Ella se estremeció ante el *staccato* de cada palabra.

--Vicki, estoy cansado de no ser nada más que tu amigo. Tienes que comprender que yo...

--¡Calla! --Sus manos se habían cerrado formando puños.

--Oh, no --Él negó con la cabeza--. Esta vez vas a oírlo.

--Éste es *mi* apartamento. No tengo que oír *nada*.

--Oh, sí que tienes. --Se movió hasta quedar directamente frente a ella, balanceándose con destreza sobre sus pies, sus manos a una prudencial distancia. Por mucho que quisiera aferrarla y sacudirla, no quería vérselas con el estallido de violencia que seguiría en respuesta. Una partida rápida a *¿Quién es más macho?* no contribuiría a mejorar la situación--. Ésta no va a ser la última vez que digo esto, Vicki, así que harías mejor en acostumbrarte a ello. Te amo. Quiero un futuro contigo. ¿Por qué te resulta tan difícil aceptarlo?

--Por qué no puedes sencillamente aceptarme a mí, a nosotros, tal como soy. Somos. --Las palabras fueron obligadas a salir entre dientes apretados.

Él se apartó el mechón de pelo de la frente y trató sin éxito de sosegar su aliento.

--He pasado cinco jodidos años aceptándote a ti y a *nosotros*. Es hora de que ambos cedamos.

--Vete.

--¿Qué?

--¡Sal de mi apartamento! ¡AHORA!

Temblando por el esfuerzo de contenerse, él se adelantó y agarró su abrigo del colgador junto a la puerta. Hundiendo los brazos en las mangas, se volvió. Su propia cólera hacía que le fuera imposible leer la expresión de ella.

--Sólo una cosa más, Vicki. *No* soy tu puto padre.

La puerta se cerró detrás de él con bastante fuerza para sacudir el edificio.

Un latido de corazón más tarde volvió a abrirse.

--¡Y no olvides llamar a tu madre!

La jarra de café estalló en mil pedazos contra la madera.

--¿Y lo hiciste?

--¿Hice el qué? --soltó Vicki. Contarle a Henry lo esencial de la pelea la había puesto casi de tan mal humor como la pelea misma. No servía de nada que *supiera* que habría debido mantener la boca cerrada, pero cuando Henry había preguntado qué la molestaba, no parecía capaz de evitar que toda la exasperante conversación brotase de nuevo.

--¿Llamaste a tu madre?

--No. No lo hice --Se volvió de cara a la ventana, se subió las gafas y miró airada a la oscuridad-- No estaba precisamente de humor para hablar con mi madre. Bajé a Personas Desaparecidas y clavé al señor Simmons/ O'Conner en la pared.

--¿Te hizo sentirte mejor?

--No. Aunque podría haberlo hecho si me hubiesen dejado usar clavos reales.

Un comentario gracioso dicho con absoluta sinceridad. Incluso desde el otro lado de la habitación Henry podía sentir el batir de olas de cólera irradiando de ella. En aquel momento deseó no haber preguntado, haber pasado por alto su humor y no haberla sometido al más que acertado análisis del sargento detective Michael Celluci sobre

la incapacidad de Vicki para comprometerse. Pero ahora que lo había oído, no podía dejarlo pasar. Vicki seguiría pensando acerca de lo que Celluci había dicho (obviamente, apenas había pensado en otra cosa desde que Celluci había salido de su apartamento dando un portazo) y, ahora que se lo había refregado por las narices, en su momento vería la verdad. Llegado el cual tendría que elegir.

No la perdería. Si aquello suponía considerar el día igual que la noche, su amor le daba el mismo derecho que a Celluci a hacer valer su pretensión.

*Tú subiste las apuestas, mortal*, dijo al otro hombre en silencio. *Recuérdalo.*

Se levantó y atravesó la alfombra para colocarse al lado de ella, gloriándose por un momento de su latido, saboreando su calor, su aroma, su vida.

--Tenía razón --dijo él por fin.

--¿Sobre qué? --Las palabras fueron forzadas a salir a través de dientes apretados. No era necesario preguntar qué era lo que él quería decir.

--No podemos, ninguno de nosotros, seguir de esta forma.

--¿Por qué no? --La última letra soportaba el peso de una potencial explosión.

--Porque, como Mike Celluci, quiero ser la persona más importante en tu vida.

Ella bufó.

--¿Y qué hay de lo que yo quiero?

Pudo ver los músculos contrayéndose bajo la aterciopelada superficie de su piel, tensándose en torno a sus ojos y las comisuras de su boca, así que escogió sus próximas palabras con cuidado.

--Creo que es lo que estamos tratando de descubrir.

--¿Y si decido que le quiero?

Su tono contenía un amargo y zahiriente filo. Henry no pudo sino responder.

--¿Me abandonarías?

El poder en su voz la obligó a girarse para darle la cara. Él la oyó tragar con dificultad mientras sostenía su mirada, oyó acelerarse su corazón, vio dilatarse sus pupilas, paladeó el cambio de su aroma en el aire. Entonces la liberó.

Vicki se sacudió retrocediendo, furiosa con Henry, furiosa consigo misma.

--¡Nunca vuelvas a hacerlo! --jadeó, luchando por hacer entrar

suficiente aire en sus pulmones--. No concedo a nadie poder sobre mi vida. Ni a ti. Ni a él. ¡A nadie! --Controlando apenas sus movimientos, comenzó a dar vueltas pisando fuerte a través del salón--. Me largo de aquí. --Agarró su abrigo y su bolso del extremo del sofá--. Y tú puedes irte a jugar a ser príncipe de la jodida oscuridad con algún otro.

Él no se había movido de la ventana. Sabía que podía hacerla volver, así que no tenía necesidad de intentarlo.

--¿Adónde vas?

--¡Voy a dar un largo paseo por el barrio más sórdido que pueda encontrar, para ver si algún imbécil intenta algo estúpido y puedo romperle los putos brazos! ¡No me sigas!

Incluso una puerta de seguridad puede cerrarse de golpe si se emplea suficiente fuerza.

--¿Vicki? Soy tu madre. ¿No te dio Mike Celluci mi mensaje? Bueno, no importa, querida, estoy segura de que tiene muchas cosas en su cabeza. Aunque ahora que lo pienso, me *preguntaba* por qué estaba en tu apartamento mientras estabas fuera. ¿Estáis los dos tomándolo más en serio? Llámame cuando tengas oportunidad. Hay algo que tengo que contarte.

Vicki suspiró y se frotó las sienes mientras el contestador se rebobinaba. Eran las doce y diez y simplemente no se encontraba con fuerzas para una conversación íntima con su madre, no después del día que había tenido. ¿Estáis los dos tomándolo más en serio? Dios.

Primero Celluci.

Luego Henry.

Los poderes fácticos habían decidido arruinar de verdad su vida.

--¿Qué pasó con los hombres que sólo querían acostarse con regularidad? --murmuró, apagando la luz y dirigiéndose al dormitorio.

La jarra de cerveza que se había bebido de un trago en el bar gay de Church Street (el único sitio de la ciudad a salvo de cajas de testosterona) se revolvía inquieta en su estómago. Todo lo que quería hacer era ir a dormir. Sola.

Llamaría a su madre por la mañana.

La noche había estado plagada de sueños, o más concretamente, de un sueño: las mismas imágenes repitiéndose una y otra vez. La gente seguía entrando en su apartamento y no podía hacerlos marchar. La nueva escalera hacia el tercer piso partía en dos su



cocina y un flujo constante de agentes inmobiliarios subía por ella, arrastrando a potenciales inquilinos. La parte trasera de su lavabo se abría a los jardines de Maple Leaf y la muchedumbre pos-guía decidió salir por su dormitorio. Primero intentó razonar. Luego gritó. Entonces levantó materialmente a los intrusos y los arrojó por la puerta. Pero la puerta nunca se quedaba cerrada y ellos, todos ellos, no la dejaban sola.

Se despertó tarde con un terrible dolor de cabeza y de mandíbula, de un humor no mucho mejor que cuando se había ido a dormir. Un antiácido y una aspirina podrían haber ayudado, pero como se le habían acabado, se conformó con una taza de café tan fuerte que su lengua se retorció en señal de protesta.

--Ya sabía yo que estaría lloviendo --gruñó, echando un vistazo fuera a través de las persianas a un mundo gris y poco acogedor. El cielo parecía lo bastante bajo para tocarlo.

El teléfono sonó.

Vicki se volvió y lo miró con ceño al otro lado del cuarto. No necesitaba contestar para saber que era su madre. Podía sentir las vibraciones maternas desde donde estaba.

--Esta mañana no, mamá. No me siento con fuerzas.

Su cabeza continuó sonando mucho después de que el timbre cesara.

Una hora después, sonó de nuevo.

Una hora de pensamiento consciente no había hecho nada para mejorar el estado de ánimo de Vicki.

--¡He dicho que *no*, mamá! --Golpeó con el puño sobre la mesa de la cocina. El teléfono tembló pero siguió sonando--. ¡No quiero escuchar tus problemas ahora mismo y estoy más que segura de que no quiero contarte los míos! --Su voz se elevó--. Mi vida personal se ha ido a pique de repente. No sé lo que está pasando. Todo se está desmoronando. Puedo aguantar por mí misma. Puedo trabajar formando parte de un equipo. ¿Lo he demostrado, no? ¿Por qué no es eso *suficiente*?

Aquello se convirtió en un concurso de volumen y duración, y Vicki no tenía intención de dejar que el teléfono ganase.

--Lo más probable es que Celluci esté a punto de declararse y ese vampiro con el que duermo... Oh, ¿no te conté sobre Henry, mamá...? Bueno, él me quiere como su... su... No sé lo que quiere Henry. ¿Puedes acabar con esto, mamá? ¡Porque a mí me resulta jodidamente imposible!

Podía sentirse temblando al borde de la histeria, pero no cejaría hasta que el teléfono lo hiciera.

--Celluci cree que estoy furiosa por la forma en que mi querido papá te abandonó. Henry piensa que tiene razón. ¿Qué hay de ti, mamá? Me están partiendo en dos. Nunca me advertiste acerca de algo como esto, ¿no, mamá? ¡Y nunca jamás hablamos sobre papá!

La última palabra resonó alrededor de un apartamento silencioso y pareció tardar muchísimo en desvanecerse.

Con un dedo tembloroso, Vicki se subió las gafas.

--Hablaré contigo mañana, mamá. Lo prometo.

Una hora más tarde, el teléfono sonó otra vez.

Vicki activó el contestador y se fue a dar un paseo bajo la lluvia.

Cuando volvió, avanzada la tarde, había siete mensajes esperando. Borró la cinta sin escuchar ninguno de ellos.

El teléfono sonó.

Vicki se detuvo, un pie dentro de la ducha, suspiró y volvió a ponerse la ropa. Bienvenida al lunes.

--Ya voy, mamá. --No servía de nada aplazarlo. Tendría que afrontarlo tarde o temprano, y lo mismo daba que fuera temprano.

Aquel día las cosas no parecían tan malas. El día anterior era un sonrojante recuerdo de intemperancia. Mañana, bueno, se ocuparía de mañana cuando llegase.

Se dejó caer en una de las sillas de la cocina y cogió rápidamente el auricular.

--Hola, mamá. Siento lo de ayer.

--¿Es usted Victoria Nelson?

Se ruborizó. Era la voz de una mujer mayor, tensa, tirante; estaba claro que no era su madre.

*Causemos una estupenda impresión en un cliente potencial, Vicki.*

--Eh, sí.

--Soy la señora Shaw. Señora Elsa Shaw. Trabajo con su madre. Nos vimos en septiembre pasado...

--Lo recuerdo --Vicki dio un respingo. *Mamá tiene que estar realmente molesta para hacer llamar a una compañera de trabajo. Esto va a costarme como mínimo una visita.*

--Me temo que tengo malas noticias para usted.

--¿Malas noticias? --*Oh, Dios, no permitas que haya cogido el primer tren a Toronto. Es justo lo que necesito ahora.*

--Su madre no se ha encontrado bien últimamente, y, bueno, vino a trabajar esta mañana, dijo que había estado tratando de ponerse en contacto con usted, hizo el café como hace siempre, salió del despacho del doctor Burke y... y, bueno, murió.

El mundo se detuvo.

--¿Señorita Nelson?

--¿Qué ocurrió? --se oyó Vicki preguntar; se maravilló por lo calmada que sonaba su voz, y se preguntó por qué se sentía como entumecida.

--La doctora Burke, jefe del Departamento de Ciencias de la Vida... bueno, usted sabe quién es la doctora Burke, por supuesto... dijo que fue su corazón. Un infarto fulminante, dijo. Hace un minuto estaba aquí, y al siguiente... --La señora Shaw se sonó la nariz--. Sucedió hace unos veinte minutos. Si hay algo que pueda hacer...

--No. Gracias. Gracias por llamar.

Si la señora Shaw tenía más compasión o información que ofrecer, Vicki no la escuchó. Puso con suavidad el auricular sobre su soporte y se quedó mirando fijamente al teléfono silencioso.

Su madre estaba muerta.

## \_\_\_\_\_ 2 \_\_\_\_\_

--¿Doctora Burke? Se trata de número siete...

--¿Y bien? --Con el auricular puesto debajo de la barbilla, la doctora Aline Burke garabateó su firma en la parte inferior de una memoria y la lanzó a la papelería de fuera. Aunque Marjory Nelson había muerto hacía sólo un par de horas, el papeleo había comenzado a desmandarse. Con algo de suerte, la universidad movería su trasero colectivo y le conseguiría una secretaria temporal antes de que las trivialidades académicas la enterraran por completo.

--Creo que querrá ver esto por usted misma.

--¡Por Dios, Catherine, no tengo tiempo para andar adivinando! --Puso los ojos en blanco. Estudiantes de posgrado--. ¿Lo estamos perdiendo?

--Sí, doctora.  
--Voy enseguida.

--Maldita sea --El guante de operaciones golpeó la papelera con bastante fuerza para balancear el contenedor de lado a lado--.  
Descomposición del tejido otra vez. Justo igual que los otros --El segundo guante fue después, y la doctora Burke se volvió mirando con furia hacia el cuerpo de un hombre viejo tendido sobre la mesa de acero inoxidable, la cavidad torácica abierta, la tapa de los sesos descansando contra una oreja--. Ni siquiera ha durado tanto como el número seis.

--Bueno, era viejo, doctora. Y en no muy buena condición física.  
La doctora Burke resopló.

--Yo diría que no. Supongo que estoy un tanto sorprendida de que durase tanto. --Suspiró cuando la joven en pie junto a la cabeza del cadáver pareció destrozada--. No te estaba criticando, Catherine. Tu trabajo fue excelente como de costumbre, y no eres en absoluto responsable de los deplorables hábitos de los sujetos cuando estaban vivos. Dicho esto, recupera el resto de los aparatos, y todo lo que puedas de la red, asegúrate de que *todas* las bacterias están muertas, y comienza el procedimiento habitual de eliminación.

--La facultad de medicina...

--Por supuesto que la facultad de medicina. Difícilmente vamos a lastrarlo con piedras y arrojarlo al lago Ontario... aunque debo admitir que ello conlleva una cierta simplicidad que me atrae, y supondría un montón menos de trabajo adicional para mí. Hazme saber cuando esté preparado; estaré en mi oficina durante las dos próximas horas. --Con la mano en la puerta, se detuvo- ¿Qué es todo ese estruendo?

Catherine alzó la vista, los ojos azul pálido bien abiertos, los dedos adentrándose más en la cavidad craneal del viejo.

--Oh, es número nueve. Creo que no le gusta la caja.

--No le gusta nada, Catherine. Está muerto.

La joven se encogió con aire de disculpa, aceptando la corrección, pero reacia a ser convencida.

--Sigue golpeando.

--Bien, cuando termines con el número siete, disminuye la energía de nuevo. Lo último que necesitamos es acelerar el daño tisular debido al movimiento no autorizado.

--Sí, doctora. --Deslizó con delicadeza el cerebro en una bandeja de plástico. La batería de luces fluorescentes directamente sobre la mesa devolvía reflejos dorados abriéndose paso a través de la masa verde grisácea--. Estaría bien trabajar por fin con un sujeto al que hayamos podido preparar previamente. Quiero decir, el retraso mientras tratamos de ajustar las bacterias no puede ser bueno para ellos.

--Probablemente no --asintió la doctora Burke mordaz y, con una última mirada de desaprobación hacia la caja de aislamiento del número nueve, salió a grandes pasos del laboratorio.

El martilleo continuó.

--¿Hacia dónde, señorita?

Vicki abrió la boca y volvió a cerrarla. En realidad no tenía ni la menor idea.

--Eh, Queens University. Ciencias de la Vida. --Su madre habría sido trasladada. Seguramente alguien podría decirle a dónde.

--Es un campus enorme, Queen's. --El taxista se alejó del estacionamiento de la estación de tren y giró por Taylor Kidd Boulevard--. ¿Tiene la dirección?

Sabía la dirección. Su madre le había enseñado con orgullo el nuevo edificio justo después de que se abriera hacía dos años.

--Está en Arch Street.

--Junto al viejo Hospital General, ¿eh? Bien, lo encontraremos --le sonrió afablemente por el espejo retrovisor--. Quince años conduciendo un taxi y todavía no me he perdido. Hace un buen día. Parece que la primavera ha llegado por fin.

Vicki echó una ojeada por la ventana a su costado. El sol brillaba. ¿Había brillado en Toronto? No podía recordarlo.

--El invierno es mejor para el negocio, eso sí. ¿Quién quiere caminar cuando la nieve medio derretida llega hasta los tapacubos, eh? Sin embargo, abril no es tan malo mientras tenemos mucha lluvia. Que llueva, eso es lo que yo digo. ¿Va a estar en Kingston mucho tiempo?

--No sé.

--¿Visita familiar?

--Sí.

*Mi madre. Está muerta.*

Algo en aquella única sílaba convenció al taxista de que su pasajera no estaba de humor para conversaciones y de que sería mejor no formular más preguntas. Tarareando con escaso oído, la dejó en relativo silencio.

Habían hecho un intento de unir el nuevo Complejo de Ciencias de la Vida, hecho de hormigón, con las estructuras más antiguas de piedra caliza de la universidad, pero no había tenido éxito del todo.

--Progreso --probó suerte el taxista, mientras Vicki abría la puerta de atrás, soltando la lengua con una importante indicación--. Sin embargo, los chicos necesitan algo más que un par de mecheros Bunsen y un estante de tubos de ensayo para hacer alguna investigación significativa hoy día, ¿eh? El periódico dice que un estudiante de posgrado obtuvo una patente sobre un germen.

Vicki, que le había dado un billete de veinte porque era el primero que había sacado de su cartera, hizo como si no oyera.

Él movió la cabeza mientras la observaba caminar a grandes pasos avenida arriba, la espalda totalmente rígida, el neceser de viaje acarreado como si fuese un arma, y optó por no desearle que tuviera un buen día.

--¿Señora Shaw? Soy Vicki Nelson...

La diminuta mujer detrás del escritorio se puso de pie de un salto y le ofreció ambas manos.

--Oh, sí, claro. Pobre querida, ¿hizo todo el viaje desde Toronto?

Vicki dio un paso atrás, pero no pudo evitar que aferrara y estrujara su mano derecha. Antes de que pudiese hablar, la señora Shaw continuó a toda prisa.

--Claro que sí. Quiero decir que estaba en Toronto cuando la llamé y ahora está aquí. --Rió, algo avergonzada, y soltó la mano de Vicki--. Lo siento. Es sólo... bueno, su madre y yo éramos amigas, habíamos trabajado juntas durante casi cinco años, y cuando ella... quiero decir, cuando... Fue... una conmoción terrible.

Vicki se quedó mirando las lágrimas que brotaban de los ojos de la vieja mujer y se dio cuenta, horrorizada, de que no tenía ni la más remota idea sobre qué decir. Todas las palabras de consuelo que había pronunciado durante años, para tratar de aliviar un millar de tipos diferentes de dolor, todo el entrenamiento, toda la experiencia... la habían abandonado.

--Lo siento. --La señora Shaw buscó dentro de su manga y sacó un pañuelo húmedo y arrugado--. Es sólo que cada vez que pienso en... no puedo evitarlo...

--Por eso sigo diciéndole que debería irse a casa.

Agradecida, Vicki se volvió para mirar hacia quien había hablado, con un tono tranquilo, medido, que había fluido como un bálsamo sobre sus despellejados nervios. La mujer que acababa de entrar por la puerta del despacho tenía unos cuarenta y cinco años, era baja, de constitución fuerte, y vestía una poco práctica combinación de pantalones grises de franela y una blusa blanca orlada de encaje bajo su bata abierta de laboratorio. Llevaba corto el pelo pelirrojo oscuro, a la moda, y la pesada montura de sus gafas se asentaba de lleno sobre una nariz bien salpicada de pecas. La seguridad en sí misma era algo tangible, incluso desde el otro lado de la habitación, y a pesar de todo, Vicki se oyó a sí misma responder.

La señora Shaw sorbió y volvió a guardar el pañuelo en su manga.

--Sigo diciéndole, doctora Burke, que no voy a ir a casa a pasar el día sola, no cuando puedo quedarme aquí, estar rodeada de gente y hacer algo de verdad. --Vicki sintió pequeños dedos cerrándose en torno a su brazo--. Doctora Burke, ésta es la hija de Marjory, Victoria.

La mano de la jefa de departamento era cálida y seca, y se la estrechó con una eficacia en el movimiento que Vicki apreció.

--Nos vimos brevemente hace unos años, señorita Nelson, justo después de su primera cita, creo. Lamenté oír lo de su retinitis. Debe haber sido difícil dejar un trabajo por el que tanto se preocupaba. Y ahora... --Abrió sus manos--. Mis condolencias por lo de su madre.

--Gracias. --No parecía haber mucho más que decir.

--Hice que llevaran el cuerpo al depósito del Hospital General. La médica personal de su madre, la doctora Friedman, tiene un despacho allí. Como no sabíamos con exactitud cuándo llegaría ni cuáles serían los preparativos, parecía lo mejor para todos los interesados. Dispuse que la señora Shaw la llamara para hacérselo saber, pero usted debió de marcharse antes.

El caudal de información no arrastraba ninguna carga emocional en absoluto. Vicki se encontró extrayendo fortaleza de la poderosa personalidad que la producía.

--¿Podría usar uno de sus teléfonos para llamar a la doctora Friedman?

--Por supuesto. --La doctora Burke asintió con la cabeza hacia el

escritorio--. Ya ha sido informada y está esperando su llamada. Ahora, si me excusa. --Se detuvo en la puerta--. Ah, señorita Nelson. Háganos saber cuando tiene lugar la ceremonia. Nos... --su gesto incluyó a la señora Shaw-- gustaría asistir.

--¿Ceremonia?

--Es habitual en estas circunstancias celebrar un funeral.

Vicki apenas advirtió el sarcasmo, sólo oyó realmente la última palabra. *Funeral...*

--No parece dormida. --La cerúlea, grisácea palidez, la total ausencia del ser que sólo la muerte causa, eran inconfundibles. Vicki la había reconocido la primera vez que la había visto en un laboratorio forense para cadetes de policía y la reconocía ahora. Los muertos no estaban vivos. Sonaba como una explicación cómica, pero, mientras clavaba la mirada en el cuerpo que había sido de su madre, no podía pensar en ninguna mejor.

La doctora Friedman miró con ligera desaprobación mientras volvía a cubrir con la mortaja el rostro de Marjory Nelson, pero se contuvo. Podía sentir el control que Vicki se había impuesto, pero no conocía a la joven lo bastante bien como para traspasarlo.

--No habrá necesidad de una autopsia --dijo, indicando al encargado del depósito que se llevara el cuerpo--. Su madre ha estado sufriendo problemas cardíacos durante algún tiempo y la doctora Burke estaba prácticamente delante de ella cuando ocurrió. Dijo que tenía todas las características de un infarto fulminante.

--¿Un ataque cardíaco? --Vicki contempló la puerta girando hasta quedar cerrada detrás de la camilla y se resistió a temblar con la fría corriente que escapaba del depósito de cadáveres--. Sólo tenía cincuenta y seis años.

La doctora movió la cabeza tristemente.

--Ocurre igualmente.

--Nunca me lo contó.

--Tal vez no quería preocuparla.

*Tal vez no estaba escuchando.* El pequeño cuarto de inspección de pronto se había vuelto agobiante. Vicki se dirigió a la salida.

La doctora Friedman, cogida por sorpresa, se apresuró para alcanzarla.

--El forense está de acuerdo, pero si usted no...



--Nada de autopsia. --Había soportado demasiado para hacer pasar a su madre (a lo que quedaba de ella) por eso.

--Su madre había dispuesto un funeral pagado por anticipado con la funeraria Hutchinson, en Johnson Street, justo al lado de la avenida Portsmouth. Sería mejor si hablase con ellos en cuanto fuera posible. ¿Tiene a alguien que vaya con usted?

Vicki frunció el ceño.

--No necesito a nadie que vaya conmigo --dijo con un gruñido.

--Según lo dispuesto por su madre, señorita Nelson, Vicki... señorita Nelson --el director de la funeraria palideció levemente cuando la expresión de su cliente le hizo volver a usar el apellido, pero logró proseguir sin problemas--, quería ser enterrada cuanto antes, sin ser vista.

--Muy bien.

--También quería ser embalsamada... ¿tal vez pasado mañana? Eso le daría tiempo para la esquila en el periódico local.

--¿Pasado mañana es lo más pronto posible, entonces?

El más joven de los señores Hutchinson tragó saliva. Encontraba difícil permanecer del todo tranquilo bajo un escudriñamiento tan contundente.

--Bueno, no, podríamos tener todo listo para mañana por la tarde...

--Hágalo así, pues.

No era un tono con el que se pudiera razonar. Ni siquiera daba el menor pie a la discusión.

--¿Le parece bien a las dos en punto?

--Sí.

--Sobre el ataúd...

--Señor Hutchinson, creí entender que mi madre lo arregló todo de antemano.

--Sí, lo hizo...

--Entonces --Vicki se puso en pie y se colgó el bolso del hombro-- haremos exactamente lo que mi madre quería.

--Señorita Nelson. --Él se levantó también, y habló tan suavemente como pudo--. Sin una esquila en el periódico, tendrá que llamar a la gente.

Ella se encogió ligeramente de hombros y sus dedos, en busca

del pomo de la puerta, temblaron.

--Lo sé --dijo.

Y se fue.

El joven señor Hutchinson se hundió en su silla y se frotó las sienes.

--Reconocer que no hay nada que puedas hacer para ayudar --dijo a la palmera del tiesto con un suspiro-- tiene que ser la peor parte de este negocio.

El viejo vecindario se había empequeñecido. La vasta extensión del patio trasero detrás de la casa de la esquina entre División y Quebec Street, que había crecido envidiando, de alguna manera había encogido hasta el tamaño de un sello de correos. El ultramarinos entre División y Pine se había convertido en una floristería, y el mercado al otro lado (donde a los doce años se las había arreglado para conseguir su primer trabajo a tiempo parcial) había desaparecido. La droguería seguía en York Street pero, cuando antes había parecido encontrarse a una respetable distancia, Vicki sintió que ahora podía alargar la mano y tocarla. Quebec Street abajo, ni siquiera quedaba el tocón del enorme arce que había dado sombra a la casa de los Thompson, y ni la luz primaveral podía borrar el sórdido y deshabitado aspecto de toda la zona.

De pie frente al estacionamiento del apartamento de dieciséis unidades, al que se habían mudado cuando la marcha de su padre les hizo perder la casa en Collins Bay, Vicki se preguntó cuándo había sucedido. Había vuelto muchas veces en los últimos catorce años, no hacía tanto desde la última vez, y nunca había notado tan drásticos cambios.

*Tal vez porque lo único que volvía a buscar nunca cambiaba...*

No podía posponerlo por más tiempo.

La puerta de seguridad había sido abierta. *Una puerta de seguridad no protege nada a no ser que esté cerrada y candada. Si no se lo he dicho mil veces no se lo he dicho... no se lo he dicho...* El cristal reforzado tembló pero aguantó cuando ella la cerró de un golpe y se movió a ciegas por el único tramo de escalera hasta el apartamento de su madre.

--¿Vicki? Ah, debería haber sabido que eras tú dando portazos.

--La puerta de seguridad tiene que mantenerse cerrada, señor

Delgado. --Ella parecía no poder encajar la llave en la cerradura.

--Ah, tú siempre un policía. No me verás a mí trayéndome trabajo a casa. --El señor Delgado avanzó un poco por el pasillo y arrugó la frente--. No tienes buen aspecto, Vicki. ¿Estás bien? ¿Sabe tu madre que estás en casa?

--Mi madre... --Su garganta se cerró. Tragó saliva y se obligó a respirar. Tantas maneras distintas de decirlo. Tantos eufemismos amables diferentes, todos queriendo decir lo mismo--. Mi madre... murió esta mañana.

Oír su propia voz diciendo las palabras, lo hizo por fin real.

--¿Doctora Burke? Soy Donald.

La doctora Burke se quitó las gafas y se frotó la sien con la parte inferior de la mano.

--Donald, a riesgo de sonar repetitiva, creí decirte que no me llamas aquí.

--Sí, lo hizo, pero es que pensé que debería saber que el señor Hutchinson ha ido a coger al sujeto.

--¿Qué señor Hutchinson?

--El más joven.

--¿Cuándo volverá?

--Más o menos en una hora. No hay nadie más aquí, así que va a comenzar a trabajar sobre él de inmediato.

La doctora Burke suspiró.

--Cuando dices nadie más, Donald, ¿quieres decir personal o clientes?

--Clientes. Todo el personal está aquí; el *viejo* señor Hutchinson y Christy.

--Muy bien. Ya sabes qué hacer.

--Pero...

--Me encargaré de que se produzca una interrupción. De lo único que has de preocuparte es de interpretar tu papel. Es de vital importancia para nuestra investigación, Donald. Podría depararnos resultados definitivos y su inherente recompensa prácticamente a nuestro alcance.

Pudo oír la sonrisa de él al teléfono mientras le contestaba con el cliché que las circunstancias exigían.

--No la decepcionaré, doctora Burke.

--Por supuesto que no --Cortó la llamada con el pulgar y se puso en contacto con el laboratorio--. Catherine, acabo de hablar con Donald. Tienes poco más de una hora.

--Bien, tengo a número ocho en diálisis ahora mismo, pero no debería llevar mucho más de otros cuarenta minutos.

--Entonces tienes tiempo de sobra. Llámame justo antes de que llegues y pondré a la señora Shaw a hacer averiguaciones sobre las flores y demás. En el estado en que está, probablemente será capaz de mantener las líneas bloqueadas durante la mayor parte de la tarde. ¿Se ha calmado el número nueve?

--Sólo después de que volviera a cortar la energía. Apenas ha mostrado signos de vida.

--Catherine, *no* está vivo.

--Sí, doctora. --La pausa contenía a todas luces un silencioso suspiro--. Apenas muestra patrones de onda.

--Mejor. ¿Lo deterioró todo ese golpeteo?

--En realidad no he tenido tiempo para examinarlo, pero pienso que sería preferible que viniese y echase un vistazo a la caja.

La doctora Burke sintió alzarse sus cejas.

--¿La caja?

--Creo que la ha abollado.

--Catherine, eso es im... --Hizo una pausa y pensó en ello por un momento, sabiendo que Catherine aguardaría pacientemente. Con los inhibidores naturales detenidos y ninguna capacidad de sentir dolor, el incremento de fuerza podría en verdad ser posible--. Puedes someterlo a algunas pruebas una vez consigas que surtan efecto las nuevas bacterias.

--Sí, doctora.

*Dios, Dios, Dios...* La doctora Burke acarició satisfecha el auricular mientras lo colocaba en el soporte. Parecía como si en realidad hubieran logrado un progreso con el número nueve. *Ahora, si pudiéramos evitar que se descomponga...*

Los platos del desayuno seguían sobre el escurridor y la silla con el cojín acolchado sobresalía un poco de la mesa. El estuche de maquillaje se encontraba abierto sobre la pila del cuarto de baño, la toalla junto a ésta algo húmeda. La cama había sido hecha con esmero, pero un par de pantys con una larga carrera en uno de ellos

yacían descartados en el centro de la colcha.

Vicki se sentó junto a la mesa del teléfono, con el libro de direcciones de su madre abierto sobre su regazo, y llamó a todos los que pensaba deberían saberlo, su voz calmada y profesional como si estuviese hablando de la madre de algún otro. *¿Señora Singh? Soy el agente Nelson de la Policía Metropolitana. Es acerca de su hijo... Me temo que su marido... El conductor no tuvo oportunidad de esquivar a su esposa... Su hija, Jennifer, ha sido... El funeral será mañana a las dos.*

Cuando llamó la funeraria, el señor Delgado cogió el vestido azul favorito de su madre del armario y fue a entregarlo. Al regresar, la obligó a comer un sandwich y siguió insistiendo en que se sentiría mejor si lloraba. Ella comió el sandwich sin saborearlo.

Para entonces no faltaba nadie por llamar, y había convencido al señor Delgado para que se fuese a casa. Vicki se sentó, un pie colgando sobre el brazo de la vieja mecedora tapizada, y el otro moviéndose contra el suelo.

Poco a poco, la habitación se quedó a oscuras.

--Te estoy diciendo, Henry, que parecía hundida. Como en *La noche de los muertos vivientes*.

--¿Y no te oyó cuando la llamaste?

Tony negó con la cabeza, cayéndole un largo mechón de pelo castaño claro sobre los ojos.

--No, se limitó a seguir andando, y el guardia no me dejó subir las escaleras tras ella. Dijo que sólo los que tenían pase podían entrar, y no me creyó cuando dije que era su hermano. Cabrón de mierda. --Un año bajo la tutela de Henry no había borrado lo bastante cinco años en la calle--. Pero apunté todos los lugares por los que pasaba el tren --Extrajo una arrugada y sucia hoja del bolsillo delantero de sus ceñidos téjanos y se la entregó--. Llevaba una maleta, así que supongo que cuando llegue allí piensa quedarse.

Los nombres de nueve ciudades habían sido garrapateados sobre los espacios en blanco de un billete de metro. Henry frunció el entrecejo al leerlos. ¿Por qué había dejado la ciudad Vicki sin decírselo? Creía que habían dejado atrás aquello. A no ser que tuviese algo que ver con la pelea que habían tenido el sábado por la noche. Por muy grande que fuera la tentación de probar su poder,

sabía que no debería haberla forzado como lo hizo y pretendía disculparse tan pronto como ella se calmara lo suficiente para aceptarlo.

--Su madre vive en Kingston --dijo por fin.

--Piensas que le hiciste algo, ¿no?

Alzó la vista, sorprendido.

--¿De qué estás hablando?

--Me gusta observarte --Tony se sonrojó levemente y clavó su puntera en la alfombra--. Te observo todo el tiempo que estamos juntos. Tienes tu rostro de Príncipe-de-los-Hombres, y tu rostro de Príncipe-de-la-Oscuridad, y esa especie de cara de no-estoy de escritor, pero cuando piensas en Victoria... en Vicki... --Su sonrojo se acentuó, pero mantuvo la mirada de Henry con osadía--. Bueno, entonces es como si no llevaras ninguna, eres sólo tú.

--Todas las máscaras han desaparecido. --Henry escrutó al joven a su vez. Algunas aristas se habían suavizado con el último año desde que Vicki y un demonio los habían reunido. El aspecto magullado y asustadizo había sido reemplazado por los albores de una tranquila madurez--. ¿Te molesta eso?

--¿Lo tuyo con Victoria? Nooo. Significa mucho para mí, también. Quiero decir, sin ella, no habría... quiero decir, no habríamos... Y además --tuvo que humedecerse los labios antes de poder continuar--, a veces, igual que cuando te alimentas, me miras de esa forma --De repente bajó la mirada--. ¿Vas a ir tras ella?

En realidad no era una pregunta.

--Necesito saber qué va mal.

Tony bufó y se retiró el pelo de los ojos.

--Por supuesto que sí. --Su voz recobró su habitual tono engreído--. Entonces llama a su madre.

--¿Llamar a su madre?

--Sí, ya sabes. Por teléfono.

Henry separó sus manos, dispuesto a conceder a Tony su momento.

--No tengo el número.

--¿Y qué? Cógelo de su apartamento.

--No tengo llave.

Tony bufó de nuevo.

--Tú no la necesitas. Pero --entrelazó sus dedos y chascó los nudillos--, si no quieres deslizarte por la cerradura, siempre tienes a tu viejo amigo el sargento detective Celluci. Apuesto a que tiene el

número.

Los ojos de Henry se entornaron.

--Lo obtendré del apartamento de Vicki.

--Tengo el número de Celluci aquí mismo, en caso de que...

--Tony --puso una mano en torno a la mandíbula de éste y apretó los dedos ligeramente, haciendo latir el pulso bajo su presa--. No insistas.

Desde la calle vio la luz encendida, reconoció la forma visible entre las tablas de la persiana y estuvo a punto de decidir no entrar. Tony había visto a Vicki dejar la ciudad por la mañana temprano. Fuese o no un caso para pasar la noche, muy bien podía haber regresado, y de ser así, obviamente no estaba pasándola sola. Inmóvil de pie a la sombra de un anciano castaño, observó y escuchó hasta que estuvo seguro de que el apartamento albergaba una sola vida.

Aquello cambiaba las cosas de forma considerable.

Había varias maneras para conseguir lo que quería. Optó por el método directo. *Puro mal genio*, se obligó a admitir.

--Buenas noches, detective. ¿Estaba esperando a alguien?

Celluci se dio la vuelta, encogido en posición defensiva, y miró feroz a Henry.

--¡Maldición! --gruñó--. ¡No hagas eso!

--¿Hacer qué? --preguntó Henry con sorna, dando a entender con su voz y su porte que de ninguna manera percibía al otro hombre como una amenaza. Se alejó de la puerta, adentrándose en el salón de Vicki.

*Como si tuviera todo el derecho*. Celluci se encontró a sí mismo retrocediendo. *¡Hijo de puta!* Le costó un esfuerzo consciente, pero clavó sus talones y frenó la retirada. *No sé a qué estás jugando, espectro, pero no vas a salirte con la tuya tan fácilmente.*

--¿Qué demonios estás haciendo aquí?

--Podría preguntarte lo mismo.

--Yo tengo llave.

--Yo no la necesito. --Henry se apoyó contra la pared y se cruzó de brazos--. Supongo que has vuelto para disculparte por salir de aquí de un portazo el sábado. --Pudo leer que había dado en el blanco en el súbito acelerarse del latido de Celluci y el furioso flujo de sangre a su rostro.

--Te lo contó. --Las palabras eran casi un gruñido inarticulado.

--Me lo cuenta todo.

No hace falta mencionar la discusión que siguió.

--¿Quieres que me largue sin más ahora mismo, no? --Celluci consiguió mantener a raya su temperamento--. Acepta la derrota.

Henry se enderezó.

--Si quisiera que te largases, mortal, lo harías.

*Si soy veinte centímetros largos más alto que él, ¿por qué infiernos me siento como si me mirara desde arriba?*

--Tienes un alto concepto de ti mismo, ¿no? Mira, Fitzroy, no me importa lo que eres ni lo que puedes hacer. Deberías haberte convertido en polvo hace cuatrocientos años. No voy a dejar que la consigas.

--Creo que eso debería ser elección suya, no tuya.

--Bueno, ¡ella no va a escogerte! --Celluci golpeó con el puño sobre la mesa. Una pila de libros en precario equilibrio tembló ante el impacto, y un librito marrón de direcciones cayó sobre el contestador.

La cinta se puso en marcha.

--¿Señorita Nelson? Soy la señora Shaw de nuevo. Lamento molestarla, pero el cuerpo de su madre ha sido trasladado al Hospital General. Creímos que debería saberlo en caso... bueno, en caso... supongo que está en camino. Oh, querida... son las diez en punto del nueve de abril, lunes por la mañana. Por favor, háganos saber si hay algo que podamos hacer para ayudar.

Celluci se quedó contemplando la cinta mientras se rebobinaba, y luego miró a Henry.

--El cuerpo de su madre --repitió.

Henry asintió.

--Así que ya sabemos dónde está.

--Si esta llamada se produjo a las diez, podemos dar por supuesto que la primera llamada tuvo lugar hacia las nueve. Ella no te dijo...

--Celluci se interrumpió y se quitó el rizo de pelo de los ojos--. No, claro, no pudo, estarías... dormido. ¿No dejó un mensaje?

--No. Tony la vio cogiendo el tren de las 10:40 a Kingston, así que debe de haber dejado el apartamento antes de esta llamada.

¿Tampoco te dejó un mensaje a ti?

--No --Celluci suspiró y se sentó de brazos cruzados sobre la mesa--. Está empezando a cansarme un poco esa actitud suya de "puedo manejarlo todo yo misma".

Henry volvió a asentir. *Creía que habíamos dejado atrás esto, ella*



y yo.

--A ti y a mí.

--No me malinterpretes, su fortaleza es una de las cosas que yo...

La pausa apenas fue perceptible. Un mortal podría haberla pasado por alto. Henry no lo hizo. *Bien, difícilmente va a decirme que la ama.*

--...admiro de ella, pero --su expresión parecía más fatigada que admirativa-- hay una diferencia entre fortaleza y...

--Miedo a la intimidad --sugirió Henry.

Celluci resopló.

--Sí. --Alcanzó el libro de direcciones detrás de él--. Bien, va a tener que aguantar un poco de puta intimidad, porque no voy a dejarla pasar sola por esto. --La encuadernación logró a duras penas sobrevivir a la violencia de su búsqueda--. Aquí está, en la M de Madre. Dios, su sistema de archivar... --Entonces, de repente, recordó con quién estaba hablando. No estaba, no obstante, preparado para ver cuan rápido podía moverse Henry... de hecho, no lo vio moverse.

Henry miró la dirección y devolvió el libro al detective.

--Imagino que te veré en Kingston --dijo, y se dirigió a la puerta.

--¡Eh!

Se volvió.

--¿No se supone que no podías dejar tu ataúd?

--Ves demasiadas películas malas, detective.

Celluci se irritó.

--Sigues teniendo que estar a cubierto al amanecer. Puedo encargarme de que no lo estés. Una llamada a la Policía Provincial de Ontario y estarás metido en una celda cuando salga el sol.

--No harás eso, detective. --La voz de Henry era suave cuando capturó la mirada de Celluci con la suya e hizo caer la pátina de civilización. Jugó con la reacción del mortal por un momento y entonces, casi de mala gana, lo liberó--. No lo harás --prosiguió en el mismo tono--, por la misma razón que no uso el poder que yo tengo sobre ti. A *ella* no le gustaría. --Sonriendo cortés, inclinó la cabeza en una parodia de reverencia cortesana--. Buenas noches, detective.

Celluci clavó la mirada en la puerta cerrada y se esforzó por no temblar. Manchas de sudor se extendían bajo ambos brazos, y las palmas de sus manos, aferradas con fuerza a la mesa, estaban húmedas. No era el miedo lo que lo inquietaba. Se las había visto con el miedo antes, sabía que lo vencería. Era el urgente deseo de descubrir su garganta lo que lo había estremecido, el conocimiento de

que un instante más y habría puesto su vida en manos de Henry Fitzroy.

--Maldición, Vicki. --El ronco susurro apenas rompió el silencio--. Estás jugando con fuego...

--Santo Dios, Cathy, ¿por qué los has traído?

--Pensé que podían cargar el cuerpo.

--Oh --Donald dio un paso atrás mientras Catherine ayudaba a dos figuras a salir arrastrando los pies de la parte trasera de la camioneta--. El programa que escribí para ellos es bastante elemental; ¿estás segura de que pueden hacer algo así de complicado?

--Bueno, número nueve puede. --Palmeó el ancho hombro casi con cariño--. Número ocho puede que necesite un poco de ayuda.

--Un poco de ayuda. Bien. --Refunfuñando por el esfuerzo, arrastró un par de sacos de arena fuera de la camioneta--. Bueno, si son tan fuertes, pueden llevarlos.

--Dáselos a número nueve. No me fío de las articulaciones de ocho.

Aunque los músculos se tensaron para alzar un sólo saco del suelo, número nueve no dio ninguna muestra de notar el peso, incluso después de cargar con ambos sacos.

--Buena idea --jadeó Donald--. Traerlos contigo, quiero decir. Me habría matado llevar eso dentro --Luchando por recuperar el aliento, echó un vistazo al estacionamiento. La luz sobre el garaje apenas iluminaba la zona y había quitado la que había sobre la entrada de carga aquella tarde--. Sólo asegurémonos de que nadie los ve, ¿de acuerdo? No parecen precisamente, bueno, vivos.

--¿Verlos? --Catherine giró al número ocho para ponerlo de cara a la puerta, luego se volvió y descubrió que el número nueve se había movido sin ayuda--. Será mejor que nos aseguremos de que nadie nos ve a nosotros.

--La gente no mira muy de cerca las funerarias. --Respirando aún de forma agitada, Donald deslizó su llave en la cerradura--. Tienen miedo de lo que podrían ver. --Lanzó una mirada al rostro gris y desecado del número nueve cerniéndose sobre el cuello de una cazadora roja, y rió con disimulo mientras abría la puerta empujándola--. Casi dan ganas de que alguien tropezase con Mutt y Jeff\* aquí, ¿no? [*\*Nota del T.-Personajes de la primera tira cómica*

diaria aparecida en un periódico de EE.UU., el San Francisco Chronicle, en 1907, de popularidad similar a la de Laurel y Hardy, o Abbot y Costello]

--No. Ahora en marcha.

Bastante acostumbrado a la absoluta falta de sentido del humor de su colega, Donald se encogió de hombros y se perdió de vista dentro del edificio.

Número nueve lo siguió.

Catherine dio al número ocho un pequeño empujón.

--Camina --ordenó. Éste dudó, y luego empezó a moverse despacio. A mitad de camino de la larga rampa al cuarto de embalsamamiento, trastabilló--. No, no te... --Sujetándolo en inestable equilibrio contra la pared, se agachó y enderezó la pierna izquierda.

--¿Cómo has tardado tanto? --preguntó Donald, cuando ambos llegaron por fin.

--Problemas con la rótula. --Ella frunció el ceño, pasándose una trenza de pelo rubio casi blanco por detrás de la oreja--. Creo que no estamos consiguiendo ninguna reconstrucción celular.

--No, y está empezando a oler peor, además.

--Oh, no.

--Oh, sí. Pero oye --abrió de par en par las dos mitades de la tapa del ataúd--, no nos quedemos por aquí olfateando gente muerta toda la noche. Tenemos trabajo que hacer.

Los dedos del número ocho tenían que ser sujetados en torno a los tobillos del cadáver, pero número nueve cogió los hombros sin apenas ayuda.

--Te digo, Donald --canturreó Catherine mientras volvían a guiar a los dos cuerpos rampa arriba--, que número nueve se ha conectado con la red. Estoy segura de que estamos logrando actividad cerebral independiente.

--¿Qué opina la doctora Burke?

--Está más preocupada por la descomposición.

--Es comprensible. Es una lata cuando tus experimentos se pudren antes de que puedas reunir los datos. Detenlos un segundo mientras cojo la puerta.

Los dos estudiantes de posgrado cargaron de nuevo la camioneta. Ni siquiera Catherine podía imaginar una serie de órdenes

de una palabra que permitiese al número ocho llevar a cabo las complicadas maniobras necesarias. Y, como le recordó Donald, eran aconsejables velocidad y silencio.

--Porque --añadió, colocando al número ocho en su sitio-- lo que estamos haciendo es ilegal.

--Bobadas --Catherine frunció el entrecejo--. Es ciencia.

Él sacudió la cabeza. Nunca había encontrado a nadie que se acercase siquiera a ser tan monotemático. Por lo que había sido capaz de averiguar, ella tenía casi tan poca vida fuera del laboratorio como sus sujetos experimentales... y teniendo en cuenta que en esencia estaban muertos, eso no era decir mucho. Más extraño aún era que no parecía preocuparse de veras de que lo que estaban haciendo les deparase fama y fortuna absolutas.

--Bien, en interés de la ciencia entonces, tratemos de permanecer fuera de la cárcel. --Dio al número nueve un empujón hacia el vehículo.

Número nueve agachó la cabeza y el reflejo de las estrellas se deslizó por la superficie de sus ojos humedecidos artificialmente.

### \_\_\_\_\_ 3 \_\_\_\_\_

--Ése no es un corazón sano.

Donald miró con atención por encima del borde de su mascarilla al interior de la cavidad torácica.

--No, ahora no lo es --asintió--. No fumaba, no bebía, y míralo. Casi hace que a uno le apetezca salir e irse de fiesta.

Con un hábil corte de escalpelo, la doctora Burke puso al descubierto la válvula tricúspide y comenzó a quitar la desgarrada membrana.

--No te estaba pidiendo ninguna observación moral, Donald. Presta atención a lo que estás haciendo.

En apariencia no escarmentado, Donald vació la hipodérmica que sujetaba, la extrajo del ángulo de la órbita del ojo, y cogió una aguja más pequeña. El líquido de la ampolla parecía casi opalescente bajo el resplandor de las luces fluorescentes.

--De acuerdo, chicos --deslizó con cuidado la punta a través de la córnea--, es hora de ponerse a trabajar. Levanta ese párpado, sujeta

del asa, si no reparas el iris, despídete de casa. [*\*Nota del T.- Donald improvisa a partir de la canción Ol' Man River de The Temptations*]

--Podemos hacerlo sin la poesía, gracias. --Tensas suturas cerraron la incisión en el corazón--. Si has hidratado ambos ojos, ayuda a Catherine en la cavidad abdominal. Tenemos que lograr que esos vasos sanguíneos se suelten de forma que podamos hacer que circule el fluido nutritivo. El tiempo es de vital importancia en un trabajo de esta naturaleza... --La disertación continuó mientras Donald disponía torundas de algodón empapado sobre cada ojo saltón y se desplazaba al lateral de la mesa--. Por suerte, el primer paso del proceso de embalsamamiento endurece los vasos, haciendo más fácil trabajar con ellos a gran velocidad y permitiéndonos...

--Esto, doctora, es nuestro décimo cadáver --le recordó Donald, succionando la solución estéril que habían usado para expulsar el fluido embalsamador del cuerpo. Catherine, que había estado haciendo un montón de suturas, le lanzó una agradecida sonrisa, arrugando el rabillo de los ojos por encima de la máscara--. Quiero decir, sabemos todo esto. Y preparamos a seis de los nueve anteriores con nuestros propios deditos.

--E hicisteis un excelente trabajo. Únicamente desearía que mi agenda me hubiese permitido ofreceros más ayuda. --La doctora Burke se hallaba más que dispuesta a reconocer lo que debía reconocerse pues, por el momento, no significaba nada. Buscó detrás de ella un minúsculo motor y un destornillador eléctrico--. Dicho lo cual, nadie se ofenderá si le recuerdo lo importante que es el grado adecuado de humedad para el tejido sano.

Donald se rió por lo bajo y, en una imitación casi perfecta de la provocativa voz del anuncio, entonó:

--¿Cuan muerto crees que estoy?

La doctora Burke dejó de trabajar y se volvió para clavarle la vista.

--Debo de estar más cansada de lo que creía. Me ha parecido de verdad gracioso.

Catherine negó con la cabeza y pescó el extremo de otra arteria.

Instantes más tarde, colocaron la bolsa de gel que sustituía al sistema digestivo en su sitio. Perlados reflejos titilaron a través de la espesa capa de agar-agar.

--Nos sobran bacterias esta vez --observó la doctora Burke mientras terminaba de conectar el segundo motor del diafragma artificial--. Quiero esos órganos saturados.

--Saturado está --asintió Donald. Cogió el cultivo de hígado de

manos de Catherine, frunció el ceño y miró furioso sobre el hombro de ella--. ¡Basta ya!

--¿Basta de qué? --preguntó ella, inclinándose para trabajar sobre un riñon.

--No es a ti. El número nueve. Me está mirando.

Ella se enderezó y lo comprobó.

--No, no lo está haciendo. Sólo está mirando en tu dirección.

--Bueno, no me gusta.

--No hace ningún daño.

--¿Y qué?

--Chicos. --Si la voz de la doctora Burke hubiese sido más seca se habría quebrado--. ¿Y si nos concentrásemos en el asunto que tenemos entre manos? --Esperó, de forma intencionada, hasta que ambos retomaron el trabajo antes de soltar el separador de costillas--. Si eso te molesta mucho, Donald, Catherine puede meterlo en su caja.

Donald asintió con la cabeza.

--Buena idea. Hacerla guardar sus juguetes cuando ha acabado con ellos.

Catherine no le hizo caso.

--Estaría mejor fuera, doctora. Necesita estímulos si queremos que se conecte con la red.

--Buen argumento --reconoció la doctora--. No muy bien expuesto, pero un buen argumento. Lo siento, Donald. Se queda fuera.

Catherine le lanzó una mirada triunfante.

--Cuando acabéis aquí, uno de vosotros puede cerrar mientras el otro comienza el bombeo y reemplaza la solución estéril. Quiero ese sistema circulatorio funcionando lo antes posible. Ahora, si pensáis que podéis arreglároselas sin que tenga que hacer de arbitro, voy a abrir el cráneo.

--Sigue mirándome --gruñó Donald un instante después, con voz apenas audible sobre el quejido del hueso serrado.

--Si todo va bien, está aprendiendo de ti.

--¿Sí? --Alzó un dedo cubierto de látex como saludo--. Bien, aprende esto.

Del otro lado del cuarto, tres de los dedos de la mano derecha del número nueve se cerraron lentamente metiéndose bajo el pulgar doblado. Aunque el rostro permaneció inexpresivo, un músculo tembló bajo la correosa superficie de la piel.

Henry conducía el BMW con suavidad por las curvas de la salida de la autopista a una velocidad considerablemente superior a la indicada. Dos horas y cuarenta y dos minutos, de Toronto a Kingston... no todo lo rápido que podía hacerse, pero teniendo en cuenta el eterno embotellamiento del tráfico al que se había enfrentado al dejar la ciudad y el elevado número de policías locales patrullando en los últimos cien kilómetros, era una marca respetable.

Aunque disfrutaba de las altas velocidades y sus reflejos hacían posibles maniobras que dejaban a otros conductores boquiabiertos, Henry nunca había comprendido el amor de Norteamérica por el automóvil. Para él un coche era una herramienta, el BMW un punto intermedio entre potencia y seguridad. Mientras los conductores mortales arriesgaban alegremente sus vidas forzando los límites de sus mecánicas, él no tenía intención alguna de concluir de repente cuatrocientos cincuenta años debido a la fatiga del metal o a defectos de diseño... pero por otro lado, a diferencia de los conductores mortales, no tenía nada que demostrar.

El apartamento de la madre de Vicki fue bastante fácil de encontrar. División Street no sólo daba directamente a la 401, sino que a una manzana de distancia no había posibilidad de confundir al hombre que salía del sedán último modelo aparcado enfrente del edificio. Henry viró entrando en el diminuto aparcamiento y dejó el BMW en la plaza de al lado.

--Viniste rápido --comentó mientras salía de su coche y se estiraba.

--Gracias. --La palabra salió de su boca antes de que Celluci se diera cuenta de que no tenía ninguna razón para sentirse tan absurdamente halagado por la observación--. Obviamente infringiste algunas leyes --dijo en un gruñido--. ¿O piensas que nuestros límites de velocidad no se aplican en tu caso?

--No más de lo que tú piensas que se aplican en el tuyo --le dijo Henry con una afilada sonrisa--. ¿O acaso la policía no tiene que cumplir las leyes que ha jurado defender?

--Gilipollas --masculló Celluci. Nada enfriaba la justa ira más rápido que el obligado reconocimiento de unos fundamentos éticos movedizos--. Y no entiendo por qué has venido de todas formas. Vicki necesita seres vivos alrededor de ella, no más muertos.

--No estoy más muerto que tú, detective.

--Sí, bueno, no estás... quiero decir, estás...

--Soy vampiro --Henry extendió las manos--. Ya está, ya no se cierne entre nosotros. La palabra ha sido pronunciada. --Encontró la mirada de Celluci y la mantuvo, pero esta vez no empleó ningún poder para ello--. Valdría más que lo admitieras, detective. No me iré.

La curiosidad se impuso al buen juicio y Celluci se encontró a sí mismo preguntando:

--¿Qué eras?

--Era un príncipe. Un bastardo real.

Las comisuras de la boca del detective temblaron.

--Bien, eres un bastardo real, eso seguro. --Luchó por recuperar una posición de igual a igual, haciendo caso omiso de la sospecha de que se lo estaba permitiendo--. ¿Por qué nunca nadie es un jodido campesino?

--¿Nadie? --preguntó Henry, alzando las cejas.

--Tú, Shirley MacLaine... No importa. --Se apoyó contra su coche y suspiró--. Mira, ella no nos necesita a ambos.

--¿Así que por qué no me voy sin más a casa? Creo que no.

--¿Qué puedes darle?

--¿Ahora? ¿En su dolor? Lo mismo que tú.

--Pero yo puedo darle la noche y el día. Tú sólo tienes la noche.

--¿Entonces por qué te preocupa tanto que esté aquí? Sin duda tienes ventaja. Ten en cuenta, sin embargo --continuó Henry, con tono pensativo--, que dejé mi santuario por ella, corrí el riesgo del sol a fin de estar a su lado. Eso debería servir para algo.

--¿Qué pretendes decir con "servir para algo"? --Celluci resopló--. ¡Esto no es un concurso! Hombre contra... --sus ojos se entrecerraron-- escritor de novelas románticas. Se supone que estamos aquí por *ella*.

--En ese caso, tal vez --Henry comenzó a moverse hacia el edificio-- sería mejor que nos esforzásemos un poco más por recordarlo.

*¡Maldito hijo de puta paternalista!* Por suerte, sus piernas más largas permitieron a Celluci alcanzarlo sin tener que correr.

Henry se giró a medias y lo miró.

--¿Y después?

--¿Quién coño lo sabe? --*¡Deja de mirarme así!*--. Terminemos con esto, primero.

Escuchando el martillear del corazón de Celluci, Henry asintió, satisfecho.



A Vicki le llevó un momento darse cuenta de lo que significaba el aporrear.

*La puerta.*

Bam. Bam. Bam.

*La policía en la puerta.* La forma de llamar era inconfundible. Miró ceñuda al oscuro apartamento y se levantó entumecida. *¿Cuánto tiempo?* Con los ojos inútiles a pesar de la luz procedente de la calle, se abrió camino tanteando hasta la mesa del teléfono, y después a lo largo de la pared hasta la puerta.

Celluci miró con ceño a Henry y alzó la mano para llamar de nuevo.

--¿Estás seguro de que está ahí dentro?

--Estoy seguro. Puedo sentir su vida.

--Sí. Bueno.

Bam. Bam. Bam.

Los dedos de ella arañaron el interruptor de la luz y lo encendió, llorándole los ojos bajo el súbito resplandor. Su madre siempre usaba bombillas de cien vatios.

*No me importa cuánta energía consume, es más importante que puedas ver cuando llegas a casa. Puedo permitírmelo y el medio ambiente puede irse al cuerno.*

Su madre siempre *había* usado bombillas de cien vatios.

La cerradura se atascó a mitad de vuelta.

--Le dije que lo hiciera arreglar --gruñó mientras luchaba por bajar a la fuerza los seguros--. Maldito estúpido pedazo de chatarra.

Bam. Bam. Bam.

--¡Ábrete de una puta vez!

Celluci bajó la mano.

--Está ahí dentro.

La cerradura por fin cedió. Vicki respiró profundamente, se ajustó las gafas, y abrió la puerta.

--¿Qué coño estáis haciendo aquí? --preguntó tras una larga pausa.

--Hemos venido a ayudar --le contestó Henry con voz queda.

Ella miró a uno y otro, con la confusión que era la única emoción que podía reconocer sin esfuerzo.

--¿Los dos?

--Los dos --asintió Celluci.

--No os he pedido vuestra ayuda.

Intercambiaron una misma expresión y Celluci suspiró.

--Lo sabemos --dijo.

--¿Vicki?

Los tres se volvieron.

El señor Delgado se encontraba justo del otro lado de la puerta, cargando el peso sobre las puntas de los pies, los hombros echados atrás, los brazos sueltos a los costados, los pantalones puestos sobre una chaqueta de pijama a rayas.

--¿Hay algún problema?

Vicki se subió con fuerza las gafas. La respuesta más exacta sería: *todavía no*.

--No --dijo--. Ninguno. Son amigos míos de Toronto.

--¿Qué están haciendo aquí?

--Por lo visto --su voz se volvía más clara con cada palabra--, han venido para ayudar.

--Ah. --Su mirada recorrió a Celluci de pies a cabeza y después siguió con Henry. En atención a Vicki, Henry contuvo su enojo y dejó que el anciano terminara--. Bien, si hay algún problema --las últimas dos palabras eran una advertencia--, házmelo saber.

--Puedo encargarme de estos dos, señor Delgado.

--No lo dudo. Pero no deberías tener que hacerlo. No ahora mismo --proyectó su mentón adelante--. ¿Comprendéis, muchachos?

La paciencia de Celluci mostraba signos de agotamiento.

--Comprendemos, señor Delgado.

--¿Los dos?

Henry se giró un poco más hasta clavar la mirada en el pasillo.

--Los dos lo comprendemos.

El señor Delgado miró de soslayo a Henry y luego casi pareció cuadrarse.

--Tenía que preguntar...

--Lo sé.

--Bien, buenas noches.

Henry lo despidió con una inclinación de cabeza.

--Buenas noches.

Los tres observaron cómo se cerraba la puerta y entonces Vicki retrocedió apartándose.

--Entrad si queréis.

--¿...no se os ocurrió a ninguno de los dos que a lo mejor quería ocuparme de esto yo misma? --Vicki recorrió el cuarto de estar, llegó hasta la ventana y miró furiosa a la noche. El apartamento estaba media altura por debajo del suelo, no exactamente un sótano, no exactamente un primer piso. Las ventanas daban a una estrecha franja de césped, al que seguía el aparcamiento para visitas, la acera, y después la carretera. No era una gran vista. La madre de Vicki había gastado en persianas y pesadas cortinas para evitar que el mundo le devolviera la mirada. Vicki no se había molestado en correrlas--. ¿Que tal vez --continuó con la garganta contraída-- no hay nada que podáis hacer?

--Si quieres que los dos, o uno de nosotros, volvamos a Toronto, lo haremos --le dijo Henry con voz calma.

Celluci le lanzó una mirada y abrió la boca, pero Henry alzó una mano advirtiéndole, y la cerró de nuevo sin decir palabra.

--¡Quiero que los dos volváis a Toronto!

--No, no quieres.

La risa de ella poseía un imperceptible matiz de histeria.

--¿Estás leyendo mi mente, Henry? --se volvió para hacerle frente--. De acuerdo, tú ganas. Ya que estáis aquí, podéis quedaros. --Esbozó un gesto de capitulación en el aire con la mano--. Podéis quedaros los dos.

--¿Cómo has convencido a Mike para que se fuera a dormir?

--Simplemente le dije que lo necesitarías descansado por la

mañana, que yo era la elección lógica para velar por la noche.

--¿Simplemente?

--Bueno, tal vez lo persuadí un poco.

Ella se sentó sobre el borde de las camas gemelas de la habitación en la que había crecido y alisó inexistentes arrugas en la almohada con los dedos de una mano.

--No te lo agradecerá por la mañana.

--Tal vez no --Henry la observó con cautela, sin permitirse mostrar toda su preocupación para que ella no huyese--. Pero le expliqué claramente que era un poco difícil para cualquiera de nosotros dar consuelo estando los dos aquí. Pareció estar de acuerdo. --Había, de hecho, gruñido: "Vete pues", pero Henry no vio ninguna necesidad de mencionárselo a Vicki.

--¿Todo eso mientras yo estaba en el baño?

--¿Debería haber durado más?

--Supongo que no.

Se había preparado para afrontar la ira de ella ante su despotismo... habría preferido la brillante llama de su cólera a la gris aceptación que obtuvo. Alargó la mano y cogió con suavidad la que seguía acariciando la almohada.

--Necesitas dormir, Vicki.

La piel alrededor de los ojos de ella parecía muy tensa.

--No creo que pueda.

--Yo sí.

--Si necesitas alimentarte, no creo...

Henry negó con la cabeza.

--No esta noche. Quizá mañana. Ahora duerme un poco.

--No puedo...

--Sí puedes. --Su voz se hizo ligeramente más profunda y le levantó la barbilla para hacer que sus ojos encontraran los suyos.

Éstos se abrieron cuando ella comprendió lo que estaba haciendo, y le empujó los dedos inútilmente.

--Duerme --le dijo de nuevo.

Su inarticulada protesta dejó paso a un largo, tembloroso suspiro, y cayó redonda de espaldas sobre la cama.

Frunciendo el ceño de forma pensativa, Henry le metió las piernas bajo la colcha y le quitó las gafas, dejándolas en lugar seguro sobre la mesa de noche. Por la mañana, los dos intercambiarían historias sobre la injusta ventaja de que disponía sobre las mentes mortales. Quizá eso los acercaría más. Era un riesgo que no había tenido más

elección que asumir. Pero de momento... Estiró el brazo y apagó la luz.

--De momento... --murmuró, arrojando con las mantas la vida que resplandecía como un faro en la oscuridad--. De momento, protegeré tus sueños.

--Henry... --Se incorporó sobre un codo y tanteó en busca de sus gafas. La habitación era gris, no negra. No podía estar amaneciendo porque podía sentir su presencia incluso antes de dar con la sombra más oscura junto a la puerta.

--No puedo quedarme más tiempo. --Separó las manos en señal de disculpa--. El sol está muy cerca del horizonte.

--¿Adónde vas a ir?

Pudo oír la sonrisa en su voz.

--No muy lejos. El armario empotrado del cuarto de tu madre será un santuario adecuado. Llevará muy poco tiempo cerrar el paso al día.

--Voy contigo. --Balanceó las piernas fuera de la cama y se puso en pie, haciendo caso omiso de la falta de luz. Su madre no había hecho auténticos cambios en el cuarto desde que ella se había ido... tendría que haber estado más que ciega para no encontrar el camino.

En la puerta, los fríos dedos de Henry se cerraron en torno a su brazo justo por encima del codo. Ella se volvió, sabiendo que podía verla aunque apenas era capaz de ver la silueta de su cuerpo.

--Henry. --Él se acercó más mientras ella alargaba la mano poniéndole la palma contra el pecho--. Mi madre... --Las palabras no salían. Podía sentirlo aguardando, hasta que por fin hubo de negar con la cabeza.

Los labios de él rozaron muy suavemente su pelo.

--Tenías razón --dijo en cambio--. El sueño me ha ayudado. Pero... --retorció los dedos sobre su camisa y tiró de él ligeramente-- nunca vuelvas a hacerlo.

La mano de él cubrió la suya.

--Nada de promesas --le dijo con voz calma.

Sí, *promesas*, quería insistir ella. *No voy a aguantarte manoseando mi cabeza.* Pero ya lo hacía sólo por el hecho de existir, y en esas circunstancias no creería ninguna promesa que hiciera.

--En marcha --lo empujó hacia la puerta--. Incluso yo puedo sentir el sol.

Celluci yacía tendido encima de la cama de su madre, los zapatos fuera, pero aparte de eso vestido. Vicki se sobresaltó al verlo aparecer tan de repente a la luz del techo, y tuvo que abstenerse de sacudirle y preguntarle qué estaba haciendo allí. Sobre la cama de su madre.

Salvo que su madre ya no dormiría en ella, así que ¿qué importaba?

--No se despertará --le dijo Henry mientras ella vacilaba junto a la puerta--. No hasta que yo esté... dormido.

--Ojalá no lo hubieras hecho.

--Vicki.

El sonido de su nombre tiró de ella hasta que estuvieron a sólo un susurro de distancia al lado de la puerta del armario.

Él extendió una mano y acarició con dulzura su mejilla.

--Michael Celluci tiene el día; no puedo compartirlo con él. No me pidas que le dé la noche también.

Vicki tragó saliva. El contacto de él trazó líneas de calor a través de su piel.

--¿Te he pedido eso alguna vez?

--No. --Su expresión se alteró deslizándose un poco en la tristeza--. Nunca me has pedido nada.

Ella quiso protestar que sí lo había hecho, pero sabía lo que quería decir.

--Ahora no, Henry.

--Tienes razón --asintió y retiró su mano--. Ahora no.

Por suerte, el armario tenía sitio de sobra para que un hombre no demasiado alto se tendiera con seguridad oculto del sol.

--Cerraré la puerta desde dentro, para que no pueda ser abierta por accidente, y he traído la cortina de aislamiento que colgaste en mi dormitorio para envolverme. Volveré a estar contigo este anochecer.

Con los ojos del recuerdo ella pudo verlo, alzándose con la oscuridad tras un día transcurrido... sin vida.

--Henry.

Él se detuvo bajo el marco de la puerta.

--Mi madre está muerta.

--Sí.

--Tú nunca morirás.

El hijo bastardo de cuatrocientos cincuenta años de Enrique VIII asintió con la cabeza.

--Nunca moriré --reconoció.

--¿Debería enfadarme contigo por eso?

--¿Debería enfadarme contigo por el día?

Las cejas de ella se fruncieron bruscamente, y el movimiento hizo bajar sus gafas sobre la nariz.

--Te odio cuando respondes a una pregunta con una pregunta.

--Lo sé.

Su sonrisa contenía tantas cosas que ella no podía esperar comprenderlas todas antes de que la puerta del armario se cerrase entre ellos.

--¡Vicki, no es posible que estés de acuerdo con lo que hizo Fitzroy! --Mientras se encontraba de pronto absorta en limpiar un poco de suciedad de sus caros zapatos, se dio cuenta de que, en efecto, lo estaba--. ¡Vicki!

--¿Qué?

--¡Me dejó sin sentido, me hizo dormir, violó mi libre albedrío!

--Sólo quería el mismo tiempo a solas que tú tienes ahora. Del todo libre de interrupciones.

--¡No puedo creer que estés defendiéndolo!

--No lo estoy haciendo. No exactamente. Sólo entiendo sus razones.

Celluci resopló y hundió los brazos en las mangas de su chaqueta. Algunas costuras saltaron en señal de protesta.

--¿Y qué hicisteis los dos durante ese tiempo a solas libre de interrupciones?

--Me hizo dormir también. Luego se sentó y me veló hasta el amanecer.

--¿Eso es todo?

Vicki se volvió para mirarle de frente, ambas cejas muy por encima del borde superior de sus gafas.

--Eso es todo. Maldita sea si es asunto tuyo.

--Eso no lo arreglará esta vez, Vicki. --Dio un paso adelante, le cogió el zapato de la mano y se agachó con él sobre una rodilla--. Fitzroy se metió en mis asuntos al sacar toda esa mierda del Príncipe de la Oscuridad.

Ella suspiró y le dejó que guiara su pie dentro del liso escaarpín negro.

--Sí, supongo que lo hizo. Necesitaba dormir, Mike. --Se inclinó para apartarle el largo rizo de pelo de la cara--. No podría haberlo conseguido sin él. Me dio la noche para dormir cuando la podría haber tomado para él mismo.

--Muy noble por su parte --gruñó Celluci, deslizando el otro pie dentro del segundo zapato, y *fue muy noble*, reconoció para sí

mientras se levantaba. *Noble al habitual estilo zafio que mejor conozco, así que no te molestes expresando una opinión del tipo de las que se extinguieron con el jodido sistema feudal.* Sin embargo, Fitzroy había obrado en favor de lo que consideraba ser el mayor beneficio para Vicki. Y siendo sincero, no creía que pudiese haberlos dejado solos juntos... mientras Fitzroy no tenía otra elección llegada la mañana. *Así que supongo que podría haber hecho lo mismo en circunstancias similares. Lo que no excusa en absoluto a su puta real alteza no muerta.*

Lo que más lo desconcertaba de aquello era lo poco que Vicki parecía preocuparse, lo mucho que parecía estar actuando con el piloto automático, y lo poco que parecía relacionarse con el mundo alrededor de ella. Reconocía los efectos del dolor y la conmoción (los había visto bastante a menudo con los años), pero de alguna manera era más difícil tratar con ellos porque se manifestaban en aquel preciso instante en Vicki.

Quería ayudarla a reponerse.

Sabía que no podía.

Odiaba tener que aceptarlo.

*De acuerdo, Fitzroy, tú le ofreciste descanso la noche pasada, yo le daré apoyo hoy. Quizá juntos podamos hacerla pasar por esto.*

Hizo que comiera, pero finalmente, cuando incluso intentar comenzar una discusión falló, renunció a tratar de hacerla hablar.

Hacia el mediodía, el señor Delgado vino a preguntar si Vicki necesitaba que la llevaran a la funeraria. Alzó la vista desde donde estaba sentada, meciéndose en silencio, y negó con la cabeza.

--Umm --resopló, saliendo fuera al vestíbulo y volviendo a mirar a Celluci--. ¿Es uno de sus amigos de la policía?

--Sargento detective Michael Celluci.

--Sí. Eso pensaba. Parece un policía. Louis Delgado. --Su apretón todavía era fuerte, la palma dura con las callosidades de un obrero--. ¿Qué le pasó al otro tipo?

--Se quedó despierto con ella toda la noche. Aún duerme.

--No es un policía.

--No.

Ante la sorpresa de Celluci, el anciano soltó una risita.

--En mis tiempos, dos hombres luchando por una mujer... habría habido sangre en la calle, déjeme decirle.

--Qué le hace creer...

--¿Piensa que paré mi cerebro al retirarme? Los vi a los tres



juntos la noche anterior, ¿recuerda? --Su rostro se ensombreció de pronto--. Quizá sea una buena cosa que la gente se haya civilizado más; ella no necesita peleas alrededor ahora mismo. La he visto crecer. La ha visto decidir convertirse en adulta cuando debería haber estado disfrutando de ser una niña. Trató de cuidar de su madre, insistió en cuidar de sí misma --suspiró--. No se dejará vencer, ¿sabe? Ahora que ha sucedido esto tan terrible, usted y aquel otro tipo, no la dejen abatirse.

--Haremos todo lo que podamos.

--Umm --resopló de nuevo y se restregó los ojos con un pañuelo blanco como la nieve, sin tener en mucha estima, a todas luces, los esfuerzos de ambos.

Celluci lo observó volver a su propio apartamento y luego cerró la puerta sin hacer ruido.

--El señor Delgado se preocupa mucho por ti --dijo, atravesando la habitación para ponerse al lado de Vicki.

Ella negó con la cabeza.

--Tenía mucho cariño a mi madre.

No volvió a hablar hasta que estuvieron en el coche de camino a la funeraria.

--¿Mike?

La miró de reojo. Llevaba puesta su cara de tribunal. Ni siquiera el fiscal más aplicado podría haber descubierto una opinión sobre ella.

--No la llamé. Y cuando me llamó, no contesté. Y después murió.

--Sabes que no existe ninguna relación --dijo él tan suavemente como pudo. No esperaba una respuesta. No recibió ninguna.

No había nada más que decir, así que cubrió la mano izquierda de ella con la suya. Tras un largo instante, ella la giró cogiéndole con tanta fuerza que tuvo que reprimir una exclamación de dolor. Sólo su mano se movía. Sus dedos estaban helados.

--De verdad, es por tu propio bien. --Catherine terminó de asegurar la correa del pecho y tocó ligeramente al número nueve en el hombro--. Sé que no te gusta, pero no puedo arriesgarme a que te sacudas las agujas. Eso es lo que le ocurrió a número seis y lo perdimos --sonrió a la caja de aislamiento--. Has llegado mucho más lejos que el resto, aunque tus riñones todavía no funcionen, tanto que lamentaríamos perderte también. --Llevando la mano detrás de la oreja

izquierda, acopló el circuito electrónico a la clavija implantada, comprobando con las yemas de los dedos que la piel no se hubiese abierto bajo el collar quirúrgico de acero asegurado firmemente contra el cráneo y el cuero cabelludo--. Y ahora... --sacudió la cabeza sobre las abolladuras superficiales que estropeaban la curva interior de la tapa aislante-- quédate quieto y la abriré cuando termine tu diálisis.

La caja se cerró con un susurro de sellos herméticos y el sonido metálico de un cierre automático.

Frunciendo ligeramente el ceño, Catherine ajustó la cantidad de oxígeno puro que fluía por la entrada de aire. Aunque había pasado el punto en el que lo necesitaba y podía habérselas arreglado solamente con aire normal filtrado, quería que tuviese todas las oportunidades para tener éxito. Más tarde, cuando los diagnósticos de los músculos estuviesen en marcha, le daría un masaje por todo el cuerpo con la crema de estrógeno. Su piel no tenía buen aspecto. Mientras tanto, accionó el interruptor que comenzaría la transmisión a través de su red y fue a comprobar las otras dos cajas.

El número ocho había empezado a fallar. No sólo las articulaciones estaban volviéndose menos sensibles, sino que las extremidades se habían ennegrecido y sospechaba que el hígado había comenzado a pudrirse, señal segura de que las bacterias habían empezado a morir.

--Millones de ellas multiplicándose por todo el mundo --dijo tristemente, acariciando la cabecera de la caja del número ocho--. ¿Por qué no podemos mantenerlas vivas lo suficiente para conseguir algo bueno?

Ante la tercera caja, desocupada hacía poco por el diseccionado número siete, examinó uno de los tres monitores. Las ondas cerebrales del cerebro de Marjorie Nelson, registradas durante los últimos meses que precedieron a su muerte, estaban siendo transmitidas en un bucle continuo a través de la recién instalada red neuronal. Nunca habían dispuesto de patrones de ondas cerebrales reales con anterioridad. Todos los experimentos previos, incluyendo a los números ocho y nueve, sólo habían recibido ondas alfa comunes obtenidas de ella misma y de Donald.

--Tengo grandes expectativas para ti, número diez. No hay razón para que tú... --Un bostezo hendió el pensamiento en dos y Catherine se movió con torpeza hacia la puerta, de repente exhausta. Donald se había dirigido hacia su cama una vez la parte principal de la operación había sido completada, y la doctora Burke se había marchado justo

antes de amanecer. No le importaba acabar por sí misma (le gustaba tener el laboratorio para ella, le daba una oportunidad de ocuparse de que todos los pequeños trabajos extras se hiciesen), pero si no se equivocaba, llevaba ya casi día y medio de pie y necesitaba descabezar un sueño. Un par de horas durmiendo y estaría como nueva.

Con los dedos sobre el interruptor de la luz, se detuvo en el umbral, miró atrás al laboratorio, y dijo con voz queda:

--Dulces sueños.

No eran sueños, ni llegaban a ser recuerdos, pero, fuera de la influencia de la red, las imágenes se agitaban. El rostro de una mujer joven muy cercano, cabello pálido, ojos pálidos. Su voz era tranquilizadora en un mundo donde demasiadas luces eran demasiado brillantes y demasiados sonidos sólo ruido. Su sonrisa era...

Su sonrisa era...

Los impulsos orgánicos avanzaron pesadamente a lo largo de maltrechos senderos neuronales en busca de la conexión que completaría el pensamiento.

Su sonrisa era...

Amable.

Número nueve se removió bajo sus correas.

Su sonrisa era amable.

--¿Señorita Nelson?

Vicki se volvió hacia la voz, esforzándose duramente por no poner mal gesto. Parientes y amigos de su madre circulaban por todas partes en el recibidor, todos esperando que ella mostrase lo que ellos entendían por dolor. Si no hubiese sido por la mole de Celluci a su espalda, puede que hubiera huido... de no haber sido por la rápida presa de él en torno a su muñeca, sin duda le habría dado una paliza al primo que, habiendo conducido desde Gananoque, observó que más tarde o más temprano habría sido un momento mejor, y desde luego contaba con que hubiese un refrigerio después. No conocía al hombre fornido que la llamaba.

Le tendió una mano musculosa.

--Señorita Nelson, soy el reverendo Crosbie. El pastor anglicano que suele trabajar con Hutchinson está algo indispuerto hoy, así que me pidió que lo sustituyera. --Su voz era un áspero ronroneo que subía y bajaba con la cadencia de la costa este.

Un doble mentón casi ocultaba el alzacuello eclesiástico, pero, dada la firmeza de su apretón, Vicki dudaba que todo su volumen fuera grasa.

--Mi madre no era practicante --dijo.

--Eso es algo entre ella y Dios, señorita Nelson. --Su tono logró ser natural y compasivo al mismo tiempo--. Ella quería que se leyese una misa anglicana para llevar paz a su alma, y estoy aquí para hacerlo por ella. Pero --juntó ligeramente sus pobladas cejas blancas--, como no conocía a su madre, no pretendo hablar como si fuese el caso. ¿Va a hacer su propio panegírico?

¿Iba a ponerse en pie delante de toda esa gente y hablarles sobre su madre? ¿Iba a contarles cómo su madre había renunciado a la vida a la que una mujer joven tenía derecho a fin de mantenerlas a las dos? ¿Contarles cómo su madre había intentado impedirle que aceptara su primer trabajo porque pensaba que la niñez debería durar un poco más? ¿Hablarles de su madre, un faro de visible orgullo, contemplándola mientras se graduaba en el instituto, luego la universidad, luego la academia de policía? ¿Contarles cómo después de su promoción su madre había salpicado la frase "Mi hija, la detective" en cada conversación? ¿Decirles cómo, cuando recibió el primer diagnóstico sobre sus ojos, su madre había tomado un tren a Toronto y se había negado a oír las mentiras de que todo estaba bien y no la necesitaba allí? ¿Contarles lo latosa que era y lo preocupada que estaba, y la costumbre que tenía de llamar siempre durante la ducha? ¿Contarles cómo su madre había necesitado hablar con ella y no había respondido al teléfono?

¿Decirles que su madre estaba muerta?

--No --Vicki sintió la mano de Celluci cerrándose sobre su hombro y comprendió que su voz no había sido nada clara. Tosió y escudriñó la habitación casi con pánico--. Allí. La mujer baja de guerrera caqui --señalar revelaría el temblor--. Es la doctora Burke. Mi madre trabajó para ella durante los últimos cinco años. Tal vez ella diga algo.

Unos brillantes ojos azules se enfocaron justo detrás de ella por un segundo. Fuese lo que fuese lo que el reverendo Crosbie vio en el rostro de Celluci, pareció tranquilizarlo, porque asintió y dijo con voz calma:

--Hablaré con la doctora Burke, entonces. --Su cálida mano volvió a engullir la de ella--. Tal vez usted y yo tengamos oportunidad de hablar más tarde, ¿eh?

--Tal vez.

La presa de Celluci sobre su hombro se estrechó mientras el pastor se alejaba.

--¿Estás bien?

--Claro. Estoy bien --Pero no esperaba que la creyera, así que se dijo que no era exactamente una mentira.

--¿Vicki?

Aquella era una voz que reconoció y se volvió casi ansiosamente hacia ella.

--Tía Esther. --La alta, delgada mujer abrió los brazos y Vicki se dejó envolver por ellos. Esther Thomas había sido la amiga más íntima de su madre. Habían crecido juntas, habían ido a la escuela juntas, habían sido novia y dama de honor, dama de honor y novia. Esther había estado dando clases en Ottawa desde que Vicki podía recordar, pero vivir en distintas ciudades no había disminuido la amistad.

Las mejillas de Esther estaban mojadas cuando se separaron.

--Creía que no iba a conseguirlo. --Sorbió y buscó un pañuelo--. Llevo el tanque de seis cilindros de Richard, pero están construyendo en la autopista quince. ¿Puedes creerlo? Estamos en abril. Todavía esperan que nieve. Maldición, yo... gracias. Eres Mike Celluci, ¿no? Nos vimos una vez, hará unos tres años, justo después de Navidad, cuando te dirigías a Kingston para recoger a Vicki.

--Lo recuerdo.

--Vicki... --se sonó la nariz y volvió a empezar--. Vicki, tengo que pedirte un favor. Me... me gustaría verla por última vez.

Vicki dio un paso atrás, pisando el pie de Celluci, sin darse cuenta.

--¿Verla?

--Sí. Para decirle adiós. --Las lágrimas brotaron y rodaron, y ella se limpió sin demasiado efecto--. No creo que pueda aceptar que Marjory está muerta de verdad a no ser que la vea.

--Pero...

--Sé que es un ataúd cerrado, pero creí que tú y yo podríamos entrar ahora. Antes de que empiece todo.

Vicki nunca había comprendido la necesidad de ver a los muertos. Un cadáver era un cadáver, y con los años había visto bastantes de ellos para saber que todos eran básicamente iguales. No quería

recordar a su madre de esa forma, tendida sobre la mesa del depósito, y desde luego tampoco quería recordarla preparada como un maniquí para ir bajo tierra. Pero sin duda era algo que Esther necesitaba.

--Hablaré con el señor Hutchinson --se oyó decir.

Instantes después, los tres se abrieron camino por la nave central de la capilla, el sonido de los zapatos amortiguado sobre la gruesa alfombra roja.

--Estábamos preparados para esta eventualidad --dijo el señor Hutchinson mientras se aproximaban al ataúd--. Muy a menudo, cuando la caja está cerrada, amigos y parientes todavía quieren decir un último adiós al difunto. Estoy seguro de que encontrará a su madre tal como la recuerda, señorita Nelson.

Vicki apretó los dientes como contestación.

--El servicio debe comenzar de un momento a otro --dijo él mientras abría el seguro y comenzaba a levantar la mitad superior de la tapa--, así que me temo que tendrá que... tendrá que...

Los dedos de Vicki se clavaron en el acolchado satén del borde del ataúd. En el centro de la mullida almohada se encontraba la parte de arriba de un gran saco de arena. Un rápido vistazo a los pies del ataúd sirvió para ver que un segundo saco completaba el resto del peso necesario.

Vicki se irguió, y con una voz que arrancó todo el barniz de civilización de sus palabras preguntó:

--¿Qué ha hecho con mi madre?

#### \_\_\_\_\_ 4 \_\_\_\_\_

--Probablemente sería mucho más sencillo si llevase a la señorita Nelson a casa --el detective Fergusson de la Policía de Kingston bajó un poco más la voz--. No es que no apreciemos su ayuda, sargento, pero la señorita Nelson hace un par de años que dejó la policía. No debería estar aquí, en realidad. Además, ya sabe, es una mujer. Se emocionan demasiado en momentos como éstos.

--¿Suele vérselas con ladrones de cuerpos, no? --preguntó Celluci secamente.

--¡No! --La mirada indignada del detective saltó para encontrar la de Celluci--. Nunca he tenido ninguno. Nunca.

--Ah. ¿Entonces a qué momentos se está refiriendo?

--Bueno, ya sabe. Su madre muerta. El cuerpo birlado. Todo este asunto de la funeraria. Las odio. Demasiado tranquilas. De todas formas, lo más probable es que resulte ser alguna estúpida broma de algunos cretinos de la facultad de medicina. Podría contarle un montón de historias al respecto. Lo último que necesitamos es una mujer histérica revolviendo las cosas... y sin duda tiene derecho a estar histérica considerando las circunstancias, no me malinterprete.

--¿Le parece a usted que la señorita Nelson está histérica, detective?

Fergusson se pasó una pesada mano sobre su cada vez más escaso cabello y echó un vistazo al otro lado del cuarto, donde su compañero acababa de terminar con la toma de declaraciones. Hacía unos meses, le habían dado oportunidad de manejar uno de los nuevos rifles de asalto de tecnología punta recién entregado a los chicos del SWAT. La ex detective Nelson le recordaba un montón a aquel rifle.

--Bueno, no. No exactamente histérica.

Aunque no estaba siendo amistoso con él, Celluci no dejaba en parte de comprenderlo.

--Mírelo de esta forma. Ella era una de las mejores oficiales de policía con las que he prestado servicio... o lo prestaré, seguramente. Si se queda, piense en ella como un recurso suplementario a emplear, y reconozca que debido a sus antecedentes de ninguna forma va a trastornar su modo de manejar el caso. Si se va --palmeó ligeramente al otro hombre, más viejo, en el hombro--, se lo dirá usted. Porque yo no pienso.

--¿Así son las cosas, eh?

--Así son las cosas. Sería conveniente que vaya buscando una funeraria. Créame. Seguro que todo irá mucho mejor si ella se queda.

Fergusson soltó un suspiro, luego se encogió de hombros.

--Supongo que se sentirá mejor si cree que está haciendo algo. Pero si estalla, sáquela de aquí.

--Créame, ella es mi primera preocupación. --Al contemplar a Vicki cruzando la capilla hacia él, Celluci se quedó impresionado de lo completamente bajo control que parecía. Cada músculo se movía con una severa precisión, y la intensidad de la emoción reprimida que la impulsaba la volvía aterradoramente distante. Reconoció la expresión; la había llevado puesta en el pasado cuando un caso la afectaba mucho, cuando el cuerpo se convertía en algo más que una simple

estadística, cuando se volvía personal. Superiores y psicólogos advertían a los agentes sobre esa clase de implicación, temiendo que los llevara a quemarse o no poder desconectar, pero todos eran víctimas de ello tarde o temprano. Se trataba del sentimiento que prolongaba una investigación mucho después de que la lógica dijese que había que abandonarla, el sentimiento que impulsaba las largas y en apariencia inútiles horas de trabajo agotador que de hecho permitían formular cargos. Cuando Victoria Nelson ponía esa cara, la gente se apartaba de su camino.

Llegado a este punto, habida cuenta de las circunstancias, era la última expresión que Celluci deseaba ver. Dolor, ira, incluso histeria "*...y sin duda tiene derecho a estar histérica considerando las circunstancias*", serían preferibles a la forma en que se cerraba sobre sí misma. Éste no era, no podía ser, otro caso más.

--Eh --alargó una mano y le tocó el brazo. Los músculos bajo la manga de su traje de chaqueta azul marino parecían piedras--. ¿Estás bien?

--Estoy bien.

*Si. Claro.* Era, no obstante, la respuesta esperada.

--Vamos a ver --El mayor de los señores Hutchinson se inclinó sobre su asiento, colocando sus antebrazos justo encima del secante gris marengo que defendía su escritorio, y entrelazando los dedos--. Les aseguro que tendrán nuestra absoluta cooperación para aclarar este desafortunado incidente. En todos los años que la Funeraria Hutchinson lleva sirviendo a las necesidades de la gente de Kingston, nunca ha ocurrido algo tan horrible. Señorita Nelson, créame cuando le digo que cuenta con todo nuestro apoyo y que haremos todo cuanto esté en nuestra mano para subsanar esta situación.

Vicki se limitó a asentir rígidamente, del todo consciente de que si abría la boca no sería capaz de cerrarla de nuevo. Quería arrebatarse el caso a la policía de Kingston, formular las preguntas, averiguar a partir de todos los pequeños detalles la identidad del canalla que había osado profanar el cuerpo de su madre. Y una vez identificado...

Sabía que Celluci estaba vigilándola, sabía que temía que empezase a exigir respuestas, sin hacer caso alguno a la policía local. No tenía intención de hacer algo tan claramente estúpido. Dos años sin insignia le habían enseñado el valor de la sutileza. Trabajar con



Henry le había enseñado que la justicia con frecuencia era más fácil de hallar fuera de la ley.

--Muy bien, señor Hutchinson. --El detective Fergusson comprobó sus notas y removi6 su mole adoptando una postura m6s c6moda en la silla--. Ya hablamos con su conductor y con su sobrino, el otro se6or Hutchinson, as6 que empecemos a partir de la llegada del cuerpo.

--Se6orita Nelson, puede que encuentre esto angustioso...

--La se6orita Nelson pas6 cuatro a6os como detective de homicidios en Toronto, se6or Hutchinson. --Aunque pod6a tener sus propias reservas acerca de que ella estuviera all6, Fergusson no estaba dispuesto a que un extra6o juzgara a un ex miembro del club--. Si dice algo que la aflija, lo soportar6. Bien, el cuerpo lleg6...

--S6, bueno, despu6s de que llegara, la difunta fue llevada abajo, a nuestra sala de preparaci6n. Aunque no iba a ser vista, su acuerdo con nosotros dej6 bastante claro que iba a ser embalsamada.

--¿No es eso raro? ¿Ser embalsamada para no ser vista?

El se6or Hutchinson sonri6, formando las profundas arrugas a lo largo de su rostro amables par6ntesis.

--No, en realidad no. Algunas personas deciden que, si bien no desean ser contempladas despu6s de la muerte, s6 desean, bueno, lucir lo mejor posible. Y muchos comprenden, como sucedi6 en este caso, que amigos y parientes querr6n echar un 6ltimo vistazo a pesar de todo.

--Entiendo. ¿As6 que el cuerpo fue embalsamado?

--S6, mi sobrino se ocup6 de la mayor parte del proceso. Realiz6 la desinfecci6n, masaje6 el tejido para sacar la sangre encharcada de las extremidades, dispuso las facciones, dren6 el cuerpo e inyect6 el fluido embalsamados perfor6 los 6rganos internos con el trocar...

Fergusson se aclar6 la garganta.

--No hay, eh, necesidad de entrar en tanto detalle.

--Oh, lo siento. --El se6or Hutchinson enrojeci6 un poco--. Cre6a que quer6a 6irlo todo.

--S6. Pero...

--Se6or Hutchinson --Vicki se ech6 hacia delante--. Esa 6ltima palabra que emple6, trocar, ¿de qu6 se trata?

--Bien, se6orita Nelson, es un largo tubo de acero, hueco, sabe, y bastante puntiagudo, muy cortante. Lo usamos para extraer los fluidos corporales e inyectar un l6quido conservador muy, muy astringente en las cavidades.

--Su sobrino no lo mencion6.

--Bueno --el anciano sonrió tímidamente--, puede que él estuviera tratando de ser un poco más escueto. Yo tiendo a seguir divagando un poco si no se me disuade.

--Dijo --le miró a los ojos y mantuvo la mirada-- que acababa de sellar la incisión en la vena yugular cuando le llamaron del piso de arriba.

El señor Hutchinson sacudió la cabeza.

--No. Eso no es posible. Cuando bajé a terminar, pues la chica joven de la oficina era de lo más insistente en hablar con David, la punta del trocar ya estaba metida en el abdomen, obturando la entrada de la herida.

El silencio de las conclusiones al ser sacadas llenó la pequeña oficina.

--Creo --dijo lentamente el detective Fergusson-- que sería mejor que volviéramos a hablar con David.

David Hutchinson repitió lo que había declarado con anterioridad. Hutchinson tío parecía confuso.

--Pero si tú no aspiraste el fluido de la cavidad, y yo desde luego no lo hice, ¿entonces quién?

Hutchinson sobrino separó las manos.

--¿Chen?

--Tonterías. Está aquí sólo para observar. No sabría cómo.

--¿Se refiere a Tom Chen?

Los dos Hutchinson asintieron.

--Antes de ser aceptado en un programa para convertirte en director de funeraria --explicó el más joven--, tienes que pasar cuatro semanas de observación en una. Es un trabajo que no puede hacer cualquiera. De todas formas, Tom ha estado con nosotros durante los últimos dos meses y medio. Estaba en el cuarto mientras yo preparaba el cuerpo. Ayudó un poco. Hizo un par de preguntas...

--Y estaba en el cuarto cuando yo bajé para acabar. Pareció dar a entender sin duda que tú habías hecho la aspiración, David.

--Bueno, pues no la hice.

--¿Estás seguro?

--¡Sí! --La palabra cuarteó la tranquila reserva que ambos hombres habían sido entrenados para mostrar, y los dos ofrecieron idénticas expresiones de desasosiego al oficial de policía sentado del otro lado del escritorio.

--¿Y dónde se encuentra Tom Chen?

--Por desgracia, no está aquí. Trabajó el fin de semana --explicó

el más viejo de los Hutchinson, recobrando el control--. Así que, cuando me pidió el día libre, no vi nada malo en dárselo.

--Hmmm. Jamie...

El compañero de Fergusson asintió y abandonó en silencio el cuarto.

--¿Adónde va?

--Va a ver si podemos tener una conversación con el señor Chen. Pero por ahora --Fergusson se echó hacia atrás y dio golpecitos sobre su cuaderno de notas con el lápiz--, olvidémonos de quién hizo la aspiración, ¿eh? Cuénteme qué sucedió después.

--Bueno, eso es lo que iba a hacer. Vestimos el cuerpo, lo maquillamos un poco, sólo por si acaso, lo colocamos en la caja y bien, lo dejamos allí. Toda la noche. Esta mañana, llevamos el ataúd escaleras arriba a la capilla.

--¿Sin comprobar el contenido?

--Nunca ha ocurrido nada con el contenido antes --declaró el más joven de los Hutchinson a la defensiva.

--Debe de haber tenido lugar durante la noche --dijo su tío moviendo una fatigada cabeza--. Una vez el ataúd está en el piso de arriba, no hay forma de que nadie pueda llevarse el cuerpo sin ser visto.

--No hay señales de que forzaran la entrada --se dijo Fergusson en voz alta--. ¿Quién tiene llaves?

--Bueno, nosotros, por supuesto. Y Christy Aloman, que hace todos nuestros papeles y ha estado en la compañía durante años. Y, desde luego, hay un manojo de repuesto aquí, en mi cajón. Qué extraño. --Abrió un segundo cajón y un tercero--. Ah, aquí están.

--¿No están donde suele guardarlas?

--No. ¿No pensará que alguien las cogió e hizo copias, no, detective? --El detective Fergusson echó un vistazo sobre su hombro al rincón donde Vicki y Celluci estaban sentados y alzó una elocuente ceja. Luego suspiró--. Intento no pensar, señor Hutchinson. Suele ser demasiado deprimente.

--Muy bien --Celluci giró por División Street, una mano palmeando el volante, la otra asiendo el aire para dar mayor énfasis--. ¿Por qué robaría Tom Chen el cuerpo?

--¿Y yo qué demonios sé? --gruñó Vicki--. Cuando lo

encontremos, se lo preguntaré.

--No sabes si ha tenido algo que ver.

--¿No? Hablamos de alguien con una dirección falsa y desaparecido por completo la mañana después del delito... eso lo incrimina sin la menor duda.

--Por supuesto.

--Por no mencionar el lio sobre si lo-hicimos-o-no-lo-hicimos que tuvo lugar en el cuarto de embalsamamiento. La chica que insistía en hablar con Hutchinson sobrino probablemente era una distracción planeada.

--El detective Fergusson y su compañero están investigándolo.

Vicki se volvió hacia él mientras paraban junto al aparcamiento del bloque de apartamentos.

--¿Y qué?

--Que les dejes hacer su trabajo, Vicki. --Celluci aparcó y buscó en la trasera la bolsa de pollo para llevar--. Fergusson prometió mantenerte informada de todo.

--Bien. --Ella salió del coche y anduvo a grandes pasos hacia el edificio, los tacones de sus zapatos resonando de forma decidida sobre la grava--. Eso hará mi labor más fácil.

--¿Y cuál es tu labor? --Tenía que preguntar. No lo necesitaba, pero tenía que hacerlo.

--Encontrar a Tom Chen.

Celluci dio tres largas zancadas para ponerse a su altura, y luego una más para adelantarse y abrir de un tirón la puerta del bloque de apartamentos.

--Vicki, ¿te das cuenta de que Tom Chen, el nombre, la persona, el ladrón de cuerpos, probablemente sea tan falso como su dirección. ¿Cómo demonios vas a encontrarlo?

--Cuando lo encuentre... --Su voz hizo del hallarlo un hecho en vez de una posibilidad, y Celluci tuvo la enorme sospecha de que no había escuchado una sola palabra de lo que había dicho-- encontraré el cuerpo de mi madre.

--Menuda mala suerte.

Catherine frunció el ceño mientras desabrochaba las correas del número nueve y retrocedió un paso para que pudiera salir de su caja.

--Supongo que sí --dijo dubitativamente--, pero en realidad no

tiene nada que ver con nosotros.

--Sí, claro --resopló Donald--. Tierra a Cathy: intenta recordar que somos los únicos que robamos el cadáver que están buscando. Intenta recordar que robar cadáveres es un delito. --Su voz se alzó--. ¡Intenta recordar que toda la investigación realizada se irá a tomar por culo si arrojan nuestro trasero a la cárcel! --Saltó hacia atrás cuando de pronto el número nueve se tambaleó hacia él--. ¡Eh! ¡Largo!

--¡Deja de gritar! No le gusta. --Catherine cogió un brazo del no muerto. Fueron precisos otros dos pasos para que captara la presión de sus dedos, pero cuando lo hizo, número nueve se detuvo obediente--. Está bien --dijo ella suavemente--. Está bien.

--¡No está bien! --Donald gesticuló alzando ambas manos en el aire y se giró con rapidez para mirar de frente a la doctora Burke--. Dígaselo, doctora. ¡Dígale que no está bien!

La doctora Burke alzó la vista del patrón de ondas alfa ondulando a través del monitor.

--Donald --suspiró--, creo que estás exagerando.

A él se le saltaron los ojos.

--¡Exagerando! Trate de recordar que yo soy el único al que pueden identificar!

--No, no lo eres. --Aunque no precisamente tranquilizador, el tono de la doctora Burke era tan natural que tuvo el mismo efecto--. Pueden identificar a Tom Chen, no a Donald Li. Pero como Tom Chen no existe y no hay nada que lo relacione con Donald Li, creo que podemos dar por sentado que estás a salvo.

--Pero conocen mi aspecto. --Su protesta se había apagado hasta convertirse en casi un gañido.

--Sí, el personal de la funeraria podría reconocerte en una rueda de sospechosos, pero te garantizo personalmente que el asunto nunca llegará tan lejos. ¿Qué clase de descripción pueden ofrecer a la policía? Un varón oriental joven; un metro sesenta y cinco; pelo corto y oscuro; ojos oscuros; afeitado... --La doctora Burke volvió a suspirar--. Donald, hay cientos de estudiantes sólo en esta universidad que encajan con esa descripción, sin tener en cuenta el resto de la ciudad.

Donald la miró enfurecido.

--¿Está diciendo que todos parecemos iguales?

--Tan iguales como los varones jóvenes occidentales de un metro setenta y dos, cabello corto y moreno, ojos claros, afeitados, de los cuales hay también cientos en esta universidad. Estoy diciendo que la policía nunca dará contigo. --Se inclinó sobre el electrocardiograma--.

Únicamente evita salir durante unos días y todo irá bien.

--Evita salir. De acuerdo. --Anduvo de un lado a otro de la habitación, desenvolviendo una barrita de chocolate que había sacado del bolsillo de su chaqueta--. Fui un idiota sobresaliente al dejarme persuadir. Sabía que esto iba a ser un problema, desde el mismo principio.

--Sabías --corrigió la doctora Burke, enderezándose-- que esto iba a hacernos ganar un montón de dinero, desde el mismo principio. Que las aplicaciones del trabajo que estamos haciendo son infinitas y las implicaciones asombrosas. Que podríamos estar hablando del premio Nobel...

--No dan el premio Nobel a los ladrones de cuerpos --hizo notar Donald.

La doctora Burke sonrió.

--Sí cuando han vencido a la muerte --dijo--. ¿Sabes lo que la gente estaría dispuesta a hacer por la información que estamos descubriendo?

--Bueno, sé lo que yo he hecho por ella. --Donald contempló cómo Catherine guiaba al número nueve a través del laboratorio hasta una silla. Hacía sólo semanas, el ex vagabundo había yacido sin ser reclamado sobre una losa. *Y ahora, si la muerte no habla sido anulada, bueno, si que había recibido una patada en la boca--*. Escuche, ¿por qué esperar más? Con los trucos que las bacterias de Cathy hacen ya, por no decir nada de la interconexión cerebro-ordenador del viejo número nueve, podríamos llevarnos fácilmente el premio en este momento.

--Hemos discutido esto, Donald. Si publicamos antes de terminar, nunca nos permitirán hacerlo.

--El gobierno --objetó Catherine-- no tiene ningún derecho a regular la ciencia.

Donald pasó de los severos rasgos de la doctora a contemplar la obstinada mirada de su compañera de posgrado.

--¡Eh! Estoy del mismo lado, ¿recordáis? Quiero mi parte de los beneficios, por no mencionar una posibilidad de premio Nobel. Lo que no quiero es que arrojen mi trasero tras los barrotes donde algún miserable con aspecto de gorila me haga inclinarme y meta...

--Ha quedado claro, Donald, pero sinceramente dudo que la policía vaya a dedicar tanto esfuerzo a encontrar al joven señor Chen. Muy pronto, tendrán lugar afrentas sobre cuerpos vivos que necesitarán su atención.

--¿Sí? ¿Bueno, y qué hay de esa Vicki Nelson, la hija? He oído decir que es todo un apestoso culo inquieto.

La doctora Burke bajó las cejas.

--Si bien encuentro esta súbita afición tuya a las referencias escatológicas desagradable, tienes razón. La señorita Nelson no sólo fue antes detective de la policía, sino que ahora es investigadora privada, y, según todos los informes, no es la clase de persona que se rinde fácilmente. Por suerte, existe tan poca información para ella aquí como para la policía, y aunque podría llevar más tiempo desanimarla, a pesar de eso no encontrará nada porque hemos sido muy cuidadosos de no dejar nada para que lo encuentre. ¿No es así?

--Bueno, sí.

--Entonces deja de preocuparte. Fue mala suerte que decidiesen abrir el ataúd, pero dista mucho de ser el desastre en que lo estás convirtiendo. ¿No tenéis una tutoría esta tarde?

--¿No decía que quería que no saliese?

--Quiero que te comportes justo como sueles hacerlo.

Sonrió burlón, incapaz de preocuparse por nada durante mucho tiempo.

--¿Es decir, mal?

La doctora Burke movió la cabeza y medio sonrió.

--Vete.

Él se marchó.

--¿Corre algún peligro, doctora Burke?

--¿No acabo de decir que no?

--Sí, pero...

--Catherine, nunca le he mentado a Donald. Mentir es la forma más fácil de perder la lealtad de tus compañeros.

Poco convencida al parecer, Catherine se mordió el labio inferior.

La doctora Burke soltó un suspiro.

--¿Acaso no te prometí --dijo amablemente-- cuando acudiste a mí, que me encargaría de todo? ¿Que me ocuparía de que pudieras trabajar sin interferencias? ¿Acaso no he cumplido mi promesa?

Catherine se soltó el labio y asintió.

--Así que no necesitas preocuparte de nada salvo tu trabajo.

Además, la dedicación de Donald a la ciencia no es tan fuerte como la nuestra --acarició la caja de aislamiento que contenía los restos de Marjorie Nelson--. Ahora, entonces, si pudieses montar las secuencias musculares, sería mejor que volviese a mi despacho. Con la señora Shaw en casa a causa de la histeria, Dios sabe lo que estará pasando

allí.

Sola en el laboratorio, Catherine lo atravesó despacio hasta el teclado y se sentó, clavando una pensativa mirada en el monitor por unos momentos. *La dedicación de Donald a la ciencia no es tan fuerte como la nuestra.* Ella siempre lo había sabido. Lo que apenas estaba empezando a comprender era que tal vez la dedicación de la doctora Burke a la ciencia no era tan fuerte como podría serlo tampoco. Aunque siempre había escuchado un montón de discursos sobre la pureza de la investigación, ésta era la primera que oía hablar de infinitas aplicaciones y reparto de ganancias.

Bajo párpados que habían perdido la flexibilidad precisa para abrirse o cerrarse por completo, ojos velados seguían cada uno de sus movimientos.

Número nueve se sentó sin hacer ruido, contento por el momento de hallarse fuera de la caja.

Y con ella.

--Entonces, ¿cómo se encuentra?

Celluci salió del apartamento y empujó la puerta a medio cerrar detrás de él.

--Tirando.

--Humm. Tirando. Algo terrible le ha sucedido y todo lo que puede decir es que va tirando. --El señor Delgado sacudió la cabeza--. ¿Ha llorado?

--No mientras he estado con ella, no. --Le supuso un esfuerzo, pero Celluci consiguió no estar resentido por la preocupación del anciano.

--Ni en ningún otro momento tampoco, estoy seguro. Llorar es para los débiles; ella no lo es, así que no llora --se golpeó con un retorcido puño en el pecho--. Lloré como un bebé... como un bebé, le digo... cuando mi Rosa murió.

Celluci movió la cabeza lentamente en señal de entendimiento.

--Yo lloré cuando mi padre murió.

--¿Celluci? ¿Italiano?

--Canadiense.



--No se haga el listillo. Nosotros, mi Rosa, el joven Frank y yo, vinimos desde Portugal justo después de la Segunda Guerra Mundial. Yo era soldador.

--La familia de mi padre vino justo antes de la guerra. Él era fontanero.

--¿Ve? --El señor Delgado levantó ambas manos--. Y si los dos podemos llorar, ¿no cree que ella podría soltar una o dos lágrimas sin perder hombría?

La voz de Vicki llegó flotando hasta el vestíbulo.

--¿Señor Chen? Tal vez pueda ayudarme, estoy buscando a un joven, de poco más de veinte años, llamado Tom Chen...

El señor Delgado se encogió de hombros.

--Pero no. Ninguna lágrima. Se guarda el dolor dentro. Escuche lo que le digo, oficial Celluci. Cuando ese dolor salga por fin, va a desgarrarla en pedazos.

--Estaré allí con ella. --Intentó no sonar a la defensiva (la incapacidad de Vicki para hacer frente a aquello no era culpa de él), pero no lo consiguió del todo.

--¿Qué hay del otro tipo? ¿Estará él allí también?

--No lo sé.

--Humm. ¿No es asunto mío? Bueno, puede que no. --El anciano suspiró--. Es duro cuando no hay nada que hacer para ayudar.

Celluci devolvió el suspiro.

--Lo sé.

De vuelta al interior del apartamento, se apoyó contra la puerta cerrada y observó a Vicki arrojando la guía telefónica de Kingston al otro lado del cuarto.

--¿No ha habido suerte?

--Así que su número no aparece en la guía, ni tiene familia en la ciudad --se subió el puente de las gafas de un golpe--. Es probable que sea un estudiante. Que viva en una residencia. Lo encontraré.

--Vicki... --tomó aliento y lo soltó despacio--. Estás buscando un nombre falso. Cualquiera con la cabeza necesaria para llevar a cabo lo que ha hecho, también la tiene para obrar bajo un alias. --Que tuviera que seguir diciéndoselo era una aterradora indicación de cuán profundamente había sido afectada tanto por la muerte como por la pérdida del cuerpo. Se trataba de una conclusión a la que cualquier cadete de policía de primer año llegaría, y nunca debería habersele explicado a Victoria Nelson--. Tom Chen es...

--¡Todo lo que tenemos! --Un músculo tembló en su mandíbula

mientras escupía las palabras sobre él--. Es un nombre. Es algo.

*No es nada.* Pero él no lo dijo porque detrás del desafío podía escuchar la desesperada necesidad de ella de algo a lo que agarrarse. *Supongo que tendría que estar contento de que se aferré a esto en vez de a Fitzroy.* ¿Qué había de malo en estar de acuerdo con ella? Al menos los mantendría juntos y, en su momento, podría ser que decidiera aferrarse a él.

--De acuerdo, si vive en una residencia, ¿dónde guarda... --no a *tu madre*. Tenía que haber una forma mejor de llamarla-- el cuerpo?

--¿Cómo diablos voy a saberlo? Lo primero que haré mañana será hacerme con las listas de matrícula de la universidad.

--¿Cómo? --Celluci cruzó el cuarto y se dejó caer sobre el sofá--. No tienes una orden ni puedes conseguirla. ¿Por qué no dejas que la policía local se ocupe de eso? El detective Fergusson parece creer que se trata de estudiantes de medicina, así que seguro que inspeccionará la universidad.

--¿Y qué? No me importa lo que inspeccione el detective Fergusson. No me importa si todo el puto cuerpo de policía investiga el caso. --Se puso de pie y anduvo pisando con fuerza por la minúscula cocina--. Voy a dar con ese hijo de puta, y cuando lo haga le...

--¿Le harás qué? --Se levantó del sofá y se precipitó al interior de la cocina tras ella, olvidando por el momento que Tom Chen era un nombre y nada más--. ¿Por qué quieres encontrar a ese tipo antes que la policía? ¿Para poder darte el gusto de tomarte un poco la justicia por tu mano? --Aferrándola por el hombro, la hizo girarse hasta quedar de frente, pasando ambos por alto el café que describió un arco hacia arriba, brotando de la jarra en su mano--. Hice la vista gorda el otoño pasado porque no había forma de llevar a Mark Williams ajuicio sin causar más daño de lo que valía. ¡Pero éste no es el caso! ¡Deja que la ley se encargue de esto, Vicki!

--¿La ley?

--Sí, ¿recuerdas?, lo que juraste defender.

--No me jodas, Celluci. Sabes exactamente cuánto personal va a poder asignar la ley a esto. ¡Voy a encontrarlo!

--Muy bien. ¿Y luego?

Ella cerró los ojos por un segundo, y cuando los abrió de nuevo se habían tornado sombríos, inescrutables.

--Cuando lo encuentre, va a desear no haber puesto nunca un dedo sobre el cuerpo de mi madre.

El tono tranquilo, carente de emoción, hizo bailar cuchillos por la

columna de Celluci. Sabía que estaba hablando así a causa del dolor. Sabía que quería decir cada palabra.

--Esto es culpa de Fitzroy --gruñó--. Él te enseñó a tomarte la justicia por tu mano.

--No le echés la culpa a Henry de esto. --Su tono dio paso a la advertencia--. Asumo la responsabilidad de mis propias acciones.

--Lo sé --Celluci suspiró, de pronto muy, muy cansado--. Pero Henry Fitzroy...

--No sabe de qué estás hablando. --La calmada voz procedente del umbral tiró de los dos, haciéndolos volverse. Henry miró a uno y otro y luego se acomodó sobre una silla de cocina--. ¿Por qué no me contáis qué es lo que va mal?

Henry clavó la mirada en Celluci con cierto estupor.

--¿Por qué demonios crees que yo tendría que conocer la razón por la que el cuerpo ha desaparecido?

--Bien, eres... lo que eres. --Podría haberlo dicho, pero Celluci todavía no iba a hacerlo. No sin rodeos--. Es la clase de cosa sobre la que deberías saber, ¿no?

--No. No lo es --se volvió hacia Vicki--. Vicki, lo siento mucho, pero no tengo idea de por qué alguien hoy día, en esta era, debería robar cuerpos.

Ella se encogió de hombros. En realidad no le importaba por qué, todo lo que quería saber era quién.

--A no ser que no se tratase de un robo de cadáveres. --Celluci frunció el ceño, cambiando la dirección de sus pensamientos hacia una nueva y no muy agradable idea.

Los ojos de Henry se entrecerraron.

--¿Qué quieres decir?

--Supón que el cuerpo de Marjory no fue robado. --Hizo una pausa, elaborando la reflexión--. Supón que se levantó y salió de allí caminando.

La jarra de café de Vicki se estrelló contra el suelo, haciéndose añicos.

--¡Estás loco! --saltó Henry.

--¿Lo estoy? --Celluci golpeó con violencia con ambas palmas sobre la mesa y se inclinó hacia delante--. Hace un año, un gilipollas

intentó sacrificar a Vicki a un demonio. Vi a ese demonio, Fitzroy. El verano pasado, me encontré con una familia de hombres lobo. En otoño, salvamos al mundo de la maldición de la momia. Esta vez puede que haya sido algo torpe, pero últimamente he llegado a creer que existe un jodido montón de cosas que están teniendo lugar en este mundo de las que la mayoría de la gente no sabe una mierda. Tú existes; ¡dime por qué Marjory no podría haberse levantado y haber salido de allí caminando!

--¿Henry?

Henry negó con la cabeza y cogió una de las manos de Vicki con la suya.

--La embalsamaron, Vicki. No hay nada que pueda sobrevivir a eso.

--Puede que no lo hicieran. --Sus dedos se volvieron aferrándose a él--. Estaban confundidos sobre el resto. Puede que no lo hicieran.

--No, Vicki, lo hicieron. --Celluci la tocó suavemente en el brazo, preguntándose por qué no podía aprender a mantener su gran boca cerrada. Había olvidado lo del embalsamamiento--. Lo siento. Debería haberlo pensado antes. Él tiene razón.

--No. --Había una posibilidad. No podía dejarla esfumarse--.

¿Henry, podrías averiguarlo?

--Sí, pero...

--Entonces ve. Compruébalo. Sólo por si acaso.

--Vicki, te aseguro que tu madre no se ha alzado...

--Henry. Por favor.

Éste miró a Celluci, que se encogió de forma casi imperceptible de hombros. *Tú decides*, decía el movimiento. *Siento haber empezado esto*. Henry asintió con la cabeza en dirección al detective, aceptada la disculpa, y soltó la mano de Vicki mientras se ponía en pie. Ella había pedido su ayuda. Se la daría. Algo tan sencillo de hacer le brindaría al menos un poco de tranquilidad de espíritu.

--¿Sigue el ataúd en la funeraria?

--Sí. --Ella empezó también a levantarse, pero el movió la cabeza.

--No, Vicki. Lo último que necesitas ahora mismo es que te coja la policía mientras fuerzas la entrada. Si están vigilando el lugar, puedo evitarlos de formas que tú no puedes.

Vicki se subió las gafas y se reclinó sobre su silla, aceptando su argumento pero en absoluto contenta de hacerlo.

--Si pensara que sugieres esto sólo para quitarme de en medio

--dijo Henry en voz baja a Celluci ante la puerta mientras se guardaba

en el bolsillo la dirección--, no estaría muy complacido.

--Pero no lo piensas --replicó Celluci, con voz igual de baja--. ¿Por qué no?

Henry alzó la vista para mirarle a los ojos y esbozó una sonrisa.

--Porque reconozco a un hombre honorable cuando lo encuentro.

*Un hombre honorable.* Celluci echó el cerrojo al irse su rival y dejó que su cabeza se apoyara contra la moldura de la puerta. *Maldición, ojalá dejara de hacer eso.*

Si el embalsamamiento se había llevado a cabo, sacando la sangre y sustituyéndola por una solución química destinada a desinfectar y conservar, a disuadir a la vida en lugar de apoyarla (y de acuerdo con los informes de Vicki y Celluci, el más joven de los Hutchinson estaba seguro de haberlo hecho), entonces no había forma de que Marjory Nelson se hubiese alzado para cazar en la noche. La manera en la que había muerto tampoco apuntaba a dicho cambio.

Henry aparcó el BMW y clavó la mirada en la oscuridad por un instante, cien por cien seguro de que no hallaría nada en la funeraria que la policía no hubiese encontrado ya. *Pero no voy a buscar información, voy por Vicki.* Dejándola que pase la noche sola con Michael Celluci.

Agitó la cabeza y salió del coche. Si Celluci se aprovechaba o no de ese tiempo era irrelevante: Vicki había excluido de su vida todo salvo la necesidad de hallar a la persona o personas que habían cogido el cuerpo de su madre, y la necesidad de ser consolada había sido enterrada con la pena que se había negado a admitir. Puesto que la amaba, no le mentiría. Iría a la funeraria, descubriría lo que ya sabía y la dejaría suprimir una posible explicación más allá de duda alguna.

Pero primero, tenía que alimentarse.

Vicki no había tenido energía suficiente y, aunque se había visto tentado de probar su poder con Celluci, aquélla era una tentación a la que hacía mucho había aprendido a resistirse. Además, alimentarse requería una intimidad que aún no deseaba existiera entre ellos, y alimentarse de Celluci implicaría sutilezas para las que no tenía tiempo.

La cabeza vuelta al viento, examinó el aire de la noche. A menos de una manzana detrás de él, un perro rompió en una frenética

protesta. Henry no le hizo caso; no tenía ningún interés en el territorio que reclamaba. Allí. Las ventanas de su nariz se abrieron mientras captaba un olor, se hacía con él, y comenzaba a seguirlo hasta su origen.

La ventana abierta estaba en el segundo piso. Henry llegó hasta ella fácilmente, convirtiéndose durante aquel instante en sólo otra sombra moviéndose contra la pared de la casa, desplazándose demasiado rápido para que ojos mortales procesaran lo que veían. El biombo no fue ningún obstáculo.

Se movió tan despacio que los dos hombres jóvenes sobre la cama, la piel empapada en sudor, respirando con idéntica y atormentada cadencia, no supieron que estaba allí hasta que él se lo permitió. El rubio lo vio primero y logró emitir una exclamación inarticulada antes de caer en el lazo del Cazador. Advertido, el otro se abalanzó, blandiendo en alto un musculado brazo.

Henry dejó que la muñeca golpeará contra su palma, luego cerró los dedos y sonrió. Sumido en los abismos de sus ojos color avellana, el joven tragó saliva y empezó a temblar.

La cama se hundió bajo el peso de un tercer cuerpo.

Se convirtió en una prolongación de su pasión, que rápidamente creció y aumentó estallando por fin, espoleando terminaciones nerviosas hasta que los simples mortales se perdieron en su ardiente gloria.

Partió igual que llegó. Por la mañana, encontrarían que el cierre del biombo había sido roto y no tendrían ni idea de cuándo había sucedido. El único recuerdo de su participación los mantendría tratando, noche tras noche, de recrear lo que les había brindado. Les deseó que gozaran en el intento.

El ataúd no había sido movido de la capilla. Henry lo observó con disgusto. No podía entender por qué habían cubierto la madera con una tela azul grisácea, lo mismo que no entendía la necesidad de venerar carne inane en caras y hermosas cajas, cerradas herméticamente y protegidas de la putrefacción. En su época, era la ceremonia del entierro lo que había sido importante, el luto, las manifestaciones de dolor, el largo y complicado adiós. Se levantaban imponentes monumentos a los muertos de forma que la gente pudiera apreciarlos, en vez de sepultarlos para dar gusto a los gusanos. *¿Qué*

*había de malo*, se preguntaba, acercándose más, *en una caja de madera lisa*? Él había sido enterrado en una caja de madera lisa.

Se habían llevado los sacos de arena, pero su huella aún podía apreciarse en la almohada de satén. Sacudió la cabeza y se inclinó hacia delante. No había consuelo para los muertos, y no podía entender que negarlo consolara a los vivos.

De pronto, vaciló. La última vez que se había asomado a un ataúd que no debería haber estado vacío, casi había perdido su alma. Pero el anciano hechicero egipcio que se hacía llamar Anwar Tawfik nunca había estado muerto, y Marjory Nelson con toda seguridad sí. Estaba comportándose como un estúpido.

Había un atisbo de la madre de Vicki en el interior. Había pasado el día rodeado de su aroma y reconoció con facilidad el rastro que seguía adherido al tejido bajo la pátina de olor resultante de la investigación del día. Al enderezarse, estaba seguro de que fuese lo que fuese lo que había hecho en su vida, o en su muerte, Marjory Nelson no se había levantado como uno de los de su clase.

Pero había *algo*.

Con el paso de los siglos, había respirado el perfume de la muerte en todas sus múltiples variantes, pero aquella muerte, aquella tenue traza que se adhería al interior de nariz y boca... aquella muerte no la conocía.

## 5

--¡Doctora Burke, mire esto! ¡Estamos captando sin duda alguna patrones de ondas cerebrales independientes!

--¿Estás segura de que no son sólo ecos de las que hemos estado suministrando?

--Completamente segura --Catherine golpeó levemente la hoja impresa con una uña roída--. Mire este pico aquí. Y aquí.

Donald se inclinó sobre el hombro de la doctora y echó una ojeada a la ancha tira de papel.

--Eructos electrónicos --declaró, irguiéndose--. Y después de treinta horas de ésta-es-tu-vida, no me sorprende.

--Puede que tengas razón, Donald. --La doctora Burke rozó cada

pico, con una sonrisa formándose en las comisuras de los labios—. Por otra parte, podría ser que realmente tengamos aquí algo. Catherine, creo que deberíamos abrir la caja de aislamiento.

Ambos estudiantes de posgrado se movieron nerviosos mirando a su asesora.

--Pero es demasiado pronto --protestó Catherine--. Les hemos estado dando a las bacterias un mínimo de setenta y dos horas.

--Y no ha sido del todo acertado --la interrumpió la doctora Burke--. ¿Y ahora sí? Perdimos al número siete, el número ocho está comenzando a pudrirse, y según las muestras de esta mañana, incluso el número nueve no ha empezado la regeneración celular del tejido muscular. Lo cerca del desastre que estuvimos con el número cinco nos confirmó que no podemos proseguir con el aislamiento durante mucho más de setenta y dos horas, así que veamos qué ocurre cuando lo acortamos.

Catherine pasó la mano sobre la curva superficie de la caja.

--No sé...

--Además --continuó la doctora--, si estos picos indican actividad cerebral independiente, entonces más tiempo en lo que en esencia es una cámara de privación sensorial muy probablemente...

--Suéltalos.

Las dos mujeres se volvieron.

--Poco elegante, Donald, pero en esencia correcto.

Unos ojos pálidos escrutaron el cuadro de conexiones: monitores y lecturas digitales y un único cuadrante.

--Bien, salvo por la continua entrada de ondas alfa, en realidad no está haciendo nada ahí dentro --admitió Catherine, de forma pensativa.

La doctora Burke soltó un suspiro y decidió, de momento, atenerse a la terminología de Catherine.

--Exactamente lo que pensaba. Donald, ¿te importa hacer los honores? Catherine, no lo pierdas de vista, y si hay algún cambio, apúntalo.

El sello se abrió suspirando, el olor a formaldehído en el aire rico en oxígeno que escapaba seguramente una ilusión, y la pesada tapa se alzó en silencio sobre sus contrapesos. El cuerpo de Marjory Nelson yacía desnudo e inerte sobre lo que había sido una almohadilla estéril, con enormes cicatrices moradas cosidas con puntos. El cabello, volviéndose ya quebradizo, se desprendía de las grapas que mantenían la parte superior del cráneo en su sitio. Había un débil olor



a cosméticos de entierro que pintaban un rubor artificial en los prominentes pómulos de la máscara mortuoria.

En su puesto junto a los monitores, Catherine frunció el ceño.

--No estoy segura. Podría ser una conexión suelta. Doctora Burke, ¿podría por favor comprobar la toma?

Poniéndose de prisa un par de guantes quirúrgicos, la doctora Burke se inclinó y alargó la mano para hacer rodar la cabeza un poco a la izquierda.

Los ojos azul grisáceo se abrieron de golpe.

--¡Santo cielo! --Donald saltó hacia atrás, chocó con la caja del número nueve y se agarró a ella en busca de un apoyo.

La doctora Burke se quedó inmóvil, con una mano casi meciendo la línea de la mandíbula.

Un segundo. Dos segundos. Tres segundos. Una eternidad.

Tan de repente como se habían abierto, los ojos se cerraron.

No pudiendo ver el cuerpo debido a los aparatos, Catherine pasó por alto el arrebató de Donald (en su opinión, se producían demasiado a menudo para significar nada) y suspiró.

--Es sólo una sacudida. Puede que sea algo en el cable.

--¡En el cable! --El estetoscopio colgado del cuello de Donald describió un enloquecido arco--. No ha sido una sacudida, colega, sino reconocimiento.

--¿Qué? --Catherine se puso en pie de un salto y alternó la mirada de Donald a la doctora Burke--. ¿Qué ha ocurrido?

--¡Abrimos la tapa, ella abrió los ojos, y bum! --Donald asestó un puñetazo al aire--. Sólo por un instante, supo a quién tenía sobre ella. ¡Te digo, Cathy, que reconoció a la doctora Burke!

--Tonterías. --La doctora Burke comprobó el implante con calma antes de enderezarse--. Fue una reacción involuntaria a la luz. Nada más. --Los guantes fueron arrojados a la basura--. Desconecta el suplemento de oxígeno, sólo disponemos de tres tanques llenos y no estoy segura de cuándo podremos conseguir más de los suministros del departamento; y haz una comprobación completa de los aparatos. Toma las muestras habituales.

--¿Y las ondas alfa?

--Sigue grabando. --Un poco pálida bajo el resplandor de los fluorescentes, la doctora Burke se detuvo en la puerta--. Pero a la primera señal de movimiento, corta la energía. Tengo asuntos atrasados que resolver, así que os veré a los dos después.

La perpleja mirada de Catherine fue de la puerta del laboratorio a

Donald.

--Me pareció que la reconocía, vaya si lo creo --repitió él, limpiándose las palmas en los pantalones--. Creo que la buena de la doctora está asustada, y no la culpo. A mí también me asustó, y apenas conocía a la mujer.

Catherine se mordió el labio.

--Bueno, no quedó registrado electrónicamente.

Él se encogió de hombros.

--Entonces tal vez tengamos actividad en marcha fuera de la red.

Justo en ese momento, el número nueve comenzó a golpear el interior de su caja.

Donald dio un bote y soltó un taco, pero Catherine pareció de pronto afligida.

--¡Oh, no! Le prometí que no tendría que pasar ahí dentro mas tiempo del necesario para asegurar la integridad del experimento.

Contemplándola apresurarse a través del laboratorio, Donald pescó un caramelo de su bolsillo y lo desenvolvió metódicamente.

*Aquí tienes a alguien que no sale lo suficiente.*

Normalmente, la doctora Burke no consideraba el sonido de sus pasos, suelas de cuero resonando contra las baldosas, como otra cosa que ruido de fondo, reconocido y luego olvidado. Aquel día, el sonido la perseguía a través de los desiertos pasillos del edificio viejo de Ciencias de la Vida, por el pasadizo comunicante, y arriba hasta el santuario de su despacho. Incluso escondida en las reconfortantes honduras de su vieja silla de madera, creyó que aún podía oír el eco del rastro que había dejado. Un instante después, comprendió que estaba escuchando el rápido latir de su corazón.

*Estás siendo irracional*, se dijo con firmeza, las palmas planas sobre el escritorio. *Respira hondo y deja de exagerar.*

El estado del corazón de Marjory Nelson, por no mencionar su accesibilidad, habían hecho de ella la candidata perfecta para la siguiente fase del experimento. Habían grabado las ondas cerebrales, tomado muestras de tejido, ajustado específicamente las bacterias a su ADN... todo preparado para su muerte. O más bien para el intento de hacerla volver de ella. Marjory, sin saber nada de lo que habían estado haciendo, se sometió a las pruebas que le habían dicho podrían ayudar, y murió justo en el momento establecido.

*Justo en el momento establecido.* Una segunda inspiración profunda siguió a la primera. *Fue rápido y sin dolor, cuando de otra forma podría no haberlo sido.* Sin contar con el hecho de que su presencia en el momento del colapso había asegurado que no necesitaran preocuparse por la destrucción de tejido inherente a una autopsia.

Cuadrándose de hombros, la doctora Burke acercó el correo de la mañana al otro lado del escritorio. Estaban revocando la muerte. Puede que Catherine hubiera creado las bacterias, pero sin la intervención de ella, su aplicación habría debido esperar años, si no décadas. Ella había hecho posible la progresión lógica de los experimentos de Catherine y ella recogería los beneficios.

Si los ojos de Marjory habían brillado sólo por un instante en señal de reconocimiento, entonces se hallaban al borde mismo del éxito mucho antes de lo que habían sugerido los datos empíricos.

Si se había producido el reconocimiento, entonces...

¿Entonces qué?

*Marjory Nelson está muerta y lo siento de verdad. Era un miembro esencial de mi equipo y la echaré de menos.* Con un diestro movimiento, la doctora Burke deslizó el abridor de cartas a lo largo del sobre. *El cuerpo en el laboratorio es la unidad experimental número diez. Nada más.*

--Ya hablé con la policía de esto, señorita Nelson. --Nerviosa, Christy Aloman revolvió los papeles de su escritorio--. No sé si debería estar hablando con usted.

--¿Le dijo la policía que no hablara con nadie más?

--No, pero...

--Tiene que admitir que si alguien tiene derecho a saber, soy yo -- Vicki sintió el lápiz clavándose en el callo de su dedo corazón y obligó a su mano a relajarse.

--Sí, pero...

--El cuerpo de mi madre fue robado de este local.

--Lo sé, pero...

--Pensaba que querría hacer lo que pudiera para ayudar.

--Lo hago. De veras que lo hago. --Cometió el error de mirar al rostro de Vicki y se encontró con que no podía dejar de hacerlo. Los ojos azul grisáceo eran como cincelados pedazos de piedra congelada, y se sintió igual que cuando, hacía muchos inviernos, había contestado a un desafío de niños tocando un poste de metal con la lengua: estúpida y atrapada.

--Entonces cuénteme todo lo que pueda recordar sobre Tom Chen. Qué aspecto tenía. Qué ropa vestía. Cómo se comportaba. Qué decía. Qué acertó a oírle.

--¿Todo? --Se trataba de un rendición completa, y ambas lo sabían.

--Todo.

--Supongo que nunca llevaste nada como esto cuando estabas vivo. --Catherine subió los pantalones de chándal de la Queen's University por encima de las caderas del número nueve. La piel grisácea relucía con la última aplicación de crema de estrógeno--. Quiero decir que, considerándolo bien, estabas en bastante buena forma, pero no parecías un atleta. Siéntate.

Número nueve se sentó obediente.

--Levanta los brazos. Más alto.

Un pedazo de gelatina rezumó de la sutura con grapas sobre el esternón mientras los brazos de número nueve se alzaban en el aire.

Catherine pasó aquello por alto y le metió una sudadera a juego por los brazos y la cabeza.

--Eso es. Un par de zapatillas y estás listo para ser una agradable compañía.

--Cathy, odio decir esto, pero estás chalada --Donald se apartó del microscopio frotándose los ojos--. Estás hablando con un cadáver animado electrónicamente. No te comprende.

--Creo que sí. --Deslizó un huesudo pie dentro de una zapatilla de atletismo, cerrando el velero--. Y aunque puede que no lo comprenda todo, nunca aprenderá a hacerlo si no hablamos con él.

--Lo sé. Lo sé. Necesidad de estimulación. Pero no estamos obteniendo, en cuanto a ondas cerebrales, nada que no hayamos insertado. De acuerdo --levantó una mano para cortar la protesta de ella--, hemos logrado cierta evidencia de interconexión con habilidades motoras generales. No necesitas dar a cada fibra muscular una instrucción por separado y eso es endiabladamente asombroso, pero sé realista --se dio golpecitos en la cabeza--, no hay nadie arriba. El inquilino se ha marchado.

Catherine resopló y palmeó de forma tranquilizadora al número nueve en el hombro.

--Gran tacto con los enfermos. Puedo entender por qué te

echaron de la facultad de medicina.

--No me echaron --Donald colocó otra platina bajo la lente del microscopio--. Me cambié para graduarme en Química Orgánica.

--Un cambio no del todo voluntario por lo que oí. Oí decir a la doctora Burke que tuvo que salvar tu trasero.

--¡Catherine! --Haciendo pantomimas de sobresalto y horror, Donald abrió los brazos--. No sabía que conocías tales palabras. --Movi6 la cabeza y sonrió burl6n--. Has pasado demasiado tiempo con orgasmos unicelulares...

--¡Organismos!

--...necesitas tener una vida.

Catherine se desplaz6 hasta la caja del n6mero ocho y ajust6 la energí.a.

--Alguien tiene que quedarse aquÍ y cuidar de ellos.

Donald suspir6.

--Mejor tú que yo.

Tocar.

El toque de ella.

A medida que los impulsos electr6nicos seguían saliendo de la red, más y más palabras regresaban. Coger. Querer. Tener. Número nueve no sabía qué hacer con esas palabras, todavía no.

Esperar.

--¿Está dormida?

--Sí. --Henry se arrellan6 en el sofá y descans6 los brazos sobre las rodillas, el disperso pelo pelirrojo bajo las mangas subidas brillante a la luz de la lámpara.

--¿Tuviste que... convencerla?

--Casi casi, pero no. Solamente la ayudé a calmarse y el agotamiento hizo el resto.

Celluci buf6.

--¿Ayudarla a calmarse? --gruñ6--. ¿Es un eufemismo para algo de lo que no quiero saber?

Henry hizo caso omiso de la pregunta.

--Es tarde. ¿Qué haces levantado?

Poniendo los pies sobre la mesita de café y estirando sus largas piernas, Celluci dijo con un gruñido:

--No podía dormir.

--¿Quieres hacerlo?

Fue una pregunta de lo más inocente. *No. Nada de inocente. Nada de lo que Fitzroy hacía podía calificarse como inocente.* De lo más neutra.

--No. --Celluci trató de que su respuesta fuera igualmente neutra--. Sólo pensaba que, si tenías alguna idea de lo que se supone hemos de hacer a continuación, bueno, me gustaría oírla.

Henry se encogió de hombros y lanzó un rápido vistazo por encima de su hombro hacia el dormitorio donde el corazón de Vicki latía de forma lenta y regular, por fin libre del enfurecido batir que sin duda había aguantado todo el día.

--Sinceramente, no tengo ni idea. --Se volvió para mirar a través de las sombras a su interlocutor--. ¿No tienes un trabajo al que regresar?

--Baja por razones familiares --le soltó Celluci bruscamente, los ojos medio cerrados--. ¿No deberías estar fuera, esto, no sé, acechando en la noche o algo así?

--¿No deberías tú estar fuera haciendo de detective?

--¿Para averiguar qué? Tiene bien poco sentido poner bajo vigilancia la escena del crimen y puedes estar seguro de que ese gilipollas de Chen, o como quiera que se llame de verdad, ha desaparecido. Todos los perfiles del mundo no nos ayudarán a identificar a un responsable al que no podemos encontrar.

Henry alargó la mano y desplegó los papeles sobre la mesa de café, junto a los pies de Celluci. Vicki había pasado la tarde recopilando los datos del día y cuando él se había levantado, justo antes de las ocho, le había presentado sus resultados.

--*Hablé con todos los que podrían haber tenido contacto con él... salvo uno de los tres conductores de autobús, y hablaré con él mañana. Las ropas y el peinado pueden cambiar, pero las pequeñas costumbres son mas difíciles de romper. Sonríe mucho. Incluso cuando está solo y no hay nada ostensible de lo que sonreír. Bebe Coca Cola Classic exclusivamente. Siempre lleva algún tipo de caramelo en su bolsillo. Muy a menudo se sienta en el asiento enfrente de la puerta trasera, próximo a la ventana. Subía en Johnson Street al autobús hacia Brock y Montreal con un billete, no con un bono de trasbordo. Eso probablemente significa que vive en el centro.*

Henry se había quedado impresionado; e igualmente preocupado. Victoria Nelson parecía no tener sitio en su investigación para el dolor. Una dieta emocional a base de rabia continua, en especial en aquel momento, no podía ser saludable. Examinó las páginas de notas y movió la cabeza.

--Tiene todo aquí menos un retrato.

A regañadientes, Celluci estuvo de acuerdo. Los años de entrenamiento parecían haber logrado un punto de apoyo en la respuesta emocional de Vicki, y ahora estaba buscando a la persona en vez de aferrarse ciegamente al nombre.

--El detective Fergusson dice que tratará de tener disponible al retratista de la policía mañana.

--¿Por qué tengo la impresión de que el detective Fergusson no lo cree necesario?

--No es eso. Se trata de los recursos. O más en concreto de la *falta* de recursos. Como dijo, palabra por palabra: "Sí, es algo terrible, pero apenas si podemos hacer nuestro trabajo con las afrentas cometidas sobre los vivos".

Los labios de Celluci se tensaron mientras recordaba varias "afrentas" que había visto cometer sobre los vivos que habían quedado sin castigo debido a la falta de personal, o a recortes presupuestarios en el departamento, o sencillamente a una evidente mala gestión. De ninguna manera aprobaba la reciente conversión de Vicki a la vigilancia callejera, pero, por Dios, lo entendía. La satisfacción de *saber* que Anwar Tawfik era polvo y esta vez así seguiría, de *saber* que Mark Williams había pagado por los inocentes a los que había matado, de *saber* que Norman Birdwell no soltaría más horrores sobre la ciudad, todo ello pesaba mucho en contra de la ley en la balanza sostenida por la Justicia.

Miró a Henry con ojos medio dormidos bajo pesados párpados. ¿Cuántos otros habían existido? ¿Cientos? ¿Miles? Mientras él había estado rompiéndose el culo y arrastrando sus pies planos, ¿habían pasado Fitzroy y otros como él la noche aplastando de forma metódica las cucarachas de la humanidad? Resopló en silencio. Si era así, estaban haciendo una mierda de trabajo.

Vampiros. Hombres lobo. Demonios. Momias. Sólo por Vicki consideraría aceptar una visión tan torcida de la realidad. Quizá debería haber escuchado a su familia, haberse casado con una bonita chica italiana y sentado la cabeza. Pese a que Henry lo había hecho antes, echó una ojeada sobre el hombro hacia los dormitorios. No.

*Una chica bonita, italiana o no, no podía pretender competir.* Vicki era una compañera, y una amiga, y, por estúpido que sonase, la mujer a la que amaba. Se quedaría junto a ella ahora que lo necesitaba, sin importar quién, o qué, estuviese a su otro lado.

No quería tener nada que ver con Henry Fitzroy. No quería respetarlo. Bajo ningún concepto quería que le gustase. Parecía no tener elección en lo referente al primer punto, hacía meses que había perdido en cuanto al segundo, y tenía la enorme sospecha, pese a todo, de que estaba pasando otro tanto con el tercero. Jesús. *Colega de un chupasangre.* Las respuestas debían ser filtradas a través del recuerdo del poder que había mostrado en el cuarto de estar de Vicki. *Es más seguro jugar con un pit bull.*

Henry sintió el peso de la mirada de Celluci y trató de recordar la última ocasión en la que había pasado tanto tiempo a solas con un mortal del que no se hubiese estado alimentando. O del que no hubiera pretendido hacerlo. La situación era, por no decir otra cosa, inusual.

En toda su larga vida, Henry rara vez se había sentido tan frustrado.

--No podemos resolver esto --dijo en voz alta-- hasta que el cuerpo sea hallado y enterrado, y su dolor termine.

Celluci no se molestó en hacer como si no comprendiera a qué se refería con *esto*, aunque estuvo tentado.

--Entonces encuentra el cuerpo --sugirió, con un bostezo que amenazó con dislocar su mandíbula.

Henry arqueó una ceja.

--Es muy fácil decirlo --murmuró.

--¿Sí? ¿Qué hay de ese curioso olor con el que Vicki dice que te encontraste la pasada noche?

--No soy un sabueso, detective. Además, lo seguí hasta que desapareció... hasta el aparcamiento.

--¿A qué olía?

--A muerte.

--No es sorprendente. Estabas en un tanatorio --bostezó de nuevo.

--Las funerarias hacen un gran esfuerzo por *no* oler a muerte. Esto era algo distinto.

--Oh, señor, otra vez no --suspiró Celluci, pasándose una mano por el pelo--. ¿De qué se trata esta vez? ¿La criatura del canal Rideau? ¿El jodido monstruo del lago Ness? ¿La Cosa del Pantano?



¿Godzilla? ¿Megatrón? ¿Rodan?

--¿Quién?

--¿Nunca ves las películas de monstruos del sábado por la tarde?

--Agitó la cabeza ante la expresión de Henry--. No, supongo que no, ¿eh? Cada fin de semana miles de chicos se pegan al aparato para ver películas mal dobladas, en blanco y negro, de monstruos japoneses de caucho pisoteando Tokio. Por no mencionar *Jesse James contra la hija de Frankenstein*, *Abbott y Costello contra la momia* y *La maldición del hombre lobo*.

La puerta de un coche, cerrándose de golpe en el aparcamiento, sonó de pronto extrañamente ruidosa.

--Dios. --Los ojos de Celluci se abrieron de golpe. Todavía cansado, ya no tenía ningún deseo de dormir. Se incorporó y balanceó los pies hasta el suelo--. Un motivo. No creerás...

--¿Que Tom Chen estaba jugando a ser el Igor de otro doctor Frankenstein? --Henry sonrió--. Creo, como dije antes, que ves demasiadas películas malas, detective.

--¿Ah, sí? Bien, ¿sabes lo que creo? Creo...

Bam. Bam. Bam.

Se volvieron hacia la puerta, y luego uno hacia otro.

--La policía --dijo Celluci, y se puso de pie.

--No --Henry le cerró el paso. Podía sentir las vidas, oír el canto de la sangre, oler la excitación--. No es la policía, aunque sospecho que les gustaría que lo creyéramos.

Bam. Bam. Bam.

--¿Una amenaza?

--No lo sé. --Cruzó el cuarto. Cuando se detuvo, Celluci avanzó hasta quedar detrás de su hombro izquierdo. Había pasado mucho tiempo desde que tuviera a alguien como escudo. Abrió la puerta.

El flash se disparó casi antes de que pudiera reaccionar. Un mortal habría retrocedido; la mano de Henry apareció de repente y cubrió la lente de la cámara antes de que el obturador cayese del todo. Gruñó mientras la brillante luz lanzaba agujas de dolor a sus sensibles ojos y cerró los dedos. Plástico, cristal y metal pasaron a ser sólo plástico, cristal y metal.

--¡Eh!

La compañera del fotógrafo no hizo caso del sonido de la cámara al desintegrarse ni del subsiguiente graznido de protesta. A veces obtenían una instantánea indiscreta cuando la puerta se abría, y a veces no. No iba a preocuparse por eso.

--Buenas noches. ¿Está Victoria Nelson en casa? --Con los codos preparados, esgrimiendo el bloc de notas como un ariete, trató de empujar hacia delante. La mayoría de la gente, según su experiencia, simplemente era demasiado educada para detenerla.

El pequeño y joven hombre no se movió; parecía como si hubiera chocado contra una pared de ladrillos no muy alta. Hora del plan B. Y si eso no funcionaba, recorrería todo el alfabeto si tenía que hacerlo.

--Lamentamos mucho oír lo que le sucedió al cuerpo de su ma... -- El tren de su pensamiento descarriló en alguna parte de los abismos de unos ojos color avellana.

Henry decidió no ser sutil. No estaba de humor y no lo entenderían.

--Marchaos. No volváis.

La oscuridad coloreó las palabras y se tornó amenaza suficiente.

Hasta que no estuvieron a salvo en el coche, envueltos en acero y puertas cerradas, el fotógrafo, acunando los restos de su cámara en su regazo, no recuperó la voz.

--¿Qué vamos a hacer? --preguntó, con primitivos recuerdos de la Caza haciéndolo estremecerse.

--Vamos a hacer... --Con una mano helada y dedos temblorosos, ella metió con fuerza la marcha del coche, pisó a fondo el acelerador, rociando de gravilla medio aparcamiento-- exactamente lo que ha dicho.

Juntos habían sido amenazados un centenar de veces. Puede que mil. Una vez, incluso habían sido atacados por un ex defensa de la NHL blandiendo un palo de hockey con furioso entusiasmo. Siempre habían conseguido la historia. O una versión de la historia, al menos. Esta vez, algo en corazón y alma, en sangre y hueso, se dio cuenta del peligro y se impuso al pensamiento consciente.

Dentro del apartamento de Marjory Nelson, Celluci miró colérico, con envidia, desde detrás de la pelirroja cabeza de Henry. Si había algo que odiaba, era la prensa. Las declaraciones que exigían eran el flagelo de su existencia.

--Ojalá pudiera hacer eso --murmuró.

Henry se abstuvo sabiamente de expresar lo obvio y se aseguró de que todas las máscaras habían vuelto a su lugar antes de darse la vuelta. No era el momento para que Michael Celluci lo viera como una amenaza.

Celluci se frotó un lado de la nariz y suspiró.

--Probablemente habrá otros.

--Me ocuparé de ellos.

--¿Y si vienen de día?

--Tú te ocuparás de ellos. --La sonrisa de Henry se tornó afilada, depredadora--. No estás de servicio, detective. Puedes ser tan rudo como... --Lo rudo que podía ser Celluci se esfumó de su rostro en un repentino cambio de expresión, y un latido más tarde corría hacia el dormitorio.

A ojos mortales, hace un instante estaba allí, y al siguiente había desaparecido. Celluci se volvió a tiempo de ver abrirse de par en par la puerta del dormitorio de Vicki, soltó un taco, y anduvo pesadamente a través del salón. No había oído nada. ¿Qué demonios había oído Fitzroy?

¿Cómo podía haberlo olvidado?

Escarbó frenética entre las baldosas de la cocina. A medida que las arrancaba, las arrojaba detrás de ella, sin tener en cuenta las uñas que se arrancaban con ellas, ni la sangre de sus manos, que comenzó a dejar su propia marca sobre el suelo. Casi estaba. Casi.

La zona que había despejado, de desiguales bordes, abarcaba dos metros de largo por uno de ancho. Por fin sólo quedó el panel del subsuelo. La podredumbre indicada por la madera marrón grisácea y los zarcillos de pálidos hongos crecía entre las estrechas tablas. Luchando por respirar, golpeó con los puños contra aquella última barrera.

La madera se quebró, astillándose, y cedió lo bastante para que lograra agarrar el primer pedazo. Cargó su peso contra él, levantándolo con un sonido de humedad y succión, dejando al descubierto una serie de rizos rubio ceniza y lo que parecía ser parte de un hombro.

¿Cómo podía haber olvidado dónde había dejado a su madre?

Suplicando perdón, desgarró las restantes tablas...

--¡Vicki! Vicki, despierta, es sólo un sueño.

Ella no pudo contener el primer grito, pero agarró el segundo y luchó para devolverlo al lugar de donde venía. Su mente consciente se aferró al consuelo musitado una y otra vez contra su cabello. Su

subconsciente aguardaba a la siguiente tabla a quitar. Sus manos se pegaron a él por voluntad propia, con los dedos hundiéndose en el hombro y el brazo que la envolvieron de modo protector.

--Todo va bien, Vicki. Todo va bien. Estoy aquí. Era sólo un sueño. Estoy aquí. Te tengo... --Las palabras, como sabía Henry, eran menos importantes que el tono, y mientras hablaba arropó con su cadencia el martilleante corazón de ella, persuadiéndolo para calmarse.

--¿Henry?

--Estoy aquí.

Ella combatió el terror que luchaba por controlar su respiración y por fin venció. Una larga inspiración. Una espiración más larga. Y luego otra vez.

Henry casi pudo oír el chasquido de las barreras de vuelta a su sitio cuando ella se alejó, alzando el mentón de forma desafiante.

--Estoy bien. --*Era sólo un sueño. Estás comportándote como una niña*--. De veras, estoy bien --La oscuridad cambió las cosas, movió muebles que no habían sido movidos en quince años. *¿Dónde diablos está la mesita de noche?*--. Enciende la luz --ordenó, esforzándose por impedir que de nuevo el pánico se reflejara en su voz--. Necesito mis gafas.

Un frío toque contra su mano, y sus dedos se cerraron agradecidos alrededor de la pesada montura de plástico. Un segundo toque la ayudó a ponérselas sobre la nariz en el preciso instante en que la habitación se inundó de luz. Entornando los ojos para protegerse del resplandor, se volvió hacia el interruptor y el preocupado ceño de Michael Celluci.

--Jesús. Los dos.

--Me temo que sí --Henry cambió su peso sobre el borde de la cama y preguntó, sin grandes esperanzas de tener éxito--: ¿Quieres hablar de ello?

Ella frunció los labios.

--Ni hablar. --Hablar sobre ello significaría pensar en ello. Pensar en lo que había encontrado, lo que habría visto, si hubiera conseguido hacer pedazos sólo un trozo más del suelo...

--¿Celluci? Fergusson. La facultad de medicina tenía a tres Chen. Uno de ellos incluso se llama Tom Chen: Thomas Albert Chen. Y sabe

qué, el chico tenía una coartada a prueba de balas no sólo para aquella noche, sino para las dos semanas y media que nuestro hombre estuvo en la funeraria. Mala suerte, ¿eh?

Celluci, con el auricular cogido entre el hombro y la oreja, estaba regando un bocado de huevos revueltos con un trago de café amargo. No había creído que Fergusson fuera alguien lo bastante sutil para el sarcasmo. Evidentemente, se había equivocado.

--Sí, mala. ¿Ha hecho ver su retrato a Hutchinson, por si acaso?

--Ríndase, Celluci, y deje de gastar mi maldito tiempo. Usted y yo sabemos que no estamos buscando a ningún Tom Chen. --Fergusson soltó un suspiro ante el obstinado gruñido de Celluci, que claramente significaba *dame un respiro*--. Dígale a la ex detective señorita Nelson que siento lo de su madre, y también que sé qué carajo estoy haciendo. Le llamaré si conseguimos alguna información real.

Celluci se las arregló para colgar y meter otra montaña de huevos en su boca antes de sucumbir a la furiosa mirada de Vicki, y repitió la conversación. Puede que *ella* se hubiera quedado dormida, reconfortada por la protección sobrenatural de Fitzroy, pero *él* había pasado una noche agitada tendido en el cuarto de al lado, esforzándose por oír cualquier sonido que pudiera llegar a través de la pared, preguntándose por qué había abandonado el campo de batalla tan fácilmente. *Tienes el día*, se recordó, cogiendo otra tostada. Lo cual no era una respuesta en absoluto. *Maldito Fitzroy, de todas formas*. Con suerte, una cantidad enorme de comida compensaría el sueño perdido.

Vicki retiró su plato. Sabía que tenía que comer, pero había un límite en cuanto a lo que podía hacer pasar por el nudo de su garganta.

--Quiero que compruebes esa coartada.

*Oh, Dios, otra vez no*. Había creído de verdad que se había librado de la idea fija de que Tom Chen podía ser el nombre real de su sospechoso. El perfil que ella había realizado era un trabajo policial muy convincente, y él lo había tomado (de manera prematura, por lo visto) como una señal de que estaba empezando a funcionar. Disimulando una preocupación que a ella no le gustaría, extendió el brazo a través de la mesa y cubrió una de sus manos con la suya. Era inútil volver a exponer lo evidente cuando ella se negaba a escucharle, así que trató de abordarlo desde un ángulo diferente.

--Vicki, el detective Fergusson conoce su trabajo.

--O lo compruebas tú o lo hago yo. --Liberando su mano, lo miró

sin rastro de emoción--. No lo dejaré pasar. No puedes obligarme. Así que podrías ayudarme; pronto habrá acabado.

Sus ojos brillaban demasiado, y pudo ver la tensión retorciendo sus hombros y haciendo temblar ligeramente sus dedos.

--Mira, Vicki...

--No necesito una niñera, Mike. A ti no. A él tampoco.

--Muy bien --suspiró. Ella había pedido su ayuda. Aunque no era exactamente la clase de ayuda que quería ofrecer, era algo--. Comprobaré la coartada y le haré ver el retrato a los Hutchinson. Creo que no deberías estar sola, pero eres adulta y tienes razón, esto irá más rápido con los dos trabajando en ello.

--Los tres.

--Bien. --Era demasiado esperar que ella quisiera que Fitzroy sacara las narices de allí--. ¿Qué harás tú?

Ella dejó la jarra de café vacía sobre la mesa con un agudo crujido.

--Tom Chen quería el cuerpo de mi madre en concreto. En el tiempo que estuvo en la funeraria, dejó pasar otras dos mujeres de más o menos igual edad y estado. Averiguaré porqué... --Al levantarse, dio con el cuchillo en el suelo. Rebotó una vez, luego se deslizó por el suelo de la cocina, sobre baldosas aún intactas, aún cubriendo...

*¿Cómo podía haber olvidado dónde había dejado a su madre?*

Los huevos se convirtieron en un conglomerado sólido del tamaño de su puño, empujando con fuerza contra sus costillas. Mirando hacia arriba, pasó sobre el cuchillo. Otros dos pasos la alejarían de las baldosas.

*Rizos rubio ceniza y lo que parecía ser parte de un hombro.*

*Sólo una tabla más...*

--Levanta pierna derecha. --Mientras hablaba, Donald introdujo el patrón de onda cerebral almacenada correspondiente a la orden directamente en la red.

En la abierta caja de aislamiento, la pierna derecha tembló y se alzó despacio unos diez centímetros fuera del acolchado.

--Eh, Cathy, tenemos un alumno aplicado aquí. ¿Recuerdas cómo voló la pierna del viejo número nueve? ¿Cómo si intentara patear el techo?

--Recuerdo lo preocupada que estaba la doctora Burke porque podía haberse dañado la articulación de la cadera --contestó Catherine, sin dejar de ajustar el goteo intravenoso que alimentaba al número ocho, en estado de rápido deterioro--. Y al menos no tuvimos que manipular su pierna las cien primeras veces como pasó con todos los demás.

--Oye, relájate. No estaba diciendo nada en contra de supercadáver. Sólo quería hacer notar que el número diez parece tener control cuantitativo.

--Bueno, estamos usando sus patrones de onda cerebral.

--Bueno, el número nueve usó mis patrones de onda cerebral para el control motor grueso --imitó su tono altanero--. Así que debería tener ventaja.

--Me asombra que aprendiera a andar.

--Ay --Donald se aferró el pecho de forma dramática--. Me has herido en el corazón. --Volviendo los ojos hacia su insensible espalda, tocó otras dos teclas del ordenador--. Y es doloroso ir por la vida con el corazón herido, déjame que te diga. Baja pierna derecha.

Sometiéndose a la gravedad, la pierna derecha cayó.

--Levanta pierna izquierda. Tengo la sensación de que el número diez va a ser el bebé que nos haga ganar una fortuna.

Catherine frunció el ceño mientras se desplazaba para verificar al número nueve. Últimamente había escuchado demasiado sobre "ganar fortunas". El descubrimiento de nuevo conocimiento debería ser un fin en sí mismo; la consideración de las ganancias monetarias empañaba la investigación. Desde luego, el número diez representaba un gigantesco paso adelante en lo que a datos experimentales se refería, pero no habían llegado de ninguna forma tan lejos como podían ir.

Había algo que ella tenía que hacer.

La necesidad empezó a obligar al olvido a tomar forma.

--Francamente, Vicki, me sorprende que su madre no le contara todo esto. --Ajustándose las gafas, la doctora Friedman miró con atención el historial de Marjory Nelson--. Después de todo, se lo

diagnosticamos hará unos siete meses.

La expresión de Vicki no se alteró, aunque un músculo se contrajo en su mandíbula.

--¿Sabía ella lo mal que estaba? --Aquel *ella* podía referirse a la madre de cualquiera, sin que la ilusión de distanciamiento sirviera de nada--. ¿Sabía que su corazón podía fallar en cualquier momento?

--Oh, sí. De hecho, estuvimos de acuerdo en intentar una operación para corregirlo, pero, bueno... --La doctora se encogió de hombros tristemente--. Ya sabe que estas cosas siempre se posponen, con los hospitales faltos de camas.

--¿Está diciéndome que los recortes presupuestarios la mataron? --Las palabras brotaron cortantes como el cristal esmerilado.

La doctora Friedman negó con la cabeza e intentó mantener su tono tranquilizador.

--No. Un defecto del corazón mató a su madre. Probablemente lo había tenido toda su vida hasta que, por fin, un músculo envejecido no pudo seguir compensándolo.

--¿Era una enfermedad corriente?

--No era una enfermedad *corriente*...

Vicki la interrumpió con un gesto afilado como un cuchillo.

--¿Era lo bastante poco corriente como para que su cuerpo pueda haber sido robado a fin de estudiarlo?

--No, lo siento, pero no lo era.

--Me gustaría ver el historial.

Arrugando el ceño, la doctora Friedman miró la lisa carpeta marrón sin verla en realidad. Técnicamente, el historial era confidencial, pero Marjory Nelson estaba muerta y más allá de cualquier preocupación. Su hija, sin embargo, estaba viva, y si el contenido del dossier podía ayudarla a curarse abandonando su peligrosa y enérgica negación, entonces la confidencialidad podía irse al cuerno. Y no era como si el archivo contuviera algo que no hubiera divulgado ya durante la última hora de interrogatorio... detalles que habían salido de su memoria con impresionante y espantosa precisión quirúrgica. Tomando una decisión, le tendió la carpeta y preguntó:

--¿Hay algo más que pueda hacer?

--Gracias, doctora --Vicki deslizó el historial en su bolso y se levantó--. Le haré saber.

Como aquello no era exactamente lo que la doctora tenía en mente, lo intentó de nuevo.

--¿Ha hablado con alguien de su pérdida?



--¿Mi pérdida? --Vicki sonrió apretando los labios--. Estoy hablando con todo el mundo de ella --movió la cabeza, en señal más de rechazo que de despedida, y abandonó el despacho.

*Pérdida*, se dijo la doctora Friedman, mientras la puerta se cerraba, había sido una elección de palabra poco afortunada.

Casi lo tenía. Casi consiguió aferrarse al recuerdo. Había algo que ella tenía que hacer. Necesitaba hacer.

--Cathy. Ha hecho un ruido.

--¿Qué clase de ruido? ¿Dilatación de tejido? ¿Chasquidos articulares, el qué?

--Un ruido vocal.

Catherine suspiró.

--Donald...

--No. De verdad. --Retrocedió, sosteniendo todavía la sudadera que había estado a punto de poner sobre brazos levantados electrónicamente--. Era una especie de gemido.

--Tonterías. --Catherine le quitó la sudadera de las manos y se la puso con delicadeza en su sitio--. Lo más probable es que sólo sea aire escapándose. Eres demasiado basto.

--Sí, y conozco la diferencia entre un eructo y un gemido. --Con las mejillas pálidas, fue hasta su escritorio y se dejó caer en la silla, haciendo trizas el envoltorio de un caramelo de menta--. Voy a empezar con las biopsias de hoy. Tú puedes terminar de vestir a Ken y Barbie.

--Su madre era una persona de lo más normal. --La señora Shaw sonrió con tristeza por encima de su taza de café--. Probablemente usted era lo más exótico de su vida.

Vicki dejó que el baño de compasión pasara sobre ella (olas sobre una roca) y se ajustó las gafas.

--¿Está segura de que no estaba tomando parte en cualquier actividad extraña durante los últimos meses?

--Oh, estoy segura. Me lo habría contado de haber sido así. Hablábamos de todo, su madre y yo.

--Usted sabía lo de su corazón.

--Claro. Oh. --Azorada, la anciana miró a todas partes en busca de una manera de borrar sus últimas palabras--. Esto, ¿más café?

--No. Gracias. --Vicki colocó la que había sido la taza de su madre sobre lo que había sido el escritorio de su madre, luego alargó la mano y puso su foto de graduación en la academia boca abajo.

*Una investigación no debe convertirse en algo personal.* La voz de un instructor de cadetes resonaba en su cabeza: *Las emociones distorsionan los hechos y puede que te lances directamente más allá de la única brizna de evidencia que necesitas para resolver el caso.*

--En realidad, si algo, bueno, extraño estaba pasando con su madre, la doctora Burke podría saberlo. --La señora Shaw dejó su taza y se inclinó hacia delante servicial--. Cuando supo lo del estado de su corazón, convenció a su madre para que pasase toda una batería de pruebas.

--¿Qué clase de pruebas?

--No lo sé. No creo que su madre...

*¡Deja de decirlo! ¡Su madre! ¡Su madre! Ella tenía un nombre.*

--...lo supiese.

--¿Está la doctora Burke disponible?

--Esta tarde no, me temo. Está en una reunión de departamento ahora mismo, pero estoy segura de que podrá reservar tiempo para usted mañana por la mañana.

--Gracias. --Moviéndose con cuidado, Vicki se levantó--. Volveré. --Sus labios se retorcieron en una grave sonrisa. Se sentía más Charlie Brown que Arnold Schwarzenegger.

--Maldita sea, mira la hora. Son casi las 8:30 de la tarde. No me extraña que esté hambriento.

Catherine dejó con cuidado el caldo de cultivo en la cámara incubadora.

--¿Hambriento? No veo por qué, has estado comiendo azúcar todo el día.

--Cathy. Cathy. Cathy. Y tú eres una científica. El azúcar estimula el apetito, no lo satisface.

Ella juntó unas pálidas cejas.

--Creo que no es exactamente así.

Donald se encogió de hombros dentro de su chaqueta.

--A quién le importa. Vamos a por una pizza.

--Todavía tengo trabajo que hacer.

--Yo también tengo trabajo que hacer. Pero dudo que sea capaz de trabajar a pleno rendimiento si lo único en lo que puedo pensar es mi estómago. Y --atravesó el cuarto y le tocó el hombro, meneando las cejas-- estoy seguro de que oí a tu panza exigiendo atención hace sólo unos instantes.

--Bueno...

--¿Acaso tu investigación no merece contar con toda tu atención?

Ella se irguió indignada.

--Sin ninguna duda.

--Distraída por el hambre, quién sabe qué daños podrías causar. Vamos --cogió su abrigo--. Odio comer solo.

Dándose cuenta de la verdad de su última afirmación al menos, Catherine se dejó conducir hasta la puerta.

--¿Qué hay de ellos?

--¿Ellos? --Por un momento, no se le ocurrió a quién se estaba refiriendo, luego soltó un suspiro--. Les traeremos una especial con pepperoni, la meteremos en una licuadora, y se la daremos a través del intravenoso, ¿de acuerdo?

--No es eso lo que quería decir. Es sólo que están ahí sentados, fuera de las cajas. No deberíamos...

--Déjalos. Vamos a volver enseguida --La empujó a través del umbral--. Tú eras la que decía que necesitaban estimulación.

--Sí. Lo dije.

Con Catherine puesta a buen recaudo en el pasillo, Donald volvió atrás y apagó las luces del techo.

--No hagáis nada que yo no haría --canturreó hacia el interior del cuarto, y cerró la puerta de un empujón.

Una por una, las distracciones cesaron. Primero las voces. Luego las respuestas que ella no podía controlar ni comprender. Por último, el doloroso resplandor. Se hizo más sencillo aferrarse al pensamiento. Al recuerdo.

Había algo que tenía que hacer.

*Levanta tu pierna derecha.*

*Levanta tu pierna izquierda.*  
*Camina.*  
Recordaba cómo caminar.  
Despacio, tambaleándose para compensar un equilibrio ligeramente desajustado, cruzó la habitación.  
Puerta.  
Cerrada.  
Abrir.  
Necesitó ambas manos, los dedos entrelazados, para girar el tirador... no de la forma que el recuerdo le decía debería accionarse, pero el recuerdo yacía hecho jirones.  
Había algo que tenía que hacer.  
Necesitaba hacer.

Número nueve observó. Observó andar. Observó marcharse.  
El nuevo no era como el otro. El otro no tenía...  
No...  
El otro estaba vacío. El nuevo era como él.  
Él.  
Él.  
Una nueva palabra.  
Pensó que podría ser una palabra importante.  
Se puso en pie y echó a andar, como le habían enseñado, hacia la puerta.

## \_\_\_\_\_ 6 \_\_\_\_\_

--Éste no es el siglo XVIII, Fitzroy. Las facultades de medicina dejaron de usar los servicios de los ladrones de tumbas hace tiempo.  
Henry tiró de las solapas de su guerrera de cuero negro, echándosela por encima de los hombros.  
--¿Tienes una idea mejor, detective?  
Celluci puso mala cara. No la tenía, y ambos lo sabían.

--Precedentes históricos aparte --continuó Henry--, el detective Fergusson parece estar seguro de que hubo estudiantes de medicina implicados; una opinión apoyada, sin duda, en precedentes locales.

--El detective Fergusson culpa a los estudiantes de la Queen's de todo, desde los atascos de tráfico hasta el tiempo --señaló Celluci ásperamente--. Y pensaba que no tenías un alto concepto del detective Fergusson.

--Ni siquiera lo conozco.

--Dijiste...

--Basta --interrumpió Vicki desde su lugar en el sofá, con el tap, tap, tap del extremo de su lápiz contra la mesa de café como un *staccato* de fondo a sus palabras--. En buena lógica, deberían ser investigadas todas las instalaciones de almacenamiento de la ciudad. También de forma lógica, aunque sólo sea por razones históricas, la facultad de medicina es el sitio por donde empezar.

--Aquellos que se niegan a aprender de la historia --convino Henry con calma-- están condenados a repetirla.

--Ahórrame la sabiduría de los siglos --murmuró Celluci--. Estos sitios no permiten visitas turísticas a medianoche, ¿sabes? ¿Cómo pretendes entrar?

--Aún no es medianoche.

--A las nueve menos veinte, tampoco es que esté abierto al público.

--Estamos en abril, al final del trimestre, habrá estudiantes por allí, e incluso si no hay, no es fácil negarme el acceso.

--No me digas. ¿Te conviertes en niebla? --Levantó una cansada mano ante la expresión de Henry--. Ya sé; veo demasiadas películas malas. No importa, eso es lo que quería cuando te dije que no me contarás. Cuanto menos sepa acerca de tus talentos para allanar moradas mejor.

--¿Tienes la foto? --preguntó Vicki. Tap. Tap. Tap--. ¿Podrás identificarla?

--Sí. --Henry dudaba que Marjory Nelson siguiese guardando mucho parecido con su retrato, pero era algo por lo que comenzar.

Tap. Tap. Tap.

--Debería ir contigo.

--No. --Atravesó el cuarto y se agachó sobre una rodilla al lado de ella--. Podré moverme más rápido solo.

--Sí, pero... --Tap. Tap.

Henry le cubrió la mano con la suya, evitando que el lápiz se

alzara para volver a caer. Su piel parecía febril, y podía sentir la tensión crepitando bajo la superficie.

--Podré moverme más rápido solo --repitió--. Y cuanto más rápido me mueva, antes tendrás la información.

Ella asintió.

--Tienes razón.

Él aguardó un momento, pero al ver que no decía nada más, se levantó, soltando de mala gana su mano.

Tap. Tap. Tap.

Con mucha suavidad, le rozó el cabello con las puntas de los dedos, y después se dio la vuelta.

Celluci se reunió con él en la puerta. Juntos, echaron un vistazo hacia el sofá. Vicki había quitado las pantallas de ambas lámparas rinconeras y, bajo la intensa luz, la zona alrededor de su boca y sus ojos parecía magullada y dolorosamente tensa.

--No la dejes sola --susurró Henry, y partió antes de que el detective pudiera decidir qué contestar.

El sonido del lápiz lo siguió fuera del edificio.

La puerta casi la detuvo; el mecanismo del pestillo estaba casi más allá de sus habilidades. La línea de puntos de sutura justo encima del nacimiento del pelo se abrió cuando sus cejas bajaron, y obligó a sus dedos a tirar y empujar y golpear hasta que por fin la puerta se abrió de pronto.

Había algo que tenía que hacer. Tal vez al otro lado de la puerta.

La mayoría de las luces sobre su cabeza estaban apagadas y comenzó a caminar arrastrando los pies de sombra a sombra. Estaba yendo a alguna parte. Los pasillos empezaron a serle familiares.

Atravesó otra puerta, entrando en una habitación tan conocida que, por un instante, la confusión la abandonó y supo.

Soy...

Luego la tormenta barrió la mayor parte de aquello de nuevo, dejándola con sólo fragmentos dispersos. Durante un único latido de su corazón mecánicamente mejorado, fue consciente de lo que había perdido. Su gemido de protesta batió contra las paredes, pero antes incluso de que el postrer eco muriera, había olvidado haber gemido alguna vez.

Recorrió el cuarto hasta un par de escritorios, sacó una de las

sillas y se sentó. Se sentía bien. No, no del todo bien. Frunciendo el ceño, levantó la taza de café con el lema Mejor Madre del Mundo desde el centro del papel secante hasta la parte más alejada del lado derecho. Siempre se sentaba en el lado derecho.

Algo seguía yendo mal. Tras un instante de algo próximo al pensamiento, luchó por agarrar un marco de plata puesto boca abajo, logrando al final asirlo y levantarlo. Con dedos temblorosos, tocó con suavidad el rostro de la mujer joven de uniforme cuya fotografía llenaba el marco. Entonces se levantó.

Había algo que tenía que hacer.

No debería estar allí.

Tenía que ir a casa.

No sabía dónde estaba el otro, así que anduvo, siguiendo el camino más fácil, hasta que chocó contra un pequeño cuadrado de cristal reforzado que le mostró las estrellas.

Afuera.

Recordaba afuera.

El rostro pegado al cristal, los ojos puestos en las estrellas, empujó la barrera, las zapatillas pedaleando contra el suelo de baldosas. Más por suerte que por intención, sus manos aferraron la barra de metal a la altura de la cintura. Otro empujón, y la puerta de incendios se abrió de golpe.

La alarma apartó las estrellas de su cabeza. Se alejó del dolor tan deprisa como fue capaz, por los oscuros y silenciosos caminos que corrían entre y detrás de los edificios de la universidad. La encontraría. Encontraría a la que era amable. Ella lo arreglaría.

--¿Ahora, qué, no te sientes mejor?

--Supongo que sí.

--¿Supones que sí? --Donald soltó un suspiro y movió la cabeza--. La mejor pizza de Kingston, por no mencionar mi agradable compañía, y aún así preferirías haberte quedado en el laboratorio, masticando un sandwich pasado, en caso de que te hubieras acordado de comer, intercambiando chistes con los compañeros muertos.

--¿Dejaste la puerta abierta?

--¿El qué? --Miró con atención por el vestíbulo débilmente iluminado a la puerta abierta hacia fuera al final del pasillo--. ¿Estás segura de que es la nuestra?

--Por supuesto, estoy segura.

--Bueno, la cerré cuando salimos y oí el sonido del cerrojo.

Catherine rompió a correr.

--Si les ha sucedido algo, nunca me lo perdonaré.

Donald la siguió bastante más despacio, más bien dispuesto a quitarse de en medio. Aunque los de seguridad vigilaban entradas y salidas, no se molestaban en patrullar el interior. El viejo edificio de Ciencias de la Vida era una conejera de pasillos y corredores y habitaciones extrañamente subdivididas y, si el presupuesto de la universidad hubiera cubierto la demolición, hacía mucho tiempo que habría sido convertido en un mucho más útil aparcamiento de tres plantas. Si bien Donald se había preguntado alguna vez si eran el único laboratorio clandestino funcionando, nunca se había molestado en descubrirlo.

Sólo que sabía que había cerrado la puerta.

Y la doctora Burke, que llevaba el otro juego de llaves, nunca la dejaría abierta.

Así que parecía que habían sido descubiertos.

*La cuestión es*, se dijo, balanceándose sobre las puntas de los pies, sin saber si debería seguir adelante o retroceder, *¿hemos avanzado lo suficiente para que el fin justifique los medios a los ojos de las autoridades?* Los números uno al nueve, después de todo, habían sido cuerpos donados para propósitos científicos. Por desgracia, no creía que ni siquiera la doctora Burke pudiera explicarse con respecto al número diez, no sin el resultado final de vencer a la muerte, y estaban un tanto lejos de ello.

*Muy bien*. No tenía ninguna intención de ir a la cárcel. No por la ciencia. Ni por nada. *Me largo de aquí*.

--¡Donald! ¡Se han ido!

Él se quedó inmóvil, vuelto a medias.

--¿Qué quieres decir con que se han ido?

--¡Ido! ¡No están aquí! ¡Se han marchado!

--¡Cathy, cálmate! Los muertos no se levantan y se van andando sin más.

La furia de la mirada de ella, su cólera y su exasperación mezcladas por igual, ardieron a través de las sombras que los



separaban.

--¡Tú les enseñaste a andar, idiota!

--Oh, Dios, la hemos jodido. --Corrió hacia el laboratorio--. ¿Estás segura de que nadie forzó la entrada y los robó?

--¿Quién? Si alguien los hubiera encontrado, seguiría aquí esperando una explicación.

--O fuera llamando a la policía. --La hizo a un lado pese a sus protestas, apartándola de un empujón. Un rápido vistazo a los monitores reveló que el número ocho permanecía en su caja de aislamiento, con las unidades de refrigeración zumbando a toda potencia en un intento de evitar una mayor descomposición. Las sillas en las que habían dejado a los números nueve y diez estaban vacías. Las otras dos cajas también. Miró debajo de las mesas, en el armario, en el almacén, alrededor y debajo de cada máquina del laboratorio.

Si nadie los había encontrado, y la lógica apuntaba a esa conclusión, entonces tenían que haber salido por sí mismos.

--Es imposible --Donald se derrumbó contra el marco de la puerta--. No poseen procesos de pensamiento abstracto.

--Nos vieron irnos --Catherine le cogió por el brazo y lo arrastró fuera al vestíbulo--. Fue imitación, sólo eso. --Lo empujó hacia la izquierda--. ¡Ve por ahí!

--¿Ir adonde?

--Tenemos que registrar el edificio.

--Entonces llama a la policía montada --contestó con acritud, frotándose la frente con dedos temblorosos--, porque nos llevará años a ti y a mí solos registrar este lugar.

--¡Pero tenemos que encontrarlos!

No podía discutir sobre eso.

Voces.

Número nueve se movió hacia el sonido, atraído por cadencias casi familiares.

¿Era ella?

--¡Cathy! --Donald corrió pesadamente a lo largo del vestíbulo y se detuvo jadeando y balanceándose al lado de la otra estudiante de

posgrado--. Gracias a Dios que te he encontrado. Tenemos un problema más grave de lo que pensábamos. Fui a hablar con los muchachos del despacho de seguridad en el edificio nuevo, sólo para ver si habían oído algo. Bueno, sí lo oyeron. Oyeron la alarma de incendios. Alguien salió por la puerta de incendios trasera.

--¿Fuera? --Su pálida piel palideció aún más--. ¿Sin vigilancia?

--Al menos uno de ellos. ¿Dónde está tu camioneta?

--En el aparcamiento detrás del edificio. --Ella se volvió y corrió hacia la salida--. ¡Tenemos que dar con ellos antes de que alguien lo haga!

Presionando con la mano contra la punzada de su costado, Donald la siguió.

--Brillante deducción, Sherlock --jadeó.

Las voces se acercaban. Se detuvo en el límite entre el césped y el asfalto, volviendo la cabeza de lado a lado.

--Te estoy diciendo, Jenny, cariño, que nadie viene nunca por aquí. Es del todo seguro.

--¿Por qué no podemos aparcar junto a la torre, como todo el mundo?

--Porque todo el mundo aparca allí y tengo cierto reparo a que los policías apunten linternas sobre mi cara en momentos delicados.

--Al menos cerremos las ventanas.

--Es una hermosa noche, celebremos la primavera. Además, las ventanas empañadas son una señal segura de que estás haciendo algo indecente si alguien se acercara por aquí. Y hablando de hacer algo indecente...

--¡Pat! Espera, voy a echar atrás el asiento. Ten cuidado... oh...

Avanzó arrastrando las suelas y tambaleándose, hacia las sombras más profundas donde se unían dos edificios. No comprendía los nuevos ruidos, pero los siguió hasta una masa de metal que identificó como *coche*.

No sabía qué pretendía el coche. ¿Estaba lastimándola?

Inclinándose con cuidado, miró dentro.

Cabello pálido.

Su rostro pero no su rostro.

Su voz pero no su voz.

Confuso, extendió un brazo y tocó la curva de su mejilla.

Los ojos de ella se abrieron de pronto del todo, luego gritó.

Dolía.

Comenzó a alejarse.

Otra cara surgió de la oscuridad.

Unas manos trataron de agarrarlo.

Con la muñeca cogida, intentó asir el aire. Sólo quería marcharse.

Entonces sus dedos se cerraron sobre algo blando y siguieron cerrándose hasta que el chillido cesó. La segunda cara se aflojó por encima de su agarre. Su rostro, no su rostro, alzó la vista hacia él. Entonces ella volvió a gritar.

Se volvió y corrió.

Recordaba correr.

Corrió hasta que dejó de doler.

Césped bajo sus pies.

Golpeó con fuerza contra una masa de sólida oscuridad y se arrastró hasta que logró abrirse camino. Había luces en lo alto, delante. Ella (la auténtica, la amable) estaba donde había luces.

--¡Allí! ¡Dando la vuelta a ese edificio!

--¿Estás seguro?

--Jesús, Cathy, ¿cuántos muertos hay caminando por la ciudad esta noche? ¡Ve por ahí!

La camioneta no había parado del todo cuando Donald se lanzó fuera a la calle. Tropezó, se levantó y corrió hacia la desgarrada figura que acababa de salir de las sombras.

Pasó por alto el alarido procedente de detrás del edificio. Al vislumbrar el rostro del número nueve a la luz de las farolas, creyó que podía imaginarse bastante bien qué lo había causado. Algunas de las suturas que mantenían el cuero cabelludo en su sitio se habían roto, y una porción amarillo grisácea del cráneo estaba al descubierto por encima de un aleteante triángulo de piel.

*¡La doctora Burke va a poner mis pelótas en un plato!* Resbaló al detenerse, inspiró profundamente para tranquilizarse y, con tanta calma como pudo, dijo:

--Sigue.

*Sigue.*

Conocía aquella palabra.

--Donald, se oyen gritos. Y el claxon de un coche.

--Mira, no te preocupes por eso. El número nueve está dentro, así que límitate a conducir.

--Bueno, deberíamos comprobar si está bien. Podrían haberle herido.

--Ahora no, Cathy. De momento está a salvo, pero el número diez no. Tenemos que dar con ella. Eso.

Catherine miró hacia atrás sobre su hombro al número nueve, tendido y atado en su sitio, asintió de mala gana y se alejó de la acera.

--Tienes razón. Primero encontramos a número diez. ¿Hacia dónde?

Donald se acomodó contra el asiento de pasajero, suspiró y separó las manos.

--¿Yo qué coño sé?

Marjory Nelson no estaba en el depósito de cadáveres de medicina, en la universidad; ni del todo, ni en parte. Inmóvil junto al tronco de un viejo arce, librándose del olor de la muerte en conserva, Henry pensó en la mejor manera de ocupar el resto de la noche. Los dos hospitales principales de la ciudad estaban cerrados. Si comprobaba ambos depósitos antes del alba, y no veía razón para no poder hacerlo, eso le dejaría tiempo para... para... ¿para qué?

En el curso del último año, había aprendido que los investigadores privados pasan la mayor parte del tiempo recuperando pedazos de información en apariencia inconexa con la esperanza de formar algo que se parezca a un todo coherente... un poco como realizar en primer lugar una búsqueda en un basurero de piezas de un rompecabezas y luego resolverlo sin idea alguna del cuadro final. Era más probable que ocupasen el tiempo en bibliotecas que en busca de coches, y los resultados dependían casi por igual del entrenamiento, talento, y suerte. Por no decir nada de una obstinada determinación para llegar al fondo de las cosas que rayaba en la obsesión.

Obsesión. La obsesión de Vicki por encontrar el cuerpo de su

madre bloqueaba la pena que debería estar sintiendo, impedía que siguiera adelante con el resto de su vida. Henry se reclinó contra el árbol, preguntándose por cuánto tiempo iba a permitir que aquello continuara. Sabía que podía abrir brecha, pero ¿a costa de qué? ¿Podía hacerlo sin romperla a ella? ¿Sin perderla? ¿Sin dejar que el sargento detective Mike Celluci recogiera los pedazos?

De pronto sonrió, haciendo brillar en la oscuridad la blanca media luna de sus dientes. *Mides tu vida en siglos*, se reprochó. *Dale a ella algún tiempo para pasar por esto. Sólo han pasado dos días*. Había hecho suya demasiada de la preocupación del siglo XX por librarse de lo desagradable tan pronta y limpiamente como fuese posible. De acuerdo, reprimir las emociones no era saludable, pero... *dos días a duras penas merece llamarse obsesión*. Era, comprendió, la presencia de Michael Celluci lo que había hecho que duraran tanto. *No puede hacer por ella más de lo que hago yo. Confía en la fuerza de ella, en su sentido común, y en el conocimiento de que tanto como es capaz, te ama*.

A ambos, añadió una vocecita.

*Cállate*, la ordenó ferozmente.

Enderezándose, se alejó del árbol y se quedó rígido, erizándose el pelo de su nuca. Un segundo después, los gritos comenzaron.

El sonido hacía eco alrededor de los apiñados edificios, haciéndole difícil localizar su origen. Tras seguir varias direcciones equivocadas, llegó al pequeño y solitario aparcamiento justo cuando la policía del campus se detenía con un chirrido, iluminando con sus faros a una aterrorizada adolescente que se alejaba de un coche de cantos oxidados y del cuerpo de un muchacho igual de joven, la mitad del cual se extendía sobre la calzada. El muchacho sin ninguna duda estaba muerto cuando abrieron la puerta del coche... sólo los muertos caen con tamaña despreocupación por sus huesos a la hora de tocar tierra.

Con los ojos entrecerrados contra el molesto resplandor, Henry se deslizó al interior de una zona de profundas sombras. Aunque no sería insólito que un viandante fuera atraído por los gritos, el anonimato, cuando era posible, aseguraba una posibilidad mayor de supervivencia para su especie. Con menos ruido que el que hacía el viento al rozar las paredes de caliza, comenzó a retirarse. La muchacha estaba a salvo, y si bien habría intervenido de haber llegado a tiempo, no tenía ningún interés en la miríada de formas mediante las que los mortales se mataban unos a otros.

--¡El tío parecía como, como si estuviera muerto! ¡Cómo podrido y muerto! ¡No estoy histérica! ¡Cómo los que he visto en películas, sabe! --La última palabra murió en un ascendente vagido.

*El tío parecía como si estuviera muerto.*

Y un cadáver había desaparecido.

Henry se detuvo y se dio la vuelta. Lo más probable era que no existiera ninguna relación. Avanzó en silencio, alrededor del borde de un edificio, y casi se ahogó. El olor de la muerte que había sentido en la funeraria era tan fuerte sobre el césped que tuvo que retroceder. Moviéndose por las esquinas, lo más cerca que estaba dispuesto a llegar, lo rastreó hasta un camino de acceso sembrado de baches y lo perdió de nuevo.

Al oír las sirenas aproximándose, se envolvió en la noche una vez más y volvió hasta el aparcamiento. Observaría y escucharía hasta que el drama terminase. La chica bien podía estar histérica, pintando el terror una faz aún más horripilante sobre el asesinato. La policía a buen seguro así lo creería.

*Si Henry regresa sin nada de la funeraria, haré que empiece a montarse en los autobuses. Un varón asiático joven que se sienta justo enfrente de la puerta trasera comiendo caramelos no debería ser muy difícil de localizar. Celluci puede hacer el turno de día.* Vicki rodeó con un círculo el punto de trasbordo de Brock Street en su mapa de autobuses. Como pista no era gran cosa, pero era la única que tenían y una que, sabía, la policía no tendría ni tiempo ni personal para seguir. Si Tom Chen (o cualquiera que fuera su nombre) continuaba en Kingston, y seguía yendo en autobús, al final lo encontrarían.

*Al final.* Se sentó cruzándose de brazos en el sofá y se frotó los ojos sin quitarse las gafas. *Es decir, si continúa en Kingston y sigue yendo en autobús.*

¿Y si no era así?

¿Y si había arrojado el cuerpo de su madre dentro de un coche y se lo había llevado? Puede que no sólo hubiera dejado el lugar, sino el país también. El puente Ivy Lea sobre las Mil Islas a los Estados Unidos no estaba lejos, y con la cantidad de tráfico que cruzaba a diario, las probabilidades de que su coche fuera registrado por la aduana eran despreciables. Podía estar en cualquier parte.

Pero él conocía a su madre. No había ninguna otra razón para

que pasara por alto los demás cuerpos que habían llegado a la funeraria y huyera luego con el de ella. Expresamente con el de ella. Así que había muchas posibilidades de que su centro de operaciones estuviera en la zona.

Eso resolvía el quién y el dónde. O, al menos, ensamblaba tanta información como disponían.

Vicki hincó los dedos en su nuca, tratando de soltar los nudos de tensión que hacían de sus hombros bloques sólidos; después se inclinó sobre la mesa de café de nuevo, haciendo caso omiso del hecho de que estaría más cómoda en la cocina. Apilando sus notas sobre Tom Chen con esmero a un lado, extendió el contenido del dossier de la doctora Friedman sobre la mesa. *Quién, dónde, cuándo*, e incluso *cómo*; tenía notas sobre todo ello, una hoja de papel para cada pregunta con el título escrito en rotulador negro en la parte superior de la página. Sólo *por qué* permanecía en blanco. ¿Por qué robar un cuerpo? ¿Por qué robar el cuerpo de su madre?

*¿Por qué no me contó que estaba tan enferma?*

*¿Por qué no respondí al teléfono?*

*¿Por qué no la llamé?*

*¿Por qué no estuve allí cuando me necesitaba?*

El lápiz se quebró entre sus dedos, y el sonido hizo retroceder a Vicki contra los cojines del sofá, con el corazón martilleando. Esas preguntas no formaban parte de la investigación. Esas preguntas eran para más tarde, para *después* de que recuperara a su madre. Con la mano izquierda apretada contra el puente de sus gafas, luchó por mantener el control. Su madre necesitaba que fuera fuerte.

De repente, el persistente aroma del perfume de su madre, de sus cosméticos y de su jabón de baño recubrieron su nariz y su garganta con una pátina del pasado. Su puño derecho se clavó en su estómago, cortando las súbitas náuseas. El ruido ambiente del apartamento pasó a estar en primer plano. El motor del refrigerador cobró el volumen de un helicóptero despegando, y el goteo del baño resonó contra la porcelana. Un coche aceleró fuera en la calle, y algo se movió en la gravilla del aparcamiento.

Poco a poco, los otros sonidos se desvanecieron en la distancia, pero las pisadas arrastrándose a través de las piedras sueltas continuaron. Vicki frunció el ceño, agradecida por la distracción.

Puede que fuera Celluci de regreso del establecimiento de comida rápida al otro lado de la calle, pisando indeciso porque... bueno, porque él y Henry habían estado indecisos alrededor de ella desde

que llegaron. No es que no apreciase su ayuda, cosa que hacía, pero deseaba hacer comprender a sus dos cabezas duras que podía cuidarse de sí misma.

Algo rozó al pasar la ventana del salón.

Vicki se irguió. Las amplias ventanas a la altura del suelo del apartamento del sótano siempre habían constituido un blanco tentador para los chicos del vecindario, y con el paso de los años habían sido decoradas con jabón, pintura, huevos, lápiz de labios, y, en una ocasión, con pegatinas de los Pitufos. Levantándose, se acercó y encendió la lámpara de pie con sus tres bombillas de cien vatios. Con un poco de suerte, algo de la brillante luz blanca que iluminaba el salón se derramaría en la noche y hasta podría ver a los pequeños vándalos antes de que huyeran corriendo.

Se detuvo ante la ventana, una mano agarrando el borde de la cortina, la otra la cinta de la persiana. Desde tan cerca, pudo oír cómo algo estaba sin duda alguna frotando el otro lado del cristal. Con un movimiento suave y experto, echó a un lado la cortina y tiró alzando la persiana hasta su tope.

Pegada contra el cristal, los dedos abiertos, la boca moviéndose sin emitir sonido, se encontraba su madre. Dos pares de ojos, del mismo color gris, se abrieron en simultánea señal de reconocimiento.

Luego el mundo se tambaleó por un segundo.

*Mi madre está muerta.*

Fragmentos de recuerdos lucharon por unirse.  
Desesperadamente, se aferró a los pedazos.

*Ésta es mi...*

*Ésta es mi...*

No podía recordarlo, no podía retenerlo.

Una adolescente, moviendo de arriba a abajo las piernas, con una cinta cruzándole sobre el pecho. Una mujer joven, alta, derecha y orgullosa, vestida de uniforme azul. Una minúscula boca rosa abriéndose en lo que seguramente era el primer bostezo de la creación. Una niña, de repente seria, sus pequeños brazos tendiéndose para sostenerla mientras ella lloraba. Una voz diciendo: "No te preocupes, madre".

Madre.

*Ésta es mi hija. Mi niña.*



Ahora sabía qué era lo que tenía que hacer.

La ventana se quedó vacía. Nadie se movió en el aparcamiento en el radio que la luz y la visión de Vicki alcanzaban.

*Mi madre está muerta.*

Doblando la esquina, fuera de la vista, sobre el camino de grava que conducía a la entrada del edificio, se escucharon los mismos vacilantes pasos.

Vicki se giró con rapidez y corrió hacia la puerta del apartamento.

Había echado el cerrojo al irse Celluci, una costumbre arraigada tras pasar años en una ciudad mayor, más violenta. Entonces, mientras dedos temblorosos retorcían el mecanismo, el cerrojo se atascó.

--¡MALDITO HIJO DE PUTA DE MIERDA!

Dejó de oír las pisadas. No podía oír nada salvo el rugir de la sangre en sus oídos.

*Estará en la escalera ahora...* El metal le magulló las manos... *abriendo la puerta de fuera...* ¿Se había quedado cerrada la puerta de seguridad al irse Celluci? Vicki no podía recordarlo. *Si no consigue entrar, se irá.* La puerta entera tembló mientras golpeaba el cerrojo con sus puños. *¡No te vayas!* A través de dedos blancos por la tensión, sintió que algo cedía.

*No te vayas otra vez...*

El vestíbulo estaba vacío.

La puerta de seguridad abierta.

Por encima del alarido de negación que retumbó contra los lados de su cráneo, pese a que ningún sonido traspasó sus dientes fuertemente apretados, Vicki escuchó la puerta de un coche abriéndose. Luego, neumáticos alejándose a través de la gravilla.

La adrenalina la catapultó por el tramo de escalera y la lanzó al interior de la noche.

--Estuvo cerca, Cathy, demasiado cerca. ¡Estaba dentro del edificio!

--¿Está bien?

--¿Qué quieres decir con eso? ¿No querrás decir si nos vio

alguien?

--No --Catherine negó con la cabeza, haciendo volar las puntas de su cabello brillante como el marfil bajo las luces de las farolas--. Los arreglos que hicimos no están pensados para tanta actividad. Si alguno de los motores se ha quemado...

Donald terminó de atar el cuerpo que se oponía débilmente en la trasera y se abrió camino hasta la parte de delante de la camioneta.

--Bueno, parece que todo funciona --suspiró, acomodándose en su asiento--. Pero desde luego no quería venir conmigo.

--Claro que no, interrumpiste el patrón.

--¿Qué patrón?

--El cuerpo estaba reaccionando para abandonar el edificio de Ciencias de la Vida, retomando un camino seguido durante años.

--¿Sí? Yo pensaba que estaba volviendo a casa.

--Su casa está con nosotros ahora.

Donald lanzó un ansioso vistazo por encima del hombro a la parte de atrás de la camioneta. El número nueve estaba tendido pasivamente, pero el número diez seguía forcejeando contra las correas. Le había seguido al ordenárselo, pero se apostaría de buena gana sus posibilidades de conseguir un premio Nobel a que no había querido hacerlo.

--Quédate quieto --le ordenó bruscamente, y no se quedó aliviado más que a medias al ver cómo obedecía la programación.

Mike Celluci salió de la diminuta tienda de comida rápida, aspirando el aroma de patatas fritas y grasiento *halibut* superpuesto al de una cálida noche de primavera. Justo en aquel preciso instante, las cosas no tenían tan mal aspecto. Aunque encontrar el cuerpo de Marjory Nelson tan pronto como fuera posible sería lo mejor para todos los interesados, Vicki era una persona adulta inteligente, bien familiarizada con la cruda realidad de que algunos casos nunca se resolvían. Al final, aceptaría que su madre se había ido, aceptaría que estaba muerta, y podrían retomar la resolución del problema que todo aquello había interrumpido.

Estaría ahí para consolarla, ella comprendería que Fitzroy no tenía nada que ofrecer, y los dos sentarían la cabeza. Puede que incluso tuvieran un hijo. *No*. La imagen de Vicki en un papel maternal le hizo pensárselo. *Puede que no lo tuvieran.*

Se detuvo en el bordillo mientras una camioneta de reparto salía de la avenida del bloque de apartamentos, girando al sur hacia el centro de la ciudad. Un instante después, la comida yacía olvidada en la cuneta mientras corría a toda velocidad para agarrar a la figura de mirada salvaje que se precipitaba sobre la carretera.

--¡Vicki! ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

Ella trató de zafarse de su presa, luchando por seguir a la camioneta.

--Mi madre... --Entonces las luces traseras desaparecieron y ella se aflojó contra él--. Mike, mi madre...

Suavemente, la hizo girarse, conteniendo a duras penas una consternada exclamación ante su expresión. Parecía como si alguien le hubiera arrancado el corazón.

--¿Vicki, qué pasa con tu madre?

Ella tragó saliva.

--Mi madre estaba en la ventana del cuarto de estar. Mirando al interior hacia mí. El cerrojo se atascó, y cuando salí fuera se había ido. Se alejó en esa furgoneta. Es el único sitio al que podría haber ido. Mike, tenemos que perseguir a esa camioneta.

Helados dedos bajaron bailando por la columna vertebral de Celluci. Palabras disparatadas intercaladas entre rápidos jadeos en busca de aliento, pero ella parecía creerlas. Moviéndose despacio, la guió de vuelta hacia el apartamento.

--Vicki. --Su voz brotó tensa y contenida, el nombre de ella apenas se entendió, así que volvió a empezar--. Vicki, tu madre está muerta.

Ella se liberó de sus brazos de un empujón.

--¡Lo sé! --rugió ella--. ¿Crees que no lo sé? ¡También lo estaba la mujer de la ventana!

--Mira, sólo la dejé sola unos pocos minutos. --A la vez que hablaba, Celluci, que había regresado para encontrarse con que el desastre la había visitado durante los pocos minutos que estuvo ausente, oía sus palabras repetidas por un millar de voces--. ¿Cómo iba a saber que estaba tan cerca de vencerse? Nunca se ha dejado vencer antes. --Apoyó el antebrazo contra la pared y el rostro contra la almohada de su brazo. Después de aquel único arrebató, Vicki había empezado a temblar, pero no le dejaba que la tocara. Se sentó sin más en la mecedora de su madre y se balanceó mirando fijamente a la

ventana. Los años de entrenamiento, de tratar con situaciones similares, parecían de pronto inútiles. Si el señor Delgado no hubiese aparecido, persuadiéndola para que se tomase esas píldoras para dormir (¿Cómo vas a estar fuerte mañana si no duermes esta noche, eh?), no sabía qué hubiera hecho; la hubiera sacudido probablemente, gritado sin duda; desde luego, no habría hecho nada bueno.

Henry se levantó de su postura en cuclillas junto a la ventana. El olor que permanecía en la parte de fuera del cristal era inconfundible.

--No se ha dejado vencer --dijo con calma--. Al menos no de la forma que crees.

--¿De qué estás hablando? --Celluci no se molestó en volver la cabeza--. Está teniendo alucinaciones, Dios.

--No. Me temo que no. Y parece que te debo una disculpa, detective.

Celluci bufó, pero la seguridad en la voz de Henry le hizo enderezarse.

--¿Disculpa? ¿Por qué?

--Por culparte de ver demasiadas películas malas.

--No necesito otro misterio esta noche, Fitzroy. ¿De qué coño estás hablando?

--Estoy hablando --Henry se apartó de la ventana, con una expresión inescrutable-- del retorno del doctor Frankenstein.

--No me jodas, Fitzroy. No estoy de... Dios, ¿no estás bromeando, no?

Negó con la cabeza.

--No. No estoy bromeando.

Era imposible no creerle. *Hombres lobo, momias, vampiros: debería haberlo esperado.*

--Madre de Dios. ¿Qué vamos a decirle a Vicki?

Ojos marrón verdoso y pardos se miraron, por una vez sin que hubiera una lucha de fuerzas entre ellos.

--No tengo la menor idea.

--Creo que deberíamos decírselo.

Los brazos cruzados sobre el pecho, Henry se apoyó contra la pared junto a las ventanas.

--¿Decirle que creemos que alguien ha convertido a su madre en el monstruo de Frankenstein?

--Sí. Decirle exactamente eso. --Celluci se frotó las sienes con el canto de las manos. Había sido una noche muy larga, y no tenía ganas de que amaneciera--. ¿Recuerdas aquel pequeño incidente el otoño pasado?

Las cejas de Henry se alzaron. Apenas había duda de a qué se refería el detective, aunque él difícilmente describiría la destrucción de un antiguo hechicero egipcio como un *incidente*.

--Si estás hablando de Anwar Tawfik, lo recuerdo.

--Bien, estaba pensando en algo que dijo Vicki, después de que todo hubiera terminado, sobre la existencia de un oscuro dios ahí fuera que sabe de nosotros, y que si nos rendimos a la desesperación caerá sobre nosotros como un político sobre una barra libre. --Suspiró, una prolongada, temblorosa espiración, y se encontró casi demasiado cansado para inspirar de nuevo--. Si no ha reparado en ella todavía, lo hará pronto. Tiene los nervios de punta.

--¿Vicki?

--No la viste.

A Henry le resultó difícil creer que Vicki se abandonase alguna vez a lo que fuera, y menos que a cualquier otra cosa a la desesperación, pero concedió que en las presentes circunstancias incluso la personalidad más fuerte podría sucumbir.

--¿Y piensas que si le contamos lo que sospechamos...?

--Se enfurecerá, y no hay nada que elimine la desesperanza más rápido que la justa ira.

Henry reflexionó sobre ello, los brazos cruzados, los omoplatos apoyados contra la pared. El oscuro dios de Tawfik seguía existiendo porque las emociones de que se alimentaba formaban parte de la condición humana, pero los tres (Celluci, Vicki, y él) conocían su nombre. Si quería acólitos, y qué dios no, tendría que ir hasta uno de ellos. Si Celluci estaba en lo cierto acerca de Vicki (y Henry tenía que reconocer que los años que hacía que el mortal la conocía hacían de él un buen juez), hacer que se encolerizase como protección sería lo mejor. Había asimismo un factor adicional que no debía ser pasado por alto.

--Nunca nos perdonaría si no se lo contáramos.

Celluci asintió, frunciendo los labios.

--Así es.

El silencio reinó por un instante mientras consideraban el resultado de hacer que la furia de Vicki se dirigiera hacia ellos. Ninguno se imaginaba que sus posibilidades de supervivencia fueran especialmente elevadas, al menos no en lo que a mantener una relación estable se refería. Henry habló el primero.

--Entonces, se lo contaremos.

--¿Contarle qué? --Vicki estaba de pie en la entrada del cuarto de estar, la ropa arrugada, los ojos turbios, la mejilla marcada por un pliegue de la funda de la almohada. Dando un paso adelante con cuidado, se tambaleó y se agarró al respaldo de una silla, sujetándose contra ella. Se sentía separada de su propio cuerpo, un efecto de las píldoras para dormir del que apenas se había logrado deshacer--.

¿Contarle que está fuera de sus cabales? ¿Que no puede haber visto a su madre muerta en la ventana? --Su voz subía y bajaba descontrolada; no parecía poder dominarla.

--En realidad, Vicki, te creemos. --El tono de Henry no dejaba lugar a dudas.

Cogida por sorpresa, Vicki pestañeó y luego trató de enfocar su ceño sobre Celluci.

--¿Los dos me creéis?

--Sí. --Él le devolvió una idéntica mirada--. Los dos te creemos.

Celluci dio un respingo cuando la figurita Royal Dalton golpeó la pared más lejana del cuarto de estar, rompiéndose en un millar de caros fragmentos de porcelana fina. Henry se movió, alejándose un poco más del radio del estallido.

--¡Malditos, bastardos comemierda hijos de puta! --La rabia que tornaba roja su visión y rugía en sus oídos se atascó en la garganta de Vicki, cerrando el paso a la corriente de palabrotas. Cogió rauda otro objeto de adorno y lo lanzó tan fuerte como pudo al otro lado del cuarto. Cuando se hizo pedazos, recuperó la voz de nuevo--. ¿Cómo se ATREVEN?

Respirando profundamente, se derrumbó sobre el sofá, con los dientes cerrados contra las oleadas de náuseas, la reacción de su cuerpo a la noticia.

--¿Cómo puede nadie hacerle eso a otro ser humano?

--La ciencia... --empezó Celluci, pero Vicki lo interrumpió... lo cual posiblemente fuera lo mejor, pues no estaba del todo seguro de lo que iba a decir.

--Esto no es ciencia, Mike. Se trata de mi madre.

--No de tu madre, Vicki --le dijo Henry con suavidad--. Sólo del cuerpo de tu madre.

--¿Sólo el cuerpo de mi madre? --Vicki se subió las gafas con el puño para que no vieran temblar sus dedos--. Puede que no haya sido la mejor hija del mundo, pero conozco a mi madre, y te digo que era mi madre la que estaba en la ventana. ¡No sólo su puto cuerpo!

Celluci se sentó junto a ella en el sofá y le cogió una mano entre las suyas. Sopesó y descartó cuatro o cinco lugares comunes de consuelo que no parecían en realidad ser pertinentes, y sabiamente decidió mantener la boca cerrada.

Vicki trató con poco entusiasmo de soltar su mano, pero cuando sus dedos se limitaron a cerrarse como respuesta, la dejó ahí, guardando su fuerza para alimentar su cólera.

--La vi. Estaba muerta. Conozco la muerte. Entonces la vi de nuevo en la ventana. Y estaba... --De nuevo, la cresta de una oleada de náuseas se alzó y se retiró hoscamente--. No estaba muerta.

--Pero tampoco viva. --Como las palabras en sí no ofrecían ningún consuelo, Henry las presentó tal como eran, sin el adorno de la emoción.

Una vez más, el rostro de su madre se alzó saliendo de la oscuridad, los ojos abiertos, la boca moviéndose en silencio. El apretón de Celluci se convirtió en una cálida ancla, y Vicki se sirvió de él para sustraerse al recuerdo.

--No. --Tragó saliva y un músculo tembló en su mandíbula--. Tampoco viva. Pero de pie, y caminando. --Por un momento, pensar que sólo una lámina de cristal se había interpuesto entre ellas le hizo imposible seguir. *Quiero gritar y llorar hasta que todo esto se acabe y no tenga que ocuparme de ello. Quiero que sea el sábado pasado. Quiero contestar al teléfono. Quiero hablar con ella, decirle que la quiero, decirle adiós.* Todo el cuerpo le dolía con el esfuerzo de mantener el control, pero de todo el torrente apenas contenido por su voluntad, sólo podía liberar la ira--. Alguien le hizo eso. Alguien en esa universidad ha perpetrado el mayor de los crímenes, la peor de las violaciones.

Celluci dio un respingo.

--¿En la universidad? ¿Por qué en la universidad?

--Tú mismo lo dijiste, ciencia. Es difícil que haya sido alguien de la puta tienda de ultramarinos. --Se subió las gafas con los nudillos de nuevo, luego se inclinó hacia delante y barrió sus notas de la mesa de café, desperdigándolas con la fuerza del golpe hasta la puerta del

apartamento. Su voz, por contraste, había ganado un rígido control--. Esto lo cambia todo. Ahora podemos encontrarla.

De mala gana, Celluci le soltó la mano; había aceptado todo el consuelo que estaba dispuesta a aceptar. La observó en silencio mientras ella le tendía una hoja de papel en blanco, deseando sacudirla, sin estar del todo seguro de por qué.

--De acuerdo. Sabemos que el cuerpo sigue en la ciudad, así que sabemos dónde buscar a las ratas e hijos de puta que le han hecho eso. --La punta del lápiz se partió contra el papel, y ella luchó contra el impulso de clavarlo a través de la mesa--. Está en la ciudad. Están en la ciudad.

--Vicki. --Henry atravesó la habitación para arrodillarse a su lado--. ¿Estás segura de que debes hacer esto ahora? --Cuando ella alzó la cabeza para mirarlo, a él se le erizó el vello de los brazos debido a la tensión en el aire.

--¿Qué se supone que debo hacer? ¿Ir a dormir?

Podía oír el corazón de ella martilleando, oír el efecto de la adrenalina bombeada por todo su organismo.

--No...

--Necesito hacerlo, Henry. Necesito ensamblar las piezas. Encontrar algún sentido a todo esto. Necesito hacerlo ahora. --La alternativa quedaba implícita en su tono. *O me devorará hasta que no quede nada de mí.*

La mano que se posó sobre la de él, sólo por un instante, estaba tan caliente que casi quemaba. Puesto que no podía hacer nada más, Henry asintió y fue a sentarse en la mecedora junto a la puerta, desde la que podía observar su rostro. Por el momento, la dejaría que se ocupara de su horror y su cólera a su propia manera.

Encontró interesante que Celluci no pareciera más feliz por ello de lo que él se sentía. *Queremos correr a rescatarla y en vez de eso nos encontramos con que nos permite ayudar. No es exactamente una posición cómoda para un caballero andante.* Pero por otro lado, Vicki no era exactamente una mujer cómoda de amar.

--Muy bien, pasando de encontrar el cuerpo de mi madre a centramos en hallar a la gente que le hizo esto, ¿qué estamos buscando? --Con un nuevo lápiz, grabó "¿Qué?" de parte a parte de la cabecera de la hoja--. Alguien que puede levantar a los muertos. Sin tener en cuenta el Segundo Advenimiento, pues dudo que sea tan sencillo como *levántate de tu lecho y anda*, volvamos a la ciencia.

--Escribió "Científico" bajo el título, luego revolvió sacando una hoja



nueva y escribió "¿Dónde?".

Celluci se echó hacia delante, venciendo sus viejas costumbres a su preocupación.

--Todo apunta a la universidad. Uno, es donde encuentras científicos. Dos, puedes disponer de un laboratorio privado hoy en día, en especial uno que contenga el equipamiento que habrían necesitado para...

--Tres --le interrumpió Vicki. Lo último con lo que quería vérselas en aquel preciso momento eran los detalles de lo que en realidad habían hecho.

*No lo último*, dijo una vocecita desde la parte posterior de su cabeza.

--Tres --dijo de nuevo, lanzando sus palabras contra la certeza de que, de alguna forma, sólo con que hubiera respondido al teléfono todo esto podría haberse evitado--. Ya hemos establecido que tenía que ser alguien que sabía que iba a morir. Ella trabajaba en la universidad. Sus amigos estaban en la universidad. Le hicieron pruebas en la universidad. Cuatro, el campus está a menos de diez manzanas al sur en División Street. Estamos cerca. --Su risa contenía más histeria que humor--. Incluso una mujer muerta podría recorrerlas.

--Y cinco --añadió Henry con delicadeza, mientras Vicki luchaba por refrenar sus emociones otra vez, y el brazo de Celluci se cernía inerte detrás de su espalda, seguro de que ella rechazaría la compasión, mas incapaz de dejar de ofrecerla--. Hay otro, y estaba en el campus esta noche.

La barbilla de Vicki se alzó, ayudándola a recobrar algo de distanciamiento al recordar a Henry diciendo que no se trataba de nada estrictamente personal. El brazo de Celluci volvió a caer a su costado. Ella escribió las palabras de aquél al pie de la letra, cogió otra hoja, escribió "¿Por qué?" y tuvo que esforzarse por distanciarse de nuevo.

--Al menos sabemos para qué querían el cuerpo. Pero ¿por qué mi madre? ¿Qué tenía de especial?

--Sabían que iba a morir. --Celluci no pudo hallar una forma de completar la idea que no restregase con sal emociones ya sangrando en carne viva, así que cogió aliento para tomar fuerzas y en lugar de eso dijo:-- Vicki, ¿por qué no dejas que me ocupe de esto?

--¿Y qué hago yo mientras? ¿Echar cenizas sobre mi cabeza? Que te jodan, Celluci. Sabían que iba a morir y necesitaban un cuerpo fresco. Ya está. Ya lo he dicho. Ahora sigamos.

Con sus propios nervios al descubierto, Celluci lanzó una mirada al otro lado del cuarto a alguien que podría entenderlo. *¡No pretendía herirla!*

Lo sé. Los ojos de Henry se clavaron con rapidez a la izquierda de Celluci y volvieron a mirarlo, añadiendo tan claramente como si hubiera hablado en voz alta: *y ella lo sabe.*

--No se hizo autopsia. --El lápiz de Vicki empezó a moverse de nuevo--. Supongo que si vas a hacer que el cadáver se levante y ande, eso es importante. Con un diagnóstico de muerte en seis meses por fallo cardíaco, no habría necesidad de realizar una autopsia cuando mi madre sufriera el ataque. Me pregunto... --Alzó la vista y frunció el ceño--. ¿Esperaron a que el otro muriera también? Podemos consultar al personal, averiguar quién más murió hace poco, ver si existe una conexión con mi madre, y seguir la pista hasta su origen.

Con una mano desplegó las tres hojas de papel. La otra hizo rebotar la goma del lápiz sobre la mesa.

--De acuerdo. Tenemos qué, dónde, por qué... --El lápiz se sosegó--. No creo que debamos preocuparnos por cómo.

*Un cuerpo tendido sobre una losa, su grotesca sombra proyectada sobre un basto muro de roca. En segundo plano, extraño equipamiento. En los rincones, oscuridad, rota por la apenas visible tracería gris de una telaraña. Por encima de todo, una cúpula gótica abierta a la noche. El trueno restalla y el relámpago se arquea bajando de los cielos. Y la Muerte es echada a un lado.*

--¿Vicki?

--¿Qué? --Se giró rápidamente hacia Celluci, los ojos abiertos.

--Nada. --Ahora que contaba con su atención, no estaba seguro de qué hacer con ella--. Parecías un poco... --*hechizada*. Cerró los dientes sobre la última palabra.

--Cansada. --Henry se deslizó como la seda en mitad de la pausa--. ¿No crees que deberíamos dormir un poco?

--No. No hemos acabado. No voy a dormir hasta que lo hayamos hecho. --Sabía que sonaba un poco desesperada, pero ya estaba más allá de importarle--. Así pues, ¿con qué contamos para el *quién*? Un científico, o un grupo de científicos, en la universidad, que sabían que mi madre iba a morir, que poseen el conocimiento para levantar a los muertos y la arrogancia para usarlo.

--La mayoría de los criminales son arrogantes --Celluci se hundió en los cojines del sofá--. Eso es lo que los convierte en criminales. Piensan que las leyes de la sociedad no se les aplican.

Vicki se subió las gafas.

--Muy profundo, detective, pero esto no es como robar la tienda de la esquina para comprar cervezas. Necesitamos un motivo.

--Si tuvieses la habilidad de alzar a los muertos, ¿no sería motivo suficiente? --preguntó Henry, sus ojos de repente lóbregos--. Están haciéndolo porque *pueden* hacerlo. Probablemente no lo consideren siquiera un crimen... tal habilidad divina los pone por encima de preocupaciones tan nimias.

--Bueno --resopló Celluci--, tú deberías saberlo.

--Sí.

Esa sola sílaba erizó el vello de la nuca de Celluci y éste entendió, algo tarde, que nadie comprendía el abuso de poder tan bien como aquellos que lo compartían.

Vicki hizo caso omiso de ambos, arrumbando sus notas en una pulcra pila, con movimientos espasmódicos.

--Así que estamos buscando en la universidad a un científico arrogante con conocimientos médicos que sabía que mi madre iba a morir. Será como encontrar la aguja en el proverbial pajar.

Celluci liberó su atención de Henry Fitzroy y volvió al asunto entre manos.

--¿Qué hay del jefe de tu madre?

--¿La doctora Burke? No lo creo. Mi madre decía que era la administradora de más talento para la que había trabajado, y eso no deja mucho tiempo para dedicarlo a levantar a los muertos.

--¿Y qué? Si firmó el acta de defunción tiene que ser médico, aparte de lo otro. Sabía que tu madre iba a morir y, como jefa de departamento, con toda seguridad estaba en disposición de adquirir el equipo para un laboratorio secreto. --Levantó las manos pasándoselas por el pelo, y trató de obligar a su fatigado cerebro a funcionar sólo un poco más--. Es alguien por quien empezar.

--Tengo una cita con ella por la mañana. Veré qué puedo averiguar. --Su tono dejaba traslucir que no contaba con descubrir gran cosa.

--Veremos qué averiguamos.

--No, Mike --Negó con la cabeza, y deseó no haberlo hecho cuando la habitación comenzó a dar vueltas--. Quiero que ates algunos cabos sueltos relativos al señor Chen.

--Vicki, Tom Chen es un callejón sin salida.

Ella se dio la vuelta para encararlo, sujetándose contra el respaldo del sofá.

--Puede que siga siendo el único callejón que tenemos. No te necesito conmigo, Mike.

--No deberías hacerlo sola.

--No lo estoy haciendo. A no ser que quieras volver a casa.

Él lanzó una mirada a Henry, al otro lado del cuarto, que no fue de ayuda.

--Por supuesto que no me voy a casa --gruñó. Puede que rendirse fuese su única opción, pero nadie decía que tuviera que hacerlo sin luchar--. ¿Entonces qué hacemos ahora?

Ante su sorpresa, fue Henry quien respondió.

--Dormir. No tengo elección. El alba está muy próxima. Puedo sentir el sol. Tú, detective, has estado despierto toda la noche. Y tú, Vicki, puedo oler las drogas en tu organismo... necesitas dormir para aclarar la ofuscación de tu mente.

--No, yo...

Henry la interrumpió alzando un imperioso ceño.

--Unas horas no supondrán ninguna diferencia para tu madre, y a ti te servirán de mucho. --Atravesando el cuarto, extendió una mano--. Puedo hacerte olvidar por un tiempo, si quieres.

--No quiero olvidar, gracias. --Pero tomó su mano y se puso en pie, aplastando un trozo de porcelana china bajo la suela de su zapato. Los dedos de él eran tan fríos como cálidos los de Celluci. Un ancla de distinto tipo--. Y, pese a lo que los dos creéis, soy del todo consciente de que extralimitarme no ayudará en absoluto a dar con los comemierda que lo hicieron. Dormiré, comeré. Y luego... --La ira y el agotamiento, actuando por igual, destruyeron el resto del pensamiento antes de que lo hubiera formulado. Se aferró al brazo de Henry y lo miró fijamente a la cara--. No podré esperarte. La puesta de sol está terriblemente lejos.

Él le tocó la mejilla con la mano libre y repitió:

--Terriblemente lejos. Yo mismo no podría haberlo dicho mejor. Pero ten cuidado mientras no estoy contigo. --Su mirada pasó por encima de su hombro para encontrar la de Celluci--. Tened cuidado los dos.

Donald aseguró el portaobjetos, miró con atención la mancha de color púrpura por un momento, suspiró, y se volvió.

--Cathy, no me gusta lo que tenemos aquí.

--¿Problemas con número ocho? --Catherine alzó la vista de su disección, el ceño fruncido, las manos sepultadas bajo uno de los órganos en descomposición del número ocho.

--El número ocho está más allá de poder darnos problema alguno --bufó Donald--. Me preocupa más el dúo dinámico de ahí.

Desconcertada, Catherine miró por encima de su máscara a las dos cajas de aislamiento en marcha.

--Estoy segura de que todo el daño que sufrieron la pasada noche era superficial. Suturaste todas las laceraciones de número nueve. Los dos comprobamos si existía sobrecarga mecánica. Ajusté su nivel de nutrientes para compensar el esfuerzo de la reestructuración bacteriana...

--No es eso lo que quería decir. --Desgarró el envoltorio de un caramelo, lo hizo un lio y lo arrojó más o menos hacia la papelera--. ¿No crees que esos dos han ido un poco más allá de los parámetros del experimento?

--Claro que no --Catherine depositó un riñon sobre una bandeja esterilizada--. Vamos a necesitar muestras de tejido de los otros para comparar.

--Sí, sí, lo sé. Sacaré la aguja de biopsias en un minuto, pero primero vamos a tener una charla sobre el paseíto de la noche pasada. Eso no tuvo nada que ver con la regeneración de órganos mediante bacterias adaptadas, ni siquiera con la reanimación del cuerpo humano por medio de bacterias adaptadas y servomotores.

--¿De qué estás hablando? Si lo de la noche anterior no fue animación, no sé qué otra cosa fue; si los quieres más animados, tendrás que llamar a Disney.

--¿Es una broma? --preguntó Donald--. Porque si lo es, no es nada divertida. Se suponía que ella --señaló la caja de Marjory Nelson-- no iba a ir a casa, y él... bueno, él no se suponía que fuera a ir a ninguna parte.

Catherine se encogió de hombros, sus manos de nuevo sepultadas hasta las muñecas.

--Obviamente, introducirle sus propios patrones de onda cerebral a través de la red neuronal despertó recuerdos enterrados. Teniendo en cuenta que cuando estaba viva caminó cada noche durante años hasta casa desde el edificio de Ciencias de la Vida, lo más lógico era que siguiera esa programación. Deberíamos haber previsto que esto ocurriría y haber tomado precauciones --su voz bajó hasta convertirse en algo aproximado al ritmo de discurso de la doctora Burke--.

Cuanto más impulsos son enviados a un recuerdo impreso dado, más sencillo resulta que posteriores impulsos sigan el mismo circuito. Y teniendo en cuenta las molestias que nos hemos tomado para enseñar a número nueve a seguirnos, yo diría que tendríamos que estar contentos de que la siguiera. A fin de cuentas, tú eres el que decía que no estaba aprendiendo nada.

--Sí, bueno, también soy el que dice que no le gusta esto.

--Mordisqueó con fuerza el caramelo en su boca y lo trituyó entre los dientes--. Quiero decir, supón que no estamos limitándonos a recrear respuestas físicas.

Catherine dejó el segundo riñón al lado del primero.

--No sé de qué estás hablando.

--¡Estoy hablando de almas, Cathy! --Su tono se volvió un poco chillón--. ¿Y si, a causa de lo que hemos hecho, Marjory Nelson ha vuelto a su cuerpo?

--No seas ridículo. No estamos devolviendo una antigua vida, estamos creando nuevas, como... poner vino nuevo en odres viejos.

--No es así como se hace --le hizo ver Donald con aspereza--. El vino viejo se mezcla con el joven. --Se dio la vuelta sobre su taburete y se inclinó sobre el microscopio. Sabía que era inútil discutir eso; las almas no tenían sitio en el mundo de Cathy. Y puede que ella tuviera razón. Ella era el genio manifiesto, después de todo, y era su experimento. Él sólo participaba en ello por curiosidad... y por la recompensa final, claro.

*Sin embargo, se dijo, mordiéndose el labio inferior, incómodamente consciente de las preguntas que yacían en las cajas de aislamiento detrás de él, estaría mas contento si supiese que estamos creando una nueva versión de Frankenstein en vez de una de La noche de los muertos vivientes. Un instante de reflexión le recordó que Frankenstein no había tenido lo que se dice un final feliz. Ni un argumento feliz, que digamos.*

Podía oír voces. La voz de ella y la de él. No podía entender qué estaban diciendo, pero sí el tono. Estaban discutiendo.

Recordaba discutir. Cómo acababa con golpes. Y dolor.

Él discutía a menudo con ella.

A número nueve no...

...no...

...no le gustaba eso.

--Buenos días, doctora Burke. El café está listo.

--Bien. --La doctora Burke dejó su maletín junto a la puerta del despacho interior y se giró hacia la cafetera--. Me salva la vida, señora Shaw.

--Puede que no sea tan bueno como cuando Marjory lo hacía --suspiró la señora Shaw--. Ella siempre tenía tan buena mano para el café...

De espaldas al cuarto, la doctora Burke puso los ojos en blanco y se preguntó cuánto tiempo duraría el melodrama de dolor en el despacho. Dos días recibiendo cada informe, cada memorando, cada pequeña cosa junto con un panegírico era casi tanto como podía soportar. Levantó la taza del asa y echó tres cucharadas colmadas en el interior. Si la universidad cumpliera procurándole el prometido interino (o mejor todavía, un reemplazo permanente para el puesto de Marjory Nelson) le diría a la señora Shaw que se tomara unos días libres.

*Por desgracia*, la doctora rellenó su taza y contempló con furia el oscuro líquido, *las ruedas de la academia avanzan con lentitud geológica*.

Detrás de ella, la señora Shaw encendió la radio. Village People estaba casi terminando los últimos compases de "YMCA".

La doctora Burke se volvió y transfirió su airada mirada a la radio.

--Si están haciendo otro homenaje a los 70, cambiamos de emisora. Ya viví la música disco una vez, y preferiría no hacerlo de nuevo.

--Esto es la CKVS FM, son las nueve en punto, y ahora las noticias. La policía sigue sin tener pistas sobre el cruel asesinato la pasada noche de un estudiante del QECVI [*\*Nota del T.-- Queen Elizabeth Collegiate and Vocational Institute, centro de formación profesional en Kingston*] en el campus de la Queen's University. El único testigo del crimen se encuentra en observación en el Hospital General de Kingston y todavía no ha sido capaz de proporcionar a la policía una descripción precisa del asesino. Aunque la joven no resultó herida en el incidente, los doctores dicen que sufre una conmoción. Tanto la policía como el personal médico refieren que hasta que fue sedada siguió gritando: "Parecía muerto. El tío parecía muerto". Se

ruega a todo aquel que tenga información relativa a este trágico suceso se ponga en contacto con el detective Fergusson en jefatura de policía. En otra parte de la ciudad...

--¿No es horrible? --La señora Shaw se frotó los ojos con el dorso de la mano--. Ese pobre muchacho, muerto en la flor de la vida.

*El tío parecía muerto.* Los dedos de la doctora Burke se cerraron sobre el asa de su taza. *Es evidente que la chica tiene una imaginación hiperactiva. Esto no tiene nada que ver con...*

--Las demás emisoras ofrecieron un informe mucho más completo. La chica decía que caminaba arrastrándose, que su piel era gris y fría, y que su expresión no cambió siquiera mientras estrangulaba a su novio. Horripilante. Sencillamente horripilante.

Era imposible.

--¿Dijo qué llevaba puesto?

--Alguna clase de ropa de deporte. Un chándal creo. ¿Doctora Burke? ¿Adónde va?

¿Adónde iba a ir? Miró fijamente su café, luego depositó con energía la taza sobre el archivador, aferrando ya con los dedos de la otra mano la manija de la puerta, haciendo palidecer los nudillos. Gracias a Dios que nadie del despacho *contaba* con que sonriera.

--Acabo de acordarme, tenía a un estudiante de posgrado haciendo funcionar un programa la noche anterior, y prometí que lo verificaría esta mañana. No sé por qué me molesté, sigue haciéndolo mal.

La señora Shaw sonrió y movió la cabeza.

--Se molestó porque usted siempre espera que lo hagan bien. Oh, vaya. --La sonrisa desapareció--. La hija de Marjory vendrá por aquí esta mañana.

La hija de Marjory Nelson, la ex detective, la investigadora privada, era la última persona con la que quería hablar en aquel mismo instante.

--Preséntele mis excusas y... No. Si viene mientras no estoy, pídale que espere. Volveré tan pronto como pueda. --Era mejor saber qué dirección estaba tomando la señorita Nelson en la búsqueda del cuerpo de su madre. La información era conocimiento; la ignorancia, desastre en potencia.

--Mataron a un joven en el campus la noche pasada. ¿Alguno de



vosotros sabe algo al respecto?

Donald se giró tan rápido que casi se cayó del taburete.

--¿Doctora Burke! ¡Me ha asustado!

Ella avanzó otro paso al interior del laboratorio, saltándole un músculo en la mandíbula y con ojos entrecerrados detrás de sus gafas.

--Limítate a responder la pregunta.

--¿La pregunta? --Frunció el ceño, con el corazón aún desbocado, y ordenó mentalmente las palabras de puro miedo. *Mataron a un joven la noche pasada*--. Oh, joder. --En su memoria, vio al número nueve salir tambaleándose a la luz mientras se oían alaridos detrás de un edificio--. ¿Qué, qué le hace creer que sabemos algo?

--No me fastidies, Donald. --La doctora Burke empleó la voz que era capaz de exigir atención a la fila de atrás de un aula de setecientos cincuenta asientos. Donald trató de no encogerse--. Hubo un testigo. Ofreció una descripción muy precisa del número nueve, y lo que quiero saber --su palma cayó sobre la mesa, el golpe seco de carne contra metal resonando como un disparo-- es qué demonios estaba pasando aquí abajo.

--No lo hizo a propósito. --Catherine se levantó grácil desde detrás de la caja de aislamiento del número nueve y se quedó de pie, apoyando ligeramente ambas manos sobre la curva tapa.

--Me preguntaba dónde estabas. --La doctora Burke se volvió, echando humo, espoleándola aún más la calma de la joven. Su gesto hacia la caja cortó como una espada--. Como no tiene ningún propósito, estando muerto, no necesita vigilancia. Vosotros dos, sin embargo, no tenéis tal excusa. Así que comencemos por una explicación de por qué el experimento salió del laboratorio.

--Eh, no fué así. --Donald se aclaró la garganta mientras ella le dirigía su mirada de basilisco, pero continuó. No tenía ninguna intención de que le culparan por algo que no era culpa suya--. Se fueron por sí solos.

--¿Por sí solos? --Su tranquila repetición era muy poco reconfortante--. ¿Decidieron sin más levantarse y salir a dar un paseo por la tarde? --Alzó de pronto el volumen arrojando sus palabras contra las paredes--. ¿Qué clase de idiota creéis que soy?

--Dice la verdad --Catherine alzó su mentón--. Cerramos la puerta al salir. Cuando volvimos, la puerta estaba abierta, desde dentro, y se habían ido. Encontramos a número nueve vagando por el campus --sus dedos acariciaron la caja de forma consoladora--. Hallamos a

número diez justo fuera del edificio de apartamentos donde ella vivía cuando era Marjory Nelson.

--Volvió a casa --añadió Donald.

Catherine suspiró.

--Se limitó a seguir la antigua programación.

--No viste su cara, Cathy.

--No necesitaba verla. Conozco los parámetros del experimento.

--¡Bien, puede que hayan cambiado!

--Callaos, los dos. --*Unos ojos grises se abrieron de pronto, reconociéndola por un instante.* La doctora Burke cerró sus ojos por un momento, y cuando los abrió de nuevo, musitó:-- Puede que esto haya ido demasiado lejos.

Catherine frunció el ceño.

--¿El qué?

--Todo esto.

--Pero, doctora Burke, usted no comprende. Si número nueve mató a aquel chico, actuó por sí solo. No era algo que hubiéramos programado. Eso significa que *puede* aprender. *Está* aprendiendo.

--Eso significa que él, eso, mató a alguien, Catherine. Ese chico está muerto.

--Bueno, sí, y eso es muy grave, pero nada de lo que hagamos lo devolverá a la vida. --Hizo una pausa, sopesando posibilidades, arrugó la frente, y negó con la cabeza--. No. Es demasiado tarde --volvió a enfocar la mirada--. Pero podemos examinar y desarrollar estos nuevos datos. ¿No comprende? Número diez tiene que estar pensando. ¡Su cerebro es funcional de nuevo!

--¡Cathy! --Donald bajó de un salto de su taburete y se aproximó a ella, la incredulidad escrita en su rostro--. ¿No *lo* entiendes? Un tipo está *muerto*. Este experimento tuyo --aporreó la caja del número nueve-- es un asesino y el otro es, es... --No encontraba las palabras. No, eso no era del todo cierto. Sabía las palabras. Sencillamente no podía pronunciarlas. Porque si las decía, tendría que creerlas--. Doctora Burke, tiene razón. Esto ha ido demasiado lejos. ¡Tenemos que dejarlo de forma definitiva y salir de aquí antes de que la policía siga el rastro del número nueve hasta su guarida!

--Donald, tranquilízate. Estás histérico. La policía no cree, ni es probable que lo haga, que haya un muerto deambulando por ahí cometiendo homicidios.

--Pero...

La doctora Burke lo acalló con una mirada, su propia crisis de

conciencia echada a un lado a la luz de la nueva información. No había considerado en verdad el incidente desde la perspectiva de los resultados experimentales. Esto podía significar un gigantesco paso adelante.

--Si el número nueve está pensando, Catherine, no me gusta en qué está pensando.

Dos pinceladas de color aparecieron sobre las mejillas de Catherine.

--Bueno, sí, pero está pensando. ¿No es eso lo importante?

--Tal vez --concedió la doctora--. Si se trata en realidad de pensamiento, y no de una simple reacción ante estímulos. Puede que tengamos que diseñar una nueva batería de pruebas.

Donald tragó saliva y lo intentó de nuevo.

--Pero, doctora Burke, ¿ese chico está muerto!

--¿Qué quieres decir?

--¡Tenemos que hacer algo!

--¿Qué? ¿Entregarnos? --Apresó la mirada de él con la suya y, tras un momento, esbozó una sonrisa--. No pensaba en eso. ¿Concluir el experimento? Eso no le devolvería la vida --se cuadró de hombros--. Dicho lo cual, os hago saber que estoy muy contrariada por vuestro descuido. Aseguraos de que no vuelve a suceder de nuevo. Sacadlos de sus cajas sólo cuando sea absolutamente necesario. Nunca los dejéis libres solos. ¿Le has hecho un electroencefalograma al número nueve después de lo ocurrido?

El rubor de Catherine se acentuó.

--No, doctora.

--¿Por qué no?

--Número ocho murió por la noche, y tuvimos que empezar...

--El número ocho lleva muerto algún tiempo, Catherine, y no va a irse a ninguna parte. Haz el electro ahora. Si hay un patrón de ondas cerebrales ahí dentro, lo quiero registrado.

--Sí, doctora.

--Y por Dios, mantenedlos bajo control. No voy a permitir que mi carrera se arruine por un descubrimiento prematuro. Si algo parecido vuelve a suceder, no lo toleraré. ¿Entendéis?

--Sí, doctora.

--¿Donald?

Él asintió con la cabeza señalando hacia la segunda caja.

--¿Qué hay de ella? Y si... y si...

*¿Y si hemos atrapado el alma de Marjory Nelson?* Ella leyó sin

dificultad las palabras en su rostro. Las oyó en medio del silencio. Y se negó a compartir su miedo.

--Estamos aquí para responder a y síes, Donald; eso es lo que hacen los científicos. Y ahora --la doctora Burke miró su reloj-- tengo una entrevista con la hija de Marjory Nelson. --Se detuvo en el umbral y se volvió para encarar el laboratorio de nuevo--. Recordadlo. Si algo más va mal, cortaremos por lo sano.

Mientras sus pasos se desvanecían pasillo abajo, Donald tomó aliento inspirando larga y temblorosamente. Las cosas se estaban poniendo un tanto demasiado serias para él. Puede que fuera el momento de que empezara a pensar en cortar él por lo sano.

--¿Puedes creerlo, Cathy? Se carga a un tío, y ella está contrariada.

Catherine no le hizo caso, toda su atención puesta sobre el amortiguado martillear procedente de la caja delante de ella. No le gustaba la forma en que estaban yendo las cosas. Sin duda la doctora Burke comprendía la importancia de que número nueve adquiriese independencia, y cuan vital era preservar la integridad del experimento. ¿Qué tenía que ver la carrera con eso? No, no le gustaba la forma en que estaban yendo las cosas en absoluto. Pero todo lo que dijo fue:

--No le gusta estar encerrado.

*Hija.*

La palabra se deslizó a través del zumbido de la maquinaria y la insonorización de la caja misma. La empleó para coger el extremo de un hilo de la enmarañada masa de recuerdos.

Ella tenía una hija.

Había algo que tenía que hacer.

Incapaz de quedarse quieta, Vicki recorrió el despacho exterior, incómodamente consciente de la húmeda y compasiva mirada de la

señora Shaw siguiendo cada uno de sus movimientos. No necesitaba compasión, necesitaba información.

De acuerdo, no había reaccionado particularmente bien al serle presentada una caja con los efectos personales de su madre, pero eso no era razón para que la señora Shaw lo diese todo por supuesto. Si la última anotación en el libro de citas no hubiese sido *Llamar a Vicki*, se habría encontrado mejor.

--¿Quiere una taza de café, querida?

--No. Gracias. --La verdad, le habría encantado tomar una, pero no podía enfrentarse a tener que usar la taza de su madre--. ¿Tardará mucho la doctora Burke?

--No lo creo. Sólo tenía que verificar el trabajo de uno de sus estudiantes de posgrado.

--¿Estudiantes? ¿Qué enseña?

--Oh, en realidad no enseña, sólo acoge a unos pocos de los posgraduados bajo su ala y los ayuda a continuar.

--¿Estudiantes de medicina?

--No estoy segura. --La señora Shaw sacó un pañuelo nuevo y se frotó con suavidad los ojos--. Su madre lo sabría. Era la secretaria personal de la doctora Burke.

*Mi madre no está aquí.* Vicki trató de no reflejar la idea en su rostro, dado que la emoción resultante no era dolor, sino enojo.

--Su madre estimaba realmente a la doctora Burke --prosiguió la señora Shaw, con un melancólico vistazo al escritorio vacío del otro lado del cuarto.

--Parece una persona digna de ser estimada --la interrumpió Vicki, antes de que iniciase un torrente de lacrimógenos recuerdos--. ¿Qué tiene, dos carreras?

--Tres. Un título de Medicina, un doctorado en Química Orgánica, y un máster en Administración de Empresas. Su madre siempre decía que contratarla para dirigir este departamento era lo más inteligente que había hecho nunca la universidad. La mayoría de los académicos no son buenos administradores, y la mayoría de los administradores son del todo insensibles a las necesidades del entorno académico. Su madre decía que la doctora Burke era un puente entre ambos mundos.

*¿Por qué demonios tiene que seguir refiriéndose a mi madre?*, se preguntó Vicki, mientras la señora Shaw atendió tres llamadas una detrás de otra.

--Sí, profesor Irving, me ocuparé de que reciba el mensaje en cuanto vuelva. --La señora Shaw volvió a depositar el auricular en el

soporte y suspiró--. Así es todo el día. Todos quieren un pedazo de ella.

--Supongo que no tiene mucho tiempo para el trabajo de laboratorio.

--¿Trabajo de laboratorio? Apenas tiene tiempo para dar un mordisco antes de que alguien vuelva a necesitarla. --Dando golpecitos sobre el montón de notas, de por sí impresionante antes de añadir las tres últimas, la voz de la señora Shaw se aguzó--. La tienen corriendo de reunión en reunión, resolviendo este y aquel problema, enterrándola bajo formularios, estudios e informes, este anual y aquel semestral y el otro quincenal... Y sólo Dios sabe cómo voy a desescombrar todo esto por mí misma sin la ayuda de su madre.

La señora Shaw se ruborizó y Vicki se volvió de cara a la puerta.

--Lamento haberla hecho esperar, señorita Nelson. --La doctora Burke atravesó la habitación y alargó una mano para coger sus notas--. Pero como ya ha oído, estoy bastante ocupada.

--No hay problema en absoluto, doctora. --Algo en aquella resuelta figura en bata de laboratorio almidonada tenía un efecto tranquilizador, y Vicki la siguió cuando le indicó que entrara en su despacho, sintiéndose más bajo control de lo que se había sentido en días. De pronto recordó a su madre describiéndole a su nueva jefa (justo después de que la doctora Burke se hubo hecho cargo del departamento) como alguien tan segura de sí misma que el impulso de preguntar algo desaparecía en su proximidad. Vicki se había reído entonces, pero en aquel momento pensó que podía entender lo que su madre había querido decir. Ella misma había sentido algo de ese efecto, hacía unos días. Había sido la doctora Burke quien la había hecho tocar tierra, enviándola al depósito del hospital, y a quien ella había recurrido para el panegírico.

Antes de que descubriera que el panegírico era innecesario.

Mientras Vicki se acomodaba en una de las poco confortables sillas de madera y cuero, la doctora Burke rodeó el escritorio y se sentó, amontonando la docena o así de notas de papel rosa en una ordenada pila.

--No suelo estar tan atareada --explicó, lanzando una molesta mirada al montón--. Pero es final de trimestre y las tonterías burocráticas que podrían haber sido despachadas hace meses tienen que cumplimentarse de inmediato.

--¿No puede delegar?

--Ciencia y Administración hablan dos idiomas diferentes, señorita

Nelson. Si delego, termino teniendo que traducir. Francamente, es mucho más sencillo hacerlo yo misma.

Vicki reconoció el tono; ella misma lo había usado una o dos veces.

--Imagino que preferiría, eh, perder el tiempo con tubos de ensayo o algo así.

--De ningún modo. --La doctora Burke sonrió, y la sinceridad subyacente a sus palabras era inconfundible--. Disfruto enormemente dirigiendo las vidas de otra gente, ocupándome de que cada eslabón de una máquina muy compleja continúe moviéndose en su lugar establecido. --Habría sido más preciso decir *en el lugar que yo establezco*, pero la doctora Burke no tenía intención de revelar tanto sobre su carácter. *Ahora que hemos dejado claro que disfruto con mi trabajo, ¿seguimos con la investigación, señorita Nelson?*--. La señora Shaw me ha dicho que quiere preguntarme acerca de las pruebas que hice pasar a su madre.

--Así es. --Una llamada previa a la doctora Friedman la había informado de que la doctora de su madre sabía de tales pruebas, así que probablemente no tenían nada que ver con... con el resultado final. Pero eran algo por donde empezar. Vicki sacó un bloc de papel y un lápiz de las honduras de su bolso de bandolera--. Presumo que tenían que ver con el estado de su corazón.

--Sí. Aunque no he ejercido la medicina durante algún tiempo, soy doctora en Medicina y su madre, comprensiblemente alterada, quería una segunda opinión.

--¿Y cuál fue la suya?

--Que le quedaban acaso seis meses de vida sin una operación. Prácticamente lo mismo que le dijo su propio médico.

--¿Por qué no pidió ser operada?

--No es tan sencillo --dijo la doctora Burke, reclinándose en su silla y entrelazando los dedos sobre su estómago--. Siempre hay listas de espera para la cirugía mayor, en especial trasplantes, que es lo que su madre habría necesitado, y con los recortes presupuestarios...

El lápiz de Vicki se hundió a través del papel y su voz salió entre dientes.

--Eso dijo la doctora Friedman. --*Puede que mi madre haya muerto debido a los malditos recortes presupuestarios*--. Me gustaría ver copias.

--¿De las pruebas? No conservé ninguna. Le di copias a su madre, que, imagino, se las entregó a su médico, pero no vi razón

para guardar una para mí. --La doctora Burke frunció el ceño--. Hice lo que pude por ella. ¿Duda de mi diagnóstico, señorita Nelson?

--No. Por supuesto que no. --*Así que tú estabas aquí para ayudarla y yo no. Ésa no es la cuestión ahora--*. ¿Quién más sabía lo de las pruebas?

--¿Porqué?

La pregunta no fue ninguna sorpresa, y Vicki se dio cuenta de que en primer lugar respondía a su tono agresivo. Ella misma lo habría preguntado si alguien le lanzara una pregunta con tanta contundencia. *Brillante técnica de interrogatorio, Nelson. ¿Has olvidado todo lo que aprendiste?* Puede que debiera haber traído a Celluci. Puede que no estuviese pensando con claridad. *No. No lo necesito para que me coja la mano. Me he sobrepuesto a la cólera antes*. Había sido una de las mejores; número uno de su clase; la chica rubia de la Policía Metropolitana. Inspiró profundamente y luchó por adoptar una apariencia profesional.

--El cuerpo de mi madre ha desaparecido, doctora Burke. Pretendo encontrarlo y toda información que pueda ser capaz de darme no puede sino ayudar.

La doctora Burke se inclinó, apoyando las palmas de las manos sobre el escritorio.

--¿Cree que el cuerpo fue sustraído por alguien que sabía que iba a morir?

Celluci siempre había dicho que era una pésima embustera. Vicki miró a la doctora Burke a los ojos y decidió no intentarlo siquiera.

--Sí. Eso es justo lo que creo.

La doctora Burke sostuvo su mirada por un momento, y luego volvió a reclinarse.

--Aparte de mí y de la doctora Friedman, sólo puedo pensar en la señora Shaw, aunque es probable que la enfermera de la doctora Friedman lo supiera. Yo no se lo conté a nadie, la señora Shaw podría haberlo hecho, y puede que su madre se lo haya mencionado a sus amistades, claro está.

--Nunca me lo mencionó a mí --dijo entre dientes Vicki, y luego cerró herméticamente los labios, temerosa de pudiera escapársele algo más. No había pretendido decir aquello.

--Puesto que usamos equipamiento de la universidad --continuó la doctora Burke pasando por alto cortésmente el arranque--, no puedo asegurar que nadie más supiese sobre las pruebas, compréndalo.

--Sí. --Una sola palabra parecía ser lo bastante seguro. Lástima



que tuviese que usar más; cada sílaba era más encendida que la precedente, y no parecía que pudiese hacer nada al respecto--. Necesito hablar con los miembros del departamento con los que mi madre más se trataba.

--Eso significa con todos ellos --le dijo la doctora Burke secamente--. ¿No creerá en todo caso que alguien de mi departamento es el responsable?

--Parecen ser las primeras personas a las que debería investigar, ¿no?

*Respondiendo a una pregunta con otra. Buen intento, señorita Nelson, pero no tengo intención de perder el control.*

--Desde luego, estaría interesada en conocer sus razones para pensar así.

Como sus razones para pensar así se basaban exclusivamente en una visita a medianoche que no tenía intención de mencionar, Vicki se encontró por un momento sin saber qué decir.

--Los miembros de su departamento son científicos.

--¿Y por qué habría de llevarse un científico el cuerpo de su madre? --La doctora Burke conservó su expresión en apariencia neutral mientras interiormente pateaba el descuidado trasero de Donald. Sabía que no podía confiarse en Catherine para tener en cuenta los aspectos más mundanos de la tesitura, pero había esperado más de él. Era evidente que la excursión nocturna había sido observada. Ninguna otra cosa sino el conocimiento de que una mujer muerta estaba en pie y paseando podía explicar en buena lógica la súbita y obstinada certeza de que alguien en la universidad tenía que ser responsable--. Podría perfectamente --continuó-- haber sido robada por un amante desdeñado. ¿Ha investigado esa posibilidad?

--No tenía ningún amante --dijo Vicki entre dientes--, desdeñado o no.

Tras una máscara de cortés disculpa, la doctora Burke disfrutó de su reacción. Claro que no lo tenía. Las madres nunca lo hacen. En voz alta dijo:

--Eso nos hace volver a mis científicos, entonces. ¿Quiere que le diga a la señora Shaw que haga algunas llamadas por usted, que concierte entrevistas? --Era una universidad grande, y había maneras de hacerla mayor aún.

--Si es tan amable. Gracias. --Muy consciente de que la ayuda de la doctora Burke podía atajar por la exasperante maraña de la burocracia académica, Vicki había estado a punto de pedírselo. Que la

doctora Burke siguiera en la lista de potenciales sospechosos no disminuía el valor de tal ayuda en absoluto. La forma de ayudar podía, de hecho, ser usada como otra evidencia--. Necesito hablar con el profesorado de la facultad de Medicina. --Empezaría por lo obvio. Después, de ser necesario, ampliaría el círculo. De ser necesario haría pedazos la condenada universidad, piedra por piedra.

--Haré lo que pueda. Si me permite una sugerencia, su madre era bastante amiga de un tal doctor Devlin, un biólogo celular. --*Y hablar con ese viejo réprobo irlandés debería mantenerle ocupada separando los hechos de la imaginación*--. De hecho, satisface holgadamente nuestras dos teorías, pues creo que le tenía mucho cariño a ella.

--¿Nuestras dos teorías?

--El científico y el amante desdeñado.

Sólo por un instante, Vicki se preguntó si su madre se había visto implicada con alguien que se había negado a resignarse a la muerte; se preguntó si un retorcido amante había tratado de obligarla a retornar a la vida creando la parodia de su madre que había visto en la ventana. *No. Imposible. Henry dijo que había otro. Y además, si hubiese encontrado a alguien nuevo me lo habría contado.*

*¿Igual que te contó lo de su corazón?*, preguntó una vocecita.

La doctora Burke contempló la tormenta emocional desencadenándose sobre el rostro de su visitante y se dijo que el experimento no corría peligro inmediato. Aunque el desafortunado error de seguridad de la pasada noche había llevado a la señorita Nelson más cerca de la verdad, a efectos prácticos, acercarse no contaba. *Y ahora le hemos dado algo nuevo en lo que pensar. El doctor Devlin debería estar en su despacho listo para una interesante entrevista.* Cuando terminara con aquello, siempre podía conducirla a otra búsqueda inútil.

Entretanto, era obvio incluso para el observador más casual (y ella sin la menor duda no lo era) que la hija de Marjory Nelson mantenía un precario equilibrio entre un rígido control y una crisis nerviosa absoluta. Un balancín emocional que no podía más que interponerse en el curso de una investigación objetiva, y una situación fácil de aprovechar.

--Es asombroso --musitó, casi como si estuviese hablando consigo misma--, lo mucho que se parece a su madre.

Vicki dio un respingo.

--¿Yo?

--Es más alta, por supuesto, y su madre no llevaba gafas, pero la

línea de la mandíbula es idéntica y su boca se mueve de forma muy similar a como lo hacía la de ella.

*Hacia...* la cara de su madre surgió de entre sus recuerdos, una lámina de cristal interponiéndose entre ellas, los ojos abiertos, la boca moviéndose en silencio.

--De hecho, usted tiene muchos de sus gestos.

Vicki trató de forma desesperada de expulsar al horror en que su madre se había convertido, reemplazándola por un recuerdo anterior. La lámina se levantó, la gris y cerúlea palidez de la muerte, el olor a productos químicos del depósito de cadáveres del hospital... Antes de eso, un teléfono sonó, sin obtener respuesta.

--¿Señorita Nelson? ¿Se encuentra bien?

--Muy bien. --Sus palabras eran una advertencia.

La doctora Burke se puso de pie, ocultando su satisfacción bajo un educado pesar.

--Si no tiene mas preguntas, me temo que tengo una lista tan larga como mi brazo de reuniones a las que asistir. Haré que la señora Shaw concierte esas entrevistas para usted.

Vicki hundió sus notas en su bolso y se levantó también, clavándose las gafas.

--Gracias --dijo, obligando a su boca a pronunciar frases familiares--. Y gracias por su tiempo esta mañana. --Arrojando el bolso sobre su hombro, se dirigió rauda hacia la puerta. No sabía ni le importaba si había tratado todo lo que tenía intención. Quería salir de aquel despacho. De aquel edificio. Quería estar en alguna parte donde nadie conociese a su madre. Donde nadie pudiera ver reflejos de la muerta en su rostro.

--¿Señorita Nelson? Echamos de menos a su madre por aquí.

--Aunque pretendía ser una estocada de despedida ante una defensa baja, la doctora Burke halló para su sorpresa que sentía lo que estaba diciendo y en vez de hurgar en la herida, terminó simplemente diciendo:-- La oficina parece vacía sin ella.

En mitad de la puerta, Vicki se volvió y se dio por enterada de la observación con un solo movimiento de cabeza. No podía confiar en sí misma para hablar y deseó, sólo en aquel instante, haber escuchado a Celluci y no haber venido allí sola.

La doctora Burke abrió los brazos y su voz adoptó la cadencia de una bendición.

--Se lo aseguro, no sufrió al final.

--No. Lo siento, detective, pero ninguna de estas fotos es del Tom Chen al que empleamos.

Celluci cogió la instantánea de Tom Chen, estudiante de Medicina, del montón.

--¿Está seguro acerca de ésta?

--Totalmente. Nuestro señor Chen tenía el cabello un poco más largo, los pómulos más prominentes, y la línea de las cejas completamente diferente. Rehacemos gran cantidad de rostros en este negocio, detective --prosiguió el más joven de los Hutchinson en respuesta a la silenciosa pregunta de Celluci--. Estamos acostumbrados a observar las características dominantes.

--Sí, supongo que sí --Celluci deslizó las granuladas fotografías en blanco y negro de vuelta al interior del gran sobre manila. Tom Chen, o como quiera que se llamase en realidad, no estaba estudiando en la facultad de Medicina de Queen's, ni se había graduado en los últimos tres años.

El detective Fergusson había llamado gustosamente a la oficina del secretario del campus para sugerirle que les permitiera utilizar las fotos.

--No hay problema --había afirmado el oficial de policía de Kingston con absoluta falta de sinceridad--. Estoy más que deseoso de complacer a la ex detective Nelson y su loca cacería del cadáver. --El inconfundible sonido del café caliente al ser sorbido de un vaso de cartón resonó a través de la línea--. ¿Oyó la noticia esta mañana? La mitad del maldito cuerpo ha cogido una especie de gripe primaveral y a algún gilipollas le da por estrangular a jóvenes enamorados. Tenemos una testigo histérica, que ha visto el vídeo "Thriller" de Michael Jackson demasiadas veces, si quiere mi opinión, y ningún sospechoso. Y no necesito contarle a usted que cuanto más fresco es el cuerpo, mayor es la prioridad. Si una llamada hace feliz a su novia y me la quita de encima mientras me ocupo de este nuevo incidente, vale la pena perder dos minutos.

Celluci había estado tentado de decirle que los dos estaban unidos en un intento final por hacer cumplir la ley y el orden contra lo que fuera que Vicki y Fitzroy estuviesen preparando, pero en el último instante decidió que era mejor no hacerlo. *Su asesino es un cadáver reanimado, detective. ¿Cómo lo sé? Un vampiro me lo contó.* Kingston tenía una enorme instalación psiquiátrica y no tenía intención de

acabar en ella.

Mientras tanto, la búsqueda de Igor no progresaba.

--De acuerdo, señor Hutchinson. --Era el momento de probar por otro lado--. Dijo que todos los directores de funeraria tienen que cumplir un período de observación de cuatro semanas en una funeraria antes de ser aceptados en un programa de entrenamiento.

Hutchinson sobrino se reclinó sobre su silla.

--Así es.

--Bien, ¿de dónde salen esos observadores?

--De los candidatos al programa en el Instituto Humber de Toronto.

--¿Así que este joven, quienquiera que fuese, tuvo que haber echado solicitud para ese programa?

--Oh, sí, y haber superado una entrevista. La gente de Ciencias de la Salud trata por todos los medios de eliminar a candidatos inadecuados antes de que se les asigne el período de observación.

Celluci frunció el ceño.

--Así pues, ¿no fue más que una casualidad que Ig...Tom Chen, a falta de un nombre mejor, fuera a parar aquí?

--No, en absoluto. Él pidió venir aquí. Dijo que se había quedado impresionado por la forma en que llevamos a cabo el funeral de su tía hace unos años y quería trabajar con nosotros --el señor Hutchinson soltó un suspiro--. Todo inventado, presumo, pero en aquel momento nos sentimos halagados y convinimos en darle el trabajo. Era un compañero muy agradable y gustaba a todo el mundo.

--Sí, bueno, todo el mundo se equivoca de vez en cuando --Celluci terminó de garabatear una nota para llamar al Instituto Humber, se metió el cuaderno en el bolsillo y se levantó, contento de marcharse. Las funerarias, con sus alfombras y sus flores y su mobiliario colocado con buen gusto, le daban escalofríos--. Yo no me preocuparía por ello. No creo que tenga muchas oportunidades para aprender a juzgar personalidades.

El señor Hutchinson se levantó también, con expresión glacial.

--Nuestros servicios son en beneficio de los vivos, detective --replicó con brusquedad--. Y se lo aseguro, somos tan capaces de juzgar personalidades como, pongamos, el departamento de policía. Buenos días.

Como no tenía nada más que preguntar, Celluci aceptó la despedida. Una vez fuera, resopló y se encaminó hacia la parada de autobús más próxima... siendo los hábitos de tránsito del sospechoso

su única pista concreta, había dejado su coche en el aparcamiento del edificio.

--Tan capaces de juzgar personalidades como el departamento de policía --repitió, buscando monedas en el bolsillo--. Un poquito susceptible al respecto, ¿no? --Sin embargo, supuso que los directores de funeraria estaban tan hartos de estereotipos como, bueno, los oficiales de policía, así que la observación no había sido del todo inmerecida.

Subiendo de un salto al autobús de Johnson Street, echó un vistazo atrás al asiento justo enfrente de la puerta trasera, esperando ver a un varón joven oriental comiendo caramelos. El asiento estaba vacío.

--Por supuesto --masculló, sentándose él mismo en él--. Si no, sería demasiado fácil.

--Crímenes Violentos. Sargento detective Graham.

--¿Por qué coño no estás fuera trabajando? Jesús, no puedo apartar la vista de ti un segundo.

--Hola, Mike. Yo también te echo de menos.

Celluci rió burlón y sujetó el teléfono contra su hombro.

--Escucha, Dave, necesito que me hagas un favor.

Del otro lado de la línea, su compañero suspiró con bastante fuerza para hacer sonar los cables entre Toronto y Kingston.

--Por supuesto que me necesitas. ¿A quién si no llamarías?

--Quiero que llames al Instituto Humber y hables con alguien de Ciencias de la Salud acerca de un tal Tom Chen que se presentó hace poco a su programa de directores de funeraria.

--Humber... Ciencias de la Salud... Tom Chen... De acuerdo.

¿Qué quieres saber?

--Todo lo que sepan.

--¿Sobre ese Chen?

--No, sobre la vida en general --Celluci puso los ojos en blanco ante su imagen en el espejo sobre el sofá--. El nombre es ficticio, pero debería dar lo mismo para tus pesquisas. Y necesito la información ya.

Los cables sonaron de nuevo.

--Claro que sí. ¿Cómo lo lleva ella?

--¿Vicki?

--No, su madre, gilipollas.

--Más o menos tan bien como puede esperarse, dadas las circunstancias.

--Ya. Bueno... --Hubo una pausa mientras consideraba las circunstancias--. Entonces, ¿vas a estar en casa de la madre de Vicki los próximos días?

Celluci recorrió con la mirada el apartamento.

--Eso parece. ¿Tienes el número?

--Sí. Llamaré a cobro revertido.

--Tacaño bastardo escocés --murmuró Celluci y colgó, sonriendo.

Dave Graham era un buen policía y un fiel amigo. Salvo por su dedicación a su trabajo, no se parecían, y su asociación era exitosa y libre de complicaciones.

--Libre de complicaciones; me vendría bien algo de eso ahora

--Celluci se dirigió hacia la cocina y la cafetera--. La difunta madre de Vicki está pagando llamadas desde casa. Algún payaso que está igualmente muerto está asesinando adolescentes. Y hay un vampiro en el armario.

Se detuvo, en mitad de un paso.

--Un vampiro del todo indefenso en el armario.

Incluso con la puerta asegurada desde dentro, sería tan fácil eliminar a su rival... Tener a Vicki para él. Con sólo dejar entrar suficiente luz del sol. Completó el paso y cogió la cafetera. Fitzroy era demasiado inteligente, había vivido mucho tiempo, para estar en el armario si pensase que corría algún peligro. Celluci agitó la cabeza ante la astucia de su confianza y alzó una taza de café en un brindis.

--Duerme bien, hijo de puta.

Frotándose las sienes con ambas manos, Vicki espiró ruidosamente. La adrenalina se había agotado hacía algún tiempo y el cansancio le embotaba la mente. Podía hacer frente al agotamiento físico (lo había hecho muchas veces en el pasado), pero emocionalmente se sentía como si hubiese pasado el día siendo desollada y luego metida en sal.

La doctora Burke había comenzado aquello, con su repentina compasión, y después el doctor Devlin había rematado la faena. Había sentido más que cariño por su madre y, todavía desolado por su muerte, había, al típico estilo irlandés, expresado tumultuosamente su dolor. Vicki, incapaz de detenerlo, había permanecido sentada con los

ojos secos mientras el profesor de mediana edad despotricaba contra la crueldad del destino, hablaba de cuan universalmente respetada y admirada había sido Marjory Nelson, y proseguía detallando lo orgullosa que Marjory Nelson había estado de su hija. Vicki sabía cómo pararlo (*A veces --les había dicho el instructor de cadetes-- quieres dar rienda suelta a la persona a la que estás preguntando. Dejadles hablar de lo que quieran, nosotros os enseñaremos a separar el grano de la paja. Pero, a veces, tienes que cortarlo en seco y tomar el control*), simplemente no podía hacerlo.

No quería oír lo maravillosa persona que había sido su madre, lo mucho que todos habían dependido de ella, lo mucho que la echaban de menos, pero no escuchar parecía una traición. Y ya había cometido bastantes.

La caja de efectos personales que había cogido de la oficina descansaba acusadora en el extremo de la mesa de café. No había sido capaz de hacer con ella otra cosa que llevarla de vuelta al apartamento, e incluso eso no había sido fácil. Pesaba mucho más de lo que parecía.

De repente, se dio cuenta de que Celluci acababa de hacerle una pregunta, y no tenía ni idea de cuál había sido.

--Lo siento --dijo, subiéndose las gafas con fuerza suficiente para clavarse el puente de plástico en la frente.

Intercambió una mirada con Henry y, aunque no captó el significado, no le gustaron las posibles interpretaciones. Por separado, apenas podía manejarlos. Llegado aquel punto, un frente común, sobre cualquier tema, sería superior a sus fuerzas.

--Preguntaba --repitió Celluci con compostura-- sobre los estudiantes de posgrado de la doctora Burke. Nos has dicho que tenía algunos. ¿Hay alguna posibilidad de que pudieran estar haciendo el trabajo bajo su supervisión?

--Lo dudo. Según la señora Shaw, cuando regresé a por la relación de entrevistas, uno se dedica a las bacterias, un par tienen algo que ver con ordenadores, y otro, y estoy parafraseando, es un chapucero incapaz de decidirse. Los investigaré... --Celluci abrió la boca pero ella se corrigió antes de que pudiera hablar-- investigaremos más a fondo mañana.

Henry se inclinó sobre su silla, con una expresión que ella había empezado a identificar como su faz cazadora.

--¿Así que realmente sospechas de la doctora Burke?

--No sé qué pensar de la doctora Burke. --Repasando la



entrevista, todo lo que Vicki podía oír era la voz de ésta diciendo con calma: *"Es asombroso lo mucho que se parece a su madre"*. Lo que en el mejor de los casos era una observación irrelevante y más aún ahora; su madre estaba muerta—. Tiene la arrogancia necesaria, eso es condenadamente cierto, y la inteligencia y la formación, pero lo único de lo que todos hablan es de lo brillante administradora que es. --Se encogió de hombros y deseó no haberlo hecho; los sentía como si estuviesen compensando pesas de plomo—. Sin embargo, hasta que sepamos que no lo hizo, sigue en la lista. Creo, en cambio, que podemos pasar por alto sin riesgo al doctor Devlin.

--¿Porqué?

--Porque nunca podría haber mantenido la investigación en secreto. Si estuviera haciendo *esto* --hizo que el inofensivo pronombre sonara como una maldición--, no sería capaz de dejar de contárselo al mundo. Además, según he sabido, es un devoto católico irlandés, y hasta hace poco, a éstos no gustaban siquiera las autopsias.

--También es un científico --hizo notar Celluci—. Y podría estar actuando.

--Todo el mundo es un escenario --añadió Henry con calma--, y no somos sino actores sobre él.

Celluci puso los ojos en blanco.

--¿Qué demonios significa eso?

--Que si hablas con la persona responsable, va a mentirte.

--Por eso reúnes pruebas, Fitzroy. Para pillar a los mentirosos. Sabemos más esta noche que la anterior y sabremos más mañana que ahora. Al final se revelará la verdad. Nada sigue oculto para siempre.

*No podemos esperar para siempre.* Henry quería decirlo. *Cada momento que pasa la consume. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que no quede nada sino una misión?*

--Necesitamos una pistola humeante --dijo en cambio.

Celluci resopló incrédulo. La frase sonaba ridícula viniendo de Henry.

--Has estado leyendo bibliografía.

Henry hizo caso omiso.

--Voy a seguir la pista del otro, el hombre que mató al adolescente. Había demasiada policía alrededor para hacerlo la noche pasada. Si lo encuentro, encontraré también el cuerpo de tu madre.

--¿Y entonces? --preguntó Vicki—. ¿Qué hacemos entonces?

--Se los entregamos al detective Fergusson. Lo llevamos hasta el

laboratorio. Dejamos que se encargue de...

--Espera un minuto --le interrumpió Celluci--. ¿Realmente sugieres que dejemos que la policía se ocupe de esto?

--¿Por qué no? No tenemos que proteger a nadie esta vez, salvo a mí, y a diferencia de los dioses egipcios de la oscuridad o de los demonios invocados fuera del infierno, arrestar a científicos locos debería estar entre las habilidades de la ley.

Celluci cerró la boca. ¿No era ese su argumento?

--Henry, no puedes acudir a la policía --comenzó a decir Vicki.

Henry sonrió y la cortó.

--No lo haré. Te entregaré a ti la información. Tú se la entregarás a la policía. El detective Fergusson estará tan contento de tener a su asesino que creo que te permitirá ser un tanto imprecisa en cuanto a dónde y cómo lo encuentre.

Los labios de ella casi sonrieron.

--Sabes, la mayoría de los chicos sólo regalan a una chica flores o bombones.

--La mayoría de los chicos --convino él.

El aire del apartamento pareció de pronto cargado, y Celluci sintió erizarse el vello de sus brazos. Los ojos de Fitzroy se habían oscurecido e incluso desde el otro extremo del cuarto creyó poder ver el reflejo de los de Vicki en sus honduras. El súbito relámpago de comprensión quebró el lápiz que cogía. Ninguno de ellos lo advirtió.

Vampiro.

¿Cada cuánto tienen que alimentarse los vampiros?

¿Se había alimentado Fitzroy alguna vez desde que habían llegado a Kingston?

*Sí, bueno, no vas a alimentarte delante de mí, amigo. Ni vas a enviarme lejos al país de los sueños otra vez mientras tú... mientras tú...*

*Mientras le ofreces un consuelo que no obtendrá de mí.*

Otro vistazo al rostro de Henry le permitió saber que el ofrecimiento no se haría a su costa. En alguna parte, en algún momento, habían superado aquello.

--Tengo que salir de aquí. --Con voz áspera pero decidida, Celluci se levantó. *No puedo creer que esté haciendo esto--*. Necesito dar un buen paseo para aclarar mi cabeza. Ayudarme a pensar. --Media docena de largas zancadas lo llevaron hasta la puerta. Cogió de un tirón su chaqueta del perchero e irrumpió en el vestíbulo antes de que pudieran intentar detenerlo. *Porque desde luego no puedo ofrecerle*

*esto más de una vez.*

Ya en el exterior, la puerta cerrada tras él, se venció contra la pared y cerró los ojos por un segundo, sorprendido por lo que acababa de hacer. *Si, damas y caballeros, vean a un hombre actuar como un loco de remate por su propia voluntad.*

Pero él tenía el día.

¿Era justo negarle a Fitzroy la noche?

*Y de todas formas, se pasó ambas manos por el pelo, debería ser elección de Vicki. No una elección impuesta por mi presencia.*

*Si amas alguna cosa, déjala ir...*

--Dios. ¿Qué clase de idiota sigue el consejo de una puta camiseta?

Vicki clavó la mirada en la puerta del apartamento y luego se volvió para fijarla sobre Henry.

--¿Se ha...?

--¿Ido? --Henry asintió, él mismo algo mas que sorprendido--. Sí. Ella no podía entenderlo.

--¿Porqué?

--Creo que se ha quitado de en medio para no ser un obstáculo entre nosotros.

--¿Entre nosotros? ¿Quieres decir para que podamos...?

--Sí.

--¡Ese cabrón arrogante! --Sus cejas bajaron de golpe, pero estaba tan cansada que la exclamación tenía escasa fuerza--. ¿No se le ocurrió que puede que yo tuviera algo que decir al respecto?

Henry separó sus manos, sus finos cabellos pelirrojos destellando a la luz de la lámpara.

--Nadie te impide que lo digas, Vicki.

Ella lo miró furiosa durante un instante más, luego suspiró.

--Muy bien. Argumento válido. Pero creo que los dos os estáis entendiendo demasiado bien.

--¿No haría las cosas más sencillas para ti que el sargento detective Celluci y yo nos lleváramos bien?

--Eso depende --se recostó contra los cojines del sofá y añadió secamente-- de lo bien que os llevéis.

--¡Vicki! --Su nombre brotó con exagerado sobresalto--. No creerás...

Le costó un momento captar las implicaciones, y cuando lo hizo no pudo evitar soltar una risa tonta. Tenía que ser el agotamiento; ella nunca se reía así.

--Lo deseas. Michael Celluci es lo bastante recto para trazar líneas con él.

La sonrisa de Henry se alteró ligeramente y sus ojos se nublaron, mostrando lo bastante del cazador para hacer evidente su deseo.

--Entonces tendré que encontrar a otro.

Vicki tragó saliva, aunque sólo fuera para hacer bajar su corazón de su garganta. Él no hizo intento alguno de atrapar su mirada, de arrastrarla hacia su poder. Si ella decía no, y Vicki podía saborear la palabra en su lengua, cazaría en otra parte. *Pero él me necesita.* Incluso del otro lado de la habitación, podía sentir su Hambre. No sería una traición. No había nada más que pudiera hacer por su madre esa noche. Más importante aún, las necesidades de él satisfacían las suyas, y detrás de su máscara, ella podía, aunque sólo fuera mientras aquello durara, dejarse ir.

*Él me necesita.* Al repetirlo, atrajo la atención del más peligroso: *Lo necesito.*

--¿Vicki?

La voz de él le hizo arder la piel.

--Sí.

Celluci observó a Henry atravesar el estacionamiento, y se esforzó por relajar la mandíbula. No había nada en la forma en que aquel hombre (*vampiro/escritor de novelas rosa*, se corrigió ferozmente Celluci) se movía que ofreciese alguna indicación de lo que había pasado en el apartamento. *Bueno, al menos no se pavonea. Le concederé eso al pequeño hijoputa.*

--Detective.

--Fitzroy.

--No hagas ruido cuando entres al apartamento. Está dormida.

--¿Cómo está?

--Algunos de los nudos se han aflojado. Ojalá pudiera decir que seguirán así por la mañana.

--No deberías haberla dejado sola. --*Yo la dejé sola y mira lo que ha pasado.* Ambos pudieron oír el corolario. Ambos lo pasaron por alto.

--Estoy escuchando sus latidos, detective. Puedo estar junto a ella en segundos. Y esto es todo lo lejos que iré hasta que estés listo para hacerte cargo.

Celluci resopló y deseó tener algo que decir.

Henry alzó su rostro y respiró profundamente la noche.

--Va a llover. Será mejor que no me demore.

--Sí. --Las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta, Celluci salió de su coche. De acuerdo, así que no se había ido lejos. No había dicho a dónde iba. Quería creer que Fitzroy no le había dejado a ella elección, pero otra idea lo asaltó; él no se habría ido si hubiera habido la menor posibilidad.

--Michael.

Dándose la vuelta al oír su nombre, trató de no dejar traslucir nada de lo que sentía en su rostro. No era difícil. No sabía exactamente qué estaba sintiendo.

--Gracias.

Celluci comenzó a preguntar *¿por qué?*, pero al final se contuvo. Algo en el tono de Henry (él lo llamaría sinceridad si se viese obligado a ponerle un nombre) impedía una réplica graciosa. En vez de eso, asintió con un solo movimiento de cabeza y preguntó:

--¿Qué habrías hecho si ella hubiese dicho no? --Incluso antes de que la última palabra saliese de su boca, se preguntó por qué quería saberlo.

El ademán de Henry pareció ir más allá del blanco y amarillo superpuesto de las farolas.

--Estamos en medio de una pequeña ciudad, detective. Me las habría arreglado.

--¿Habrías recurrido a un extraño?

Unas cejas pelirrojas, oscurecidas por la sombra, se alzaron.

--Bueno, no habría tenido tiempo para hacer amigos.

*Claro, encaja el golpe bajo.*

--¿No sabes que existe una maldita epidemia?

--Es una enfermedad de la sangre, detective. Sé cuando alguien está infectado, y por tanto soy capaz de evitarlo.

Celluci se sacudió el rizo de pelo de la frente.

--Qué suerte --gruñó--. Pero sigo pensando que no deberías... quiero decir... --Pateó la grava y soltó un taco cuando una piedra impulsada por su pie resonó contra los bajos de su coche. ¿Por qué demonios se preocupaba por Fitzroy? El hijo de puta había durado siglos, podía cuidar de sí mismo. *Confiar en él es una cosa. Y no estoy*

*seguro de hacerlo. Y de ninguna forma está empezando a gustarme. Qué va. De ninguna manera. Olvídalo--.* Mira, aunque puedas percibirlo, no deberías estar... --*¿Estar qué? Jesús, el vocabulario normal no sirve para esto--* haciéndolo con extraños --terminó deprisa.

Los labios de Henry se curvaron en una especulativa sonrisa.

--Podría ser difícil --dijo suavemente-- si nos quedamos aquí por mucho tiempo. Aunque ella se ofreciese, no puedo alimentarme de Vicki cada vez que se presenta el Hambre.

El aire de la noche de pronto se volvió irrespirable. Celluci comenzó a tirarse del cuello de la camisa.

--Y a fin de cuentas --continuó Henry, arrugando divertido los rabillos de sus ojos--, sólo hay otra persona en esta ciudad a la que no puedo considerar un extraño.

A Celluci le costó cogerlo el mismo tiempo que le había llevado a Vicki.

--Lo deseas --contestó bruscamente; se giró sobre un talón y se alejó pisando con fuerza hacia el edificio de apartamentos.

Con una amplia sonrisa, Henry le observó irse, escuchando el furioso martillear del corazón de Celluci mientras se precipitaba doblando la esquina hasta quedar fuera de la vista. Había sido muy poco amable bromear con el mortal cuando éste se había mostrado sinceramente preocupado, pero la oportunidad había sido imposible de resistir.

--Y si lo deseara --le recordó a la noche ahora que volvía a tenerla para él--, lo haría.

La noche albergaba incontables clases de oscuridad, desde el cielo negro como el vino tendiéndose sobre el Mediterráneo, pasando por el desierto abruptamente perfilado por el filo de la luz de la luna, hasta las ciudades que la quebraban en secretos pedazos con un caleidoscopio de brillantes luces. Henry las conocía todas. Nunca estuvo seguro de si la noche tenía mas caras que el día, o si sencillamente había tenido más tiempo para encontrarlas:

cuatrocientos cincuenta años eclipsaban en gran medida a apenas diecisiete. ¿Era cada una de esas caras, a su propia manera, verdaderamente hermosa, o hallaba acaso belleza en lo inevitable?

Caminando en dirección sur a lo largo de División Street, hacia la universidad, se embebió en otra noche más. El retorno de un sol que nunca vería había calentado la tierra, y el perfume de nuevos brotes casi doblegaba al del asfalto y el cemento y al de varios miles de bocados andantes de carne y sangre. Hojas recién salidas, todavía suaves y frágiles, bailaban tanteando en el viento, el susurro de su movimiento un contrapunto al murmullo de cables eléctricos y el gruñido de automóviles, y los interminables sonidos de la humanidad. Sabía que si se tomaba el tiempo de mirar en los lugares sombríos de la ciudad, encontraría a otros retirándose de la caza a causa de las temperaturas en ascenso; algunos sobre cuatro patas, la mayoría sobre dos.

Cruzó Princess Street, tapándose los ojos contra el resplandor de luz que englobaba el cruce. Una mujer joven esperando otro tipo de verdor lo contempló mientras pasaba, y él se dio por enterado de su interés con una tranquila sonrisa. El calor de la reacción de ella lo siguió durante algunos pasos. A efectos prácticos, las ciudades, y su gente, eran muy parecidas en todo el mundo.

*Y gracias a Dios por ello, reconoció con un silencioso saludo a los cielos. Hace que mi noche sea mucho más sencilla.*

División Street lo llevó a la parte moderna del campus, y se deslizó al interior de las sombras de lo más recóndito de un portal cuando un coche de policía pasó por allí. Veinticuatro horas después de un asesinato, era probable que hicieran algunas preguntas que no quería responder. Preguntas como *adónde se dirige* y *por qué*. Con el paso de los siglos, había descubierto que la forma más fácil de tratar con la policía era no tratarla en absoluto.

Para cuando llegó al minúsculo y escondido aparcamiento donde había tenido lugar el crimen, había evitado al mismo coche patrulla dos veces más. La policía de Kingston estaba tomándose muy en serio la promesa hecha a los medios de incrementar las patrullas.

Con los sentidos desplegados, Henry esquivó la cinta amarilla de la policía y atravesó lentamente el asfalto. Al llegar a las borrosas líneas de tiza que encerraban el último reposo de la víctima, se acuclilló y rozó los dedos sobre el pavimento. La muerte del muchacho seguía allí; el olor de su terror, la marca de su cuerpo, el instante de transformación en el que la carne viva pasó a ser fiambre.

Impregnándolo, impregnando toda la zona, había otra muerte; el olor de putrefacción, de productos químicos, de máquinas, de una muerte terriblemente equivocada.

Enderezándose, intentando contener las arcadas, la mano de Henry dibujó la señal de la cruz. Abominación. La palabra se instaló en su cerebro y no podía librarlo de ella. Supuso que era una palabra tan apropiada como cualquier otra para describir a la criatura cuya pista tenía que seguir. Abominación. Perversión. Maldad. No en sí misma tal vez, sino en su creación.

Cuando rastrease a la criatura hasta su santuario, si hallaba a Marjory Nelson en él, tomaría las medidas necesarias para asegurarse de que Vicki nunca viera lo que habían hecho de su madre. El único rápido vistazo que ya le había dado era más de lo que a nadie podía exigírsele aguantar.

--Dios Santo, Cathy, ¿nunca te vas a casa?

Catherine alzó la vista del monitor y frunció el ceño.

--¿Qué quieres decir?

--Ya sabes, casa --suspiró Donald--. Una casa con una cama, y una televisión, y un refrigerador lleno de condimentos y un envase medio lleno de requesón mohoso. --Agitó la cabeza y adornó su voz con una exagerada preocupación--. No consigo hacer que me comprendas, ¿eh?

Fue el turno de Catherine para suspirar.

--Sé lo que es una casa, Donald.

--No puedo comprobarlo. Siempre estás aquí.

La mirada de Catherine recorrió el laboratorio y su expresión se suavizó satisfecha.

--Aquí es donde está mi trabajo --dijo simplemente.

--Aquí es donde está tu vida --soltó Donald--. ¿Te vas siquiera a casa a dormir?

--En realidad --sus pálidas mejillas se oscurecieron--, tengo un sitito montado abajo, en el subsótano.

--¿Qué? ¿Aquí? ¿En este edificio?

--Bueno, en ocasiones los experimentos no pueden abandonarse o tienen que ser comprobados tres o cuatro veces por la noche, y mi apartamento está lejos, en Montreal Street, junto a la vieja estación de ferrocarril y, bueno, simplemente me pareció más práctico usar uno de



los cuartos vacíos de aquí. --La explicación brotó en un torrente de palabras. Ella se quedó mirándolo, mordiéndose el labio inferior, mientras Donald apoyaba el trasero sobre la esquina de una mesa de acero inoxidable, sacaba un caramelo de su bolsillo, lo desenvolvía y se lo echaba a la boca.

--Que me aspen --dijo al fin, con una amplia sonrisa--. Nunca me diste la impresión de ser una ocupa.

--¡No soy una ocupa! --protestó ella acaloradamente--. Se trata de...

--Vigilar. --Como ella siguió poniendo mal gesto, probó de nuevo--. ¿Comportarte de forma responsable para con tus experimentos?

--Si. Es justamente eso.

Donald asintió, y volvió a sonreír. *Ocupa*, Ella podía racionalizarlo como quisiera, pero seguía tratándose de eso, aunque él no lo desaprobaba. De hecho, lo consideraba una sorprendente muestra de iniciativa viniendo de alguien a quien tenía por demasiado atada a sus tubos de ensayo.

--¿Por qué el subsolano?

Ella le lanzó una furiosa mirada antes de responder.

--No hay ventanas que aislar. --Ambos echaron una ojeada a la pared oeste, cubierta de madera contrachapada--. Y es menos probable que sea molestada.

--¿Molestada? --Las cejas de él dieron un brinco hacia el nacimiento de su pelo--. ¿Qué estás haciendo allí abajo aparte de dormir?

--Bueno... --Catherine frotó el borde superior del monitor con la yema de su pulgar, mirando a la pantalla.

--Vamos, Cathy, puedes contármelo.

--¿No se lo dirás a la doctora Burke?

Él trazó una X a través de su pecho.

--Atraviésame el corazón y mátame si lo hago.

--He montado un pequeño laboratorio allí abajo.

Poniendo los ojos en blanco, Donald sacó otro caramelo.

--¿Por qué no me sorprende? Tienes un escondite secreto, una oportunidad perfecta para el libertinaje, y ¿qué haces en él? Trabajas. --Bajó de la mesa y caminó a través del cuarto hasta una maraña de microscopios y productos químicos y un pequeño centrifugador--. Trabajas todo el tiempo, Cathy. Eso no es normal. Ni siquiera puedo recordar haber estado en este laboratorio sin que estuvieses aquí también.

--Como has dicho, tengo sentido de la responsabilidad para con mi trabajo.

--Como dije, estás chalada.

La mandíbula de ella se alzó.

--Es tarde. ¿Qué estás haciendo aquí?

En vez de responder, él comenzó a deambular por la habitación, removiendo el cuadro de láseres, mirando una lectura de salida, tamborileando con los dedos a lo largo de una de las cajas de aislamiento.

--¡Oye! ¡Espera un momento! --Apuntó de pronto con un pulgar al sombrío cubículo entre la caja de aislamiento y la pared--. ¿Qué está haciendo fuera? La doctora Burke dijo...

--Que los sacáramos de sus cajas sólo cuando fuera absolutamente necesario. Que no los dejáramos nunca solos y sueltos. No está solo. Estoy aquí con él. Y creo que es absolutamente necesario para él que esté fuera de su caja todo el tiempo posible. Tiene que recibir estímulos. Está pensando, Donald.

--Sí, claro --Pese al tono de bravata de su voz, Donald no podía mirar a los ojos del número nueve--. Entonces, ¿por qué no los dejas a los dos fuera para que puedan jugar al rummy\* o algo así? [*\*Nota del T.-- Juego de cartas, con muchas variantes, consistente en reunir grupos de tres o más cartas del mismo valor o palo*] Mira, Cathy --rodeó la hilera de monitores y se dejó caer sobre la otra silla ante el ordenador, sentándose a horcajadas sobre el respaldo, con los brazos cruzados sobre la cabeza--, ¿podemos hablar?

Ella se giró sobre la silla para darle la cara, con expresión confusa.

--Estamos hablando.

--No, quiero decir *hablar*. --Mirándose fijamente las manos, se hurgó un pellejo en el pulgar izquierdo--. Hablar sobre lo que estamos haciendo en realidad aquí. Tengo que decirte, Cathy, que estoy empezando a preocuparme bastante. Esto ha ido mucho más lejos de lo que la doctora Burke dijo que íbamos a hacer. Quiero decir que, sin duda alguna, estamos haciendo algo más que desarrollar un sistema de reparación y mantenimiento.

--¿Es por lo que sucedió la noche pasada?

--En cierto modo, pero...

--No volverá a ocurrir. Voy a tener mucho cuidado de no dejarlos nunca solos. Tuvimos mucha suerte de que no se dañaran a sí mismos deambulando por ahí fuera sin supervisión.

La mirada de Donald se abalanzó para encontrar la de ella.

--Santo Dios, Cathy, ¿un tío murió la noche anterior y todo lo que te preocupa al respecto es el efecto de algo más de kilometraje en los gemelos Bobbsey? [*\*Nota del T.-- Serie de libros infantiles de aventuras*]

--Siento que ocurriera --le dijo ella seriamente--, pero preocuparse por ello no lo hará volver. Número nueve logró un asombroso progreso la noche pasada y eso es en lo que deberíamos concentrarnos.

--¿Y si fue una simple reacción?

Ella sonrió.

--Entonces no fue una reacción programada y tuvo que haberla aprendido por sí solo.

--¿Sí? ¿De dónde? --Donald se dio la vuelta y clavó la mirada en el número nueve, sentado impassible contra la pared--. Ésos son mis patrones de ondas cerebrales dando tumbos ahí dentro, y seguro que nunca he estrangulado a nadie.

--Ése es un muy buen argumento --Catherine lo consideró por un momento, con el ceño fruncido--. Quizá deberíamos traer a un psicólogo.

--Seguro. Genial. --Donald la encaró de nuevo, agitando los brazos. Detrás de él, número nueve siguió su movimiento--. Meterlo en terapia. La respuesta de la década. Es el momento para una pausa de realidad, Cathy. Este tío estaba muerto y no creo que lo siga estando. Es hora de preguntarnos: ¿qué hemos creado?

--¿Vida?

--Pleno. Vamos a ver --sus gestos se volvieron más amplios a medida que su voz se alzaba--: ¿qué significa eso realmente? Aparte de levantarse y pasearse y todas esas chorradas científicas acerca de interconectar con la red, y pasar por alto por el momento si es la vida anterior o una nueva. Eso significa que tenemos a una persona aquí. Igual que tú o yo. Salvo --lanzó una mano hacia atrás en dirección al número nueve sin volverse-- que se está pudriendo sobre sus pies.

Sobre sus pies.

Era casi la orden. Lentamente, número nueve se levantó.

Le gustaba oírla hablar. Le gustaba oír su voz. No le gustaba el otro. El otro era chillón.

Moviéndose con cuidado, apoyando contra el contenedor una

mano que reconoció como suya, caminó hacia delante en silencio.

--Entonces, ¿lo que estás diciendo es que tenemos a un hombre vivo en un cuerpo muerto?

--¡Sí! ¿Y qué vamos a hacer al respecto?

Catherine lo miró con calma.

--Las bacterias están manteniendo el cuerpo funcional.

--Sí, pero sólo por un tiempo limitado. Está vivo y se está descomponiendo, ¡y eso no te molesta ni un poco! Quiero decir, consideraciones éticas sobre saquear tumbas aparte, ¡es algo horrible hacerle eso a alguien!

--Claro que me molesta --se quitó el pelo de la frente y advirtió lo bien que número nueve estaba controlando sus movimientos. Cada sacudida residual probablemente se debía al fallo mecánico en rodillas y caderas--. Lo que de verdad creo que necesitamos es cuerpos más frescos. Tengo grandes expectativas para número diez.

--¡Cuerpos más frescos! --Donald casi gritó las palabras--. ¿Estás loca?

--He llegado a creer que cuanto antes se apliquen las bacterias mejor actuarán. --Sus dedos bailaron sobre el teclado. Un instante después le presentó la hoja impresa--. He reflejado el factor tiempo con respecto a la vida de las bacterias, y la cantidad de reparaciones que fueron capaces de llevar a cabo. Creo que encontrarás que mis conclusiones son incuestionables. Cuanto más fresco el cuerpo, más durará, mayor es la posibilidad de un éxito completo.

Donald alternó la mirada de los papeles a Catherine y sus ojos se abrieron con súbita comprensión. No entendía cómo no lo había visto antes. Puede que el dinero y el reconocimiento de los que la doctora Burke seguía hablando lo hubieran impedido. Puede que el mismo concepto divino de levantar a los muertos hubiera nublado su juicio. Puede que simplemente no hubiese querido verlo.

Cuando miraba al número nueve a los ojos, veía a una persona, y eso era lo bastante terrorífico. Cuando observaba a Catherine de la misma forma, no reconocía lo que veía, y eso era aún más terrorífico. Martilleándole el corazón, se levantó y comenzó a retroceder.

--Estás loca.

Sus omoplatos chocaron contra el número nueve. Se giró y chilló.

El sonido dolía.  
Pero había aprendido cómo detenerlo.

Donald arañó la mano que envolvía su garganta, clavando las uñas en la carne muerta.

Catherine frunció el ceño. Parecía como si número nueve se hubiera limitado a responder al chillido de Donald. El sonido parecía hacerle daño, así que lo paraba. Sin más datos, la conclusión obvia era que el joven de la noche pasada también había gritado. Sin embargo, número nueve estaba aplicando la lección de esa noche a una nueva situación, y eso era alentador.

Los sonidos húmedos estaban mejor. El silencio sería mejor aún. Estrechó su presa.

*¡Suelta! ¡Suelta!* La orden había sido implantada. Número nueve tendría que obedecer. La palabra atronó dentro del cráneo de Donald, pero no podía obligarla a salir. Su visión se tornó roja. Luego púrpura. Luego negra.

Número nueve bajó la mirada hacia lo que sujetaba, luego la alzó hacia ella. Despacio, enderezó su brazo, ofreciendo el cuerpo.

Ella también miró abajo. Luego arriba. Después asintió, y él supo que había hecho lo correcto.

--Ponlo sobre la mesa. --Mientras número nueve se movía para obedecer, Catherine guardó el programa sobre el que había estado trabajando y cargó los patrones de ondas cerebrales de Donald dentro del sistema. Necesitaba un cuerpo más fresco para verificar su hipótesis y ahora tenía uno. El cuerpo perfecto. Incluso las bacterias ya habían sido ajustadas.

Sólo que éstas se encontraban en su otro laboratorio, abajo en el subsótano, porque la doctora Burke le había mandado que dejase de desperdiciar un tiempo experimental valioso en algo que no se usaría.

Podía insertar la red ahora y luego ir a por las bacterias, o podía ir a por las bacterias y dejar a Donald donde estaba o...

Moviéndose con rapidez (para todo lo que hacía, el tiempo era fundamental), abrió la caja de aislamiento que había contenido a número ocho. Si lo ponía ahí dentro, podía al menos mantenerlo frío mientras bajaba corriendo las escaleras. Tomada la decisión, dio un suave toque a número nueve en el brazo.

--Ponlo aquí.

Número nueve conocía la caja.

La cabeza iba así.

Los pies iban así.

Los brazos se tendían largos a los costados.

--Bien --aprobó Catherine con una sonrisa, bajó la tapa, y luego encendió la unidad de refrigeración. No se molestó en cerrar la caja. No tardaría mucho. Empujándolo con delicadeza, guió a número nueve hasta ponerlo contra la pared fuera del paso--. Quédate aquí. No sigas.

Sus zapatos de suela de goma no hicieron sonido alguno contra las baldosas mientras corría a toda velocidad hacia la puerta.

*Quédate aquí. No sigas.*

Quería estar con ella, pero hizo lo que decía.

Henry miró contrariado la salida de incendios. Obviamente, no podía entrar en el edificio de la misma forma que la criatura había salido. Aunque puede que fuese capaz de abrirse camino pese a la ausencia de una manija exterior, no podía hacer nada respecto a la alarma. Desde el exterior, ni siquiera podía destruirla. En alguna parte, había otra forma de entrar.

Madera contrachapada cubría las ventanas del primer piso entre las rejas de alambre y el cristal, y una rápida inspección de las entradas le mostró que habían sido tapadas de forma similar y protegidas con alambre, además. Frustrado y de vuelta junto a la puerta de incendios, clavó los dedos bajo el borde inferior de una reja y dio un tirón a modo de prueba. *Si es necesario el método directo...*

Los pernos salieron del cemento y las barras laterales comenzaron a doblarse, con un gemido metálico.

*Mala idea.* Se quedó inmóvil, esperando oír una reacción. A lo lejos, pudo oír suelas de cuero contra el cemento y percibió dos vidas, acercándose. Alejándose del edificio, se convirtió en parte de la noche y esperó.

--...así que dijo: "¿Chicago? ¿En cuatro? Tienes que estar loco. Te apuesto veinte dólares a que no llegan ni siquiera a cuartos de final". Así que acepté la apuesta y en un par de días me haré con los veinte.

--Ah, amigo, ¿cómo puedes pensar en el hockey en estas fechas?

--¿Qué fechas?

--La temporada de béisbol, hombre. Comienza el seis. No harás negocio pensando en el hockey, hablando de hockey, jugando a hockey, una vez empiece la temporada de béisbol.

--Pero la temporada de hockey no ha acabado.

--Puede que no, pero debería. Mierda, si esto sigue así, entregarán la copa Stanley en junio.

Llevaban el uniforme de seguridad de la universidad; dos hombres alrededor de los cuarenta, ambos con linternas, ambos con porras en sus cintos. Uno de ellos echaba el peso adelante sobre sus pies, desafiando al mundo a intentar algo. El otro equilibraba una impresionante barriga con enormes hombros y brazos. Pasaron a unos centímetros de la sombra donde estaba Henry y ni siquiera advirtieron que eran observados.

--¿Ésta es la puerta?

--Sí. --El acero resonó bajo el golpe de una fornida mano--.  
Probablemente algún genio estudiante gilipollas está atajando desde el edificio nuevo de Ciencias de la Vida.

--¿Atajando? ¿A oscuras?

--¿Cómo a oscuras? Mantienen una de cada cuatro luces encendidas allí dentro por si acaso.

--¿Por si acaso qué?

--Que el diablo me lleve si lo sé, el caso es que siguen teniendo energía.

--Vaya gasto de dinero de la hostia.

--No es ninguna tontería. Tal vez si apagasen las luces y ahorrasen la pasta pudiesen permitirse echar abajo esta ratonera y construir ese aparcamiento cubierto.

--¿Un aparcamiento cubierto? Oye, amigo ése es un edificio que podría servirnos aquí.

*Del Partenón al aparcamiento cubierto; ¿cuánto más puede empeorar la civilización?, se preguntó Henry mientras la patrulla seguía adelante. Con las manos metidas en los bolsillos, se volvió hacia el edificio nuevo de Ciencias de la Vida, un brillantemente iluminado contraste con la oscura estructura cubierta de planchas a la que había reemplazado. Así que los edificios están conectados. La criatura entró en el viejo y la doctora Burke trabaja en el nuevo... junto con otras doscientas personas. Exactamente la clase de información incompleta que Vicki y Celluci han estado recabando todo el día. Veamos si la noche puede descubrir algunas respuestas para ellos.*

El guarda de la entrada delantera sólo percibió la breve caricia de una brisa que agitó su periódico, pero no pudo ver el movimiento que la había provocado. Una vez dentro, Henry se encaminó en silencio hacia los niveles inferiores en el extremo norte del edificio. Como la conexión no era visible, tenía que ser subterránea.

En el sótano se cruzó con un olor que conocía. O más bien, con la perversión de un olor que conocía. Había pasado los últimos tres días en la oscuridad del armario de Marjory Nelson rodeado de sus ropas y los pedazos almacenados de su vida. El olor de su muerte, privada de paz y retorcida para dar forma a una nueva y grotesca existencia, se aferraba a las baldosas y trazaba gran parte del camino que había seguido hasta la ventana del apartamento.

Lo condujo a un pasaje, a través de él, subiendo un tramo de escaleras, bajando por un pasillo, volviendo a subir otras escaleras, a través de un aula vacía con marcas en el suelo donde había habido



asientos. Por último, lo llevó hasta un corredor donde el hedor de la abominación era tan denso que no pudo ver hacia dónde seguía.

A mitad de camino del corredor, un filo de luz se reveló bajo una puerta.

Podía oír el sordo zumbido del equipamiento electrónico, podía oír motores, y podía oír un latido. No podía sentir ninguna vida.

Cuando trató de dar un paso adelante, sus piernas se negaron a obedecerlo.

Henry Fitzroy, duque de Richmond y Somerset, hijo bastardo de Enrique VIII, había sido educado para creer en la resurrección física del cuerpo. Cuando el Día del Juicio llegara y el Señor llamase a los virtuosos junto a Él, acudirían no sólo en espíritu, sino también en carne. Había ido al templo casi cada día de sus diecisiete años, y esta creencia yacía en el centro de su formación religiosa. Incluso cuando su real padre se escindió de Roma, la resurrección del cuerpo siguió vigente.

Cuatro siglos y medio habían cambiado su punto de vista sobre la religión, pero nunca había sido capaz de librarse del todo de su instrucción primera. Se había alzado siendo un católico del siglo dieciséis y, en algunos aspectos, seguía siéndolo.

No podía entrar en aquella habitación.

*¿Y si no vas a hacerlo, quién si no? Un trozo de moldura de madera se hizo astillas bajo sus dedos. ¿Michael Celluci? ¿Le darás tanto? ¿Le darás la oportunidad de cabalgar al rescate mientras te encoges con supersticioso terror? ¿Vicki, entonces? ¿Qué hay de la promesa que hiciste de mantenerla aparte de esto?*

Consiguió dar un paso, pequeño, hacia la puerta. Si su naturaleza le hubiera permitido sudar, su mano habría dejado una húmeda marca sobre la pared. Siendo la que era, las puntas de sus dedos dejaron huella sobre el yeso.

La leyenda llamaba a los de su clase no muertos pero, pese a lo que hubiera parecido al cuerpo médico de su época, había cambiado, no muerto. En aquel cuarto, los muertos estaban en pie y caminando. Despojados de su oportunidad de alcanzar la vida eterna. Privados de la gracia de Dios.

*No me dejaré gobernar por mi pasado a costa de Vicki.*

La puerta estaba abierta.

El cuarto que dividía en dos era enorme, extendiéndose medio pasillo de largo. Henry alzó una mano para proteger sus sensibles ojos del brillante resplandor blanco de los fluorescentes, advirtiendo

mientras lo hacía que las ventanas habían sido cuidadosamente bloqueadas para impedir que escapase luz alguna que revelara que la habitación estaba usándose. No reconoció casi nada del equipo que llenaba gran parte del espacio disponible. Dejando a un lado los precedentes novelescos, poner a funcionar la perversión implicaba a todas luces algo más que un escalpelo y un pararrayos.

*Tal vez lo reconocería si escribiese ciencia-ficción en vez de novela romántica*, se dijo, avanzando en silencio acompañado de los demonios de su infancia.

La fetidez de la abominación se había vuelto tan penetrante que recubrió el interior de su nariz, boca y pulmones y se extendió como una capa de escoria a lo largo de su piel. Lo único que esperaba era librarse al final de ella, de forma que no se viese forzado a arrastrarla por toda la eternidad como una invisible marca de Caín.

Había depósitos de cobre puestos en línea bajo las ventanas, aparadores de productos químicos, dos ordenadores y una puerta que daba a un pequeño y en su mayor parte vacío almacén. La puerta que conducía al otro lado del almacén estaba cerrada.

Por fin, incapaz de eludirlo más tiempo, Henry se volvió hacia el lento y constante latido del que había sido del todo consciente desde que había entrado en el cuarto.

La criatura estaba de pie detrás de una hilera de cajas de metal, de dos metros y medio de largo por algo más de uno de ancho. Demasiado grandes para ser ataúdes, le recordaron a Henry otros sarcófagos que habían mantenido a un antiguo hechicero egipcio aprisionado, inmortal, durante tres siglos. La mayor parte del ruido eléctrico que Henry podía oír provenía de las cajas. El ruido mecánico procedía de la criatura.

Con precaución, Henry se deslizó a lo largo de la pared, sin ponerse nunca en su campo de visión. Cuando llegó a la altura de la criatura, se detuvo y se obligó a admitir lo que veía.

El desgredado cabello oscuro caía hacia atrás desde una larga línea del rostro, donde piel verde grisácea con el aspecto de cuero de grano fino y una sutura de hilo negro cerraban un trozo de frente caída. Una nariz que sin duda había sido rota más de una vez se plegaba sobre sí misma por encima de los labios gris púrpura, que ya no eran capaces de cerrarse sobre la marfileña curva de los dientes. Incluso teniendo en cuenta la desecación de la muerte, los músculos eran enjutos y fuertes, y los huesos prominentes a través del chándal azul marino. Había sido un hombre. Un hombre no muy viejo cuando

murió.

El estrecho pecho subía y bajaba, pero aquello no daba muestras de ser consciente.

*¡Buen Jesús!* Henry dio un paso adelante. Y luego otro. Entonces se giró para encararlo.

Sus ojos estaban abiertos.

Número nueve esperaba. Ella volvería pronto.

Vio al extraño entrar en el cuarto y lo observó acercarse.

Él extraño lo miró.

Él devolvió la mirada.

Gruñendo, Henry rompió el contacto y se alejó bruscamente.

Estaba vivo.

El cuerpo estaba muerto.

Pero eso estaba vivo.

*¡Quienquiera que ha hecho esto debería ser condenado por toda la eternidad y más allá!*

Temblando de ira y otras emociones menos fáciles de definir, Henry bajó las manos hasta la tapa de la caja delante de él. Marjory Nelson, la madre de Vicki, tenía que estar en una de ellas. Ya no sabía qué haría cuando la encontrara.

*Se la entregamos al detective Fergusson.* Qué sencillo de decidir de forma abstracta.

*¿Y qué hará el detective Fergusson?*

Abrió la caja.

El olor de la muerte reciente, libre de cualquier putrefacción, subió con la tapa, y por un instante Henry tuvo esperanzas... pero el cuerpo de la caja nunca había pertenecido a Marjory Nelson. Un varón joven oriental, con una banda de marcas púrpura de dedos en torno a su cuello, los ojos salientes, la lengua fuera, yacía tendido en el interior de plástico acolchado. Había muerto hacía tan poco tiempo que el sangriento rubor provocado por la estrangulación todavía no había abandonado su rostro.

De pronto Marjory Nelson pasó a segundo plano. Ya estaba perdida y no podía hacer otra cosa por ella que encontrarla. Podía

salvar al muchacho.

Moviéndose con rapidez, cerró los ojos de mirada fija, luego deslizó los brazos por detrás de rodillas y hombros, y alzó el frío cuerpo liberándolo. El peso no significaba nada, pero la carga era complicada y tuvo que andar lateralmente, arrastrando los pies hasta que despejó la fila de cajas y pudo volverse.

--¿Qué crees que estás haciendo?

Ahogándose en la peste a abominación, Henry no había oído el acercamiento de ella ni, con sus oídos sintonizados sólo con un corazón que no debería hacer ruido alguno, había podido oírla. Sin humor para sutilezas, alzó la cabeza para encontrar sus ojos y ordenarla alejarse, mas no encontró tras una delgada capa de normalidad nada que pudiera tocar. Los pensamientos de ella giraban en espiral de forma interminable; empezando en ninguna parte, yendo a ninguna parte.

Los pálidos ojos se entrecerraron. Las pálidas mejillas ardieron.

--Detenlo --dijo ella.

Unas manos sujetaron con fuerza los hombros de Henry y tiraron de él hacia atrás. Por encima de su cabeza, podía sentir a la muerte respirar. *¡Esto no está vivo!*, chillaron sus sentidos. Su piel se encogió con repulsión. Perdió su agarre sobre el chico, sintió cómo era alzado y arrojado violentamente contra una superficie que cedió bajo la fuerza del impacto. Se retorció y miró arriba a tiempo para ver caer la tapa.

--¡No!

--Aún no ha vuelto.

Celluci se sacudió, alzando la cabeza con un doloroso crujido, los músculos de repente tensos.

--¿Qu...?

--Aún no ha vuelto --repitió Vicki desde el centro del cuarto de estar, estrechándose a sí misma con fuerza con los brazos--. Y es casi el alba.

--¿Quién no ha vuelto? --Poniéndose el puño delante de un bostezo que hizo chascar la mandíbula, Celluci echó un vistazo a su reloj--. Las seis y doce. ¿Cuándo tiene que salir el sol?

--Seis y diecisiete --le dijo Vicki--. Tiene cinco minutos. --Mantuvo su rostro y su voz sin expresión, refiriendo los hechos, sólo los hechos, porque si cedía ante el estridente pánico que la arañaba desde dentro,

aprovechando cualquier oportunidad para liberarse, le asustaba horriblemente no ser capaz de recuperar el control de nuevo.

Celluci se dio cuenta de ello. No había un solo policía en el planeta que no hubiese empleado el entrenamiento policial para tapar un terror personal al menos una vez. Los que se preocupaban demasiado lo usaban con frecuencia. Algunas veces, éste empezaba a usarlos a ellos. Con todas sus articulaciones quejándose, se levantó del sillón en el que se había quedado dormido, mascullando:

--¿Cómo demonios sabes cuándo sale el sol?

De repente, una aterradora posibilidad lo golpeó. Fitzroy había estado... estado... su mente se alejó asustada de la idea misma de chupar sangre, de alimentarse. ¿Había estado Fitzroy con ella lo bastante para que se estuviese convirtiendo en uno como él? ¿No era así como funcionaba? Lanzó una ansiosa mirada al espejo sobre el sofá y se sintió aliviado al seguir viendo el reflejo de ella. Entonces recordó que Fitzroy se reflejaba con igual claridad.

--¿No te estarás convirtiendo en un... un... uno de ellos, no?  
--soltó.

Vicki se subió las gafas con el dorso de una mano.

--¿De qué coño estás hablando?

--¿Cómo sabes que la salida del sol es a las seis y diecisiete?

--Quiso atravesar el cuarto y arrancarle la respuesta sacudiéndola, y a duras penas consiguió refrenarse.

--Lo leí en el periódico la noche pasada. --Sus cejas se juntaron, confundida por el inesperado ataque--. ¿Cuál es tu problema, Mike?

Lo leyó en el periódico la noche pasada.

--Lo siento, yo, en...

La oleada de alivio fue tan intensa que lo hizo sentirse débil y algo mareado. Separó sus manos en gesto de disculpa y suspiró.

--Creí que te estabas volviendo como él --dijo en voz baja--, y tenía miedo de que fuese a perderte.

Metiéndose el labio inferior entre los dientes, Vicki se quedó mirándolo por un largo instante, aunque a la escasa luz del amanecer apenas podía distinguir rasgos. Sin más recursos que lanzaren señal de desaprobación, pudo sentir la preocupación de él, su temor, su amor... y supo que no le ponía condiciones, ni las ponía sobre ella. Ante su sorpresa, en lugar de disminuir su sentido de individualidad, lo aumentó y la hizo sentirse más fuerte. Incluso el pánico respecto a Henry se calmó un poco. Sus ojos se humedecieron.

*No voy a llorar.*

Forzando las palabras a salir a través del nudo en su garganta, dijo:

--No funciona así.

--Bien. --Él pudo sentir, si no aprobación, al menos reconocimiento en su tono, y de momento estuvo contento de dejarlo ahí.

El cuarto se iluminó de forma perceptible.

Vicki se volvió hacia las ventanas, los brazos envueltos con fuerza alrededor de sí misma una vez más.

--Abre las cortinas.

Ambos oyeron el silencio que seguía. *Ábrelas tú porque yo no puedo. Porque tengo miedo de lo que podría ver.*

--Quién fue tu esclavo el año pasado --refunfuñó Celluci para cubrir aquello.

Iba a ser un hermoso día. Varias decenas de pájaros daban una ruidosa bienvenida al alba y el aire tenía la clase de claridad que sólo se producía en una mañana de primavera.

El reloj de él marcaba las seis y veintidós.

--¿Cuánto tiempo puede aguantar al sol?

--No lo sé.

--Voy a echar un vistazo fuera. Por si estuviese a punto de llegar a casa.

Ningún cuerpo retorcido y ennegrecido se arrastró hacia la puerta. Ningún montón de ceniza con forma de hombre se extendía en el aparcamiento. Cuando Celluci volvió dentro, encontró a Vicki de pie donde la había dejado, mirando fijamente a la ventana.

--No está muerto.

--Vicki, no tienes forma de saberlo.

--¿Y qué? --Sus dientes se cerraron con tanta fuerza que sus sienes empezaron a latir--. No está muerto.

--De acuerdo --Celluci atravesó la habitación hasta su lado y la giró suavemente hasta hacerla quedar frente a él--. No quiero creerlo tampoco --Era cierto, no quería. No quería comprender la mitad de las reacciones que Fitzroy suscitaba en él, pero no quería que muriera--. Así que no lo creemos juntos.

Juntos. Con la cara contorsionada para evitar la amenaza de las lágrimas, Vicki asintió. Juntos sonaba muchísimo mejor que sola.

Podía sentir el amanecer. Incluso a través del terror, el frenesí y el pánico, podía sentir la llegada de la mañana. Por un momento luchó con más ímpetu, arrojando todo su cuerpo contra la tapa de su prisión, luego se derrumbó contra el acolchado y se quedó inmóvil.

El familiar toque del sol temblando en el filo del horizonte le trajo algo de cordura. Durante demasiado tiempo no había conocido sino el penetrante hedor a abominación y el dolor que se había infligido a sí mismo para liberarse. Ahora sabía quién era de nuevo.

Justo a tiempo para abandonarse al día.

Trabajando sola, a Catherine le llevó hasta pasadas las siete terminar de preparar el cuerpo de Donald y acoplarlo a la caja de número nueve. Había pretendido usar la de número ocho, pero el intruso encerrado en su interior la había obligado a cambiar sus planes. A número nueve no le haría daño estar fuera por un tiempo. Incluso podría ser bueno para él.

Bostezó y se estiró, de pronto exhausta. Había sido una larga y agitada noche y necesitaba de forma desesperada un par de horas de sueño. El constante martilleo procedente de la caja de número ocho había sido muy irritante, y más que una pequeña distracción durante ciertos delicados procedimientos. Estuvo a punto de volver a encender la unidad de refrigeración sólo para ver si aquello lo calmaba.

Qué lástima que, cuando el martilleo por fin cesó, casi hubiera terminado y no pudiera disfrutar del silencio más que por un corto tiempo.

## \_\_\_\_\_ 10 \_\_\_\_\_

Vicki despertó primero y se quedó mirando sin ver al techo, sin saber dónde estaba. El cuarto le parecía extraño, las dimensiones incorrectas, los patrones de sombra que constituían el mundo sin sus gafas no eran unos que reconociese. No era su dormitorio, ni, a pesar del hombre todavía dormido a su lado, el de Celluci.

Entonces recordó.

Justo después del alba, los dos se habían acostado en la cama de su madre. La cama de su madre muerta. Los dos... donde debería haber habido tres.

*¿Los tres en la cama de mi madre muerta?* El filo del sarcasmo casi hizo brotar la sangre. *Domínate, Nelson.*

Salió deslizándose de debajo del brazo de Celluci sin despertarlo y tanteó sobre la mesita de noche en busca de sus gafas, con la luz del día que se filtraba por los bordes de las persianas proporcionándole apenas iluminación suficiente para funcionar. Con su nariz casi tocando la radio despertador, frunció el entrecejo al mirar los brillantes números rojos. Las nueve y diez. Dos horas de sueño. A eso se añadía el tiempo que Henry le había obsequiado, y ella desde luego podía funcionar con menos.

Poniéndose el vestido por encima de un tirón, se levantó. No podía volverse a dormir de todas formas. No podía enfrentarse a los sueños: Henry ardiendo y chillando su nombre mientras ardía, interponiéndose entre ambos el cuerpo podrido de su madre como una barrera viviente. Si quería salvar a Henry, tenía que pasar sobre su madre. Y no podía. Las sensaciones de miedo y fracaso combinados persistían.

*Mi subconsciente es cualquier cosa menos sutil.*

Sus pies desnudos se movieron sin ruido sobre la lanilla de la alfombra (seguía estando casi nueva; Vicki podía recordar lo complacida que había estado su madre al sustituir una gastada alfombrilla con una espesa moqueta de pared a pared) y se abrió camino hasta el armario empotrado donde Henry había estado pasando sus días. Después de buscar a tientas un momento hasta dar con el interruptor, encendió la luz del armario y cerró la puerta en silencio detrás de ella.

Era, como Henry había dicho, apenas lo bastante grande para un hombre no demasiado alto. O para un vampiro no demasiado alto. Un aislante de espuma comprimida azul brillante, de la clase normalmente usada para acampar, estaba colocado a lo largo de una pared debajo del estante de ropa de mujer. Sobre éste, una pesada cortina para impedir el paso de la luz colgaba al lado de un bolso de noche de cuero. Otra cortina había sido clavada a un lado de la puerta, que a su vez había sido provista de un macizo cerrojo de acero.

*Henry debe de haberlo puesto.* Vicki tocó el pestillo de metal y agitó la cabeza. No había oído el martilleo, pero, dada la fuerza de Henry, puede que no hubiese sido necesario. *Será mejor que nos*



*acordemos de desmontarlo o dejará patidifuso al próximo inquilino.*

El próximo inquilino. Era la primera vez que se paraba a pensar en el apartamento como algo que no pertenecía a su madre. *Es razonable, supongo.* Dejó que su cabeza cayera hacia atrás contra la pared y cerró los ojos. *Mi madre está muerta.*

El olor de la colonia de su madre, de su madre misma, impregnaba el pequeño espacio cerrado, y con los ojos cerrados casi parecía como si ella siguiera allí. En otro momento, la ilusión podría haber sido reconfortante... o enloquecedora. Vicki era lo bastante franca para reconocer la posibilidad de ambas reacciones. En aquel instante, sin embargo, hizo caso omiso de ello. Su madre no era la razón por la que estaba ahí.

Abriendo los ojos, se puso de rodillas junto al jergón y alzó el improvisado sudario hasta su rostro, respirando el débil olor de Henry atrapado en el recio tejido.

No estaba muerto. Se negaba a creerlo. Era demasiado real para estar muerto.

*No estaba muerto.*

--¿Qué estas haciendo?

--No estoy del todo segura. --Con los nudillos blancos en torno a los pliegues, bajó la cortina y se volvió hacia Celluci, cuya silueta se perfilaba en el umbral. Había abierto las persianas del dormitorio y el sol de la mañana detrás de él sumía su rostro en sombras. Vicki no podía distinguir su expresión, pero su tono había sido casi amable. No tenía ni idea de lo que éste estaba pensando.

Él le ofreció su mano y ella puso la suya dentro, permitiéndole ayudarla a ponerse de pie. Su palma era cálida y callosa. La de Henry habría sido fría y suave. Con la otra mano apoyándose sobre su arrugada pechera, experimentó el súbito y del todo irracional impulso de dar un paso más al interior del círculo de los brazos de Celluci y descansar su cabeza (por no mencionar toda la confusión en la que se encontraba), aunque sólo fuese por un instante, sobre la amplia envergadura de sus hombros.

*No es el momento para ablandarse, Vicki,* se dijo severamente, luchando contra las bandas de hierro que se estrechaban en torno a sus costillas. *Tienes un maldito montón de cosas que hacer.*

Celluci, que había leído el deseo y la respuesta interior en el rostro de Vicki, sonrió torciendo el gesto y se apartó de su camino. Reconocía la creciente tensión que pintaba medias lunas púrpura bajo los ojos de ella y fruncía las comisuras de su boca, y sabía que parte

de ello tenía que ser purgado antes de que la reventase. Pero no sabía qué hacer. Aunque sus peleas habían sido a menudo terapéuticas, esta situación iba un poco más allá del alivio que podría resultar de gritarse el uno al otro por desacuerdos triviales. Aunque le venían a la mente algunos desacuerdos nada triviales disponibles para discutir, no tenía intención de herirla sacándolos a colación. Todo lo que podía hacer era seguir aguardando y esperar ser el único en el lugar preciso para recoger los pedazos.

*Por supuesto, si Fitzroy realmente la ha palmado...* Era un pensamiento nada honorable, pero no podía apartarlo de su cabeza.

--Así pues --la observó atravesando la puerta abierta del dormitorio y se preguntó durante cuánto tiempo se habría contentado con el statu quo si Fitzroy no hubiese entrado en sus vidas--, ¿qué hacemos ahora?

Vicki se volvió y lo miró fijamente, algo sorprendida.

--Exactamente lo que hemos estado haciendo --se clavó las gafas sobre el puente de la nariz--. Cuando encontremos a la gente que tiene el cuerpo de mi madre, encontraremos a Henry.

--Tal vez se metió en su madriguera, se vio sorprendido demasiado tarde y tuvo que refugiarse donde pudo.

--No me haría esto si pudiese evitarlo.

--¿Llamaría? --Celluci no pudo evitar el tono burlón.

El mentón de Vicki se alzó.

--Sí. Llamaría --*No me dejaría pensar que estaba muerto si podía evitarlo. No le haces eso a alguien a quien dices que amas--*. Encontramos a mi madre. Encontramos a Henry --*No podría llamar si estuviese muerto. No está muerto--*. ¿Comprendes?

De hecho, lo comprendía. Después de nueve años, era bastante diestro en leerla entre líneas. Y si su comprensión era todo lo que ella iba a aceptar... Celluci separó sus manos, en un gesto a la vez conciliador e indicador de que no deseaba proseguir la discusión.

Algo de rigidez desapareció de la postura de Vicki.

--Haz café mientras me ducho --le ordenó.

Celluci puso los ojos en blanco.

--¿Qué aspecto tengo? ¿El de una criada?

--No --Vicki sintió temblar su labio inferior y lo contuvo con dureza--. El de alguien en quien puedo confiar. No importa para qué. -- Entonces, antes de que el nudo en su garganta causara más daños, se giró sobre un talón desnudo y salió a grandes pasos del cuarto.

Sintiendo estrecharse su propia garganta, Celluci se apartó el rizo

de pelo del rostro.

--Justo cuando estás listo para renunciar a ella --musitó.  
Sacudiendo la cabeza, fue a hacer café.

Pasándose los dedos por su mojado cabello, Vicki deambuló por el cuarto de estar y se dejó caer sobre el sofá. Podía oír a Celluci mascullando para sí en la cocina y, recordando lo que había sucedido en otras ocasiones, decidió que lo más prudente sería no molestarlo mientras estaba cocinando. Sin saber bien cómo, se encontró a sí misma levantando la caja de efectos personales de su madre y colocándola delante de ella sobre la mesita de café.

*Supongo que no hay un día tan malo que no puedas empeorarlo.*

Había sorprendentemente poco dentro: un jersey colgado del respaldo de la silla de la oficina, por si acaso; dos lápices de labios, uno rosa pálido, el otro un asombroso rojo brillante; medio tubo de aspirinas; la taza de café; la libreta de citas con su fútil mensaje final; su retrato de graduación en la academia; y un montón de papeles sueltos.

Vicki cogió la fotografía y se quedó mirando fijamente el rostro de la sonriente joven. Parecía tan joven. Tan segura de sí misma.

--Parecía como si creyese que lo sabía todo.

--Sigues pensando que lo sabes todo --Celluci le pasó una taza de café y le quitó de un tirón el retrato--. Buen Dios. Es una nena policía.

--¿Si no te hago caso, volverás a la cocina?

Él lo pensó durante un segundo.

--No.

--Estupendo --Asegurándose el albornoz con fuerza, Vicki alzó los papeles sueltos. *¿Por qué demonios pensó la señora Show que querría un montón de notas de mamá?* Entonces vio cómo comenzaba cada página.

Querida Vicki: probablemente te estás preguntando por qué una carta en vez de una llamada de teléfono, pero tengo algo importante que decirte y creí que podría comunicártelo más fácil de esta forma, sin interrupciones. No he escrito una carta desde hace tiempo, así que espero que perdones...

Querida Vicki: ¿Te conté los resultados de mi último reconocimiento? Bueno, probablemente no quería aburrirte con detalles, pero...

Querida Vicki: antes que nada, te quiero mucho y...

Querida Vicki: cuando tu padre se fue, te prometí que siempre estaría a tu lado. Ojalá...

Querida Vicki: hay algunas cosas que son más fáciles de decir por escrito, así que espero que me perdones por este pequeño distanciamiento que he de poner entre nosotras. La doctora Friedman me ha dicho que tengo un problema del corazón y puede que no viva mucho. Por favor no te salgas de tus casillas ni empieces a exigirme que vea a otro doctor. Lo he hecho.

Sí, estoy asustada. Cualquier persona sensata lo estaría. Pero lo que más me asustaba era que algo sucediera antes de que encontrase el valor para decírtelo.

No quiero desaparecer sin más de tu vida como hizo tu padre. Quiero que tengamos una oportunidad de decirnos adiós. Cuando te llegue esta carta, llámame. Haremos los preparativos para que vengas a casa por unos días y nos sentaremos y hablaremos de verdad.

Te quiero.

La última y más completa carta databa del viernes anterior a la muerte de Marjory Nelson.

Vicki combatió las lágrimas y con manos temblorosas dejó las cartas de nuevo en la caja.

--¿Vicki?

Ella agitó la cabeza, incapaz de hacer pasar su voz más allá de una mezcla a partes casi iguales de dolor e ira. Aunque la carta hubiese sido enviada, no habrían tenido tiempo de decirse adiós. *Dios,*

*mamá, ¿por qué no hiciste que me llamara la doctora Friedman?*

Celluci se inclinó y examinó la página superior.

--Vicki, yo...

--No. --Sus dientes se habían cerrado con tanta fuerza que sintió como si una banda de hierro la envolviese alrededor de las sienes. Una palabra más de compasión (o de cualquier otro tipo) destruiría la sangrienta presa que ejercía sobre sí misma. Moviéndose ofuscadamente, se levantó y corrió hacia el dormitorio--. Tengo que vestirme. Tenemos que buscar a Henry.

A las diez y veinte, Catherine alzó la tapa de la caja de aislamiento y sonrió a la mujer que antes había sido Marjory Nelson.

--Lo sé; es bastante aburrido estar ahí dentro, ¿no? --Se puso un par de guantes quirúrgicos y hábilmente desenganchó el enchufe, que dejó, con las doradas puntas brillando, a un lado--. Dame sólo medio segundo y veré lo que puedo hacer para sacarte de ahí. --Sacó con suavidad los tubos de nutrientes de los catéteres y los guardó en compartimentos específicos a los lados de la caja--. Tienes un color de piel sorprendentemente bueno, considerándolo bien, pero creo que no estaría de más ponerte un poco de crema de estrógeno en la epidermis. No queremos que se te suelten trozos mientras estás en pie y moviéndote.

Catherine tarareó sin melodía para sí misma mientras trabajaba, parando dos veces para tomar notas sobre la elasticidad muscular y la flexibilidad articular. Hasta el momento, número diez confirmaba su teoría. Ninguno de los otros, ni siquiera número nueve, había respondido a las bacterias tan bien. No podía esperar a ver cómo resultaba Donald (número once).

¿Había visto a la chica antes? ¿Por qué no podía recordar? La chica no era la chica correcta, aunque ella no comprendía por qué no. Enganchando sus dedos sobre el lateral de la caja, se alzó hasta quedar sentada.

Había algo que tenía que hacer.

Catherine agitó la cabeza. La iniciativa estaba muy bien, pero en aquel momento un cuerpo tendido prono e inmóvil sería de mayor provecho.

--Échate --dijo con severidad.

*Échate.*

La orden recorrió senderos profundamente surcados y el cuerpo obedeció.

Pero ella no quería echarse.

Al menos no creía que quisiera.

--¡Estás intentando fruncir el ceño, es maravilloso! --Catherine dio una palmada con las manos enguantadas--. Incluso un control parcial del cigomático menor es un claro avance. Tengo que hacer algunas medidas.

Número nueve observó con atención mientras ella se movía alrededor del otro como él. Recordaba otra palabra.

Necesitar.

Cuando ella lo necesitase, él estaría ahí.

Sólo por un instante, creyó recordar la música.

Con el número diez medido, hidratado, vestido, y sentado en un lateral del cuarto, Catherine volvió por fin su atención hacia el intruso. No había oído sonido alguno procedente de la que había sido la caja del número nueve desde que había regresado al laboratorio, y esperaba que no hubiese muerto. Sin patrones de ondas cerebrales ni bacterias ajustadas, supondría desperdiciar un cuerpo en perfecto estado, en especial porque, si se había ahogado o había sufrido un ataque al corazón, no habría lesión alguna que reparar.

--Por supuesto, si ha muerto podríamos usar los patrones de

ondas cerebrales de Donald y las bacterias genéricas --se dijo mientras alzaba la tapa--. Después de todo, funcionó con número nueve y no estaba lo que se dice fresco. Sería bonito tener una copia de seguridad de los datos, para variar.

Frunció el entrecejo al mirar hacia el interior de la caja de aislamiento. El intruso yacía, una pálida mano engarfiada contra su pecho, la otra con la palma hacia arriba a su costado. Sus ojos estaban cerrados y largas pestañas, ligeramente más oscuras que el cabello rubio fresa, rozaban la curva de lívidas mejillas. No parecía muerto. Exactamente. Pero no parecía vivo. Exactamente.

Echándole la cabeza a un lado, le descubrió el cuello y presionó dos dedos contra el pulso de su garganta. Su carne respondió con más elasticidad de la que había esperado, mucha más de la que tendría un cadáver, pero, a la vez, parecía que la temperatura de su cuerpo había descendido demasiado para mantener la vida. Comprobó para asegurarse que la unidad de refrigeración había estado, en efecto, apagada. Lo había estado.

--Qué extraño --murmuró. Entonces las cosas se volvieron aún más extrañas, pues justo cuando estaba a punto de creer que su corazón se había parado, por la razón que fuese, un único latido palpitó bajo las yemas de sus dedos. Arrugando aún más la frente, aguardó, con los ojos en el reloj, mientras los segundos cambiaban. Justamente ocho segundos más tarde, el corazón del intruso latió de nuevo. Y ocho segundos después de aquello, otra vez.

--Unos siete latidos por minuto --Catherine golpeteó con los dedos de ambas manos sobre el lateral de la caja de aislamiento--. La alternancia de sístole y diástole sucede a un promedio de unas setenta veces por minuto en un ser humano normal en reposo. Lo que tenemos aquí es un corazón latiendo a una décima parte del ritmo normal.

Frunciendo las cejas, alzó con cuidado un párpado entre el pulgar y el índice. El ojo no estaba en blanco. La pupila, en lugar de protegerse bajo la cresta superciliar, seguía centrada, reducida al tamaño de un alfiler. No se producía reacción de ninguna clase a la luz. Ni, a todo esto, a ninguna otra clase de estímulos en el resto del cuerpo... y Catherine los probó todos.

Acompañado por un lento ritmo de respiración, el corazón seguía latiendo entre siete y ocho veces por minuto, imperceptible si no lo estuviese buscando específicamente. Ésos eran los únicos signos de vida.

Había oído hablar de faquires hindúes que se ponían en estados de trance tan profundo que parecían estar en coma o muertos, y supuso que se trataba de una variante norteamericana de tal habilidad; que cuando el intruso se había visto atrapado, había ralentizado su metabolismo para conservar energías. Catherine no tenía idea de qué esperaba lograr cuando parecía, en aquel momento, del todo incapaz de defenderse, pero tenía que admitir que, salvedad aparte, era un truco muy ingenioso.

Por último, hizo que el número nueve la ayudara a quitarle su guerrera de cuero y, remangándole, tomó dos frascos de sangre. Tenía intención de sacar tres pero, con la presión sanguínea del intruso tan baja, dos consumieron todo el tiempo que estaba dispuesta a emplear. Cerrando la caja, se dirigió hacia una de las mesas en el otro extremo del laboratorio. Analizar la sangre podría proporcionarle algunas respuestas al asunto del trance, pero incluso si no lo hacía, siempre podía emplear la información más adelante en caso de que el intruso muriese.

--Mire, detective Fergusson, soy consciente de que mi madre murió por causas naturales antes de que se cometiera el crimen, y entiendo que ello la convierte en una cuestión de escasa prioridad, pero...

--Señorita Nelson. --La voz del detective Fergusson rondaba entre la exasperación y el fastidio--. Siento que esté alterada, pero tengo un adolescente asesinado en mis manos. Me gustaría dar con el gilipollas que lo mató antes de tener que ocuparme de otra bolsa para cadáveres.

--¿Acaso es el único detective en el cuerpo? --Las uñas de Vicki golpearon con ritmo de *staccato* contra el revestimiento de plástico del teléfono público.

--No, pero soy el único asignado al caso. Lo siento si ello significa que no puedo conceder a su madre la atención que usted cree que merece...

--Los casos --gruñó ella, cerrando los dedos en un puño-- están conectados.

Detrás de ella, apoyándose en la puerta abierta de la cabina, Celluci puso los ojos en blanco. Incluso sin oír la otra parte de la conversación, tenía cierta compasión por la situación de Fergusson.



Aunque podía ser quirúrgicamente delicada con un testigo, Vicki tendía a practicar la diplomacia del martillo y el escoplo con el resto del mundo.

--¿Conectados? --la exasperación desapareció-- ¿De qué forma?

Vicki abrió la boca y luego la volvió a cerrar con un chasquido audible. *Mi madre ha sido convertida en un monstruo. Su muchacho fue asesinado por un monstruo similar. Cuando encontremos a mi madre, le garantizo que encontraremos a su asesino. ¿Cómo sé todo esto? No puedo decírselo. Y éste ha desaparecido de todas formas.*

*Mierda.*

Se subió las gafas.

--Mire, llámelo una corazonada, ¿de acuerdo?

--¿Una corazonada?

Dándose cuenta de que ella habría tenido una reacción muy parecida si sus papeles estuvieran cambiados, su tono se hizo cortantemente defensivo.

--¿Qué pasa? ¿Nunca ha tenido una corazonada?

Previendo el desastre si la conversación continuaba, Celluci empleó el hombro para separar a Vicki del teléfono, y luego liberó el auricular de su presa. Poniendo mala cara, ella toleró su intromisión a regañadientes, sabiendo positivamente que enemistarse con la policía de Kingston era una mala idea.

--¿Detective Fergusson? Sargento detective Celluci. Hemos encontrado que uno de los estudiantes de posgrado de la doctora Burke, un tal Donald Li, encaja al menos superficialmente con la descripción de Tom Chen. Le estaríamos agradecidos si pudiese llamar a secretaría para que nos proporcionen una copia de la foto de dicho estudiante, de forma que podamos comprobar su identidad con la funeraria.

El detective Fergusson suspiró.

--Llamé a secretaría ayer.

--Y nos dieron las fotos de los estudiantes de medicina. Pero Li no está estudiando medicina y no nos dejarán ver su foto a no ser que usted llame.

--¿Por qué cree que Li está implicado?

--Porque trabaja para la doctora Burke, como hacía Marjory Nelson.

--¿Y? ¿Qué le hace creer que la doctora Burke está implicada?

--Parece contar con la competencia científica para levantar a los muertos, así como con acceso al equipamiento necesario.

--Déme un respiro, sargento. --La incredulidad luchaba con la ira por hacerse con el control de la voz de Fergusson--. ¿De dónde saca lo de levantar a los putos muertos?

*Buena pregunta*, reconoció Celluci, pasando por alto una furiosa mirada de Vicki, tan intensa que casi podía sentir su impacto. Tomando una decisión rápida (dado que la policía ya estaba involucrada), reveló tanto de la verdad como creía que Fergusson podía tragar.

--La señorita Nelson cree que vio a su madre del otro lado de la ventana del apartamento, hace dos noches.

--¿Su madre muerta?

--Eso es.

--¿Dándose una vuelta?

--Sí.

--Lo siguiente que va a decirme --gruñó Fergusson-- es que su madre muerta liquidó a mi quinceañero.

--No, pero...

--Nada de peros, sargento --su voz cortó las palabras--. Y he escuchado todo lo que voy a escuchar de esta majadería. Vuelva a Toronto. Arregle su vida. Los dos.

Celluci se apartó el auricular de la oreja apenas lo bastante deprisa para librar su oído de la fuerza de Fergusson al cortar la comunicación. Colgó el teléfono con igual énfasis.

--Sabía que no tenía que haberte dejado hablar con él.

Tras sus lentes, los ojos de Vicki se entrecerraron.

--¿Acaso tú lo has hecho mucho mejor? ¿Por qué demonios le has hablado sobre mi madre? ¿Sobre la doctora Burke?

Celluci se abrió camino fuera de la cabina telefónica. Ella retrocedió, dejándole sólo el espacio suficiente para pasar.

--Se trata de ciencia, Vicki, no de una de las extrañas situaciones sobrenaturales en las que tu amigo no muerto nos ha metido durante el último año. Pensé que él podría manejarlo. Pensé que debería saberlo.

--¿No crees que deberíamos discutirlo primero?

--Tú lo sacaste a relucir. "Los casos están conectados". Dios, Vicki, sabías que no podías sostener una afirmación como ésa.

--No me percaté de que tú sostuvieras tus afirmaciones con gran cosa, Celluci. --Haciendo un esfuerzo, aflojó la mandíbula--. Imagino que no va a hacer la llamada.

El semblante ceñudo de Celluci respondió la pregunta.

--Muy bien. --Levantó su bolso de la acera y se lo arrojó sobre el hombro--. Supongo que lo haremos de la forma más difícil.

--Estás siendo mucho más filosófica en esto de lo que esperaba.

--Mike, mi madre recién muerta ha sido convertida en alguna clase de monstruo de película de serie B, mi (*¿qué palabra usar?*) amigo que además resulta ser un vampiro ha desaparecido, a la luz del día, y posiblemente ha sido capturado. Cuando duermo, tengo pesadillas. Cuando como, la comida se convierte en piedra y se limita a quedarse ahí. --Se volvió para mirarlo con una expresión que se cerró en torno al corazón de él y lo retorció--. Encuentro difícil que me importe una mierda que la policía local no vea las cosas exactamente a mi manera.

--Todavía me tienes. --Era lo mejor que él podía ofrecer.

El labio inferior de ella empezó a temblar y lo apresó salvajemente entre los dientes. Incapaz de fiarse de su voz, tendió una mano y le quitó el largo rizo de pelo castaño oscuro de la frente. Luego se volvió y se alejó a grandes pasos de los edificios de Administración, golpeando con los tacones en el pavimento con tanta fuerza que deberían haber marcado medias lunas en el asfalto.

Celluci la observó por un momento.

--De nada --dijo quedamente, su propia voz no del todo firme. Con una docena de largas zancadas, la alcanzó e igualó su paso junto a ella.

--Muy bien, Catherine, estoy aquí. --La doctora Burke abrió la puerta del laboratorio, que se cerró con fuerza detrás de ella, y caminó resuelta a través del cuarto--. ¿Qué es eso tan importante que has encontrado que tenía que ver de inmediato?

Catherine salió de detrás del panel de control del ordenador y le entregó una página impresa.

--Más que importante, exactamente, es algo que he encontrado y que no entiendo. Si pudiera echar un vistazo a los resultados de este análisis de sangre...

La doctora Burke miró ceñuda la hoja de papel.

--Elementos formes sesenta por ciento... es alto. Proteínas plasmáticas, doce por ciento... alto también. Nutrientes orgánicos...

--Alzó la vista--. Catherine, ¿qué es esto?

Catherine agitó la cabeza.

--Lea el resto.

Aunque proclive a exigir una explicación inmediata, el respeto hacia las habilidades de la estudiante de posgrado (manipular la genialidad de la joven había sido, a fin de cuentas, un componente principal del plan desde el principio) hizo que la mirada de la doctora Burke volviera a la hoja impresa.

--¿Diez millones de glóbulos rojos por milímetro cúbico de sangre? Eso es el doble de lo normal en un hombre. --Sus cejas se juntaron mientras proseguía-. Si este dato sobre la hemoglobina es correcto...

--Lo es.

--¿Entonces qué es esto? --La doctora Burke acentuó su pregunta tendiendo bruscamente el papel en las manos de Catherine--. ¿Un sustitutivo de la solución nutritiva?

--No, aunque... --Los ojos de Catherine brillaron y dos puntos de color empezaron a brotar en sus pálidas mejillas.

La doctora Burke reconoció las señales, pero no tenía tiempo para dejar que el genio se filtrase. Tenía que reprogramar una reunión de final de trimestre para ir al laboratorio y no tenía intención de atrasarla más.

--Piénsalo más tarde. Estoy esperando.

--Sí. Bueno... --Catherine inspiró profundamente y se alisó la parte delantera de su bata de laboratorio. Ni siquiera había empezado aún a considerar las aplicaciones experimentales. La habilidad de saltar tan adelante, meditó, era lo que hacía de la doctora Burke una científica tan brillante--. Tuvimos un intruso en el laboratorio la noche pasada.

--¡Un qué!

Catherine pestañeó ante el volumen y el tono.

--Un intruso. Pero no se preocupe, número nueve se ocupó de él.

--¿Número nueve se ocupó de él? --De repente la doctora Burke vio cómo su mundo se convertía en algo infinitamente más complicado. Lanzó una mirada de disgusto a través del cuarto hasta donde el número nueve y Marj... y el número diez permanecían sentados, inmóviles, junto a la pared--. ¿Igual que él, eso, se ocupó de aquel muchacho?

--¡Oh, no! Capturó al intruso, y con sólo la más básica de las instrucciones. De hecho, no puede haber ninguna duda de que está razonando de forma independiente, aunque no he tenido tiempo esta mañana de hacerle un nuevo electroencefalograma.

--Catherine, eso es fascinante, estoy segura, pero ¿y el intruso?

¿Qué hiciste con él?

--Lo encerré dentro de la caja de aislamiento de número nueve.

--¿Sigue ahí dentro?

--Sí. Hizo un estrépito horrible al principio, muy perturbador, mientras trabajaba, en especial dado que tuve que hacer todo el trabajo sola, pero se tranquilizó hacia el amanecer.

--Se tranquilizó. --La doctora Burke se frotó las sienes, donde un incipiente dolor de cabeza había empezado a martillear. Gracias a Dios, Catherine había estado entreteniéndose en el laboratorio mucho después de que el resto del mundo se hubiera ido a dormir. Si no hubiese habido nadie allí para detenerlo, con toda probabilidad habrían tenido un montón de problemas. Por otra parte, que Catherine detuviera a un intruso tenía su contrapartida, al no ser su comprensión de los procedimientos operativos normales del mundo particularmente penetrante--. ¿No está muerto, no? Quiero decir, ¿lo comprobaste?

*Y si está vivo, ¿qué diablos vamos a hacer con él?*

--Por supuesto que lo hice. Su índice metabólico es en extremo bajo, pero está vivo --sostuvo en alto la hoja impresa--. Éste es un análisis parcial de su sangre.

--Eso es imposible --contestó con brusquedad la doctora Burke. Con un intruso capturado del que ocuparse, no tenía tiempo para errores de estudiante de posgrado.

Catherine se limitó a negar con la cabeza.

--No, no lo es.

--Nadie tiene la sangre así. Tienes que haber hecho algo mal.

--No lo he hecho.

--Entonces la muestra estaba contaminada.

--No lo estaba.

Incapaz de hacer mella en la calma certeza de Catherine, la doctora Burke le arrebató la hoja de nuevo y la examinó con furia, repasando los datos que ya había leído, mirando con mayor atención el resto.

--¿Qué es esto? No es un análisis de sangre.

--También tomé una muestra de la boca.

--¿Tu intruso tiene tromboplastina en su saliva? Eso es absurdo.

--No es mi intruso --protestó Catherine--. Y si no se fía de mis resultados, haga las pruebas usted misma. Además, si se ha dado cuenta, no es exactamente tromboplastina, aunque hay un noventa y ocho coma siete por ciento de algo parecido.

--Nadie posee esa clase de agentes coagulantes en su sa... --Diez

millones de hematíes por milímetro cúbico de sangre... tromboplastina presente en su saliva... se tranquilizó hacia el amanecer... su índice metabólico es en extremo bajo... se tranquilizó hacia el amanecer... hacia el amanecer...-- No, eso es imposible.

Con los ojos entornados, Catherine se cuadró de hombros. No podía entender cómo la doctora Burke seguía negando los resultados experimentales. La ciencia no mentía.

--Obviamente, no es imposible.

La doctora Burke no le hizo caso. Con el corazón martilleando, se volvió hacia la hilera de cajas de aislamiento.

--Creo --dijo despacio-- que más vale que eche un vistazo a tu intruso.

--No es mi intruso --murmuró de nuevo Catherine mientras seguía a la otra mujer a través del cuarto.

Apoyando las palmas sobre la curva de la caja de aislamiento del número nueve (al parecer ya no sólo la de éste), la doctora Burke se dijo que estaba dejando que la fantasía se impusiera al sentido común y a su educación. *No puede ser lo que la evidencia sugiere que es.*

*Tales criaturas existen en el mito y la leyenda. No andan paseándose en el siglo XX.* Pero si los resultados de la prueba eran correctos... *Probablemente existe una explicación científica perfectamente normal para todo esto,* se dijo con firmeza, y abrió la tapa.

--Dios mío, está más pálido que tú. No creí que fuera posible. --No había contado con que pareciese tan joven. Por mucho que Catherine lo hubiera hecho antes, presionó sus dedos contra el pulso en la base de la marfileña columna de la garganta. Pasaron treinta segundos mientras ella seguía en silencio, los ojos puestos en su reloj. Luego se humedeció los labios y dijo:

--Menos de ocho latidos por minuto.

--Yo obtuve lo mismo --asintió Catherine, complacida por ver confirmada su medida.

La doctora Burke se dispuso a comprobar sus pupilas, pero en vez de eso su mano se movió casi por voluntad propia y le retiró un labio casi carente de color.

Catherine frunció el ceño.

--¿Qué está buscando?

El corazón de la doctora batió con tanta fuerza que casi no pudo oír la pregunta.

--Colmillos --dijo en voz baja, comprendiendo que estaba comportándose como una auténtica vieja loca--. Colmillos.

Inclinándose, Catherine miró con atención la blanca hilera al descubierto.

--Aunque los caninos son algo prominentes, yo no iría tan lejos como para...

--¡Hijo de puta! ¡Están afilados!

Juntas, las dos mujeres observaron la gota de sangre rodando desde el pinchazo en el dedo de la doctora Burke. Chocó dejando una mancha carmesí contra la barrera de los dientes, se escurrió entre esculpidas hendeduras, yendo a dar al interior de la boca. Tan despacio que no habrían percibido el movimiento si no hubieran estado mirando tan fijamente, el joven tragó.

En el largo momento que siguió, la doctora Burke pasó revista a un millar de razones lógicas por las que esa criatura no podía ser lo que tenía que ser. Por fin, dijo:

--Catherine, ¿te das cuenta de lo que tenemos aquí?

--Incipiente infección percutánea. Lo mejor es esterilizar la punción.

--No, no, no. ¿Sabes lo que es?

--No, doctora --Catherine se meció sobre sus talones y hundió las manos en los bolsillos de su bata de laboratorio--. Me di cuenta de que no sabía lo que era cuando vi los resultados del análisis sanguíneo. Por eso la llamé.

--¡Se trata de un vampiro! --La voz de la doctora Burke se elevó con una excitación que no se molestó en reprimir. Se giró para mirar a Catherine, que parecía cortésmente interesada--. Dios mío, chica, ¿no te resulta asombroso? ¿Que sea un *vampiro*? ¿Y que lo tengamos?

--Supongo.

--¿Supones? --La doctora Burke se quedó mirando a la estudiante de posgrado con incredulidad-- ¿Tenemos a un vampiro que ha entrado en el laboratorio y tú *supones* que es asombroso?

Catherine se encogió de hombros.

--¡Catherine! Saca tu cabeza de tus tubos de ensayo y reflexiona sobre lo que esto significa. Hasta este momento, los vampiros eran criaturas de mitos y leyendas. ¡Ahora podemos probar que existen!

--Pensaba que los vampiros se desintegraban a la luz del día.

--¿No ha estado a la luz del día, no? --Un amplio gesto señaló hacia la pared de paredes cubiertas con planchas--. ¡La comunidad científica se volverá loca al saberlo!

--Si es un vampiro. Hasta ahora sólo podemos confirmar que tiene un grupo sanguíneo hipereficiente, agentes coagulantes en su saliva y

dientes afilados.

--¿Y eso no te dice vampiro a ti?

--Bueno, no lo demuestra. El amanecer puede haber causado la ralentización de su índice metabólico, pero no podemos probarlo en realidad --frunció el ceño--. Supongo que podíamos ponerlo junto a una ventana abierta y ver lo que ocurre.

--¡No! --La doctora Burke inspiró profundamente y se apoyó contra la caja de aislamiento del número ocho, dejando que la suave vibración de la maquinaria sosegase sus alterados nervios--. Es un vampiro. Nunca he estado más segura de cualquier otra cosa en mi vida. Has visto cómo reaccionó ante mi sangre.

--Eso fue bastante extraño.

--¿Extraño? Fue increíble. --Aguantando con su mano izquierda la cadera del vampiro (era más pesado de lo que esperaba), deslizó la derecha en el bolsillo de sus pantalones y extrajo una delgada cartera de cuero negro--. Vamos a ver, sepamos quién eres.

--¿Lleva un vampiro documentación?

--¿Por qué no? Estamos en el siglo XX. Todo el mundo lleva documentación de alguna clase. Aquí está; Henry Fitzroy. Supongo que no todos pueden llamarse Vladimir. --Los labios fruncidos y los ojos relucientes, la doctora Burke dio la vuelta a una tarjeta de crédito estampada en oro--. No dejes la cripta sin ella, como diría probablemente Donald. Hablando de Donald... --hizo una pausa y arrugó la frente--. ¿Dónde está, por cierto?

--Bueno, verá... --Catherine apoyó una mano suavemente sobre la caja de aislamiento del número ocho--. Él...

--¿Tiene esa maldita tutoría esta mañana, no? Y supongo que se había ido mucho antes de que apareciera nuestro visitante. Él se lo pierde, tendrás que informarle más tarde. Veamos, documentación del coche, seguro, permiso de conducir. Al parecer, el mito de que los vampiros no aparecen en fotografías también es falso.

--No puedo creer que tengamos vampiros en Kingston.

--No los tenemos. Es de Toronto. --Recogiendo el contenido de la cartera, la doctora Burke lo lanzó sobre una pila de ropas colgadas sobre una silla cercana--. Tendremos que hacer algo con su coche... no, no lo haremos. Simplemente desaparecerá. Se convertirá en otro trágico dato estadístico. Ya está viviendo una mentira; ¿quién va a buscarlo? --Dio palmaditas sobre el dorso de una pálida mano, acariciando ligeramente con los dedos el disperso vello pelirrojo--. De entre todos los laboratorios del mundo, tenías que tropezar con el mío.



--Pero, doctora Burke, ¿qué vamos a hacer con él?

--Estudiarlo, Catherine. Estudiarlo.

Con la cabeza echada hacia un lado, Catherine examinó a la doctora. La última vez que la había visto así de excitada había sido el día en el que el número cuatro había hecho el primer avance con la red neuronal. Sus ojos habían tenido la misma brillante mezcla de codicia y satisfacción de sí misma entonces, y ahora que pensaba en ello, a Catherine tampoco le había gustado su expresión aquel día.

--Doctora Burke, los vampiros se hallan fuera de mis parámetros experimentales.

## \_\_\_\_\_ 11 \_\_\_\_\_

Vicki levantó el rostro hacia el viento que soplaba del lago Ontario y recordó cómo aquel bloque de piedra que se adentraba en el agua había sido antes tanto refugio como inspiración. A lo largo de toda su adolescencia, siempre que la vida se volvía demasiado complicada y no podía ver con claridad su camino, venía al parque, trepaba sobre la roca y el mundo se reducía al lago y el viento. La ciudad a su espalda desaparecía y volvía a recuperar la perspectiva de la vida. Invierno o verano, buen tiempo o malo... no importaba.

El lago seguía batiendo rítmicamente contra la roca bajo sus pies, y el viento seguía recogiendo la espuma y arrojándosela, pero, incluso juntos, ya no eran lo bastante poderosos para simplificar el mundo. Tensando el brazo sobre su bolso de bandolera, suprimió el martillear de las olas y prestó atención al crujir de papel; oyó las palabras de su madre leídas de la carta con su propia voz.

*No quiero desaparecer sin más de tu vida como hizo tu padre.  
Quiero que tengamos una oportunidad de decirnos adiós.*

Se limpió el agua de las mejillas antes de volverse y descender al banco donde esperaba Celluci, más o menos pacientemente, junto al coche.

El rodeo no le había supuesto sino unas zapatillas mojadas y el conocimiento cierto de que la única forma de salir de la situación en que se encontraba era tomar el camino difícil.

*Así que nos concentraremos en hallar a mi madre.*

*La encontramos a ella, encontramos a Henry.*

*Y entonces...*

*...entonces...*

Se subió con violencia las gafas, haciendo chocar el puente de plástico con su frente, pasando por alto las gotas de agua que salpicaban los cristales... negándose a reconocer las gotas saladas en el interior de las mismas. *Concentrémonos sólo en encontrarlos.* Luego *nos preocuparemos acerca de lo que hacemos después.*

--Buenos días, señora Shaw. ¿Está la doctora Burke?

--No, querida, lo siento, pero acaba de salir.

Vicki, que había estado vigilando y aguardando hasta que vio a la doctora Burke salir de prisa de la oficina, puso cara de contrariedad.

--¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

Cambió a una expresión esperanzada.

--Necesito hablar con Donald Li sobre mi madre, y me está resultando imposible localizarlo por el campus. Me preguntaba si la doctora Burke podría proporcionarme su dirección.

La señora Shaw alzó el rostro con una sonrisa y tiró de un atestado archivo giratorio.

--No necesita molestar a la doctora Burke por eso, tengo la dirección de Donald aquí mismo.

--Esto, señora Shaw... --La joven asignada de forma temporal a la oficina lanzó una incómoda mirada de Vicki a su compañera de trabajo--. ¿Debería dársela? Quiero decir que es información privada y...

--No se preocupe por eso, señorita Grenier --la aleccionó con firmeza la señora Shaw, volviendo las fichas con dedos expertos--, es la hija de Marjory Nelson.

--Sí, pero...

Vicki se inclinó y cambió una mirada con la interina.

--Estoy seguro de que a Donald no le importará --dijo con calma.

La señorita Grenier abrió la boca, la cerró y decidió que no le pagaban lo bastante para estorbar a alguien que acababa de dejar claro sin palabras que cualquier oposición saldría del lugar sobre una camilla de ser necesario.

La señora Shaw copió la dirección en el dorso de una nota y se la entregó a Vicki.

--Aquí tiene, querida. ¿Ha habido alguna noticia de la policía

sobre el cuerpo de su madre?

--No. --Los dedos de Vicki aplastaron el pequeño cuadrado de papel rosado--. Todavía no.

--¿Me lo hará saber?

--Sí. --No se molestó en intentar una sonrisa--. Gracias por esto. --Fue muy probablemente una suerte que la puerta exterior de la oficina hubiese sido diseñada de tal forma que no podía ser cerrada de golpe.

--Primero su madre muere, y luego se encuentra con que el cuerpo ha sido robado --la señora Shaw soltó un profundo suspiro y agitó la cabeza--. La pobre muchacha estaba destrozada.

La señorita Grenier hizo un silencioso mas elocuente mohín y se inclinó de nuevo sobre su teclado. Por lo que a ella se refería, destrozada podría describir cualquier cosa que se pusiese en el camino de aquella mujer, pero difícilmente podía aplicársele el calificativo a su estado emocional.

Celluci no hizo ningún comentario mientras Vicki se deslizaba sobre el asiento del pasajero y cerraba con fuerza la puerta del coche. Aunque ella había insistido antes de subir en que podía manejar cualquier compasión manifestada por la ex compañera de trabajo de su madre, a todas luces algo le había hecho mella. Como nada de lo que pudiera decir ayudaría, simplemente arrancó el motor y se separó con cuidado del bordillo.

--Coge la siguiente a la izquierda --le ordenó Vicki de forma lacónica, tirando del cinturón de seguridad para ajustárselo y luego soltándolo de golpe--. Nos dirigimos hacia Elliot Street.

Tres manzanas después, soltó un gran suspiro y dijo:

--Hay muchas posibilidades de que sea bastante menos problemático que penetrar en los archivos de la oficina.

--Por no decir menos ilegal --hizo notar Celluci secamente.

Obtuvo su recompensa del fugaz centelleo de una sonrisa, esbozada y desvanecida tan deprisa que no la habría visto si no hubiese estado observando.

--Por no decirlo --convino Vicki.

--Catherine --la doctora Burke se volvió hacia la pared, cubriendo

el micrófono del auricular con la mano libre. No sería bueno ser escuchada--. Pensé en hacer una breve llamada entre reuniones para ver cómo están yendo esas pruebas.

--Bueno, sus leucocitos son realmente sorprendentes. Nunca he visto glóbulos blancos como éstos.

--¿Has mirado alguna de las muestras de tejido?

--Todavía no. Creí que quería que hiciera el análisis de sangre primero. He extraído otros dos frascos, así como una muestra de líquido linfático y, doctora, su plasma es tan único como el resto.

La doctora Burke hizo caso omiso del gesto de un colega. Podían empezar la maldita reunión sin ella, de todas formas.

--¿Único en qué sentido?

--Bueno, no soy inmunóloga, pero con un poco de tiempo puede que sea capaz de...

Una súbita comprensión hizo que todo cobrara un afilado relieve.

--Dios mío, podrías ser capaz de desarrollar una cura para el SIDA. --Aquello significaría más que un simple premio Nobel; una vacuna para el SIDA prácticamente la elevaría a un altar.

Catherine dudó antes de responder.

--Bueno, sí, supongo que podría ser un resultado. Estaba pensando más bien en mis bacterias y...

--Piensa a lo grande, Catherine. Mira, tengo que irme ahora. Concéntrate en las células del plasma, creo que son nuestra mejor baza. Oh, por Dios, Rob, ya voy. --Colgó el teléfono y se volvió hacia el hombre de aspecto preocupado que rondaba junto a su codo--.

¿Cuál es tu problema?

--Eh, la reunión...

--Ah, sí, la reunión. ¡Quiera Dios que no gastemos media vida en reuniones! --Prácticamente bailó mientras caminaba de vuelta a través del pasillo. *¡Tengo un vampiro y va a darme el mundo!* Una vacuna contra el SIDA sería sólo el principio.

Mientras la seguía, el doctor Rob Fortín, profesor asociado de microbiología, se encontró deseando tener una excusa para desaparecer rápidamente. Cuando Aline Burke parecía así de alegre, el culo de alguien era hierba lista para segar.

En el laboratorio, Catherine se quedó mirando el teléfono por un momento y luego sacudió la cabeza lúgubre.

--Como si no tuviera otras cosas que hacer --dijo entre dientes.

Girándose un poco, lanzó una tranquilizadora sonrisa a número nueve y número diez. Había estado arrastrándolos dentro y fuera de la única caja de aislamiento que quedaba todo el día cuando sus necesidades físicas lo habían dictado, pero no había podido en realidad dedicarles tiempo.

--No os estoy desatendiendo --dijo con la mayor seriedad--. En cuanto acabe este análisis para la doctora Burke podremos volver a las cosas importantes.

A Donald podía descuidarlo sin sentirse culpable durante otras doce horas o así, pero no era justo para los otros que todo su tiempo lo ocupase el señor Henry Fitzroy, vampiro.

Después de todo, no iba a ir a ninguna parte.

La llave apenas había entrado en la cerradura cuando la puerta del apartamento de al lado se abrió y el señor Delgado salió al vestíbulo.

--Vicki, pensé que eras tú. --Dio un paso hacia ella, las líneas en torno a sus ojos acentuándose en preocupadas estrías--. ¿La policía no ha encontrado nada?

--La policía no está exactamente buscando --le dijo Vicki de forma lacónica.

--¿No está buscando? Pero...

--El asesinato de la universidad tiene ocupados a todos sus efectivos --interrumpió Celluci--. Están haciendo lo que pueden.

El señor Delgado resopló.

--Es de esperar que diga eso, señor sargento detective --hizo un gesto hacia Vicki--. Pero ella no debería estar haciendo esto. No debería tener que ir por ahí buscando.

Los dedos de Vicki palidecieron en torno a la llave.

--Es mi responsabilidad, señor Delgado.

Él separó sus manos.

--¿Porqué?

--Porque es mi madre.

--No --negó con la cabeza--. Era tu madre. Pero tu madre ya no está. Tu madre está muerta. Encontrar su cuerpo no te la devolverá.

Celluci observó un músculo saltando en la mandíbula de Vicki y aguardó la explosión. Para su sorpresa, no se produjo.

--No lo entiende --dijo ella a través de dientes crispados, y se movió con rapidez entrando en el apartamento.

Celluci se quedó en el vestíbulo un instante más.

--Tengo razón. La he visto crecer. --El señor Delgado suspiró, la profunda, fatigada exhalación de un anciano que había visto más muertes de las que quería recordar--. Ella piensa que es culpa suya que su madre muriera, y que si puede hallar el cuerpo lo enmendará.

--¿Es eso algo tan malo?

--Sí. Porque no es culpa suya que Marjory muriera --observó el señor Delgado, volviéndose sobre sus talones y dejando a Celluci solo en el vestíbulo.

Encontró a Vicki sentada en el sofá, mirando con atención sus notas, todas las luces del apartamento encendidas aunque apenas era media tarde y el cuarto de estar distaba de estar oscuro.

--No sabe lo de Henry --dijo ella sin alzar la vista.

--Lo sé --asintió Celluci.

--Y sólo porque haya reaccionado ante el robo del cuerpo de mi madre tratando de encontrarlo de nuevo, bien, eso no significa que esté reprimiendo nada. La gente se lamenta de distintas formas. Maldición, si tú estuvieses en mi situación, estarías fuera buscando el cadáver de tu madre.

--Seguro.

--Mi madre está muerta, Mike. Lo sé.

*Así que sigue cutiéndolo.* Pero cerró los dientes sobre las palabras.

--Y mi madre no es ya la puta cuestión. Tenemos que dar con Henry antes de que lo conviertan en... ¡Jesús! --Se quitó de un tirón las gafas y se frotó los ojos--. ¿Crees que Donald Li ha tratado de escaparse? --preguntó, forzando de alguna manera la pregunta para que no sonase diferente de como lo había hecho en otro centenar de ocasiones al buscar a otros cien hombres jóvenes.

--Creo que si un estudiante de la universidad pasa la noche lejos de casa suele querer decir que ha sido afortunado. --Celluci la contempló con atención pero igualó su tono al de ella.

--Por otra parte, si era Tom Chen, puede que esté enterado de que estamos buscándolo y se haya escondido. Tal vez deberíamos poner bajo vigilancia su apartamento.

--La vieja señora del primer piso prometió que llamaría en cuanto llegara a casa. Imagino que no lo echa mucho de menos.

--Y yo imagino que no echa de menos nada. --Volviendo a

colocarse las gafas, Vicki miró ceñuda la pila de papeles sobre la mesita de café y luego se puso de pie de un salto—. Mike, no puedo quedarme sentada aquí sin más. Voy a volver a la universidad. Voy a seguir husmeando. Puede que encuentre algo.

--¿Qué?

--¡No lo sé! --Cargó hacia la puerta y él no tuvo otra elección que quitarse de su camino o ser atropellado.

--¿Vicki? Antes de que te vayas, ¿puedo preguntarte algo?

Ella se detuvo sin volverse.

--¿Realmente piensas que eres responsable de la muerte de tu madre?

Pudo leer la respuesta en las líneas de su espalda, la súbita tensión claramente visible incluso a través de la camisa, el jersey y la cazadora.

--Vicki, no fue culpa tuya cuando tu padre se fue, y eso no hizo de la vida de tu madre responsabilidad tuya.

Casi no reconoció la voz de ella al responder.

--Cuando amas a alguien, se convierte en tu responsabilidad.

--¡Dios, Vicki! Las personas no son como perritos o gatitos. Se supone que el amor no consiste en esa clase de carga. --La agarró por el hombro y la hizo girarse. Deseó no haberlo hecho cuando vio el aspecto de su rostro. Fue casi peor cuando aquella expresión se suavizó, dejando paso a una que no decía nada en absoluto.

--Si has acabado de una vez, doctor Freud, puedes quitarme de encima tus malditas manos. --Una sacudida de su tronco, un paso atrás, y se liberó—. Ahora, ¿vas a ayudar o vas a sentarte sin hacer nada aquí todo el día con tu psicoanálisis de mierda?

Se dio la vuelta con rapidez, abrió de golpe la puerta y salió pisando con fuerza al vestíbulo antes de que él tuviera tiempo para contestar.

*Bien, señor Delgado. Celluci se pasó ambas manos por el pelo y trató por todos los medios de no moler las coronas de sus dientes. Cuando tiene razón, la tiene de verdad. Sin embargo, ella me ha pedido ayuda. Otra vez. Supongo que puede considerarse un progreso. Cerrando con llave el apartamento detrás de él, se apresuró a ponerse a su altura. Eso sí, me sentiría mejor al respecto si no resultara tan evidente que ahora se siente responsable por el puto señor Henry Fitzroy.*

La doctora Burke se dio por enterada del saludo de la señora Shaw, pero siguió dentro de su despacho sin detenerse. No podía decidir qué odiaba más, a la burocracia misma o a los siervos que le rendían culto. *¿Por qué, se preguntaba, tiene que ser tan difícil terminar un trimestre? Simplemente enviar a los estudiantes a casa y limpiar las pizarras.*

Lo último que necesitaba, después de no una, sino tres reuniones en las que había intentado denodadamente imponer la lógica sobre reglas y reglamentaciones, era ver a la hija de Marjory Nelson deambulando por los pasillos del edificio de Ciencias de la Vida, mirando por las ventanas al interior de los laboratorios y las aulas, y en términos generales, convirtiéndose en un estorbo. Al observar el avance de la joven desde el anonimato de un sombreado escondrijo, casi había llamado a seguridad para que la escoltasen fuera. La presencia del oficial de policía de Toronto (a quien había sido presentada brevemente en el truncado funeral) la hizo cambiar de opinión. Las acciones arbitrarias eran justo la clase de cosa que tendía a volver suspicaz a la policía.

Además, las posibilidades de que Vicki Nelson diese con el laboratorio, y con el cuerpo de su madre, eran mínimas. En primer lugar, tendría que encontrar el pasaje de acceso al edificio viejo. Luego, tendría que cruzar a través de la conejera de pasillos que atravesaban y volvían a atravesar la estructura de cien años de antigüedad (pasillos que en alguna ocasión, en el pasado, habían derrotado a estudiantes de primer curso armados con mapas) para hallar el único cuarto en uso.

No, Vicki Nelson no tenía ninguna posibilidad de dar con el cadáver de su madre, pero eso no significaba que a la doctora Burke le gustase verla merodeando.

*¿Por qué demonios no se limita a irse a casa? Se dejó caer en su silla y extendió el montón de mensajes sobre su escritorio. Sin su intromisión, la policía habría archivado aquello antes de empezar siquiera.*

Ojalá no se hubiera abierto el ataúd; nadie se habría dado cuenta.

Ojalá Donald no hubiese dejado que Marjory Nelson saliese andando del laboratorio hasta su casa.

Ojalá la aparición de la madre reanimada no hubiera convencido a la hija de que la respuesta se hallaba en la universidad.

Vicki Nelson era una mujer inteligente; incluso teniendo en cuenta



su dolor por lo de su madre, los hechos hablaban por sí mismos. A la larga, en su búsqueda de su madre, tropezaría con algo que pondría en peligro la posición de la doctora Burke, que no tenía la menor intención de permitir que aquello ocurriera.

Poco a poco, la Directora de Ciencias de la Vida sonrió. La increíble circunstancia que había puesto a un vampiro en sus manos también le había proporcionado una sencilla respuesta al problema.

--Si la señorita Nelson quiere encontrar a su madre tan desesperadamente --murmuró, marcando el número del laboratorio--, tal vez debería conseguirlo.

Catherine contestó al teléfono al tercer tono con un conciso:

--¿Qué pasa, doctora? Estoy ocupada.

--¿Cómo van las pruebas?

--Bien, quiere que haga bastantes y...

--¿No está ayudando Donald?

--No, él...

--¿Ha aparecido siquiera hoy?

--Bueno, no, él...

--No quiero escuchar sus excusas, Catherine, me encargaré de él yo misma más tarde. --Aquella no era la primera vez que Donald se había tomado unas vacaciones no programadas, pero era el momento de que cortase aquello de raíz--. ¿Has encontrado algo esta tarde que pudiera impedirnos desarrollar una vacuna para el SIDA?

--Bueno, en realidad, he observado que ciertos leucocitos no fagocitarios poseen un cierto número de funciones especializadas en un nivel celular que podrían, tal vez, ser desarrolladas a tal fin. --Hizo una pausa por un momento, luego continuó--. Tendríamos que sangrar prácticamente por completo al señor Fitzroy para obtener un suero, no obstante, y su presión sanguínea es ya terriblemente baja. Sigo teniendo que tomar nuevas muestras, porque incluso una mínima cantidad de luz ultravioleta destruye la estructura celular.

--Por Dios, Catherine, no dejes que nada de luz ultravioleta caiga sobre él. Siempre podemos reponer su sangre... --La idea vino acompañada de una interesante respuesta visceral que quizá podría ser tenida en cuenta después, cuando tuvieran más tiempo--. Pero si pierde la integridad celular, incluso tus bacterias serán incapaces de reconstruirlo.

--Soy consciente de ello, doctora. Estoy siendo muy cuidadosa.

--Bien. Ahora, puesto que el señor Fitzroy cayó de forma tan fortuita en nuestras manos, he modificado nuestros planes un tanto.

He aquí lo que vamos a hacer: haz un último análisis a los números nueve y diez --no servía de nada desperdiciar datos que podrían ser útiles más tarde--, luego acaba con ellos, quítales todo el instrumental, realiza las biopsias habituales y llévalos a los dos al depósito de la facultad. Rellenaremos el papeleo normal para el número nueve, pero seguro que alguien reconocerá a Marjory Nelson. Me ocuparé de que nadie pueda relacionarla con nosotros; todo el mundo afirmará que no sabe nada, la sorpresa durará unos días y luego podremos continuar sin peligro de ser descubiertos.

Pudo oír su respiración, así que supo que Catherine seguía del otro lado, pero pasaron unos instantes y no hubo respuesta.

--¿Catherine?

--¿Acabar con número nueve y diez?

--Eso es. Ya no los necesitamos. --Sintió una triunfante sonrisa extenderse a través de su rostro y no hizo ningún esfuerzo para detenerla--. Hemos capturado una criatura que por sí sola puede abrirnos la puerta del Nobel.

Catherine hizo caso omiso del tono exultante.

--¡Pero eso los matará!

--No seas ridícula, ya están muertos.

--Pero, doctora Burke...

La doctora Burke suspiró y se subió las gafas sobre la frente para poder frotarse las sienes.

--No hay peros, Catherine. Están convirtiéndose en un estorbo. Lo pasé por alto gustosa cuando eran nuestra mejor baza para el éxito, pero con el señor Fitzroy bajo nuestro control tenemos un potencial ilimitado para hacer historia en la ciencia. --Suavizó su voz. Una vez más Catherine tenía que ser manipulada hacia el camino más productivo--. Si puedes incorporar los elementos de la sangre de Henry Fitzroy a tu bacteria, eso hará que todo lo que hemos hecho hasta ahora esté de más. Estamos avanzando a un nuevo nivel de descubrimiento científico.

--Sí, pero...

--La ciencia se mueve hacia delante, Catherine. No puedes dejarte atrapar por el pasado. Una oportunidad como ésta no aparece todos los días. --*En aquel momento, aquello era una pobre descripción*, se dijo, mientras la sonrisa triunfante retornaba--. Inicia la terminación. Bajaré tan pronto como pueda. La puesta de sol es a las siete y cuarenta y siete, asegúrate de que el señor Fitzroy está herméticamente cerrado más de media hora antes de entonces.

--Sí, doctora Burke --musitó Catherine al teléfono con voz entumecida, y colgó.

Agitando la cabeza, la doctora Burke volvió a dejar el auricular en su sitio. En unos días Catherine estaría tan inmersa en nuevos descubrimientos que olvidaría que los números nueve y diez existían, salvo como compendios de datos experimentales. *Lo cual, por supuesto, se recordó con aspereza, es todo lo que son.*

Catherine se quedó mirando fijamente al teléfono por un momento, repasando una y otra vez las palabras de la doctora Burke en su cabeza. La ciencia tenía que seguir hacia delante. No podía permanecer atascada en el pasado.

La ciencia tenía que seguir adelante.

Ella lo creía de verdad.

*La búsqueda del conocimiento, en y por sí misma, es de primordial importancia.* Aquéllas eran sus propias palabras, manifestadas a la doctora durante su búsqueda de fondos y espacio de laboratorio necesario para desarrollar sus bacterias hasta su pleno potencial. La doctora Burke había estado de acuerdo y habían emprendido la búsqueda juntas.

*Acaba con los números nueve y diez.*

No podía hacerlo.

La doctora Burke estaba equivocada. Estaban vivos.

No lo haría.

Inspirando profundamente y alisando la parte de delante de su bata de laboratorio, se volvió. Sentados donde los había dejado contra la pared más alejada, ambos la observaban; casi como si lo supiesen. Confiaban en ella. No iba a decepcionarlos.

Por desgracia, meterlos en la trasera de su camioneta y desaparecer en el alba no era una opción. A fin de mantenerlos operativos, necesitaba el laboratorio. Debía, por lo tanto, hacer que la doctora Burke cambiara de opinión.

*...con el señor Fitzroy bajo nuestro control tenemos un potencial ilimitado para hacer historia en la ciencia.*

¿Y si el señor Fitzroy ya no estuviese bajo su control?

Con el ceño fruncido mientras reflexionaba, Catherine cruzó el cuarto hasta la caja de aislamiento que había contenido al inactivo vampiro. En esencia, no estaba funcionando mas que como una

unidad de contención sin ninguna de sus funciones especializadas en funcionamiento. Ni siquiera estaba conectada. En teoría, era móvil. En la práctica, su peso la convertía en algo difícil de mover.

Catherine puso ambas manos contra un extremo y empujó tan fuerte como pudo. Nada. Apuntalando los pies contra el muro, volvió a empujar, esforzándose hasta que su visión se volvió roja.

La caja de aislamiento avanzó quince centímetros y se detuvo al mismo tiempo que ella.

Habían sido precisos los tres, Donald, la doctora Burke y ella para llevar dentro las cajas vacías. Catherine bajó la cabeza sobre sus doblados brazos, empañando con el aliento el frío metal, y reconoció que no podía sacarla fuera, no por sí sola.

Número nueve se levantó y anduvo con cuidado hacia delante, apoyándose en una ocasión sobre el respaldo de una silla cuando su pierna izquierda casi se venció bajo él. No tenía forma de saber que, en el interior de la rodilla, tendones y ligamentos estaban rindiéndose por fin a la putrefacción.

Vio que ella estaba triste.

Eso bastaba.

Se detuvo a su lado y le puso la mano sobre el hombro.

Catherine se volvió al sentir el contacto y alzó la vista.

--Si ocultamos al vampiro --dijo--, tendremos tiempo para convencer a la doctora Burke de que se equivoca.

Había muchas palabras que número nueve no entendía, así que simplemente colocó sus palmas donde habían estado las de ella, y empujó.

La caja de aislamiento resonó al desplazarse hacía delante.

--Para.

Número nueve dejó de empujar. La caja se movió algunos centímetros más, luego se detuvo rechinando bajo su propio peso.

--¡Sí! ¡Podemos hacerlo juntos! --Catherine pasó sus brazos alrededor de número nueve en un impulsivo abrazo, pasando por alto la forma en que el tejido se hundió bajo su contacto, así como el olor que había comenzado a brotar.

Número nueve luchó por reconocer lo que sentía.

Era...

Era...

Entonces los brazos de ella se fueron y lo perdió.

Dando un paso atrás, Catherine echó un vistazo alrededor del laboratorio.

--Podemos esconder al vampiro y la otra caja de aislamiento también. De esa forma, la doctora Burke no será capaz de mantenerte como rehén a cambio de él. La máquina de diálisis es portátil y un gota a gota intravenoso puede reemplazar a la bomba de nutrientes por unos días. Nos llevaremos uno de los ordenadores con nosotros, sólo por si la doctora Burke tardara demasiado en entrar en razón. No deberías sufrir una falta de entrada de datos sólo porque ella está siendo testaruda.

Entonces se detuvo.

--Oh, no. Donald. --Tendiendo una mano, golpeó la caja que encerraba el cuerpo del otro estudiante de posgrado--. No puedo desenchufarte, Donald, es demasiado pronto. Lo siento, pero tendremos que dejarte aquí. --Soltó un profundo suspiro--. Sólo espero que la doctora Burke te permita finalizar el proceso de desarrollo. No está pensando en la dirección adecuada, Donald. He tenido, de un tiempo a esta parte, la sensación de que todo lo que quiere es fama y dinero, de que no se preocupa por los experimentos. Yo me preocupo. Sé que lo entenderás.

Consultando su reloj, volvió a cruzar deprisa el cuarto hasta el terminal de ordenador, copió el trabajo del día en un disco y luego lo borró de la memoria principal.

--Sólo por si acaso --murmuró, deslizando la copia en el bolsillo de

su bata de laboratorio--. No puedo dejarle ninguna salida.

De vuelta a donde número nueve la aguardaba pacientemente, cogió la guerrera del vampiro y la camisa que le había tenido que quitar también. No tenía tiempo para vestirlo otra vez, pero las extendió pulcramente sobre el cuerpo antes de cerrar la tapa y asegurarla.

--Esto va a ocuparnos a todos. Número diez, ven aquí.

Liberada de la obligación de detenerse, ella se puso de pie. "Ven aquí" no era una orden implantada, así que, aunque sabía lo que significaba, se movió hacia la puerta.

Había algo que tenía que hacer.

--Para --Catherine sacudió la cabeza y rodeó a número diez hasta que pudo mirarla a la cara--. ¿Algo te preocupa, no? Ojalá pudieras decirme lo que es, tal vez podría ayudar. Pero no puedes, y ahora mismo todos tenemos problemas.

Asiéndola por una de las muñecas verde grisáceas, Catherine condujo al cuerpo de Marjory Nelson hasta dejarlo junto a la cabecera de la caja, cerró los dedos de negras yemas en torno de una agarradera de metal y dijo:

--Coge.

Los dedos se tensaron.

Con número nueve empujando y número diez obedeciendo órdenes rápidas para empujar o tirar, el masivo aparato, y el cuerpo que contenía, atravesaron con estrépito el laboratorio saliendo al pasillo.

*...pudieras decirme lo que es...*

*...pudieras decirme...*

Recordó *hablar*.

*Si los vampiros existen...* la doctora Burke garabateó un interrogante en el borde de una solicitud de fondos para investigación

en verano que había sido entregada justo en el último minuto... y a *todas luces así es, entonces piensa en qué más podría haber ahí fuera. Demonios. Hombres lobo. La Criatura de la Laguna Negra.* Aunque sus mejillas comenzaban a dolerle, no pudo evitar una amplia sonrisa. No había podido evitarla toda la tarde. *La sangre de Henry Fitzroy me permitirá conseguir todas las distinciones que posee la comunidad científica en una bandeja de plata. De hecho, tendrán que crear nuevos premios, sólo para mí.*

Tendrían que tomar precauciones, claro está. Al vampiro legendario se le atribuía cierto número de habilidades que podían suponer una amenaza. Aunque muchas de ellas podían pasarse por alto sin más (como no había sido capaz de salir de la caja de aislamiento antes del amanecer, el auténtico vampiro parecía incapaz de convertirse en niebla), era muy fuerte; las abolladuras que había añadido a las producidas por el número nueve en el interior de la tapa daban fe de ello. *Así que puede que sea lo mejor que pase las noches encerrado con llave en esa caja.*

Tendría que ser alimentado, por supuesto, aunque sólo fuera para reemplazar los fluidos que Catherine extraía durante el día. Por fortuna, había un cierto número de pequeños tubos disponibles por los que podía hacerse pasar sangre.

*Y en cuanto al don de la vida eterna...* La doctora Burke tamborileó las yemas de los dedos sobre el escritorio. La documentación de Henry Fitzroy parecía indicar que vivía una vida razonablemente normal, incluso considerando que el día le estaba sin duda negado, y nada sino la leyenda señalaba que había vivido más allá de los veinticuatro años que le concedía su carné de conducir. Tendría que discutir sus antecedentes con él más tarde... aunque no es que importara mucho. *¿De qué servía vivir para siempre si ese para siempre debía vivirse escondido? Acechando en la oscuridad. Indefenso de día. Creo que no es para mí.*

Después de años siendo anónimamente responsable de mantener la infraestructura de la ciencia en marcha, quería reconocimiento. Había pasado el tiempo suficiente oculta de la vista, luchando contra la burocracia mientras otros recogían la gloria.

El tiempo de una vida, debidamente valorada, sería lo bastante largo. Conquistar la muerte siempre había sido meramente un medio para llegar a un fin, y tenía la misma intención de convertirse en una criatura de la noche sedienta de sangre que de permitir que su cuerpo fuese usado para crear una de esas reptantes monstruosidades que

había ordenado a Catherine destruir.

*Aunque tal vez, cuando Catherine haya resuelto todos los fallos...*

Resistiendo la tentación de comenzar a redactar su discurso de aceptación para Estocolmo, la doctora Burke se obligó a concentrarse en la petición de subvención. Cuando terminase con este último pedazo de inevitable papeleo, se encontraría libre para pasar algunas horas en el laboratorio. En realidad, estaba esperando ansiosa la ineludible conversación con su vampiro preso.

Media hora después, un vacilante golpe en la puerta de la oficina desvió su atención de un balance presupuestado que demostraba que al menos uno de los profesores del departamento había asistido a un curso sobre Economía... sin prestar demasiada atención.

--Adelante.

La señora Shaw inclinó el cuerpo hacia el interior del cuarto.

--Sólo quería que supiera que me voy ya, doctora.

--¿Tan tarde es?

La anciana sonrió.

--Aún más tarde. Pero la señorita Grenier y yo hemos terminado con bastante del trabajo atrasado.

La doctora Burke asintió con aprobación.

--Bien. Gracias por todo su duro trabajo. --El reconocimiento era el mejor motivador con independencia de dónde se aplicara--. Habrá otra pila ahí fuera mañana --añadió, señalando el montón de carpetas en la esquina de su escritorio.

--Puede contar conmigo, doctora. Buenas noches. Ah --la puerta, antes de cerrarse del todo, se abrió de nuevo y la señora Shaw volvió a aparecer--: la hija de Marjory estuvo por aquí esta mañana. Quería la dirección de Donald Li. Espero que no le importe.

--Ya es un poco tarde de ser así, ¿no? --De alguna forma, consiguió hacer que la pregunta sonase casual--. ¿Le dijo la señorita Nelson por qué quería la dirección de Donald?

--Quería hablar con él sobre su madre. --La señora Shaw empezó a mostrarse preocupada por la expresión del rostro de su jefa--. Sé que va contra las normas, pero es la hija de Marjory.

--Era la hija de Marjory --le hizo ver la doctora Burke secamente--. No importa, señora Shaw. --Era inútil seguir enojada tanto tiempo después de ello--. Si Donald no quiere hablar con ella, estoy segura de que puede preocuparse de sí mismo.

--Gracias, doctora. Buenas noches.

La doctora Burke esperó un momento, para estar segura de que



esta vez la puerta seguiría cerrada; luego tiró del teléfono del otro lado del escritorio y marcó el número de Donald. Tras cuatro tonos, su contestador se encendió con un toque de trompeta y un mensaje que decía que "...las fotos dedicadas están disponibles a veinte dólares mas un sobre franqueado con nombre y dirección. Para dedicatorias personales, añada cinco dólares. Quienes realmente deseen conversar con el señor Li pueden dejar un mensaje después de la señal y éste les llamará en el momento en que disponga de una pausa en su muy, muy ocupada agenda".

--Soy la doctora Burke. Si estás ahí, Donald, coge el teléfono.

Al parecer, no estaba ahí. Después de dejarle órdenes de que la llamara cuanto antes, colgó y empujó el teléfono.

--Puede que haya pasado el día evitando a esa mujer. Al menos no la llevó hasta el laboratorio.

El laboratorio...

Un recuerdo royó el filo del pensamiento consciente. Algo que ver con el laboratorio. Se reclinó contra la silla y frunció el entrecejo hacia las tejas del techo. Algo no del todo correcto, de lo que el increíble descubrimiento del vampiro la había distraído. Algo tan normal...

*...se apoyó contra la caja del número ocho, dejando que la suave vibración de la maquinaria sosegase sus alterados nervios.*

El número ocho ya no existía. El vampiro estaba en la caja del número nueve, pero los números nueve y diez se encontraban sentados pasivamente contra la pared.

¿Quién había en la caja del número ocho?

Entonces afloró un segundo recuerdo.

*Recogiendo el contenido de la cartera, lo lanzó sobre una pila de ropas colgadas sobre una silla cercana.*

De repente le resultó muy difícil respirar.

--Oh, Dios, no...

Pudieron oír el teléfono sonando desde el vestíbulo. Como podía esperarse en tales circunstancias, la llave se atascó.

Cuatro tonos. Cinco.

--¡Maldición! --De humor no precisamente risueño, Vicki retrocedió y golpeó con la planta del pie contra la puerta justo debajo de la cerradura. Toda la estructura se estremeció bajo el impacto. Cuando agarró la llave de nuevo, ésta giró.

--Nada como el método Luke Skywalker --murmuró Celluci, corriendo a por el teléfono.

Nueve tonos. Diez.

--¿Sí? ¿Hola?

--Muy oportuno, Mike. Estaba justo a punto de colgar.

Celluci dijo "Dave Graham" a Vicki, se puso el auricular entre la oreja y el hombro y preparó un lápiz.

--¿Qué tienes para mí?

--Tuve que pedir un par de favores (me la debes, compañero), pero el instituto Humber por fin me contestó. Tu chico fue recomendado al curso por un tal doctor Dabir Rashid, de la facultad de Medicina de la Queen's University. Y como extra, me informaron gratis de que éste pidió que el joven señor Chen cumpliera sus cuatro semanas de observación en Hutchinson's.

--¿No menciona a una tal doctora Aline Burke?

--Ni una palabra. ¿Cómo está Vicki?

Buena pregunta.

--Que me cuelguen si lo sé.

--¿De aquella manera, eh? Recuerda que la muerte afecta a distintas personas de distintas formas. Recuerdo cuando mi tío murió, mi tía parecía casi aliviada, manejó el funeral como si fuera una reunión familiar. Dos semanas después, plum. Se desmoronó por completo. Y el primo de mi esposa, él...

--Dave.

--¿Sí?

--En otro momento.

--Ah. De acuerdo. Escucha, Cantree dice que te tomes todo el tiempo que necesites para esto. Dice que nos las arreglaremos para salir del paso de alguna forma sin ti.

--Muy amable de su parte.

--Es un santo. Hazme saber cuando termine todo.

--Está hecho, amigo. --Se volvió al colgar el teléfono para encontrarse con Vicki mirándole con furia--. Nuestro Tom Chen obtuvo su recomendación de un tal doctor Dabir Rashid, de la facultad de Medicina de la Queen's University. Supongo que no será un alias de la doctora Burke.

--No. Me reuní con el doctor Rashid brevemente ayer --Vicki atravesó el cuarto pisando con fuerza y se lanzó sobre el sofá--. Es un año más viejo que Dios y no está seguro de si va o viene. Supongo que tiene un puesto vitalicio.

Celluci apoyó una cadera sobre la mesa del teléfono y se encogió de hombros.

--Fácil de confundir, entonces, si uno quiere que le haga un favor que no se sepa.

--Exactamente --Vicki escupió la palabra--. Lo más probable es que pensara que estaba recomendando al Tom Chen que estudia de verdad Medicina --se subió las gafas--. Por lo que vi, aunque alguna vez llegue a recordar haberlo hecho, nunca recordará quién le pidió que lo hiciera.

--Entonces tendremos que estimular su memoria.

Vicki resopló.

--La conmoción probablemente lo mataría.

--Nunca se sabe. La recomendación incluía una petición para que Chen pasase sus cuatro semanas de observación en Hutchinson's... cuantos más detalles, más posibilidades hay de que uno de ellos sea útil.

--Sí. Tal vez. --Agarrando un cojín bordado en verde, lo lanzó contra la pared más alejada--. Mierda, Mike; ¿por qué nunca es sencillo?

Otra buena pregunta.

--No lo sé, Vicki, quizá...

Su voz se apagó mientras observaba cómo el color desaparecía de repente del rostro de ella.

--¿Vicki? ¿Qué pasa?

--Es un período de observación de cuatro semanas --sus manos temblaban con tanta violencia que no podía entrelazar los dedos, así que las cerró en forma de puños y presionó éstos con fuerza contra sus muslos--. A mi madre le dieron seis meses de vida. --Tuvo que obligar a las palabras a salir a través de una contraída garganta--. No podían seguir manteniendo gente en esa funeraria. --¿Por qué no lo había visto antes?--. Mi madre tenía que morir durante esas cuatro semanas. --Volvió la cabeza y miró directamente a los ojos a Celluci--. ¿Sabes lo que eso significa?

Lo sabía.

--Mi madre fue asesinada, Mike. --Su voz se tornó helado acero--. ¿Y quién estaba con mi madre segundos antes de que muriese?

Éste tendió la mano detrás de él y buscó raudo el teléfono.

--Creo que tenemos algo que el detective Fergusson escuchará ahora...

--No --Vicki se puso despacio en pie, con movimientos

espasmódicos apenas bajo control--. Primero, tenemos que rescatar a Henry. Una vez esté a salvo, ella es historia. Pero no hasta entonces. No iba a fallarle a Henry igual que le había fallado a su madre.

## \_\_\_\_\_ 12 \_\_\_\_\_

Cuando el día renunció a su poder para contenerlo, Henry luchó con el pánico que acompañó a la consciencia; el ataúd de acero todavía lo encerraba, envolviéndolo en el hedor de la muerte corrompida y en el acre olor de su propio terror. No pudo evitar los dos primeros golpes que cayeron sobre la impenetrable bóveda de metal acolchado, pero logró detener el tercero y el cuarto. La plena consciencia vino acompañada de un mayor control. Recordaba los inútiles forcejeos de la noche anterior y sabía que el simple poder físico no sería bastante para liberarlo.

Su cabeza daba vueltas con imágenes: el joven, estrangulado, recién muerto, el hombre mayor, largo tiempo muerto, no muerto, no vivo; la mujer joven, cabello pálido, piel pálida, ojos vacíos. Tragó, saboreó el resto de sangre, y casi enloqueció cuando el Hambre surgió.

Era demasiado fuerte para hacerlo retroceder. Henry apenas consiguió mantener la frontera entre el Hambre y el yo.

Se había alimentado la noche pasada. El Hambre debería estar bajo su mando. Entonces se dio cuenta de que sus esfuerzos habían enredado sus brazos en los gruesos pliegues de su guerrera de cuero. Alguien se la había quitado junto con su camisa, y no se había molestado en reemplazarlas. Desnudo hasta la cintura, descubrió las marcas de una docena de agujas.

*Y deseo estar atado a una mesa por el resto de mi vida tanto como que me corten la cabeza y me llenen la boca de ajo.*

Había hecho aquella observación, algo guasonamente, justo hacía un año. Parecía mucho menos cómica ahora. En el transcurso del día alguien obviamente había estado llevando a cabo experimentos. Estaba indefenso durante el olvido del día. Estaba preso de noche.

El pánico se impuso y una marea carmesí de Hambre rugió libre con él.

La conciencia retornó una segunda vez aquella noche, trayendo dolor y un agotamiento tan completo que apenas podía estirar sus retorcidos miembros. Su cuerpo, debilitado por la pérdida de sangre, había puesto evidentemente un límite a la histeria.

*No puedo decir... que lo culpe.* Incluso pensar dolía. Chillar le había puesto la garganta en carne viva. Las magulladuras, que llegaban hasta el hueso de rodillas y codos, protestaban a cada movimiento. Dos de los dedos de su mano izquierda estaban rotos y la piel de los nudillos hendida. Con lo que parecía ser el último resto de su fuerza, redujo las fracturas y luego se quedó tendido jadeando, intentando no percibir la abominación en el aire.

*Me han quitado tanta sangre que tengo que dar por sentado que saben lo que soy.*

El Hambre llenó su prisión con palpitante ansia carmesí, contenida de momento por su debilidad. Con el tiempo, la debilidad sería devorada y el Hambre mandarían.

En todos sus diecisiete años, Henry nunca había estado en una oscuridad tan completa y, pese al recordado consuelo de Cristina, comenzó a entrar en pánico. El pánico creció cuando trató de levantar la tapa de la cripta y se encontró con que no podía moverla. No era piedra lo que había sobre él, sino tosca madera encerrándolo tan estrechamente que el subir y bajar de su pecho rozaba contra las tablas.

No tenía la menor idea de cuánto tiempo yació, paralizado por el terror, la frenética ansia dando zarpazos en sus tripas, pero su cordura colgaba de un...

--No. --No podía conseguir más que una susurrada protesta, insuficiente para desterrar el recuerdo. El terror de aquel primer despertar, atrapado en una fosa común, casi destruido por el Hambre, tendería una garra para reclamarlo si se lo permitía--. Recuerda el resto, si es que has de recordar.

...oyó la hoja de una pala clavarse en la tierra sobre él, el ruido cien mil veces más fuerte de lo que era posible.

--¡Henry!

El Hambre brotó hacia la voz, arrastrándolo con él.

--¡Henry!

Su nombre. Era su nombre el que ella clamaba. Se aferró a él como a un salvavidas, en el circundante caos del Hambre.

--¡Henry, contéstame!

Aunque el Hambre intentó ahogarlo, profirió una sola palabra.

--Cristina.

Entonces, con las uñas chillando su protesta, la tapa del ataúd voló hacia atrás. Manos pálidas, fuertes, amables, lo sujetaron en su frenesí. El tosco paño casero fue desgarrado de la piel de alabastro y una herida en el pecho volvió a abrirse de forma que pudo sentir de nuevo en la sangre lo que lo había cambiado, a salvo detrás de un sedoso telón de cabello ébano.

No podía liberarse solo.

Hace cuatrocientos cincuenta años, el amor de una mujer lo había salvado.

No podía rendirse a la desesperación.

Pero a Cristina le había costado tres días...

*Vicki, ven rápido. Por favor. No puedo sobrevivir a eso de nuevo.*

Los pasillos siempre habían estado vacíos cuando ella los recorría, vacíos, reverberantes, y débilmente iluminados. *Y no son diferentes esta noche*, se dijo Aline Burke con firmeza, plantando de forma resuelta un pie delante del otro. *Siguen vacíos. Soy la única que hace ruido. Las sombras son simplemente ausencias de luz.*

Pero había corrientes de aire donde nunca las había sentido antes, y todo el edificio rezumaba un aura de muerte expectante.

*Lo cual no sólo es demasiado melodramático, es absurdo.* Se secó las palmas húmedas contra los pantalones y mantuvo los ojos fijos en la siguiente zona iluminada. No se abandonaría al miedo; nunca lo había hecho y no iba a empezar ahora.

¿Quién estaba en la caja de aislamiento del número ocho?

Podía haber un buen número de muy buenas razones por las que Donald no había aparecido en todo el día; la investigación de Vicki Nelson era sólo la más obvia. Donald, encantador, brillante e indisciplinado, nunca había tenido el menor problema para encontrar razones para tomarse un día libre.

¿Quién estaba en la caja de aislamiento del número ocho?

El recuerdo siguió reproduciendo la caída de la cartera de Henry Fitzroy sobre el montón de ropas.

¿Quién estaba en la caja de aislamiento del número ocho?

Sólo había una forma de averiguarlo.

Rodeando una esquina, pudo ver el contorno de la puerta del laboratorio. Ninguna luz salía de él, pero se habían tomado un montón de molestias para asegurarse de que fuese así.

*Probablemente están los dos ahí dentro. Discutiendo sobre algo trivial. O él está observándola trabajar, dejando que esos malditos envoltorios de caramelo caigan sobre mi suelo.*

Puso la mano sobre el pomo de metal, sintiendo el acero inoxidable frío bajo los dedos. Acero inoxidable. Como las cajas de aislamiento.

Su corazón comenzó a palpar. El metal se calentó bajo su agarre. Pasaron quince segundos. Veinte. Cuarenta y cinco. Un minuto entero. No podía girar el pomo. Era como si la conexión entre cerebro y mano hubiese sido cercenada. Sabía que tenía que hacerlo, pero su cuerpo se negaba a responder.

Con los labios comprimidos en una delgada línea, sacudió el brazo, retirándolo hasta su costado. Esa clase de traición no podía permitirse. Tomó aliento para serenarse, espiró y entonces, en un movimiento continuo, agarró el pomo, lo giró, abrió la puerta de un empujón y entró en el cuarto.

Las luces estaban apagadas. Podía ver cierto número de indicadores de energía rojos y verdes en el extremo más alejado de la habitación, pero nada más. Tendiendo su brazo izquierdo, tanteó a lo largo de la pared, el sonido de su respiración avanzando para unirse al zumbido del equipo en marcha. Los interruptores de la luz estaban justo a la derecha de la puerta. Volverse de espaldas era imposible.

Sus dedos tocaron un revestimiento de acero, retrocedieron, luego siguieron adelante hasta que por fin se engancharon detrás de un trozo de plástico saliente.

Un latido más tarde, la doctora Burke parpadeó ante el súbito resplandor blanco azulado de los fluorescentes.

En el extremo más alejado del cuarto, la caja de aislamiento del número ocho (ya no la del número ocho) zumbaba en descuidada soledad. Las otras dos cajas habían desaparecido, y con ellas la máquina de diálisis portátil y uno de los ordenadores. Un rápido examen le reveló que otros componentes menores del equipamiento faltaban asimismo, y el temor se tornó cólera cuando la doctora Burke recorrió el largo de la habitación hasta el ordenador restante.

--¡Esa pequeña puta rencorosa!

El mensaje en la pantalla era sucinto e iba al grano.

*He escondido al señor Fitzroy. Puede tenerlo de vuelta cuando esté de acuerdo con que número nueve y diez puedan continuar hasta su terminación natural. Tengo la única copia de los datos de hoy. Estaré en contacto.*

*Catherine.*

Obviamente, no sólo había escondido al vampiro, sino también a los números nueve y diez.

--¡Maldita sea! Debe haberse puesto a hacerlo en el mismo segundo en que colgué el teléfono. --¡Eso lo arruinaría todo! Si Catherine no podía ser convencida, y rápido, todo el plan estaría tan muerto como...

...tan muerto como...

Alzó la cabeza y bandas de presión se instalaron alrededor de sus sienes. El distorsionado reflejo de una pequeña, torcida figura de blanco le devolvió su fija mirada desde la parte combada de la única caja restante.

¿Por qué no había ocultado Catherine esa caja también?

Porque no podía ser desenchufada.

¿Por qué no podía ser desenchufada?

Porque las bacterias seguían operando sobre el cuerpo que contenía.

¿Quién estaba en la caja de aislamiento del número ocho?

Las ropas continuaban sobre una silla al otro lado del laboratorio, una cazadora marrón claro colgando del respaldo.

Un montón de gente viste chaquetas como ésa en Kingston en abril.

Describió el círculo más grande que pudo alrededor de la caja sin confesarse que estaba evitándola. Aferrándose de forma desesperada a la cólera, usándola como un arma contra el creciente miedo, alargó



una mano y alzó la chaqueta de la silla. Seguía pudiendo pertenecer a cualquiera. Haciendo caso omiso de las húmedas manchas que sus dedos dejaron sobre el tejido, buscó en uno de los bolsillos delanteros y sacó dos caramelos con su envoltorio y una barra de chocolate a medio comer, vuelta a cerrar limpiamente con un trozo de cinta adhesiva.

*No hay nada que diga que Donald no pudo haber dejado su chaqueta en el laboratorio.*

Pero estaba perdiendo la batalla y lo sabía.

La documentación de Henry Fitzroy yacía donde ella la había arrojado. Colgándose la chaqueta sobre un brazo, contempló cómo su mano libre se extendía y recogía deprisa la cartera y sus contenidos de una pulcramente doblada pila de ropas. Una chaqueta podía ser olvidada por descuido, pero no unos téjanos y una camisa, calcetines y ropa interior. Ésta era la ropa de Donald, sin duda alguna, y bajo la silla, talones y punteras meticulosamente alineados, se hallaban las zapatillas de baloncesto negras a la última moda, de las que estaba tan absurdamente orgulloso.

*--Pero Donald, tú no juegas al baloncesto.*

*Donald siguió inflando con energía los brillantes balones naranja situados en las lengüetas de sus nuevas deportivas.*

*--¿Eso qué tiene que ver? --preguntó, con una gran sonrisa--. Estamos hablando de la vanguardia del calzado. De alta tecnología. De imagen.*

*La doctora Burke suspiró y movió la cabeza.*

*--¿El distintivo del deportista sin el sudor? --observó.*

*La sonrisa se hizo más amplia.*

*--Justamente eso.*

Sujetando todavía la chaqueta y la cartera del vampiro, la doctora Burke se giró despacio para quedar frente a la caja de aislamiento. Los números uno al nueve habían sido obtenidos del depósito de la facultad de Medicina estando bien muertos. Marjory Nelson estaba muñéndose. Pero Donald, Donald estaba muy vivo.

Dio un paso adelante, sintiéndose tan aparte de la realidad que tuvo que concentrarse en poner el pie en el suelo. Caminar ya no parecía ser un movimiento voluntario. Podía ver a Donald, chispeantes ojos oscuros, en absoluto arrepentido, mientras estaba sentado en su despacho y escuchaba las razones por las que no sólo deberían echarle de la facultad de Medicina, sino también presentar cargos. Cuando le preguntó por qué lo había hecho, él pareció de verdad

pensativo por un momento antes de contestar. "*Quería ver qué ocurría*". Ella había hecho que saliera indemne. Los detalles fueron enterrados cuando el profesor que había revelado el incidente se marchó al oeste al semestre siguiente.

Dio otro paso. Podía ver a Donald frunciendo el ceño sobre la red neuronal, los hábiles dedos corriendo sobre los filamentos dorados, el labio inferior cogido entre los dientes mientras peleaba con el diseño.

Otro paso. Podía ver a Donald alzando la mano de una confundida Catherine para chocar los cinco cuando el número cuatro por fin respondió a su talento combinado.

Otro. Podía ver a Donald uniéndosele en un brindis privado por la fama y la fortuna, apenas rozando la cerveza con sus labios, pues nunca bebía.

Otro. Podía ver a Donald admitiendo que Marjory Nelson era el inevitable siguiente paso.

Su rodilla tocó la caja, la vibración abriéndose camino hacia el hueso. Dio un respingo, y luego se quedó helada.

Mirando fijamente a su reflejo, lo vio convertirse en una serie de rostros grises, retorcidos, privados de descanso, cuerpos desfigurados por enormes incisiones cosidas deprisa, con enmarañadas líneas férreas de negra seda. ¿Qué vería cuando alzase la tapa? ¿Hasta dónde había llegado Catherine?

Obligando a una profunda inspiración a franquear el estrangulamiento de su garganta, dejó que la cartera de Henry Fitzroy cayera de su mano derecha al suelo. En realidad ya no era importante. Ya no. Ya no...

Alargó una mano, incapaz de detener el temblor, pero negándose a rendirse, y aferró con ella el seguro. Sus dedos estaban tan fríos que el metal parecía caliente bajo ellos.

--El conocimiento es poder --susurró.

El cierre chasqueó al abrirse.

Del interior de la caja brotó el suspiro de aire rico en oxígeno cuando el precinto se abrió, luego, a continuación, un ruido que nada tenía que ver con aparatos eléctricos ni maquinaria.

La doctora Burke se quedó inmóvil. Los músculos de su brazo, habiendo recibido ya la orden de levantarse, se contrajeron estremeciéndose.

Un gemido.

--¿Donald?

Las vocales comenzaron a formarse. Un sonido torturado. Sin

embargo, reconocible.

No había nada siquiera remotamente humano en él.

El sudor goteó en helados surcos por sus costados. Los dedos pugnaron por cerrar el seguro. Lo que fuese que había dentro no estaba saliendo.

--Doc... tora...

Ella se sacudió hacia atrás; jadeando, gimoteando. Entonces se volvió y corrió.

Un terror que no podía ser expulsado por el intelecto, las racionalizaciones o el poder de la determinación corrió junto a ella a través de los desiertos pasillos. Los ecos se burlaron de ella. Las sombras crecieron horrorosas.

--¿Y si ella no está allí?

--No está en casa --replicó Vicki a través de apretados dientes; habían encontrado la dirección de la doctora Burke en el libro de cuero marrón junto al teléfono de su madre--. Tiene que estar en alguna parte.

--No necesariamente en el despacho.

Vicki se volvió hacia él, aunque la oscuridad la dejaba ciega.

--¿Tienes una idea mejor?

Le oyó suspirar.

--No. Pero si no está allí, ¿entonces qué?

--Entonces hacemos pedazos su despacho. Buscamos cualquier cosa que pueda decirnos dónde está Henry.

--Y si no...

--Cállate, Celluci. --Escupió las palabras en su dirección--. Lo encontraremos.

Él tomó aliento para hablar de nuevo, luego dejó salir el aire en silencio.

Vicki se retorció hacia atrás en el asiento del pasajero, su agarre sobre el salpicadero dolorosamente tenso. *Lo encontraremos*. Todo lo que podía ver a través del parabrisas era el resplandor de las luces delanteras, nada de lo que iluminaban, ni siquiera la superficie de la carretera. Las luces de otros coches aparecían suspendidas, ojos rojos y amarillos sobre invisibles bestias. Sintió cómo el coche giraba, reducía la velocidad y por fin se detenía. Reinó el silencio, luego la oscuridad.

--He aparcado dando la vuelta junto al edificio --dijo Celluci--. Un poco menos evidente si tenemos que pasar desapercibidos ante Seguridad.

--Buena idea.

Por un momento, ninguno de los dos se movió, luego Vicki se giró hacia su puerta justo cuando Celluci abría la suya. La luz del interior se encendió, y durante un latido se vio reflejada en la ventana del coche.

Pegada contra el cristal, los dedos abiertos, la boca moviéndose sin emitir sonido, se encontraba su madre.

--¡Mike!

Estuvo a su lado en un instante, y la puerta se cerró compasiva mientras él se deslizaba sobre el asiento de delante. Ella retrocedió dentro del círculo de sus brazos, apretó los ojos cerrándolos tan fuerte que le dolieron, y trató de dejar de temblar.

--¿Vicki, qué sucede? ¿Qué pasa? --Nunca había oído decir su nombre de tal forma antes, y esperaba no volver a oírlo así nunca jamás. El dolor en la voz de Vicki no sólo le arrancaba trozos de su alma, lo aferraba de una manera de la que ella no era capaz. Tenía la espalda pegada con tanta fuerza contra su pecho que él apenas podía respirar, pero los dedos de ella estaban doblados en forma de puños, y sus brazos se plegaban estrechamente alrededor de sí misma.

--Mike, mi madre está muerta.

Él descansó su mejilla contra la parte superior de la cabeza de ella.

--Lo sé.

--Sí, pero también está de pie y paseándose --un asomo de histeria se deslizó en su tono--. Y acaba de ocurrírseme, cuando la encontremos, ¿qué se supone que hemos de hacer? Quiero decir, ¿cómo la enterramos?

--Dios. --La interjección susurrada sonó más como una oración.

--Quiero decir --tuvo que tragar aire cada dos palabras--, ¿voy a tener que matarla de nuevo?

--¡Vicki! --La estrechó con más fuerza. Era todo lo que podía pensar en hacer--. ¡Maldición! ¡No la mataste la primera vez! Por muy cruel que parezca decirlo, su muerte no tuvo nada que ver contigo.

Pudo sentirla luchando por recuperar el control.

--Tal vez no la primera vez --dijo ella.

El Hambre lanzaba zarpazos y pugnaba por liberarse, y tuvo que emplear casi toda la energía que le quedaba para contenerla. Liberada, llevaría de prisa a su maltratado cuerpo de vuelta a la inconsciencia, rompiendo probablemente más huesos mientras forcejeaba para alimentarse. Henry no tenía intención de permitir que eso sucediera. *Tenia* que permanecer consciente en caso de que sus captores fueran realmente lo bastante estúpidos para abrir la caja entre el ocaso y el alba.

Con tan poco para alimentar el miedo, era capaz de contemplar su confinamiento de forma casi desapasionada. Casi. Los recuerdos de encontrarse atrapado en la oscuridad revoloteaban como polillas contra los límites exteriores de su control, pero aún peores que aquello eran las imágenes de los experimentos que comenzarían cuando la salida del sol lo volviera vulnerable una vez más.

Henry había visto la Inquisición, el comercio de esclavos y los campos de concentración de la Segunda Guerra Mundial, y conocía muy bien las atrocidades que la gente era capaz de cometer. Había visto a su propio padre condenar a hombres y mujeres a la pira por ninguna otra razón que el mal genio. *Y esta gente en concreto*, pensó, *ya ha demostrado tener muy pocos límites éticos*. Había tres contenedores. Él se hallaba en uno de ellos. La madre de Vicki estaba, sin duda, en uno de los otros dos.

Volviendo la cabeza levemente de forma que la corriente de aire fresco a través de la reja (a través de la irrompible reja) pasara sobre su boca y nariz, se concentró en respirar. Como distracción no era gran cosa, pero era una de las pocas con que contaba.

*Un pequeño consuelo que no tenga que preocuparme por la asfixia...*

El hedor de la abominación lo envolvió de súbito. Retrocedió bruscamente contra el lado más apartado de su prisión, sus omoplatos presionaron con fuerza el plástico, el corazón en marcha martilleando en sus oídos. La criatura estaba justo fuera de la caja; tenía que estar.

Ahuecando la mano herida contra el pecho, se esforzó por calmarse. Ésta podría ser su única oportunidad para salir libre; no podía permitir que el pánico ciego se la arrebatara.

Algo se arrastró a través de la parte superior de la caja, algo grande y suave. A Henry le vino de repente la imagen de una vieja película de la Hammer, en la que Drácula traía a su par de hambrientas novias un niño para que se alimentaran.

*Oh, Señor, eso no.*

Si le daban una oportunidad para alimentarse, no sería capaz de detener el Hambre. El niño moriría. Había matado muchas veces con el paso de los siglos; a veces porque tenía que hacerlo, a veces sencillamente porque podía hacerlo. Pero nunca a un inocente. Nunca a un niño.

El arrastrarse cesó.

*Cuando se abra la tapa...* Henry se preparó tanto como fue capaz. Pero la tapa permaneció cerrada y un momento más tarde, con los músculos temblando, se aflojó otra vez contra el acolchado fondo.

--Si la llamo por la mañana, habrá tenido tiempo para pensar en ello y comprenderá que hablo en serio.

Aunque todavía no podía oler sino a la abominación, Henry reconoció la voz. Pertenece a la joven pálida de los ojos vacíos.

--Es una persona razonable, y estoy segura de que como científica llegará a entender mi postura.

La joven estaba loca. Henry, que había tocado su mente, no tenía ninguna duda acerca de ello. Pero también estaba fuera de la caja, capaz de liberarlo, y loca o no era la única baza a jugar. Pasando por alto el dolor, se revolvió hasta que su boca presionó contra la mellada superficie de los conductos de ventilación y moduló su voz, manteniendo su tono tan natural como pudo.

--Perdone, ¿le importaría abrir la tapa?

Por un breve instante, pensó que sonar a normalidad podría funcionar donde un intento de coerción o seducción no habrían suscitado ninguna reacción. Percibió un asomo de su olor entrelazado con la fetidez de la muerte corrompida (no lo bastante, dio gracias a Dios, para poner al Hambre fuera de su control), oyó el sonido de sus manos en el seguro y luego escuchó su réplica.

--Sí, en realidad me importaría, porque hoy no he tenido tiempo de tomar ninguna muestra de tejido.

--Si todo lo que quiere son muestras de tejido, déjeme salir y me quedaré aquí para que pueda tomarlas --Henry tragó saliva, su garganta tratando de eludir el miedo. *¡Sólo déjame salir!*

--Bueno, en realidad no soy muy buena haciendo biopsias sobre sujetos vivos. Creo que esperaré hasta mañana.

*¿No soy muy buena haciendo biopsias sobre sujetos vivos? ¿De qué demonios estaba hablando?*

--¡Pero yo todavía estoy vivo!

--No exactamente. --Sonaba como si estuviese remarcando algo

tan evidente que no podía comprender por qué él lo había mencionado.

La oyó alejarse.

--¡Espere!

--¿Qué sucede ahora? Tengo un montón de cosas en la cabeza esta noche.

--Mire, ¿sabe lo que soy? --Considerándolo bien, *tenia* que saberlo.

--Sí. Es un vampiro.

--¿Sabe lo que eso significa?

--Sí. Tiene unos leucocitos fascinantes.

--¿Qué? --No pudo evitar preguntarlo.

--Leucocitos. Glóbulos blancos. Y su hemoglobina tiene un potencial asimismo asombroso.

*Como siga con esto estaré tan loco como ella.*

--Si sabe lo que soy, sabe lo que puedo ofrecerle. --Su voz reverberó dentro de la caja, eterna, poderosa--. Si me deja salir puedo darle la vida eterna. Nunca se hará vieja. Nunca morirá.

--No, gracias. Estoy trabajando en algo más en este momento.

Y la oyó alejarse.

--¡Espere! --Se obligó a yacer quieto y escuchar, pero todo lo que podía oír era el martillear de su propio corazón, y Henry Fitzroy, hijo bastardo de Enrique VIII, vampiro de cuatrocientos cincuenta años, se convirtió de pronto en sólo Henry Fitzroy.

»¡NO ME DEJE SOLO!

--¿Sabes? --dijo Catherine, tirando de la pesada puerta de acero hasta cerrarla detrás de ella--. No había tenido en cuenta que fuera tan ruidoso. Menos mal que lo metimos ahí dentro. --Deslizó un pestillo a través del ojo de la barra de seguridad y cerró de golpe--. La doctora Burke nunca podrá oírlo.

Número nueve miró fijamente la puerta. El "Peligro: Alto Voltaje" no significaba nada para él, pero recordaba lo que era estar encerrado en la caja. En la misma caja. No le había gustado.

Poco a poco, los dos dedos de su mano derecha que todavía funcionaban se cerraron en torno a la barra de seguridad.

Ya en mitad del cuarto, Catherine se volvió al oír tirar de la cerradura, que resistió.

--¿Qué pasa? ¿Algo va mal?

Sin soltar la barra, él se giró con cuidado para mirarla. No le había gustado estar encerrado en la caja.

--¿Piensas que debería haberlo soltado? --Regresó junto a su lado, moviendo la cabeza--. No comprendes. Si puedo aislar los factores que dan como resultado su continua regeneración celular, podré integrarlos en una bacteria que te reparará de verdad.

--Asiéndolo por la muñeca, le quitó con gran delicadeza la mano de la puerta y le sonrió--. Podrás quedarte conmigo para siempre.

Él comprendió la sonrisa.

Comprendió para siempre.

Eso era suficiente.

Su marcha degeneró en un andar dando tumbos y arrastrando los pies mientras la seguía desde el cuarto.

Recordaba la alegría.

El nivel en la botella de whisky de malta había bajado de forma bastante considerable durante la última... la doctora Burke miró con atención su reloj pero no pudo distinguir bien la hora. No es que importase. En realidad no. Ya no.

--Nada puede impedirme que recoja la gloria. --Sujetándose el codo, vertió un poco más de whisky en su taza--. Eso he dicho. Nada puede impedirme... --Tomó un largo trago y se sentó cruzando los brazos, acunando la taza contra su estómago.

--Doc... tora...

No podía oírle. Estaba encerrado en una caja de acero inoxidable en otro edificio.

--Doc... tora...

Echó otro trago para ahogar el sonido.

--¿Estás bien?

Vicki se deslizó dentro de la oficina adyacente y comenzó a atravesar la habitación. ¿Por qué le preguntaba ahora? Había logrado



recuperar el control antes de que dejaran el coche.

--Estoy bien.

--¿Me lo dirías si no lo estuvieras?

Incapaz de ver, se golpeó la rodilla contra el lateral de un escritorio y reprimió un juramento. Obviamente, su recuerdo de la disposición de la oficina no era perfecto.

--Vete a la mierda, Celluci.

Consciente de que ella no podía distinguirlo más de lo que podía ver cualquier otra cosa, puso los ojos en blanco. Desde luego, parecía mucho mejor.

La doctora Burke oyó el impacto de carne contra mobiliario incluso a través de la protectora cubierta de whisky. Su corazón se detuvo. Había asegurado la caja de aislamiento. No podía haber salido y seguirla.

¿O sí?

Entonces oyó las voces y su corazón empezó a latir de nuevo.

--Qué agradable. --El alcohol que había consumido, aunque aún no era suficiente para aislarla del recuerdo de lo que había dejado en el laboratorio, bastaba para hacerla sentirse separada del resto del mundo--. Tengo compañía.

Inclinándose con cuidado desde su silla a fin de no poner más a prueba un sentido del equilibrio ya sobrecargado, alzó la chaqueta de Donald de la alfombra y la dejó sobre el escritorio enfrente de ella.

--Por favor, entre, señorita Nelson. No puedo soportar a las personas que se mueven a escondidas.

Celluci se giró para quedar de cara a la puerta.

--Parece que hemos encontrado a la doctora. --A través de su ligera presa alrededor del bíceps de Vicki la sintió estremecerse, pero su voz permaneció firme.

--Entonces no la hagamos esperar.

Juntos entraron en el despacho interior.

La farola fuera de la ventana, cinco pisos más abajo, proporcionaba bastante iluminación para que Celluci viera a la doctora sentada ante su escritorio. No podía distinguir su expresión, pero

podía oler el alcohol. Dándose la vuelta, tendió un largo brazo y encendió la luz del techo.

Bajo el súbito resplandor, nadie se movió, nadie dijo nada, hasta que Vicki dio un paso adelante, los ojos húmedos casi cerrados del todo, y dijo sin ningún asomo de humor:

--Doctora Frankenstein, supongo.

La doctora Burke resopló riéndose.

--Dios mío, ingenio bajo presión. Nos vendría bien un poco por aquí. Los estudiantes de posgrado por lo general son un puñado de aburridos concentrados en lo académico. --Con una mano cerrada con fuerza alrededor de un pliegue de la chaqueta sobre su escritorio, la otra levantó la taza hasta su boca--. Por lo general --repitió tras un momento.

--Está borracha --dijo Vicki con un gruñido.

--Sobresaliente en perspicacia. Suficiente bajo en modales.

Siendo tan evidente como es, no es la clase de cosa que se supone has de señalar.

Vicki cargó sobre el escritorio, a duras penas conteniéndose para no pasar por encima de él, aferrándose al canto con nudillos que palidecieron.

--¡Basta de tonterías! ¿Qué has hecho con Henry Fitzroy?

La doctora Burke pareció momentáneamente sorprendida.

--Ah, Dios mío, ¿es eso de lo que se trata? Debería haber comprendido que era demasiado bueno para tratarse de un accidente. Debería haberme dado cuenta de que estaba contigo. Me pareces precisamente la clase de persona que andaría en tratos con vampiros. ¡Sargento detective! --Meció la cabeza para mirar a Celluci, que había aparecido a su derecha--. ¿Sabe que aquí su amiga ayuda e incita a los chupasangres no muertos? --Puso la taza vacía con cuidado sobre el escritorio y trató de alcanzar la botella. Celluci fue más rápido. Encogiéndose de hombros filosóficamente, la doctora Burke se reclinó sobre su silla--. Así pues, ¿qué os llevó a la conclusión de que vuestro señor Fitzroy estaba conmigo?

--Darme cuenta de que mataste a mi madre. --Detrás de sus gafas, los ojos de Vicki llamearon. Aunque seguía inmóvil, cada línea de su cuerpo gritaba de rabia.

--¿Y qué te lleva a decir eso? --La pregunta podía haberse referido a una nota al pie de una tesis, dada la emoción que mostró la doctora Burke.

Vicki la miró con furia. Su voz temblaba con el esfuerzo que le

suponía no romper a chillar acusaciones.

--La muerte de mi madre tenía que ocurrir durante las cuatro semanas que Donald estuvo en la funeraria. A poder ser casi al final de esas cuatro semanas, cuando los Hutchinson hubieran llegado a confiar en él.

--Donald era muy simpático --asintió la doctora Burke, sin dejar de mover la mano izquierda sobre la chaqueta.

--Esa clase de sincronización no puede ser dejada al azar --continuó Vicki, saltándole un músculo en la mandíbula--. ¡Estabas con ella justo antes de que muriera! ¡Tú la mataste!

--Olvidas que la señorita Shaw estaba con ella cuando murió. Pero no importa --la doctora Burke alzó la mano--. Por qué no contarte simplemente lo que pasó. Le administré a tu madre inyecciones de vitaminas cada mañana. Debes haberlo leído en el historial de la doctora Friedman.

Vicki asintió, la mirada clavada sobre el rostro de la mujer.

--Esas inyecciones, en realidad, no podían hacer nada para ayudar, pero hicieron que tu madre se sintiera como si estuviera haciendo algo, así que se sintió mejor, estuvo bajo menos estrés, y lo último que necesitaba en su condición era estrés. --Frunció el ceño y se encogió de hombros--. Tendrás que aguantarte si soy menos coherente de lo habitual. Como hiciste notar antes, estoy borracha. De todas formas, tuve una encantadora charla con la doctora Friedman sobre el estrés. Aquella última mañana tu madre no recibió una inyección de vitaminas, sino diez centímetros cúbicos de adrenalina pura. Su corazón se disparó y la tensión fue demasiada para él.

--Una autopsia revelaría toda esa adrenalina --indicó Celluci con calma--. Y no tenía que ser nada difícil seguir el rastro hasta usted.

La doctora Burke bufó.

--¿Por qué demonios haría nadie una autopsia? Todo el mundo estaba esperando a que Marjory muriese. --Lanzó una orgullosa mirada a Vicki--. Bueno, todos menos tú.

--Cállate.

--Ella seguía diciendo que iba a contártelo. Supongo que no tuvo tiempo para ello.

--¡CÁLLATE!

La doctora Burke contempló cómo la mitad de los objetos sobre su escritorio se estrellaban contra el suelo y se volvió hacia Celluci.

--¿Qué posibilidades tengo de que me devuelva esa botella si le dijera que la necesito por razones médicas?

Celluci sonrió de forma nada amistosa.

--Cállese --dijo.

--Tenéis un vocabulario decididamente limitado --la doctora Burke sacudió la cabeza--. ¿Ni siquiera queréis saber por qué lo hice?

--Oh, sí --rugió Vicki--. Me gustaría saber por qué lo hiciste. ¡Mi madre creyó que era tu *amiga*!

--Es algo bueno que no sea una borracha melancólica, o me harías llorar. Tu madre se estaba muriendo, no había escapatoria. Me encargué de que muriera por una razón. No, no te molestes --alzó de nuevo la mano--. Sé lo que vas a preguntar. Si se estaba muriendo de todas formas, ¿por qué no esperar y hacer que me entregase su cuerpo por su propia voluntad o algo así? Bueno, no funciona de esa forma. Teníamos cultivos de tejido, patrones de onda cerebral, todo para dar el siguiente paso experimental, y ésta era nuestra única forma de conseguir el cuerpo.

--¿Entonces sólo era un cuerpo para ti?

La doctora Burke se inclinó.

--Bueno, lo fue después de morir, sí.

--Ella no *murió*. Tú la mataste.

--Apresuré lo inevitable. Estás furiosa sólo porque parece que eres la única persona a quien no se lo contó.

--¡Vicki! ¡No! --Celluci se lanzó hacia delante y consiguió evitar que las manos de Vicki se cerraran alrededor de la garganta de la doctora. La empujó haciéndola retroceder y la contuvo hasta que su rabia ciega se aplacó lo bastante para que volviera la razón; luego la soltó. Cuando estuvo seguro de que se controlaba, se volvió hacia la doctora Burke y dijo con calmada cólera:-- La próxima vez que intente burlarse así, no la detendré, y conseguirá justo lo que se merece.

--¿Lo que me merezco? --La sonrisa carecía de humor, el tono era amargo--. Sargento detective, no tiene ni idea.

Celluci frunció el ceño. Su mirada bajó hasta la chaqueta, luego volvió a subir lentamente hasta el rostro de la doctora Burke.

--Dijo que Donald *era* simpático. ¿Por qué *era*? ¿Por qué en pasado? ¿Qué le ha sucedido a Donald?

La doctora Burke cogió la botella de donde Celluci la había dejado a fin de refrenar la acometida de Vicki y volvió a llenar su taza.

--Supongo que Catherine lo mató.

--¿Catherine es su otra estudiante de posgrado?

--Hasta arriba del vaso --dio un largo trago y suspiró aliviada; el mundo amenazaba con volver--. Quizá sea mejor que empiece por el

principio.

--No --Vicki golpeó con ambas palmas sobre el escritorio--.

Primero, recuperamos a Henry.

La doctora Burke encontró la mirada de Vicki y suspiró de nuevo.

--Necesitas salvarlo porque no pudiste salvar a tu madre. --Su voz contenía tanta compasión que Vicki no reaccionó--. Creo que es mejor que sepas algo sobre Catherine.

Celluci alternó su atención de una a otra mujer, pero contuvo su lengua. Era cosa de Vicki.

--De acuerdo --dijo ella al fin, poniéndose derecha--. Cuéntanos qué está pasando.

La doctora Burke echó otro trago, luego pasó claramente al tono magistral.

--Soy una buena científica, pero no una de las grandes.

Simplemente no poseo la habilidad para idear los conceptos originales que requiere la grandeza. Soy una gran administradora. Puede que la mejor del mundo. Lo cual no significa nada de nada. Gano una cantidad razonable de dinero, pero ¿tenéis idea de lo que podría suponer un par de patentes biológicas con aplicaciones militares? ¿O algo sobre lo que las compañías farmacéuticas pudieran de verdad hincar el diente? Por supuesto que no. Aquí es donde entra Catherine. Es un genio. ¿Lo he mencionado? Bueno, lo es. Siendo estudiante universitaria, había patentado el prototipo de una bacteria que debería, con algo más de desarrollo, ser capaz de reconstruir células dañadas. Cuando me hice su asesora, pronto resultó obvio que era, como muchos genios, en extremo inestable. A punto de sugerir que buscara ayuda profesional, comprendí que se trataba de mi oportunidad. Su investigación era la única cosa con la que se relacionaba, y yo era su única piedra de toque con la realidad. El conjunto de la situación imploraba ser aprovechado. Muy pronto me di cuenta de que no sólo nos estábamos encaminando hacia gratificaciones monetarias, sino que había una clara posibilidad de premio Nobel. Una vez lográsemos realmente vencer a la muerte, claro está. Suena demente, ¿no? --dio otro trago--. No lo descartemos; podría constituir una buena defensa. En cualquier caso, Catherine apareció con algunas posibilidades bastante asombrosas y comenzamos a desarrollar parámetros experimentales.

--¿No trabajan los tipos como usted normalmente con ratas?

--gruñó Celluci.

--Normalmente --convino la doctora Burke--. ¿Está familiarizado

con la teoría del sincronismo? Justo cuando Catherine terminó de formular la teoría, alguien en Brasil publicó un artículo que contenía a grandes rasgos las mismas ideas. Sólo había una forma de asegurarse de que ganaríamos la carrera. Pasamos directamente a experimentar sobre cadáveres humanos. Monté un laboratorio y desvié los cuerpos más frescos del depósito de la facultad... me excusaréis si no me extendo en los tediosos detalles burocráticos de cómo fue realizado sin que nadie lo supiera, pero si recordáis, dije que era una gran administradora... --Confundida, bajó la vista hacia la taza--. ¿Dónde estaba?

--Cadáveres humanos --gruñó Vicki.

--Ah, sí. Entonces me di cuenta de que necesitaba a alguien más. Donald se había metido en algún problemilla en la facultad de Medicina y yo le facilité las cosas. Principalmente porque me gustaba. También un genio, era encantador y muy poco escrupuloso. --Con exagerado cuidado, alisó las arrugas que había hecho en la chaqueta--. Después de un tiempo, comenzamos a tener algo de éxito. Habíamos estado usando bacterias y patrones de onda cerebral específicos, pero si queríamos avanzar teníamos que poner nuestras manos sobre un cuerpo que hubiéramos podido estudiar antes de la muerte. Resultó ser el de Marjory Nelson. Cuando estuve segura de que iba a morir de todas formas, con el pretexto de pasarle pruebas sobre su estado, tomamos muestras de tejido y grabamos sus patrones de onda cerebral.

--Entonces la devolviste a la vida.

*Grises ojos se abrieron reconociéndola por un instante.*

--Más o menos. Restablecimos los mecanismos de la vida, eso fue todo. --*Eso fue todo*--. Robots orgánicos, si tú quieres. El inconveniente era que las bacterias viven muy poco tiempo, y tuvimos un problema con la putrefacción. Lo cual, en caso de que te lo estés preguntando, es la causa de que quisiera que tu madre fuese parcialmente embalsamada. --Terminó el whisky que quedaba en la taza, luego la alzó hacia Vicki en un burlón brindis--. Si te hubieras limitado a dejar ese ataúd cerrado, nadie lo habría sabido.

--¡Pareces olvidar que asesinaste a mi madre!

La doctora Burke se encogió de hombros, negándose a seguir discutiendo el asunto.

--Así que ahora conoces toda la historia, o al menos el guión de la versión televisada. Habrá un examen por la mañana. ¿Alguna pregunta?

--Sí, pasando por alto por el momento al adolescente de cuya muerte también eres directamente responsable, tengo dos --Vicki se subió las gafas--. ¿Por qué está contándonos todo esto?

--Bueno, hay teorías que postulan que la confesión es un impulso humano, pero sobre todo, porque nuestro pequeño experimento está ahora del todo fuera de mi control. Catherine se deslizó dentro del abismo y yo no tengo intención de seguirla. --Aunque sólo por un momento, con su mano sobre el seguro del ataúd, había estado cerca. ¿Hasta dónde, se había preguntado, serían capaces de llegar con un cadáver realmente fresco? Y entonces Donald se lo había dicho. Pero aquello era personal, y no era asunto de nadie sino de ella--. Y porque Donald está muerto.

--¡Igual que el chico e igual que mi madre!

--El chico fue un accidente. Tu madre estaba muriéndose. Donald tenía todo por vivir. --Por un instante su rostro se arrugó, luego se suavizó otra vez--. Es más --continuó, vaciando la botella hasta la última gota--, me gustaba Donald.

--¡Te gustaba mi madre!

La doctora Burke miró plácidamente a través del escritorio hacia Vicki.

--Has dicho que tenías dos preguntas. ¿Cuál es la segunda?

¿Cómo podía aquel ser sentarse ahí tan tranquilamente y confesar tamaño horror? Atrapada dentro de un torrente de emociones, Vicki fue incapaz de hablar. Dándose cuenta de que la próxima vez que perdiera el control Celluci no sería capaz de detenerla, separó las manos y retrocedió alejándose del escritorio.

Él advirtió las señales y avanzó.

--¿Dónde está Henry Fitzroy? --preguntó.

--Con Catherine.

Él respiró profundamente y se pasó ambas manos por el pelo.

--Muy bien. ¿Dónde está Catherine?

La doctora Burke alzó los hombros.

--No tengo la más remota idea.

--De acuerdo. Veamos si comprendo lo que está diciendo --Vicki

inspiró profundamente y espiró despacio. Chillar y arrojar cosas no aportaría nada a la situación--. Su estudiante de posgrado, Catherine, que está loca, ha asesinado a su otro estudiante de posgrado, Donald. Cuando volvió al laboratorio, avanzada la tarde, descubrió que había escondido a Henry y no sabe dónde está... están.

La doctora Burke asintió.

--En esencia.

Aquello era demasiado para seguir con buenas intenciones.

--¿QUÉ COJONES QUIERE DECIR EN ESENCIA?

El distanciamiento inducido por el alcohol se quebró cuando Vicki agarró las solapas de la bata de laboratorio de la doctora Burke y casi la arrastró sobre el escritorio.

--Si pudieras aflojar tu presa --jadeó ésta--, puede que me fuera más fácil... contestar a tu pregunta.

Vicki se limitó a proferir un gruñido inarticulado.

--¡Detec... tive!

Celluci cambió su mirada a un punto a unos quince centímetros por encima de la cabeza de la doctora, con expresión agresivamente neutra.

Al bloquearle el cuello de la ropa la tráquea, la doctora Burke comprendió que más indecisiones sólo empeorarían las cosas.

--Está en el edificio viejo de Ciencias de la Vida. Tu amigo vampírico está encerrado en una gran caja de metal. Tratar de maniobrarla para sacarla por la puerta y meterla en su furgoneta habría llamado un poco la atención. En qué parte del edificio... --Teniendo en cuenta su posición, el encogimiento de hombros resultó creíble-- no tengo ni idea.

Vicki no aflojó su agarre, sino que más bien empujó a la mujer de vuelta a su silla.

--¿Su laboratorio está allí dentro? ¿En el edificio viejo?

--Sí. --Restregándose la parte posterior del cuello donde el tejido se había clavado, la doctora Burke contestó con brusquedad--. Y también está tu madre. En alguna parte. --Le lanzó una mirada de superioridad por encima del borde de sus gafas--. Tu madre muerta. Paseándose.

*Mi madre muerta. Paseándose*, La ira no pudo resistir bajo el peso de aquella aseveración.

--¿Vicki?

Consiguió zafarse de la imagen de su madre aplastada contra la ventana y se encontró con la mirada preocupada de Celluci.



--Tenemos una confesión. Podemos llamar al detective Fergusson ahora. No necesitas tener nada más que ver con esto.

--Buen intento, Mike. --Ella tragó saliva, tratando de humedecer una garganta que se había secado--. Pero te olvidas de Henry.

--No hay que olvidar a Henry. --Sobre la mano que seguía frotándose la garganta, la doctora Burke casi sonrió--. Me encantaría oír como le explicas a él a la policía local. Hasta que encuentres a Henry, tienes que mantener esto en silencio. ¿Y después? ¿Qué hay de después? --Agitó la cabeza ante la expresión de ambos y suspiró, colocando ambas manos planas sobre su escritorio--. No importa, yo te lo diré. No habrá un después. Hasta que Catherine se ponga en contacto conmigo, no tenéis ninguna oportunidad de dar con vuestro amigo. Hay un millón de estúpidos e inútiles cuchitriles en ese edificio y puede haberlo atrapado en cualquiera de ellos. Vais a tener que quedaros aquí sin más, conmigo, y aguardar su llamada.

--¿Y entonces?

--Entonces le sigo el juego, ella me cuenta dónde lo ha guardado, lo sacáis, llamáis a la policía, y ella paga por lo de Donald.

Los ojos de Vicki se entrecerraron.

--Y usted pagará por lo de mi madre.

--Señorita Nelson, si eso la hace feliz, incluso pagaré la cena.

--¿Y si no llama? --preguntó Celluci, cortando la respuesta de Vicki.

--Dijo que lo haría.

--Usted dijo que está loca.

--Así es.

--Mike, no puedo esperar. --Vicki dio cuatro pasos hacia la puerta, se giró sobre un talón y dio tres pasos de vuelta--. No puedo basarlo todo sobre lo que una loca puede o no hacer. Voy a encontrarlo. Ella -- un movimiento de la cabeza señaló a la doctora-- puede llevarnos al laboratorio. Elaboraremos un patrón de búsqueda desde allí.

--¡Ni hablar! --Ella no iba a acercarse al laboratorio. Ya era bastante malo poder oírlo llamándola pese a la media botella de escocés--. Tendrás que arrastrarme. Lo cual podría alertar a Seguridad. Habrá un barullo. Tu Henry Fitzroy termina confiscado por el gobierno. Si quieres ir al laboratorio, puedes encontrarlo por ti misma.

Vicki se inclinó, apoyando las manos sobre el escritorio, sin llegar a tocar con las yemas de los dedos las de la doctora, su postura más amenazante de lo que habían sido sus anteriores acciones.

--Entonces nos proporcionará direcciones muy precisas.

--¿O harás qué? Trate de prestar atención, señorita Nelson... no puede hacer nada hasta que rescate a su amigo.

--Puedo partirle la puta cara.

--¿Y qué logrará con eso? Si me arranca las direcciones a golpes, puedo garantizarle que no serán precisas. Intente ser realista, señorita Nelson, si puede. Usted y su amigo pies planos aquí presente pueden ir y tratar de dar con el señor Fitzroy, pero tendrán que dejarme fuera de ello. --Ni siquiera con palabras recorrería el camino al laboratorio otra vez--. Pero sólo para demostrar que no hay rencor, le diré algo que no es un secreto. Existe un acceso al interior del edificio viejo desde el extremo norte del aparcamiento subterráneo. Se supone que Seguridad cuenta con cámaras de vídeo ahí abajo, pero se les acabó el dinero. No diga que nunca le dije nada. Feliz rastreo.

Celluci asió el hombro de Vicki y tiró de ella delicada pero inexorablemente, alejándola del escritorio.

--¿Y qué hará mientras estamos buscando?

--Lo mismo que estaba haciendo cuando aparecieron. --La doctora Burke se inclinó y abrió el cajón de abajo de su escritorio, sacando una botella de whisky sin abrir--. Tratar de beber hasta embotarme. Gracias a Dios, siempre guardo una de repuesto. --Le llevó tres intentos abrir el sello de papel--. Os lo aseguro, no voy a ir a ninguna parte.

--¿Por qué no, cuando como mínimo se enfrentará a un cargo de asesinato? --preguntó Vicki, soltándose con una sacudida de Celluci.

--Sigues pensando en tu madre, ¿no? --La doctora suspiró y miró fijamente por un instante al interior de las pálidas profundidades del líquido ámbar antes de proseguir--. Perdí el interés en el juego cuando Donald murió. --La botella se convirtió en un ataúd de plata. Se estremeció y levantó la cabeza, mirando más allá de las gafas de Vicki, encontrando sus ojos--. En esencia, y le ruego me disculpe, señorita Nelson, si la palabra la ofende, pero es la única que encaja, en esencia, simplemente ya no me importa.

Y no le importaba. Incluso a través de su propio dolor, rabia y confusión, Vicki podía percibirlo.

--Vamos. --Poniéndose el bolso sobre el hombro, sacudió la cabeza hacia la puerta--. Ahora mismo no va a irse a ninguna parte.

--¿La crees?

Vicki echó otra mirada dentro de los ojos de la doctora Burke y reconoció lo que vio allí.

--Sí. La creo --se detuvo junto a la puerta--. Una cosa más; puede que ahora no le importe, pero no crea que podrá usar su conocimiento de Henry como baza más tarde...

--Más tarde --la interrumpió la doctora Burke, ambas manos en torno a la botella para impedir que se derramara nada del whisky mientras rellenaba la taza--, sin una criatura real sobre la que efectuar pruebas, puedo gritar vampiro hasta que la cara se me ponga azul y nadie creerá una palabra de lo que digo. Robar tumbas no ayuda a conservar la credibilidad en la comunidad científica.

--Por no decir nada de asesinar a uno de sus estudiantes de posgrado --señaló Celluci secamente.

La doctora Burke resopló y alzó la taza en un sarcástico brindis.

--Se sorprendería.

--Dios --Celluci golpeó con la mano plana contra la pared, frustrado--. Este sitio es como un laberinto; corredores que no dan a ninguna parte, aulas que conducen a despachos ocultos, laboratorios que aparecen de repente...

Vicki apuntó la potente luz de su linterna pasillo abajo. Con una de cada cuatro luces de emergencia encendidas en el edificio viejo, podía ver lo bastante bien para evitar chocar con las cosas, pero no lo suficiente para identificar aquellas con las que no chocaba. Sólo la zona completamente iluminada por su linterna conservaba cierta definición. Era como si se estuviese moviendo a través de las diapositivas de unas extrañas vacaciones, apareciendo en un escenario justo cuando era reemplazado por el siguiente. Sus nervios estaban tan tensos que casi podía oírlos tañer con cada movimiento.

Su madre muerta estaba paseándose por ese edificio.

Cada vez que movía su círculo de visión, se preguntaba: *¿será ahora cuando la vea?* Y cuando todo lo que se revelaba era otro cuarto vacío o trozo de pasillo, se preguntaba: *¿está en la oscuridad a mi lado?* Bajo la chaqueta y el jersey, la camisa se pegaba a sus costados, y tuvo que ir cambiando la linterna de una a otra mano para secarse las palmas.

--Esto no va a funcionar. --Su brazo cayó a un costado y el pasillo se deslizó en la oscuridad, salvo por el charco de luz que se derramaba sobre sus pies--. La estructura de este lugar rechaza cualquier clase de búsqueda sistemática. Tenemos que emplear

nuestra cabeza.

--Cierto --convino Celluci. Se pegó contra el hombro izquierdo de ella; lo bastante cerca, estimó, para que le viera la cara--. Pero tenemos a una mujer loca que ha huido con un vampiro. Eso no se presta precisamente al análisis lógico.

--Tiene que hacerlo. --Ajustándose las gafas, más por el consuelo de una acción familiar que por necesidad, empleó la mitad de su mente en examinar la escasa información de que disponían en busca de pistas. La otra mitad filtró los ruidos de un edificio viejo por la noche, tratando de escuchar la aproximación de unos pies arrastrándose. De pronto, se volvió entornando los ojos para mirar a Celluci--. La doctora Burke dijo que Henry estaba en una gran caja de metal.

--¿Y qué?

--Y dejó entrever que era pesada.

--¿Bueno, y qué?

Vicki casi sonrió.

--Mira al suelo, Celluci.

Juntos, inclinaron las cabezas y miraron con atención las baldosas de gris pálido e institucional, deslucidas por el paso de miles de pies. Cierta número de muescas e impresiones cruzaban su superficie de sombras, y más oscuras aún eran las marcas de media docena de talones de goma.

--Si la caja es tan maciza como la doctora Burke dio a entender --dijo Vicki, levantando la cabeza y mirando a Celluci a los ojos--, de una u otra forma habrá dejado su huella. Las ruedas de goma se desgastan. Las de metal se marcan.

Celluci asintió despacio.

--Entonces buscamos las señales que dejó al mover la caja. Sigue siendo un edificio grande...

--Sí, pero sabemos muy bien que no la llevó por las escaleras

--Vicki levantó su brazo e iluminó la linterna pasillo abajo--. Hay corriente, así que los ascensores tienen que estar funcionando. Buscamos justo fuera de ellos las marcas, y luego seguimos el rastro desde ahí.

Una sonrisa de aprobación se extendió sobre el rostro de Celluci.

--Sabes, eso es casi brillante.

Vicki soltó un bufido.

--Gracias. No necesitas parecer tan sorprendido.

Por ninguna otra razón, salvo que tenían que empezar por alguna

parte, comenzaron por el piso superior, el octavo. En el tercero, dieron con lo que estaban buscando: señaladas no sólo en las baldosas, sino también en la chapa de metal que conducía al ascensor, se hallaban las marcas de dos pares de ruedas con más de un metro de separación. En silencio, avanzaron por el pasillo y dejaron que la puerta se cerrara sibilante tras ellos.

Nadie apareció para investigar el ruido.

Reacia a usar la linterna arriesgándose a un prematuro descubrimiento, Vicki agarró el hombro de Celluci y le permitió que la guiara corredor abajo. Para su sorpresa, moverse en lo que para ella era total oscuridad era menos estresante que la furtiva visión que la linterna le había ofrecido. Aunque seguía tratando de escuchar pisadas aproximándose, la tensión que la acompañaba había disminuido. *O tal vez*, reconoció, agarrándose un poco más fuerte, *es sólo que ahora tengo un ancla*.

Cuando llegaron al primer cruce, incluso ella pudo ver el camino que debían tomar.

El blanco intenso de las luces fluorescentes se derramaba a través de la puerta abierta a lo largo del corredor.

Vicki sintió alzarse el hombro de Celluci mientras éste buscaba bajo su chaqueta, y oyó el inconfundible sonido del metal liberándose del cuero. Hasta ese momento, no se había dado cuenta de que él llevaba su pistola. Teniendo en cuenta la cantidad de problemas en que podía meterse por usarla, no podía creer que de verdad la hubiese sacado.

--¿No es eso un poco americano? --susurró ella, los labios casi tocando su oreja.

Él arrastró la espalda alrededor de la esquina e inclinó la cabeza hacia la de ella.

--Lo que la doctora Burke olvidó mencionar --dijo con un tono de voz destinado a llegar hasta ella solamente--, es que hay algo más deambulando por aquí, además de un científico loco y tu eh...

--Madre --le interrumpió de plano Vicki--. Está bien. --Sus sentimientos eran irrelevantes en la presente situación. *Y me limitaré a seguir diciéndomelo*.

--Sí, bueno, algo más mató a ese chico, y no vamos a correr más riesgos de los necesarios.

--Mike, si ya está muerto, ¿de qué servirá dispararle?

La voz de él sonó torva al responder.

--Si murió una vez, puede morir de nuevo.

--Entonces, ¿qué se supone que he de usar yo, lenguaje indecente?

--Puedes esperar aquí.

--Jódete. --Bajo la bravata, el miedo. *Sola no. No en la oscuridad. No aquí.*

Se abrieron camino hasta la puerta abierta. Vicki deshizo su presa sobre el hombro de Celluci llegados al borde de la luz.

--Cuenta hasta cinco. --El aliento de él batió cálido contra el lateral de su rostro, luego se lanzó a través del vano.

Los siguientes cinco segundos estuvieron entre los más largos que Vicki había pasado mientras cerraba los ojos, echaba atrás la cabeza apoyándola contra la pared y se preguntaba si tendría el valor de mirar. Al llegar a cinco, tragó con fuerza, abrió los ojos y miró alrededor y dentro del cuarto, consciente de que Celluci repetía sus movimientos del otro lado del umbral.

Incluso con los párpados entrecerrados contra el resplandor, a sus ojos les costó un momento dejar de lagrimear lo bastante para enfocarlos. Era un laboratorio. Era evidente que había sido usado hacía poco. Resultaba igual de evidente que había sido abandonado. Ocho años con la policía le habían enseñado a reconocer el delator desorden dejado atrás cuando los sospechosos tenían que largarse.

Con precaución se alejaron de la puerta, girándose despacio, y localizaron a la vez la caja de aislamiento, zumbando en mecánica soledad en el extremo más alejado del cuarto.

Vicki dio dos rápidos pasos hacia ella, luego se detuvo y obligó a su cerebro a funcionar.

--Si éste es el laboratorio original, sabemos que Catherine trasladó a Henry...

--Entonces Henry no está en esa caja.

--Tal vez está vacía.

--Tal vez.

Pero ninguno de los dos lo creía.

--Tenemos que saberlo con seguridad. --De alguna forma, sin que fuese consciente de ello, los pies de Vicki la habían llevado hasta estar a la distancia de un brazo de la caja. Todo lo que tenía que hacer era alargarlo y alzar la tapa.

*...y alzar la tapa. Oh, mamá, lo siento. No puedo.* Se despreció a sí misma por ser una cobarde, pero no pudo detener el repentino sudor frío ni la debilidad en las rodillas que amenazó con hacerla caer de bruces.

--Todo va bien. --No iba *todo* bien, pero aquéllas eran las palabras que pronunciar, así que Celluci las dijo mientras la rodeaba y ponía una mano sobre el seguro. Eso, al menos, podía hacerlo por ella--. No tienes por qué quedarte.

--Sí. Sí que tengo. --Podía ser una observadora pasiva, aunque sólo fuese eso.

Celluci escudriñó su cara, jurándose que alguien pagaría por el dolor que seguía abriéndose paso a través de las grietas en la máscara que ella llevaba, y levantó la tapa.

El aflojamiento de la tensión fue tan grande que Vicki se tambaleó y habría caído si Celluci no hubiera dado un paso atrás sujetándola. Se permitió un momento de descanso sobre su poderoso brazo, y luego se soltó de una sacudida. Desde el comienzo, había asegurado que iba a encontrar a su madre. *¿Por qué me siento tan aliviada de que no lo hayamos hecho?*

Incisiones de un púrpura viscoso, estrechamente cerradas con basto hilo negro, marcaban el desnudo cuerpo de un joven oriental con una desagradable forma de Y. Una serie de hematomas verde violáceos rodeaba la esbelta columna del cuello. Tubos de plástico se unían a ambos codos y a la parte interior del muslo. Atravesando la frente, en parte cubierta por una espesa mata de cabello negro ébano, otra incisión parecía haber sido cerrada con grapas.

Con el transcurso de los años, tanto Vicki como Celluci habían visto más cadáveres de los que querían recordar. El joven de la caja estaba muerto.

--Mike, su pecho... está...

--Lo sé.

Dos pasos adelante y ella estuvo lo bastante cerca para ponerse a un costado y rozar con las puntas de los dedos la piel sobre el diafragma. Estaba frío. Y subía y bajaba con la ayuda de algo que vibraba debajo de él.

--Jesús... hay un motor. --Retiró la mano y se frotó los dedos contra la chaqueta. Alzando la cabeza, vio a Celluci hacer el signo de la cruz--. La doctora Burke no dijo nada de esto.

--No. No del todo. --Se cambió la pistola a la mano derecha y la deslizó de nuevo dentro de la funda del hombro. No parecía que fuese a necesitarla de inmediato--. Pero algo me dice que hemos dado por fin con Donald Li.

Los ojos del joven se abrieron de golpe.

Vicki no podría haberse movido si hubiese querido hacerlo. Ni

pudo apartar la mirada cuando los oscuros ojos fueron de ella a Celluci y volvieron a mirarla.

Un músculo se movió detrás de las moradas magulladuras sobre el cuello.

Labios gris azulados se separaron.

--Mata... me...

--Santa María Madre de Dios, está vivo.

En la caja, los negros ojos se deslizaron despacio hacia Celluci de nuevo.

--No...

--¿No? ¿Qué demonios quiere decir no?

--Quiere decir que no está vivo, Mike --Vicki pudo oír a una parte de sí misma gritar. La pasó por alto--. Es como mi madre --*Manos extendidas contra el cristal. Boca moviéndose en silencio*--. Está muerto. Pero está atrapado ahí dentro.

--Mata... me... por favor...

Los dedos clavándose en el pliegue del codo de Celluci, Vicki retrocedió, arrastrándolo con ella. Se detuvo cuando el alto borde de acero inoxidable sustituyó el rostro de Donald por el suyo propio.

--Tenemos que hacer algo.

Celluci siguió con la mirada fija en dirección a la caja.

--¿Hacer qué? --preguntó ásperamente.

Vicki luchó por resistir el impulso de volverse y correr, dando gracias porque Celluci pareciese congelado en el sitio, pues no tenía la fuerza para detenerlos a ambos.

--Lo que pide. Tenemos que matarlo.

--Si está vivo, matarlo es un asesinato. Si está muerto...

--Está muerto, Mike. Él mismo dice que está muerto. ¿Puedes irte dejándolo así?

Ella sintió cómo el estremecimiento bajaba por todo el cuerpo de él, y apenas oyó su respuesta.

--Vicki, estamos fuera de nuestro terreno aquí. --Eso era materia de pesadillas. Ni demonios ni hombres lobo, ni momias ni un escritor de novelas rosa de cuatrocientos cincuenta años... eso. Había pensado que trece años trabajando en la policía lo habían preparado para ocuparse de cualquier cosa y que los sucesos del último año lo cubrían todo. Se había equivocado--. No puedo...

--Tenemos que hacerlo.

--¿Por qué? --Abrumado por el horror, su voz se elevó apenas por encima de un susurro.



--Porque lo hemos encontrado. Porque somos todo lo que tiene.

*Hay todo un mundo ahí fuera. Que otro se encargue de ello.* Pero cuando se volvió y miró a Vicki a la cara, no pudo decirlo. Reconoció la expresión de alguien muy cerca del límite de sus recursos, alguien que había sido golpeado demasiado duro y con demasiada frecuencia, pero también reconoció el gesto de determinación de su mandíbula. Ella no podía alejarse dejando a Donald Li atrapado en su prisión de carne muerta. Él no podía alejarse y dejarla. Aunque tuvo que obligar a su boca a formar las palabras, preguntó:

--¿Cómo lo hacemos?

Hablando despacio (si perdía sólo un poco el control, lo perdería del todo), Vicki expuso lo que sabían.

--Está muerto. Lo sabemos. Él lo dice. Pero su... --La mentalidad del siglo XX aumentaba la dificultad para expresar lo que estaba tan terriblemente claro-- su alma está atrapada. ¿Por qué? La única diferencia entre este cadáver y cualquier otro... --*excepto el de mi madre.* Sintió que empezaba a deslizarse hacia el precipicio. *¡No! No pienses en eso ahora--* es que alguien le ha dado una semejanza artificial a la vida. Por eso se halla atrapado.

--¿Entonces desenchufamos su soporte de vida?

--Sí. Supongo.

--Vicki. Uno de nosotros tiene que estar seguro.

Ella alzó la cabeza y encontró su mirada.

Después de un instante, él asintió.

--Hagámoslo.

No les llevó mucho tiempo desenganchar los tubos, el entrenamiento y la práctica poniendo distancia entre lo que tenía que hacerse y los sentimientos al respecto. Ninguno de ellos tocó el cuerpo más que cuando era del todo necesario. Cuando hubieron acabado, aunque Donald Li no dijo nada, vieron cómo seguía mirando hacia arriba con ojos muertos, y supieron que no había sido bastante.

--Deberíamos haberlo sabido. Los otros están de pie y caminando.

Entonces Vicki encontró la toma oculta bajo el espeso flequillo y siguió el cable hasta el ordenador. Entornó los ojos al leer el mensaje de Catherine sobre la pantalla, y trató de evitar que sus manos temblaran justo lo bastante para usar el teclado.

--Parece estar cargando programación dentro de... --Había un sólo lugar donde podía estar cargándose un programa--. De acuerdo. Hay muchas posibilidades de que si se puede cargar programación,

también pueda ser borrada. --Limpiándose las palmas sobre los muslos, se dejó caer en una silla.

--¿Estás segura de que sabes lo que estás haciendo? --preguntó Celluci, agradecido de tener una excusa para alejarse del horror de la caja--. Este sistema es más complicado que el equipo que tienes en casa.

--¿Cómo de complicado puede ser? --murmuró Vicki, anotando el fichero de destino--. Todo se reduce a unos y ceros. Además --añadió gravemente, pulsando el botón de reinicio--, ¿cómo podría empeorarlo?

Escudriñó el menú principal.

--Mike, ¿qué significa inicializar para ti?

--¿Algo así como empezar?

--Eso es lo que pensaba. --Bajo la lista de cosas que podían ser inicializadas se hallaba el código de destino del programa que había estado cargándose.

--¿Bien?

--Simplemente le he mandado que reinicialice el cerebro de Donald.

--¿Y qué más?

--Y eso debería borrarlo del todo.

--¿Estás segura?

--No, pero limpié mi disco duro así una vez. --Empujando la silla lejos del escritorio, Vicki se levantó y se subió las gafas--. Es de esperar que lo libere.

--¿Y si no lo hace?

Ella agitó la cabeza.

--No lo sé. --Si no funcionaba, tendrían que dejarlo ahí y esperar que, mientras el cuerpo se descomponía lentamente, pasara otro tanto con lo que fuese que lo mantenía en él. *Saber que estás muerto. Observar tu cadáver pudriéndose. Saber que ésa es tu única esperanza...* Reprimió con dureza la histeria que podía sentir alzándose. *Después, se dijo. Después, cuando Henry esté a salvo y mi madre esté... mi madre esté...*

*...mi madre esté...*

La voz de Celluci cortó el pensamiento.

--Ningún cambio.

--Dale un minuto. --Un paso cada vez, consiguió regresar junto a la caja y al lado de Celluci. Si él no hubiera vuelto delante de ella, no creía que pudiera haberlo hecho. Con el brazo apretado contra la

cálida resistencia de él, bajó la vista hacia la cara de Donald Li.

Ojos oscuros captaron su mirada y la devolvieron. Abrumada, Vicki ni siquiera intentó apartarla. De pronto, comprendió que por muy sobrecogedores que fueran su terror y repulsión, no eran *nada* al lado del terror que gritaba detrás de los ojos de Donald Li.

No tenía nada de lo que asustarse en comparación.

Cuando el miedo se desvaneció, la ira se alzó para ocupar su lugar. *¿Qué clase de persona podría hacerle esto a otro ser humano?* De repente, los ojos del hombre muerto se abrieron y, sólo por un instante, su expresión dejó paso a otra de incrédula alegría. Luego su faz perdió toda expresión. Vicki dejó escapar el aliento sin recordar haberlo contenido.

--¿Has visto eso?

--Sí.

--¿Alguna duda de que hemos hecho lo correcto?

--Ninguna.

Juntos alzaron las manos para coger la tapa y la cerraron.

Sólo en la oscuridad, Henry se preguntaba cuánta noche quedaba. A buen seguro había aguantado unas doce o más horas desde el ocaso. *¿Por qué no puedo sentir el alba?* Con el Hambre dando zarpazos para salir libre y el acero envolviéndole como un sudario, ansió el olvido del mismo modo que lo temía.

Había repasado todos los momentos con Vicki que recordaba. *Es injusto que un año se deslice a través de la memoria tan rápido.* Si bien algo de lo que habían compartido se había añadido al Hambre, la mayor parte había ayudado a hacerlo retroceder. Vicki le había entregado su vida, no sólo su cuerpo y sangre. Había fraguado amistad a partir de las circunstancias. Le había ayudado cuando la necesitaba. Había recurrido a él en busca de ayuda. Había confiado en él. Había obtenido confianza a cambio.

Pasión. Amistad. Necesidad. Confianza.

*En conjunto, amor.* Visto desde esa perspectiva, supuso que no era en realidad necesario que Vicki *dijera* que lo amaba. *Aunque habría estado bien oírlo...*

Trató de recordar cuántas veces había escuchado esas palabras. Un centenar de voces clamaron; voces de mujeres, voces de hombres... Las acalló a todas, explorando el pasado en busca del

destello del oro entre la escoria. Un millar, cien mil noches pasaron ante él, y de toda la pasión y amistad y necesidad compartida, sólo quedaron cuatro, tres mujeres y un hombre, con quienes había habido asimismo confianza suficiente para amar.

--Ginevra. Gustav. Sidonie. Beth. --Musitó sus nombres en la oscuridad. Tantos otros a los que había dejado ir, olvidado, mas a aquellos todavía los conservaba.

--Sólo cuatro en todos estos años...

Dos le habían sido arrebatados por medio de la violencia, uno por accidente, otro por el tiempo.

Podía sentir la melancolía acumulándose en una presencia tangible, amenazando con aplastarlo bajo su peso.

--Vicki. --Un quinto nombre. Un nombre vivo--. Y como suele decirse --aunque sabía que no serviría de nada, Henry empujó con su mano ilesa contra la tapa con tanta energía como le permitían el agotamiento y el dolor-- ... donde hay vida, hay esperanza.

Los músculos se tensaron, la negrura adquirió un matiz rojizo, entonces el brazo se desplomó sobre su pecho y el sonido de su corazón martilleando contra sus costillas casi lo ensordecía. No tenía ni idea de qué estaba intentando demostrar.

*¿Un último esfuerzo por amor?* Se revolvió un poco, cambiando su posición tanto como pudo, con el acolchado de plástico bajo él tirando de la piel desnuda de su espalda. *Al menos esta vez no seré el único que se queda atrás para lamentarse.*

La melancolía se tornó desesperación y estrechó helados dedos en torno a él.

Sería tan fácil rendirse.

*Soy Henry Fitzroy, duque de Richmond, el hijo de un rey.*

*Soy vampiro.*

Estaba demasiado cansado. Eso ya no era suficiente.

*Vicki no abandonaría.*

*Vicki no abandonará. No hasta que te encuentre. Apóyate en eso. Confía en ella.*

*Ella vendrá.*

Cristina había venido. Le había engendrado a partir de las tinieblas, alimentado, protegido, enseñado, y por último dejado ir.

*--Escucha lo que te dictan tus instintos. Henry. Nuestra naturaleza dice que cacemos solos. Éste es tu territorio, yo te lo entrego, y no me quedaré para luchar contigo por él.*

*--¡Entonces quédate y compártelo conmigo!*

Ella se limitó a sonreír, con cierta tristeza.

*Él atravesó toda la habitación y volvió a arrojarse de rodillas a sus pies. Hacía sólo un instante, habría finalizado el movimiento enterrando la cabeza en su regazo, pero en aquel momento, a pesar de su posición, fue incapaz de salvar esa distancia.*

*La sonrisa de ella se hizo aún más triste.*

*--El vínculo de tu creación casi se ha roto. Si me quedo --añadió suavemente--, muy pronto uno de nosotros expulsará al otro y eso destruirá incluso el recuerdo de lo que compartimos.*

*La voz del Cazador elevándose cada vez más en su cabeza le contó que ella decía la verdad.*

*--¿Entonces por qué --gritó-- me cambiaste, sabiendo que esto ocurriría? ¿Sabiendo que pasaríamos tan poco tiempo juntos?*

*Sus cejas de ébano bajaron mientras lo pensaba.*

*--Creo --dijo despacio--, creo que lo olvidé por algún tiempo.*

*La voz de él se alzó, resonando por las húmedas paredes de piedra de la torre abandonada.*

*--¿Lo olvidaste?*

*--Sí. Tal vez por eso somos capaces de persistir como raza.*

*Él inclinó la cabeza, los ojos cerrados con fuerza, pero su naturaleza ya no le permitía las lágrimas.*

*--Duele. Como si me cortaras el corazón y te lo llevaras contigo.*

*--Sí. --Sus faldas susurraron mientras se levantaba, y él sintió sus dedos tocándole el cabello en tierna bendición--. Tal vez por eso somos tan pocos.*

*Nunca la volvió a ver.*

*--Pero eso --le dijo a la oscuridad mientras la presa de la desesperación se estrechaba-- no va a ayudarme. --Sin duda había tiempos más agradables para emplear como armas contra el hecho de saberse atrapado, y solo...-- No. Ha habido prisiones y prisioneros antes --dijo con un gruñido--. Puedo sobrevivir.*

*Puedes sobrevivir a las noches, le susurró la desesperación, ¿pero qué hay de los días? Te han quitado tanta sangre... ¿Cuánta más te quitarán? ¿Cuánta más puedes perder y seguir teniendo una noche a la que regresar? ¿Qué más harán que serás incapaz de impedir?*

Con labios que dejaron al descubierto sus dientes, Henry trató de retorcerse para alejarse de la voz. Lo rodeaba, sonaba dentro de él, reverberaba contra el metal que lo encerraba.

*--Vicki...*

*Ella no sabe dónde estás. ¿Y si no te encuentra a tiempo? ¿y si no aparece?*

--¡NO!

Soltó su presa sobre el Hambre y dejó que la Bestia se apoderara de él mientras intentaba liberarse a zarpazos.

Era todo lo que le restaba para luchar.

--Mientras funcionen, no tenemos ninguna garantía de que vaya a dejar a Henry en un lugar --Vicki entornó los ojos en el brillantemente iluminado interior del ascensor y apagó su linterna--. Puede llevarlo rodando por todo el edificio con nosotros dos pasos detrás al estilo de una mala película de los hermanos Marx.

--¿Entonces los bloqueamos? --preguntó Celluci, atravesando el umbral, con el mismo tono de no-me-jodas de su compañera. El simple hecho de que los dos siguieran funcionando ya le parecía alguna clase de milagro. *Atribuyámoselo a la capacidad de luchar del animal humano.*

Vicki negó con la cabeza y golpeó el botón al subsótano con fuerza bastante para casi quebrar la tapa de plástico.

--No es suficiente. Los ascensores se hallan en extremos opuestos del edificio. Ella puede desbloquearlos tan rápido como los atasquemos. Vamos a pararlos.

--¿Cómo?

--Cortando el suministro de energía del edificio.

--Repito, ¿cómo?

Vicki se giró para mirarlo con ojos entrecerrados.

--¿Cómo demonios voy a saberlo? ¿Tengo aspecto de electricista? Buscaremos el cuarto de electricidad y tiraremos del enchufe.

--Metafóricamente hablando.

--No emplees esa pose de mierda conmigo, Celluci.

--¿Pose? Nelson, tienes un temperamento de todos los diablos.

--¿Temperamento?

--¿Quieres una pose?

Sus voces se superpusieron, atronando contra las paredes que los confinaban y rebotando de vuelta. Las palabras se perdieron en el alboroto y fueron despojadas de significado. Pie con pie, se irguieron y se gritaron invectivas el uno al otro.

El ascensor llegó al subsótano. Se detuvo. La puerta se abrió.

--¡...gilipollas paternalista!

El eco cambió. Las palabras volaron hacia la oscuridad y no regresaron.

Se dieron cuenta a la vez y a la vez se callaron.

Vicki temblaba tan violentamente que no estaba segura de poder resistirlo. Sentía las piernas como si fueran pasta hervida y una banda de metal le envolvía tan apretadamente la garganta que respirar dolía y tragar era imposible. Las gafas se habían deslizado tan abajo de la nariz que eran casi inútiles. Miró con atención por encima de ellas, a través del túnel al que la enfermedad había reducido su visión, y trató de enfocar el rostro a sólo unos centímetros del suyo. Su mano se alzó para subírselas de un golpe, pero en lugar de eso siguió moviéndose hasta rozar el rizo de pelo, apartándolo de la frente de Celluci. Le oyó suspirar.

Despacio, él levantó el brazo y, con un dedo contra el puente, deslizó las gafas hasta su sitio de nuevo.

--¿Estamos bien?

El aliento de él era cálido contra su mejilla. Ella asintió nerviosamente y dio un paso atrás, fuera del alcance de aquel consuelo.

--¿Qué hay de las huellas? --preguntó él.

Ella encendió la linterna y salió al subsótano, un poco sorprendida de que sus piernas obedecieran incluso tan elementales órdenes.

--Buscaremos huellas después de que inmovilicemos a Catherine.

Celluci se detuvo por un instante en el umbral del ascensor, impidiendo con su presencia que la puerta se cerrase.

--Desconectemos la energía del edificio --dijo--, y desconectaremos cualquier otro experimento que ella pueda estar llevando a cabo.

Vicki se paró medio volviéndose para mirarlo.

--Sí.

Él se dio cuenta de la cruda ira con que escupió la palabra. Se dio cuenta porque él mismo la sentía. No tenía nada que ver con la vitriólica contienda que habían mantenido en el ascensor (que no había sido otra cosa que tensión a la que habían puesto voz), y todo que ver con el horror que habían hallado en el laboratorio. Quería dar con quienquiera que hubiera sido el responsable, cogerlo por la garganta y... No había palabras para lo que quería hacer.

Durante la última semana, capa tras capa del control de Vicki, de

su protección, había sido arrancada. Temía que no quedara nada para impedir actuar a su rabia.

Temía que, si encontraban a Henry de la forma en que habían encontrado a Donald Li, se lanzaría derecha al abismo y él no sería capaz de detenerla. Temía aún más que ni siquiera lo intentase.

En el segundo piso, en un armario trasero que compartía pared con la caja del ascensor, Marjory Nelson accionó los músculos de su rostro en lo más parecido a un ceño que podía componer. Oía voces.

Voces.

Voz.

Conocía aquella voz.

Le habían ordenado que esperara. Era una de las órdenes implementadas por la red neuronal. Una de las órdenes que había grabado un profundo surco en la memoria.

*Espera.*

Temblando, se levantó...

*¡Espera!*

...caminó arrastrando los pies hacia la puerta...

*¡ESPERA!*

...la abrió y salió tambaleándose al pasillo.

Había algo que tenía que hacer.

## \_\_\_\_\_ 14 \_\_\_\_\_

--Centralita. Agente de policía Kushner.

--¿Es la... comisharía?

--Sí, señora, lo es.

La doctora Burke inspiró profundamente y, pronunciando con mucho cuidado, dijo:

--Me gustaría hablar con el de-tective Fergusson, por v... por favor.

--La pondré con homicidios.

--Hágalo. --Los ojos casi cerrados, la doctora Burke se venció



contra el auricular.

--Homicidios. Detective Brunswick.

--Bien. De-tective Fer-gusson, por favor.

--El detective Fergusson no está aquí ahora mismo, ¿puedo ayudarla?

--¿No está aquí? --Hizo rodar el auricular por su boca, lo bastante lejos para poder mirarlo con aturdido odio--. ¿Gedice, no está aquí?

Antes de que recordara que la otra parte tenía que estar contra la oreja, se había perdido la mitad de la contestación del detective Brunswick.

--...pero puedo dejarle un mensaje.

--¿Un menshaje? --Bebiendo a sorbos su whisky, se tomó un momento para pensar acerca de ello--. Bueno, iba a... confeshar. Hay teorías que afirman que la confeshión es neces... aria. Pero si no está... allí, quizá no lo haga.

La voz del detective Brunswick adoptó una clara inflexión de sigámosle-la-corriente-al-chiflado.

--Si me dice su nombre, puedo decirle que le ha llamado.

Poniéndose más o menos erguida en la silla, la doctora Burke declaró en tono cantarín:

--Soy la Directora de... Cienciash de la Vida. Él sabe quién soy. Todo el mundo sabe... quién soy. --Luego colgó.

"Allá... él. --Quitó la chaqueta de Donald del escritorio, poniéndosela sobre el regazo--. Me siento de verdad... fatal por eshto, Donald. Voy a compensarte... lo. Verás. --De alguna forma, una idea se abrió camino a través de una botella y media de whisky--. Sabes, si la caja de aislamiento está en marcha entonces la refrigeración está en marcha y problamente estás frío. --Asiendo desesperadamente el brazo de la silla, consiguió ponerse de pie--. Si estás frío, vas a querer tu chaqueta. --Acabar el trago de whisky de la taza casi la hizo caer. Se tambaleó, se estabilizó, y se dirigió hacia la puerta--. Voy a llevarte tu... chaqueta.

En alguna parte, muy por debajo de las capas de aislamiento proporcionadas por el alcohol, una voz aterrorizada chilló:

--¡No!

La doctora Burke la pasó por alto.

--¿Cuántos cuartos de electricidad puede tener un piojoso

edificio? --Respirando pesadamente, Vicki salió de espaldas al pasillo, tratando de alumbrar con la linterna en todas las direcciones a la vez. Su voz salió raspando a través de sus dientes en un tenso susurro--. Cada vez que abrimos una puerta, espero encontrarme a mi madre detrás de ella.

Celluci alargó la mano y la cerró sobre su hombro, cogiendo con la otra su muñeca y dirigiendo el haz de luz lejos de sus ojos. Lo último que necesitaban era que los dos fuesen deambulando ciegos.

--Déjame a mí abrir las puertas --sugirió con calma, volviéndose para mirarla.

--No --negó ella con la cabeza--. No lo entiendes. Es mi madre.

--Vicki... --Entonces suspiró porque en realidad no había nada que pudiera decir que cambiase las cosas, y si la idea de abrir una puerta y encontrarse con Marjory Nelson mirándoles fijamente con ojos de cadáver lo acojonaba, sólo Dios sabía lo que suponía para Vicki. Donald Li había sido bastante horrible, pero Marjory Nelson estaba, como la doctora Burke les había recordado de forma tan amable, de pie y caminando. De pie, caminando y muerta. Pero si Vicki tenía las agallas para afrontarlo, él lo afrontaría a su lado. Además, por mucho que pudiera desear que Henry Fitzroy nunca hubiese aparecido en escena, no podía abandonarlo a la clase de muerte en vida en la que Donald había sido atrapado--. Desconectemos la energía, encontremos a Fitzroy, y salgamos de aquí.

Ella asintió, sin mover apenas la cabeza, el movimiento más pretendido que real, y se retorció librándose de las manos de Celluci. Las sombras se cernieron sobre ella, tratando de minar el precario equilibrio que mantenía. *Vamos a encontrar a Henry. Para hacerlo, vamos a confinarlo en un piso. Así que vamos a corlar la energía. Luego vamos a hacer pedazos este lugar, piso por piso. Vamos a encontrar a Henry. No le fallaré. Como le fallé a mi madre. Mientras se aferrara a eso, podía funcionar.* Que las sombras se esforzasen lo que quisieran.

El aire en el subsótano olía a cemento húmedo, herrumbre y desuso, y el edificio mismo (crujiendo, asentándose, escondiendo secretos) hacía más ruido que ellos dos; aunque el sonido de su respiración parecía persistir allí por donde pasaban. Los cuartos a la derecha del corredor estaban situados contra la pared de fuera, de forma que cada uno de ellos tenía que ser comprobado; la puerta se abrió, la luz alumbró el interior, aceptado el potencial horror. Habían dado con dos pequeñas subestaciones eléctricas con paneles que

decían "laboratorios cuatro" "laboratorios tres" y "clase uno", pero no habían tocado los interruptores.

--*Todo a la vez*--había gruñido Vicki--. *Así no la advertiremos.*

Quedaba una puerta antes de doblar la esquina; una puerta, un cuarto y habrían terminado con el lado norte del edificio. Celluci comprobó su reloj mientras se apresuraban hacia ella. *¿Once y diecisiete? ¿Tan poco les había llevado?* Todavía tenían alrededor de la mitad de la noche. No tanto, se corrigió al darse cuenta de que puede que fuera *todo* el tiempo de que disponían.

Una sombra cuadrada de tono más oscuro a la altura de los ojos, metal abollando las cuatro esquinas, indicaba la ausencia de un cartel. Una barra de seguridad apoyándose holgadamente sobre una guía de acero sugería que la habitación había contenido antes algo importante que guardar.

--Podría ser ésta. --Soltando la barra de un estirón, Vicki tiró de la pesada puerta hasta abrirla. Los goznes mal engrasados chirriaron, como era de esperar, una estridente protesta que arañó contra el interior de su cabeza como uñas sobre una pizarra. Apretó los dientes y blandió el rayo de la linterna como una guadaña a través de la negrura.

Algo se movió justo más allá del límite de la luz.

Ella se quedó inmóvil. El círculo de luz se detuvo con ella.

Justo más allá, algo volvió a moverse.

Todo lo que tenía que hacer era apuntar la linterna menos de un metro a la izquierda. Todo lo que tenía que hacer...

La única y desnuda bombilla que colgaba del techo recortó negras siluetas en torno a una compleja disposición de tubos. A un metro de distancia en el suelo, un encorvado cuerpo marrón de cola desnuda desapareció por una hendidura imposiblemente estrecha.

Vicki recordó cómo respirar.

--Rata --dijo, porque tenía que decir algo.

--O un ratón entrenándose para las Olimpiadas --reconoció Celluci, tapando todavía con la mano el interruptor de la luz. Se humedeció los labios y trató de hacer bajar el corazón desde la garganta--. Estoy empezando a pensar que encontrarla sería mejor que el constante temor a hacerlo.

Limpiándose los lagrimeantes ojos, Vicki combatió el nudo de su estómago. *¡No vas a vomitar!*, se ordenó, tragando bilis. Tras un instante, alzó la cabeza y murmuró:

--Estoy empezando a pensar que tienes razón. --Se subió las

gafas de un golpe--. Sin duda se trata del cuarto de los aspersores de incendios. No es lo que estamos buscando.

Fuera en el pasillo, se detuvo y dijo, antes de que él pudiera seguirla:

--Deja la luz encendida.

Él llegó a su altura cuando estaba a punto de comprobar el primer cuarto de la pared oeste. Frunciendo el ceño, recorrió con la mirada entornada el corredor, tratando de reconocer el brillo de metal pulido que había atraído su atención.

--Vicki, hay un candado en aquella puerta de allí.

Vicki se giró. El cono de luz que salía de su mano no llegaba lo bastante lejos. No sólo no podía ver ningún cerrojo, sólo contaba con la palabra de Celluci de que allí había una puerta.

--Mi experiencia me dice --siguió él-- que uno cierra con candado las habitaciones en las que no quiere que entre gente.

--O que salga --añadió Vicki--. Vamos.

A diferencia de la entrada al cuarto que acababan de dejar, esta puerta conservaba su cartel. *Peligro. Alto voltaje. Prohibida la entrada.*

--Hay muchas posibilidades de que éste sea el cuarto de electricidad --entregó a Celluci la linterna--. Ten. Toma esto. Voy a necesitar las dos manos --Vicki rebuscó hasta sacar sus ganzúas del bolso--. No la muevas--. Poniéndose sobre una rodilla, abrió el estuche con un golpecito y sacó las dos ganzúas más largas.

Las manos le temblaban tan violentamente que no pudo meter ninguna en la cerradura.

Su segundo intento fue igual de infructuoso.

En el tercero, se le cayó una de las varillas. Rebotó en su rodilla, resonó contra las baldosas y fue a detenerse con la parte doblada sobre la puntera del zapato de Celluci. Vicki se quedó observándola fijamente. Luego miró ceñuda al resto de las ganzúas, cogidas con tanta fuerza que las yemas de sus dedos habían palidecido bajo las uñas, se dio la vuelta de repente y las lanzó por el pasillo.

--¡Maldición!

No podía impedir que sus manos temblaran. No había manera de que pudiera forzar aquella cerradura. *Al cuerno lo de encontrar el puto cuarto de la electricidad.* Iban a cortar la energía. Evitar que trasladaran a Henry de piso a piso. Iban a destrozar el edificio planta a planta. Iban a encontrar a Henry. Tenía que aferrarse a eso. Era todo lo que tenía. *¡Salvo que todo está desmoronándose!* Quiso golpear su cabeza contra la puerta y chillar de miedo y frustración.

Como si él hubiese leído su mente, Celluci tendió una mano y la ahuecó bajo su barbilla, girándola con suavidad para hacer que lo mirara.

--Déjame probar.

No confiando en sí misma para hablar, ella asintió y se enderezó, ofreciéndole el resto de las ganzúas.

--No. No es exactamente mi estilo. --Devolviéndole la linterna, añadió:-- Espera aquí.

Desapareció antes de que ella pudiera protestar, y por un aterrador momento pareció que la oscuridad lo había devorado. Antes de que hiciera girar la luz, se había marchado más allá de su alcance. De pronto, con un familiar chirrido de metal, el extremo más alejado del pasillo se reveló, si no enfocado, al menos dentro de su campo de visión.

*¿Qué demonios está haciendo en el cuarto de los aspersores?*

Un instante después, sin molestarse en cerrar la puerta detrás de él, volvió doblando la esquina, sosteniendo con ambas manos...

*¿...un trozo de tubería?*

Ella se apartó de su camino mientras él regresaba, metía un extremo de la tubería entre la caja y el asa del candado, y lo aseguraba contra el metal que cubría la puerta. Inspirando profundamente, arrojó su peso contra el otro extremo.

La tubería se clavó en la puerta, doblando el metal.

El rostro de Celluci se ensombreció, mientras profería un inarticulado gruñido de desafío, agradecido por tener finalmente donde lanzar toda la adrenalina de la noche producida por el terror.

La barra de seguridad cedió lentamente.

--¿Mike?...

--Ahora... no.

Poco a poco los tornillos se soltaron.

--Sólo... un poco... más...

La barra cedió de súbito, proyectándolo hacia atrás mientras todo el ensamblaje se estrellaba contra el suelo. Se tambaleó, a punto de caer, y se apoyó jadeando sobre la tubería.

Vicki dio un paso adelante y recuperó su caída ganzúa de debajo del amasijo.

--Desde luego, tu estilo de allanar moradas es algo más directo que el mío --musitó secamente.

Celluci tragó aire.

--Desde luego.

Sorprendidos por la total normalidad de la conversación, se miraron fijamente por un momento, y luego los labios de Vicki se curvaron en lo que casi era una sonrisa, mientras tendía la mano y le quitaba el rizo de pelo de la frente.

--Bien, entonces --alargó las palabras, sintiendo parte de la desesperación irse con ellas-- démosle gracias a la testosterona.

Celluci resopló, se irguió y dejó caer la tubería.

--Personalmente, me sorprende que no sacaras un paquete de goma dos de esa maleta que llevas. --Quitando la barra de seguridad convertida en chatarra de en medio, abrió de un tirón la puerta y anduvo a tientas rodeando la esquina en busca de la luz.

Sin duda alguna habían dado con el cuarto de la electricidad.

Y con algo más.

--Vicki...

Ella luchó por controlar su voz.

--Lo veo.

El olor de la sangre lo sacó del pozo al cual el agotamiento lo había arrojado y dejó libre al Hambre de nuevo.

Alguien, algo, estaba golpeando el interior de la caja.

--¿Henry? --llamó Vicki, poniendo un pie delante del otro sin una decisión consciente que pudiera recordar.

No hubo respuesta... sólo el continuo golpear.

No podía ir por él. En caso de que fuera una respuesta.

--Vicki, déjame...

--No. Esto es algo que tengo que hacer yo.

--Por supuesto que lo es --gruñó Celluci, luchando contra la parálisis que le producía el hecho de ver la caja de acero inoxidable, y haciéndose a un lado detrás del hombro izquierdo de ella. *Maldición, Vicki, ¿por qué no puedes volverte y correr? Para que yo pueda hacer lo mismo.*

Ella observó su reflejo haciéndose mayor a medida que se aproximaba. Cuanto más cerca estaba, más distancia le exigía su mente hasta que, sin llegar a tocar la caja, se detuvo, clavó la mirada en sus propios ojos y se puso derechas las gafas, sintiendo como si

toda la experiencia se hubiese deslizado fuera de la realidad.

*Ni siquiera veo películas de miedo, se dijo. ¿Qué diablos estoy haciendo de protagonista en una?*

Contempló su brazo alzándose, su mano cubriendo el seguro, sus dedos retorciéndose ligeramente hacia un lado...

La tapa se abrió de repente, apartándole la mano de un golpe.

Pudo entrever un pálido rostro enmarcado en cabello pelirrojo. Entonces, antes de que pudiera reaccionar, algo negro y pesado se abalanzó sobre ella y la hizo retroceder tambaleándose, ciega. Frío y húmedo, se envolvió estrechamente alrededor de su cabeza y sus hombros con obscena familiaridad. Con la garganta bombeando agudos sonidos de incoherente terror, trató de arrancárselo con despavorido frenesí.

Por fin, cuando el terror comenzaba a llevarse parte de la protección de la rabia, se soltó de un tirón y lo lanzó contra el suelo. Sus gafas, sujetas sólo por una patilla, empezaron a caer, y el temor que su pérdida la hizo volver a la cordura mientras se las colocaba de un empujón.

A sus pies yacía un montón de cuero negro.

La guerrera de Henry.

De pronto, como si el reconocimiento hubiera aporreado un interruptor, fue consciente del gruñir, maldecir, y del impacto de carne sobre carne. Enrollando la correa de su bolso sobre su muñeca (era la única arma que tenía) se giró con rapidez a tiempo para ver a Celluci interponer una pierna entre su cuerpo y el de Henry, y usarla para lanzar a éste a través del cuarto.

Desnudo hasta la cintura, el torso de Henry relucía como el alabastro, con magulladuras amatista marcando la parte interna de ambos brazos. Utilizó el impulso del golpe para rodar hasta ponerse de pie y, rugiendo, cargó de nuevo.

Celluci gruñó bajo el impacto y lanzó su codo contra el lateral de la cabeza de Henry... sin resultado aparente.

En una o dos ocasiones durante el último año, Vicki había podido entrever lo que yacía detrás de la máscara de civilización que llevaba Henry. Se había (incluso cuando el sudor frío perlaba su piel y el sentido común gritaba "¡Corre!") visto atraída por un poder tan mortal y tan apenas mantenido bajo control.

La había advertido una vez:

*—La bestia se halla mucho más cerca de la superficie en mi especie.*

La bestia estaba suelta.

Celluci apenas había advertido que la caja estaba abierta cuando se encontró tendido plano sobre la espalda y luchando por su vida. Había golpeado el suelo con las manos de Henry Fitzroy alrededor de su garganta y sólo había resistido aquellos primeros segundos porque una mano, hinchada y casi inútil, no había sido capaz de mantener su agarre.

Con el antebrazo izquierdo empujando el mentón de Fitzroy, y su mano derecha tratando de desgarrar los dedos que aplastaban su tráquea, Celluci experimentó una súbita, ineludible Epifanía con respecto a los vampiros.

Había vislumbrado la realidad el pasado agosto, cuando Mark Williams murió, pero aquello había sido fácil de enterrar en la enmarañada mezcla de reacciones que Henry suscitaba. Incluso a través de sus celos, había reconocido y respondido al poder personal de Fitzroy. El respeto había sido inevitable cuando detener a Anwar Tawfik los había puesto juntos. Otras emociones, menos sencillas de definir, habían sido, en su mayor parte, pasadas por alto.

En aquel momento, todo lo que resumaba era supervivencia.

*Es más fuerte. Más rápido.* El frenesí del ataque le deparó una ocasión. Poniendo el pie en la parte superior de la pelvis de Fitzroy, Celluci lo lanzó a través de la habitación. Menos de un latido después, el vampiro cargaba contra él de nuevo.

--¡Joder!

Las uñas se clavaron en su mejilla. Sabía que la piel se había roto por la intensidad de la respuesta de Fitzroy. Retorciendo la cabeza de forma frenética hacia un costado, oyó chasquear los dientes junto a su oreja. *¡Nunca me fijé en que sus jodidos dientes fueran tan endiabladamente largos!*

*Soy carne para él.*

*Soy hombre muerto.*

*Esto no es nada que le hayan hecho. ¡Está buscando sangre!* Su respuesta emocional insistía en que se lanzase a la pelea, arrancando a Henry de la garganta de Celluci. Una reacción más visceral sugería



que corriera por su vida. Avanzó pisando con fuerza hacia ambos y se quedó de pie temblando donde estaba *¡Maldición, Vicki, piensa! ¡Recuerda lo que te contó!*

Había hablado acerca de su deseo de alimentarse como si se tratase de una fuerza separada del resto de él... una fuerza sobre la que tenía que ejercer un cierto control consciente.

*De acuerdo. Ha perdido el control. Está hambriento.* No era una deducción difícil; su necesidad era algo tangible, golpeando contra las paredes del pequeño cuarto. *Esos bastardos probablemente han estado sacándole sangre para hacer pruebas todo el día. La sangre es todo lo que Henry tiene. Tiene que recuperarla. Desgarrará la garganta de Mike para hacerse con ella.*

*Entonces le ofreceré una fuente más accesible. Una con la que no tenga que luchar.*

Poniéndose de rodillas, Vicki volvió del revés su bolso, buscando su cuchillo.

Mike Celluci era un hombre grande en excelente forma física, su velocidad y fuerza mejoradas por el conocimiento cierto de que si perdía, moría.

Por fortuna para él, Henry Fitzroy no sólo estaba debilitado por la pérdida de sangre, sino también exhausto y herido por los esfuerzos del Hambre por liberarse.

Lo cual sólo postergaba lo inevitable.

Sangrando por media docena de heridas, quemándole el aliento en la garganta, chascándole las articulaciones mientras los dientes de Fitzroy seguían acercándose pese a todo, Celluci supo con fría certeza que estaba perdiendo. Y no había ninguna maldita cosa que pudiera hacer al respecto.

La sangre goteándole en la mano, Vicki corrió atravesando el cuarto, sepultó sus dedos en el cabello de Henry y le echó la cabeza atrás.

Celluci sintió retirarse unos labios contra su piel, y el imperceptible beso del miedo. Entonces el enfebrecido contacto se rompió de forma brusca, y los dientes hendieron el aire en el hueco entre la mandíbula

y el cuello.

Vicki se sentó a horcajadas sobre ambos hombres y tiró de nuevo, con más fuerza.

Aullando, Henry se puso sobre sus rodillas.

Sin la presa sobre su cabello ella habría perdido el equilibrio, pero logró rodearle con el brazo, la sangre empapándole el puño de la camisa y goteando al suelo, y empujó la herida contra el rostro de él.

Gritó cuando sus dientes abrieron aún más la carne y los dedos de su mano buena se aferraron casi al hueso. Entonces gritó otra vez mientras él empezaba a sorber, moviendo desesperadamente la boca sobre su muñeca.

Vagamente consciente de Celluci arrastrándose libre, se medio deslizó por el cuerpo de Henry hasta arrodillarse detrás de él, pasando la mano libre de su pelo a su hombro. Los ojos cerrados, pudo sentir la sangre dejar su cuerpo, su urgencia atrapándola y arrastrándola, pudo sentir cómo empezaba a perderse en su Hambre. Había sido un receptor pasivo la última vez que ella le había hecho beber su sangre. Aunque podría ser que su necesidad no fuese en aquel instante mayor, estaba lejos de ser pasivo.

Aquello contenía una realidad que quemaba, que consumía los recuerdos de todas las veces que Henry se había alimentado.

Los ojos de ella se abrieron de golpe cuando él, gruñendo con frustración, echó su muñeca a un lado y se giró con violencia para mirarla. Ella se mecía hacia atrás. Él la siguió, labios y dientes teñidos de carmesí, los ojos compeliéndola a ofrecer su garganta, a entregarse.

Ella sintió cómo su mentón comenzaba a alzarse y lo obligó a bajar de nuevo.

--¡Y un cuerno! --El gutural susurro llegó justo hasta él--. Te alimentarás de donde yo te deje. --Puso su mano izquierda entre ambos, dejando una estela de serpentinas escarlata en el aire.

No era bastante. La sangre brotaba demasiado despacio. Golpeó la herida echándola a un lado, puso sus dientes contra la suave carne del cuello, y aspiró el fuerte aroma de la vida.

Vida...

Conocía esta vida.

Entonces el Hambre rugió llevándolo adelante, fuera de control, y sus dientes perforaron la piel.

Recibió un fuerte golpe en el costado. Soltó su agarre, se retorció mientras caía y aterrizó sobre la espalda, alzando la vista hacia el varón de pelo oscuro que osaba separarlo de su presa.

Otro golpe. Agarró la pierna y lo arrojó lejos, poniéndose de rodillas en el mismo movimiento.

Vicki dio un respingo cuando Celluci chocó con la pared, pero mantuvo sus ojos sobre Henry. Sólo por un segundo, había sentido vacilar al Hambre. Podía llegar a él. Tenía que llegar a él. Era la única oportunidad para los tres.

Con la mano derecha haciendo de torniquete por encima de la herida (por el dolor que sentía, sospechaba que sus dientes habían desgarrado una abertura significativamente mayor que su incisión inicial), volvió a ofrecer su izquierda.

Él se dispuso a lanzarse sobre ella, se frenó, y lentamente alzó la mirada desde la sangre que manaba hasta su rostro.

El Hambre se encabritaba y retorcía, pero lo mantuvo a raya, sacando fuerzas de la sangre que había tomado ya. Sacando fuerzas de la sangre de ella.

--¿Henry?

Henry. Sí. Un nombre con el que atar al Hambre. Obligó a sus labios a formular un nombre que le ayudara a volver a enjaularlo.

--Vicki.

Ella arrugó la frente cuando se tambaleó y se arrastró hacia él, todavía de rodillas.

--Henry, tienes que seguir alimentándote. Apenas has tomado todo lo que necesitas. Además... --miró su muñeca y volvió a apartar de prisa la vista--. Además --repitió--, estamos desperdiciándola sobre el suelo.

Henry gimió y se derrumbó.

Vicki lo cogió, untándole la espalda con sangre. Sujetándolo desmañadamente, sacó las piernas de debajo de él y lo puso sobre su regazo.

--No... --Él le apartó la muñeca cuando se la puso contra la boca. El breve paladeo de ella casi catapultó a la libertad al Hambre. El olor de la sangre por sí solo hizo temblar barricadas levantadas a toda prisa--. No me fío... de mí.

Ella volvió a ponerle la muñeca contra la boca, y la sangre escurrió sobre labios cosidos manchando sus mejillas. Que se encontrase demasiado débil para detenerla sólo corroboraba su argumento.

--Oh, en nombre de Cristo, Henry, deja de ser un mártir. Yo confío en ti.

Lo sintió vacilar, luego notó sus labios separarse. La carne desgarrada envolvió su brazo en punzantes líneas de dolor mientras él se apretaba contra ella y empezaba a chupar. Sus músculos se tensaron, pero logró no retirarse y poco a poco la familiar cadencia echó a un lado el dolor, y su cuerpo respondió con algo muy parecido a la lasitud poscoito. Descansando la mejilla contra la parte superior de la cabeza de Henry, suspiró.

--Qué bonito --gruñó Celluci, mirando furioso la escena y limpiándose la sangre de la cara--. El amor lo conquista todo. --Jadeando a través de los dientes, se acucilló junto a ellos y miró con atención lo que podía ver de la cara de Vicki--. ¿Estás bien?

Cogida en la incesante succión del necesitado Henry, no se molestó en levantar la cabeza, ni siquiera se habría molestado en responder si la preocupación en su voz no hubiera exigido una respuesta.

--Estoy bien. --Y entonces, comprendiendo con retraso que Celluci se merecía algo más que eso, añadió--. Creo que estoy bien.

--Estupendo --cambió de posición. De alguna forma, aquello era más íntimo que verlos hacer el amor. Apenas resistió el impulso de agarrar a Henry y encerrarlo de nuevo en la caja de aislamiento--. ¿Cómo sabes cuándo ha tenido bastante?

--Él lo sabrá. Parará.

--¿Sí? ¿Y si necesita más de lo que puedes darle?

Vicki suspiró de nuevo, pero esta vez la espiración sonó de una forma del todo diferente.

--No tomará más de la que puedo darle.

Celluci alargó la mano hacia la abierta tapa de la caja y se ayudó de ella para ponerse en pie.

--Me perdonarás si no tengo demasiada fe en ello. Hace unos minutos estaba dispuesto a matarnos a los dos.

--Eso era entonces...

--¿Y esto es ahora? Muy profundo, Vicki. Una chorrada muy profunda. O para en quince segundos o lo arranco de la teta.

--No será necesario, detective. --La afirmación, aunque apenas audible, no dejaba espacio para la duda. Henry, habiéndose retirado lo justo para hablar, volvió a aplicar sus labios sobre la herida, juntando los bordes de la carne desgarrada a fin de que el agente coagulante de su saliva actuase. Podía sentir la vida de Vicki envolviéndolo y, aunque lo último que deseaba en aquel preciso momento era soltarse de ella, seguir alimentándose sólo serviría para ponerlos en peligro a ambos. Ella moriría por la pérdida de sangre y él moriría al perderla. Había tomado toda la que iba a tomar.

Era la segunda vez que ella lo había salvado. La primera vez no conocía los riesgos y, vencido por el demonio, el Hambre había yacido en la oscuridad con él más allá de cualquier deseo de control. Esta vez, ella sabía lo que estaba ofreciendo y lo ofrecía pese al Hambre rugiendo libre. *Quería oíría decir te quiero. Acabo de oírlo.*

¿Y qué le había dado a cambio?

--Lo siento, Vicki. --Apoyó la cabeza contra su pecho, conservando la poca fuerza que había recuperado--. Puedo detener la mayor parte de la hemorragia, pero no reparar el daño. Vas a necesitar otra ropa.

Vicki se miró la muñeca y el estómago se le retorció.

--Dios --tragó bilis--. Parece que debería doler mucho más de lo que lo hace--. Entonces, de repente, lo hizo--. Oh, maldición...

Celluci sacó la camisa de Henry fuera de la caja y se puso de rodillas.

--Creo que *Dios* casi lo resume todo. Joder, Fitzroy, ¡eres un maldito animal!

Henry sostuvo la tempestuosa mirada del detective con ojos calmos.

--No cuando puedo evitarlo --dijo con tranquilidad.

--Sí. Bueno --Celluci desvió la mirada primero, enterrando su confusión (*Casi nos mata a los dos. Le abre con los dientes un agujero jodidamente enorme. ¿Y yo siento pena por él?*) en la acción de vendar el brazo de Vicki--. Tienes suerte --gruñó mientras empezaba a liar la camisa de Henry alrededor de la herida--. Tiene un aspecto feo, pero no creo que haya ningún tendón dañado. Mueve los dedos.

--Duele.

--Muévelos de todas formas.

Mascullando tacos en voz baja, Vicki hizo lo que le mandaba, en tanto los tres observaban con ansiedad el movimiento de los dedos.

--Lo que yo te decía. --El alivio hizo que los propios dedos de Celluci temblasen mientras ataba el grueso vendaje, sosteniendo en alto una manga en cada mano--. Las usaremos como cabestrillo, para inmovilizarlo, pero vas a ir a urgencias tan pronto como salgamos de aquí. --Vicki inclinó la cabeza mientras él anudaba los puños detrás de su cuello y descansaba su mejilla por un momento contra su cabello, de forma muy similar a cómo ella había hecho antes con Henry... que seguía recostado apoyándose en su brazo bueno--. Creí... --Había creído que ella iba a morir al apartar de una patada los dientes de su cuello. Había creído que era suicida por parte de ella ofrecerse a sí misma de nuevo. Y cuando de hecho había funcionado, había creído... había creído... Ya no sabía qué pensaba--. Creí que todo había terminado --concluyó débilmente y se sentó sobre sus talones. *Y si me pregunta qué quiero decir con todo, no sé qué decirle.*

Entonces sus ojos se ensancharon, y trató de disimular la risa.

Henry lo miró sorprendido y se levantó hasta adoptar una temblorosa pero casi erecta posición sentada.

Las cejas de Vicki bajaron de golpe.

--¿De qué coño te estás riendo? --le preguntó.

Celluci agitó una mano hacia los dos y siguió riéndose por lo bajo.

--Sólo por un minuto, me acordaba de la Piedad de Miguel Ángel. Ya sabes, la estatua de la Virgen sosteniendo el cuerpo de Cristo sobre su regazo.

--¿Y no te parezco un Cristo apropiado? --preguntó Henry.

Celluci echó una prolongada mirada al otro hombre (a las magulladuras, al horror que seguía acechando en aquellos ojos color avellana, a la mezcla de juventud física y vejez espiritual, al casi visible sentido del yo, ahora vuelto a colocar firmemente en su sitio) y negó con la cabeza.

--En realidad --dijo--, en lo que respecta a Cristos, los he visto peores. Pero la Virgen... --La risita retornó ante la indignada mirada de Vicki--. Pero con el papel de la Virgen sin duda alguna se han equivocado.

Los labios de Vicki se crisparon.

--Despreciable hijo de puta --empezó a decir. Entonces se interrumpió y se rió a carcajadas.

Lo cual lanzó a Celluci sobre el borde del precipicio.

Henry vaciló, los nervios a flor de piel y no del todo seguro de si

debería sentirse insultado cuando Vicki no se sentía, u ofendido por una blasfemia que no pretendía serlo... aunque la honestidad le obligó a admitir que Celluci tenía bastante razón. Incapaz de resistir la purga de emociones, se unió a ellos.

Si bien parte de la risa sonaba ligeramente histérica, todos coincidieron en pasarlo por alto.

--¡Eh, Fergusson! ¿Qué estás haciendo otra vez aquí, amigo?

--Olvidé algo. --El detective Fergusson cogió una larga y estrecha bolsa de papel de su escritorio y sacó una botella de gel de baño con forma de tortuga ninja el tiempo suficiente para que el otro hombre la identificara--. Mi hija me envió de vuelta a por esto. Me informó de camino a la cama de que las promesas rotas producen ampollas.

--¿Qué años tiene ahora, cuatro? ¿Cinco?

--Cinco.

El detective Brunswick agitó la cabeza.

--Cinco años y ya te tiene preguntando lo alto que has de saltar. Amigo, cuando sea adolescente, te va a tomar el pelo.

Fergusson resopló, embutiendo bolsa y botella dentro del bolsillo de su chaqueta.

--Para entonces puede que su madre reduzca la velocidad. --Se inclinó y entornó los ojos sobre la nota de color rosa encima de una pila de informes como si fuera una guinda--. ¿Qué diablos es esto?

--Es sólo una borracha llamándote para confesar.

--¿Confesar qué?

--El hundimiento del Lusitania. El asesinato de JFK. La repatriación de la Constitución. No lo sé. No quiso confesármelo a mí.

--Santo Dios, ¿por qué siempre me tocan a *mi*?

Brunswick sonrió abiertamente y le dio un golpe a la pistola.

--Porque eres toda una monada.

--Que te jodan también --murmuró Fergusson distraídamente, leyendo el mensaje--. ¿Directora de Ciencias de la Vida?

--Parecía pensar que debería saber quién era ella. De hecho, me dijo que todos sabían quién era --contempló el rostro del otro hombre por un instante y su sonrisa desapareció--. No creerás que en realidad tenemos algo, ¿no?

--No lo sé. --Estrujó el papel y se lo metió en el bolsillo junto al gel de baño de su hija, su expresión parecida a la de un sabueso

mordisqueando un hueso--. Tal vez --Entonces se encogió de hombros y suspiró--. O tal vez no.

--Ni siquiera habéis empezado a convencerme de que no tengamos que sacar el trasero de aquí ahora mismo --refunfuñó Celluci--. Tú --dio con el dedo a Henry-- estás funcionando con medio depósito. Y tú --el dedo se movió para agitarse delante de la nariz de Vicki-- , has perdido casi litro y medio.

--No tanto --protestó Vicki, aunque por la forma en que se sentía, no estaba tan segura.

Celluci no le hizo caso.

--Los *tres* tenemos aspecto de haber sufrido varias guerras. Salgamos de aquí y dejemos que la policía acabe con esto.

--Mike...

--Nada de *Mike*. Y quiero esa muñeca tuya examinada por un doctor antes de que se gangrene y tengas que cortarte la jodida mano.

--La herida no se infectará --dijo Henry con tranquila convicción--. Y yo voy a ir al laboratorio. --Tendió ambos brazos. Aunque los hematomas habían pasado del púrpura al verde y los huesos rotos de su mano habían empezado a soldarse, las marcas de agujas seguían siendo muy evidentes--. Si, según decís, Catherine no me trasladó hasta avanzada la tarde, todas las muestras, todos los resultados de las pruebas, estarán allí. Tienen que ser destruidos.

--Oh, vamos, Fitzroy --dijo Celluci soltando un suspiro--. Nadie va a creer nada de lo que esta gente diga después de que su intento de jugar al doctor Frankenstein haya sido descubierto.

--No puedo correr el riesgo.

Celluci miró a Henry, luego a Vicki, y de nuevo a Henry; entonces se pasó enérgicamente las manos por el pelo.

--Dios, sois los dos iguales. Está bien, está bien, iremos.

--He dicho que yo iba a ir --explicó Henry--. No tenéis que venir conmigo.

--Y un cuerno --le dijo Celluci de modo terminante--. Hemos pasado por demasiado para encontrarte. No vas a desaparecer de nuestra vista hasta que te volvamos a meter en aquel maldito armario por la mañana. ¿A no ser...? --Alzó una expresiva ceja.

Henry esbozó una media sonrisa.

--Los dos estáis completamente a salvo. Aunque sigo teniendo



hambre, la sangre de Vicki ha sido más que suficiente para recobrar el control.

La mano de Celluci fue a parar de forma involuntaria al lugar de su cuello en el que le habían rozado los dientes de Henry. Con gran enfado, convirtió el movimiento en un gesto brusco hacia el cableado y los paneles eléctricos de la pared.

--¿Aun así vamos a cortar la energía?

Vicki asintió y al instante lamentó haberlo hecho, mientras su cabeza parecía querer seguir cayendo.

--Las razones para hacerlo no han cambiado. Si hay alguno más de esos... experimentos en este edificio, quiero pararlos. --Hizo una pausa y tragó saliva con dificultad. La doctora Burke había dicho que su madre estaba de pie y caminando. No sería tan fácil desactivar a su madre; verla morir por segunda vez--. Deberíamos tener unos cuarenta y cinco minutos de alumbrado de emergencia... lo cual no es que me preocupe demasiado. Tiempo suficiente para llegar al laboratorio, hacer lo que tenemos que hacer, y salir. Luego la policía puede ocuparse del resto--. Encontró la mirada de Celluci y la sostuvo--. Lo prometo.

--Muy bien. --Se movió hacia el rincón del cuarto donde una gruesa tubería de plástico salía de la pared y desaparecía en una caja de metal de treinta centímetros de lado--. Éste es el tubo de alimentación principal, así que ésta debe ser la caja principal que desconectar.

Próxima a él, Vicki miró con atención por encima de su hombro.

--¿Cómo lo sabes? Creía que tu padre era fontanero.

--Es cosa de hombres, no lo enten... ¡Ay! Maldita sea, Vicki, ése era el último trozo de carne sin magullar que me quedaba.

--Quedaba --repitió Vicki, encendiendo su linterna--. Limítate a tirar de la llave.

La llave, de treinta centímetros de largo y comida a todo lo largo por la herrumbre, se negó a rendirse tan fácilmente.

--Esta cosa --gruñó Celluci, cargando su peso sobre ella-- no ha sido movida desde que cablearon el edificio. --Consiguió hacerla bajar hasta un ángulo de cuarenta y cinco grados, pero no pudo hacerla pasar de ahí--. Necesito algo para hacer palanca. La tubería que usamos en el cuarto...

--¿Me permites? --Henry se puso delante de Celluci, aferró la llave con largos y pálidos dedos, y la hizo bajar de golpe en un sólo y fluido movimiento, haciéndola chocar contra el tope.

La luz del cuarto de la electricidad se apagó.

--Creía que no habías recuperado toda tu fuerza --Celluci entornó los ojos ante el círculo de luz que arrojaba la linterna de Vicki.

Henry, que había dado un paso atrás para proteger sus sensibles ojos, se encogió de hombros, olvidando por el momento que no podía ser visto.

--No lo he hecho.

--Dios mío. ¿Cuánta fuerza tienes?

Resistiendo el impulso de jactarse, para cobrar mayor ventaja sobre un rival que de alguna forma se había convertido en mucho más, Henry se contentó con un comentario diplomático.

--No la bastante para liberarme por mí mismo. --Lo cual, a fin de cuentas, no era más que la verdad.

Catherine frunció el ceño al mirar por el microscopio. Tenía que haber una forma de usar las propiedades regeneradoras de las células del vampiro para prolongar la limitada vida de sus bacterias. Una vez hallada, podría preparar nuevas bacterias a la medida para número nueve y evitar que se descompusiera como todos los demás. Alzó la vista y lanzó una sonrisa al otro lado del cuarto hasta donde él se encontraba pacientemente sentado, observándola desde el borde de la cama.

De pronto, las luces se apagaron y el constante zumbido de su ordenador fue engullido por el silencio que sobrevino junto con la oscuridad.

--¡Es ella! --Catherine aferró la mesa con fuerza con ambas manos hasta que el mundo se estabilizó--. Ella lo ha hecho. Quiere que mueras. --Volcando su taburete, se levantó tropezando hasta la puerta, los brazos rígidamente tendidos delante de ella. Manipuló a tientas la cerradura por un momento y salió al pasillo.

En cada ángulo del corredor, las luces de emergencia activadas por batería proporcionaban iluminación suficiente para moverse.

--Esto ha ido demasiado lejos. Tenemos que ir al laboratorio. Vamos --lo llamó por encima del hombro--. La detendremos juntos.

Número nueve apenas podía distinguir su figura en el umbral. Se puso de pie y se arrastró despacio hacia ella.

Juntos.

Deseó poder verla mejor.

La mirada saltando de una sombra a la siguiente, en busca de la doctora Burke, Catherine nunca advirtió que los ojos de número nueve brillaban ahora en la oscuridad con la débil fosforescencia de la putrefacción.

## \_\_\_\_\_ 15 \_\_\_\_\_

La súbita oscuridad arrojó a la doctora Burke contra la pared, el corazón en la garganta, las palmas hormigueándole del sudor. Podía sentir la sacudida de adrenalina devorando la distancia inducida por el alcohol y luchó por calmarse. Estar sobria, en ese edificio, no formaba parte de su plan.

--Lo sabía, sabía, sabía que tenía que haber traído el reshto... de la seg... unda botella --habló a solas, su voz casi perdida en el tramo de garganta, dientes y labios que tenía que cruzar antes de poder franquear su boca.

La igualmente repentina aparición de torrentes de luz activados por batería en cada extremo del pasillo dio lugar a un victorioso ondear de la chaqueta de Donald.

--¡Ja, ja! ¡Demos gracias a la moderna ingeniería! La energía se apaga, las luces de emergencia... se encienden. ¡Hurra! Lo hicieron condenadamente bien, además --continuó, avanzando entre traspiés de nuevo--. No encontraría el maldito laboratorio... de otra forma. Deambularía por aquí durante... días. Puede que incluso... meses.

Entornó los ojos mirando al final del pasillo.

--Hablando de... lo cual. ¿Dónde demonios estoy? --Le llevó un momento de concentrado esfuerzo reconocer la intersección en forma de T que se acercaba. El ala izquierda, luego de cruzar un aula y bajar un pequeño tramo de escaleras, era un callejón sin salida, creía, pero la derecha, con algo de suerte, la llevaría por fin a la puerta trasera del laboratorio. La pequeña puerta de madera daba al almacén; nunca la habían usado, pero la doctora Burke se había encargado desde el

principio de llevar la llave.

--Tal vez supiese que algo como esto iba... a ocurrir --le confió a un extintor--. Tal vez simplemente me estaba... preparando para cuando el corcho de Cathy la loca saltara.

*¿Y estabas preparada, preguntó la voz de la razón, para lo que le ha sucedido a Donald?*

Ni siquiera una botella de whisky de malta podía acallar la voz, pero volvía muy sencillo desoírla. Eso hizo la doctora Burke.

Mientras Vicki veía las luces de emergencia como blancas puntadas en una negra mortaja, al parecer sus compañeros encontraban en ellas iluminación más que suficiente. Dado que Henry necesitaba tan poca luz, lo probable era que pudiese ver con bastante claridad, y ella sabía por experiencia que Celluci tenía una visión nocturna superior a la media. Dios, cuánto los envidiaba; ser capaz de moverse con libertad sin temor a dar un paso en falso o a chocar, ser capaz de ver movimiento en las sombras a tiempo para...

¿Para qué?

Vicki hizo a un lado la pregunta y se concentró en no dejar atrás el círculo de luz. Aunque mantenía el haz de la linterna pegado al suelo delante de ella para no cegar a los dos hombres, dejó que una pequeña parte se superpusiera sobre Henry. Después de todo lo que habían pasado (todo por lo que los tres habían pasado), no iba a dejarle tropezar en la oscuridad sólo por culpa de sus enfermos ojos.

Henry estaba a salvo.

Lo habían salvado.

Su madre estaba muerta, pero Henry estaba vivo y a salvo con ellos.

Eso compensaba muchas cosas.

Respirando pesadamente, la mano de Celluci metida bajo el codo de su brazo bueno, siguió al pedacito de Henry que podía ver por el hueco de una escalera y alzó la vista entrecerrando los ojos ante el rojo alfilerazo en la negrura que tenía que ser la señal de salida.

--Chicos, ¿estáis seguros de que éste es el piso correcto?

--Lo estoy. --La voz de Henry sonaba plana y carente de tonalidad--. El hedor a muerte corrompida es más fuerte aquí.

--Henry... --Soltándose de Celluci, Vicki alargó la mano y le tocó suavemente en la cadera con el lateral de la linterna--. Va a ser peor

en el laboratorio. --Le habían hablado de Donald abajo en el cuarto de la electricidad. Los tres habían necesitado un momento para recuperarse después de contarlo--. Puedes esperar en el pasillo si crees que va a ser demasiado intenso.

--Es sólo una cuestión de grado --le dijo Henry de forma brusca, sin volverse. Podía ver el contorno de la puerta al final del pasillo--. Igual me da entrar en el laboratorio porque no puedo oler nada más incluso aquí--. Entonces echó una mano atrás y le rozó con los dedos la calidez de su mano, suavizando su tono--. Se nos ha pasado a todos el tiempo de correr. Ahora es el momento de afrontar esos últimos temores y...

--Y largarnos de aquí --terminó Celluci--. Lo cual no haremos si seguimos aquí de chachara. Vamos. --Asió a Vicki de nuevo y la arrastró hacia delante, obligando a Henry a ir en cabeza o ser atropellado. Si perdían velocidad, nunca conseguirían que aquello acabara. No había deseado tanto ver algo concluido en mucho tiempo--. No puede ser peor que la última visita, para cualquiera de nosotros.

Vicki tensó la mano alrededor del cilindro de la linterna, dando gracias por que la empuñadura fuera de goma maciza y rugosa. Su palma estaba tan húmeda que un material resbaladizo se le habría escurrido directamente de la mano. *Afrontar nuestros últimos temores. Oh, Dios, espero que no.*

El laboratorio (quizá por ser un cuarto tan grande, quizá porque después de un siglo de renovaciones el edificio simplemente solía desafiar a la lógica) poseía su propia luz de emergencia.

--Bien, gracias a Dios por los pequeños favores --murmuró Celluci mientras entraban--. No me gustaría mucho estar en la oscuridad con eso.

Vicki dejó que su luz lamiera sobre *aquello*, la caja de acero inoxidable brillando por un momento y luego deslizándose en la sombra de nuevo. Todo el horror yacía ya en el recuerdo, pues el cuerpo que contenía la caja de aislamiento estaba muerto sin más, y ya habían tratado con la muerte antes. *En realidad está sinceramente muerto.* Reprimió una risita y pisoteó con fuerza el pensamiento. Sería aterradoramente sencillo perder el control.

Henry hizo caso omiso de la caja y recorrió deprisa y a grandes pasos la habitación hasta el único ordenador restante, con la guerrera ondeando detrás de su desnudo torso. Con la energía cortada, no tenía forma de saber si contenía los ficheros relativos a él mismo, pero

tenía que dar por sentado que si Catherine había hecho las pruebas en ese laboratorio, entonces había introducido los datos en esa máquina.

--Fitzroy.

Se volvió, con los dedos envolviendo ya un puñado de cables.

--Puede que quieras llevarte esto de aquí también --Celluci le ofreció la cartera que había cogido del suelo, con varios documentos de identidad metidos desordenadamente--. No le demos al detective Fergusson una posibilidad de sacar partido de lo obvio.

--Gracias. --Una rápida comprobación, y Henry se lo metió todo en el bolsillo de la chaqueta--. Si la policía lograra relacionarme con todo esto, habría tenido que desaparecer. --Una de las comisuras de su boca se retorció en la dirección del detective--. Tal vez deberías haber dejado la cartera en el suelo.

Celluci contestó con un tono y una expresión idénticos.

--Tal vez debería haberlo hecho.

Colocando los cables, el monitor y el teclado con cuidado a un lado, Henry alzó la torre del ordenador sobre su cabeza y la arrojó contra el rincón tan fuerte como pudo.

Catherine dio un respingo al oír el plástico hacerse añicos, abriendo de golpe unos ojos imposiblemente grandes.

--Es ella. Está destrozando las cosas. --Sus dedos se cerraron en torno al brazo de número nueve, dejando marcas en la cada vez más maleable carne--. ¡Tenemos que detenerla!

Número nueve dejó de moverse, obedeciendo a la presión. Haría lo que ella quería.

Desde el laboratorio situado más adelante llegó el sonido de más destrucción, de piezas pequeñas haciéndose más pequeñas todavía hasta que estuvieron más allá de toda esperanza de reparación.

--Muy bien --Catherine se puso de puntillas y apoyó su frente en el cráneo de número nueve justo debajo de donde las grapas mantenían la tapa de los sesos en su sitio--. Éste es mi plan. Yo la distraeré, haré que me persiga y la despistaré en los pasillos. Tú entra y coge a Donald. Debería poder funcionar fuera de la caja a estas alturas. No dejes que nada te detenga.

No podía sentir el aliento de ella, cálido contra su oreja y cuello (los nervios bajo la piel nunca se habían regenerado), pero podía

sentir su proximidad y aquello bastaba. Tendió una mano y le palmeó con torpeza el brazo.

--¡Sabía que podía contar contigo! --Le apretó la mano a su vez, sin sentir los minúsculos huesos moviéndose de sus sujeciones, los tendones y ligamentos empezando a ceder--. ¡Vamos!

Mientras Henry destrozaba el equipo en pedazos cada vez más pequeños y Celluci partía en dos diversos disquetes, Vicki, con la linterna metida bajo su barbilla, hojeaba montones y montones de hojas impresas.

--¿Encuentras algo? --preguntó Celluci, alargando la mano hacia otro trozo cuadrado de plástico.

Vicki negó con la cabeza.

--En su mayoría son registros de electroencefalogramas.

Estiró el cuello y miró con atención el papel dividido en dos por una huella de picos y valles de tinta negra.

--¿Cómo demonios lo sabes?

Ella resopló.

--Llevan una etiqueta.

--¡Basta!

Los tres se giraron bruscamente.

--¡Deteneos ahora mismo!

La linterna de Vicki apenas permitió distinguir un pálido círculo de rostro y pelo, sobre un rectángulo más pálido de bata de laboratorio, en el umbral situado en el extremo más alejado de la larga habitación.

--¡Basta! ¡Basta! ¡Basta! --La furia y la locura eran estridentemente obvias en su voz.

--Catherine. --Saltando por encima de los destrozos a sus pies, Henry cargó hacia delante.

La figura en el umbral desapareció.

--¡Fitzroy!

--¡Henry!

Él no les hizo caso, absorto en la cacería. Esa loca lo había aprisionado, torturado, dejado solo en la oscuridad; era suya. Sabiendo lo que era, evitaría hundirse en el vacío de sus ojos. La abatiría. Su sangre no estaba manchada aun cuando su mente lo estuviera. Y ella le debía sangre.

Pese a su velocidad, no del todo recuperada, pero todavía mayor

que la de un mortal, la perdió de vista al llegar al pasillo. Su olor yacía sepultado bajo el persistente hedor a muerte corrompida, que no sólo impregnaba el aire, sino que cubría el interior de su boca y nariz como una ponzoñosa capa de aceite. *Podía* oír su vida, así que corrió tras ella.

Pero el sonido se convirtió en una culebreante e incierta pista, fácil de perder en el laberinto de cuartos y pasadizos y, estando tan habituado a cazar por medio de la vista y el olfato, Henry encontró más difícil de lo que creía posible reducir la distancia. Su vida se acercaba, pero penosamente despacio.

*La locura presta fuerza a las piernas aunque destruya la de la mente.* No podía recordar quién se lo había dicho, hacía muchos años, pero parecía que la locura brindaba ligereza de pies así como fuerza, pues Catherine seguía eludiéndolo, aprovechándose de las peculiaridades del edificio para obtener ventaja.

Doblando una esquina, yendo a través de un aula y saliendo por una pequeña puerta que sólo alguien con un profundo conocimiento del edificio sabría que existía, el latido del corazón de ella lo guió. El alumbrado de emergencia ofrecía tramos de luz demasiado brillante que se alternaban con bandas de sombra mucho más cómodas para sus ojos. Estaba empezando a cansarse, protestando su cuerpo por lo que le estaba exigiendo tan pronto, tras el castigo que había padecido. La sangre de Vicki no podía hacer mucho más.

En el instante antes de huir, Catherine había reconocido al vampiro y no le había costado mucho darse cuenta de que no podía dejarlo atrás. Su conocimiento del edificio era su única ventaja y, aunque ello evitaba una confrontación inmediata, pronto vio que no era suficiente para quitárselo de encima.

No tenía ni idea de lo que haría cuando por fin la cogiera, ni le importaba. Sus únicos pensamientos eran sobre número nueve y cómo se había visto obligada a dejarlo solo y superado en número en el laboratorio. Tenía que volver junto a él.

Rodeando una esquina, la luz de emergencia atrajo su atención y resbaló hasta detenerse. La pesada batería contenida en la base había resultado ser demasiado para el antiguo yeso y el listón que se suponía sujetaría los tornillos, y el aparato había cedido saliendo de la pared. Soltando aire, saltó hacia él y enganchó las puntas de los



dedos sobre una estrecha tira de metal.

Henry siguió la vida de Catherine rodeando otra esquina, y a lo largo de un corredor mucho más oscuro que el resto. Su latido se hizo más fuerte. Entonces la vio perfilada contra el gris institución de la pared; encogiéndose, acorralada.

Sus labios se retiraron mostrando sus dientes y el Cazador rodeó a su presa.

Ella se irguió, dejando de tapar con el cuerpo el objeto que mecía en sus brazos.

La brillante luz blanca lanzó clavos de metal ardiente sobre sus ojos sensibles a la noche. Gritando de dolor, Henry cayó hacia atrás, con las manos levantadas, una barrera inefectiva ahora que el daño había sido causado. La oyó pasar delante de él, respingó cuando la vida de ella le rozó con sus mellados bordes, y no pudo seguirla.

Celluci había dado tres presurosos pasos en pos del vampiro a la carrera, había visto que quedaba atrás rápidamente y se había detenido.

--¡Maldito sea! --Lanzó el disco que sujetaba contra la pared, con tanta fuerza como fue capaz, y se encontró con que sus sentimientos no se veían aliviados en absoluto por su destrucción--. ¡Después de todo lo que hemos pasado para poner su trasero fuera de peligro, ese condenado hijo de puta no muerto se nos escapa corriendo!

Vicki se limitó a mover la cabeza, la mano empuñando con fuerza el cilindro de su linterna. Aunque el sonido de su propio latido casi la ensordecía, se sintió sorprendentemente calmada.

--No es --dijo con suavidad-- como si fuese un león domesticado.

Celluci se volvió hacia ella, pasándose las dos manos por el pelo.

--¿Y qué diablos se supone que significa eso?

--Es de un libro infantil. Lo usaba para describirlo la pasada primavera, cuando nos encontramos.

--Magnífico, simplemente magnífico. Te vas de excursión literaria por la calle de los recuerdos, mientras Fitzroy se larga. --Dio otro paso hacia la puerta, luego cambió de idea, se giró de pronto y avanzó pisando fuerte hasta ella--. Vicki, ya está. Nos vamos de aquí. --El

sentimiento de traición pesaba más que la preocupación--. Si Fitzroy es capaz de salir a la carrera como una especie de ángel vengador chupasangre, puede arreglárselas sin nosotros cerca y...

De repente, se dio cuenta de que ella no le estaba escuchando. Lo cual, de por sí, no era especialmente insólito, pero su expresión, apuntando fija hacia el haz de la linterna, era una que sólo había visto en su rostro una vez con anterioridad... aproximadamente una hora y media antes, cuando habían abierto el ataúd de metal y Donald Li había abierto los ojos.

Helándosele la carne entre los omóplatos, se giró.

De pie en el umbral se hallaba una parodia de hombre.

Ella le había ordenado que rescatara a Donald. No había dicho nada de la gente que estaba más allá de la caja, así que número nueve los pasó por alto.

Se arrastró hacia delante.

La mano derecha de Celluci se elevó y esbozó rauda una señal de la cruz.

--Aquella chica, la testigo de la noche en que mataron al chico, dijo que fue estrangulado por un hombre muerto.

La criatura continuó arrastrando los pies hacia delante, creciendo su hedor a cada paso.

*Un hombre cuerdo correría.* Pero pies y piernas se negaron a obedecerle.

--Esta tiene que ser la cosa que mató al muchacho.

--Hay bastantes probabilidades --convino Vicki, con voz que sonaba como si la hubiese forzado a salir entre dientes cerrados--. ¿Y qué vas a hacer? ¿Arrestarlo?

--Oh, muy graciosa. --Sin quitar los ojos de la vacilante obscenidad, se movió lateralmente hasta que su hombro tocó el de ella; el calor de otra vida se volvió de repente importante--. ¿Qué crees que quiere?

La sintió encogerse de hombros.

--Tengo miedo de imaginarlo.

La criatura llegó a la caja de aislamiento y alargó una mano hacia el seguro.

--¡Un cuerno! --Apenas consciente de que se estaba moviendo,

Celluci cargó sobre ella. Después de todo lo que había pasado para salvar a Donald Li (después de lo que Donald Li había pasado), que le colgasen si dejaba que el chico fuese arrastrado de vuelta a las filas de los no muertos. *Las filas de los no muertos... ¡Jesús! Suena como el anuncio de un telefilme.* Se paró sobre las punteras ante el extremo de la caja y rugió:

--¡Vamos! ¡Aléjate de ahí!

Aquello no le hizo caso.

--¡Maldito seas, he dicho que te alejes! --No recordaba haber sacado su pistola, pero ahí estaba en su mano--. ¡Sepárate de la caja! ¡Ahora!

Reconociendo por fin alguna clase de amenaza, giró la cabeza y miró directamente hacia él.

*Coge a Donald. No dejes que nada te detenga.*

Número nueve se quedó mirando fijamente al hombre junto a la caja. La voz era imperativa, pero las palabras no eran palabras que tuviera que obedecer.

*No dejes que nada te detenga.*

Las palabras no eran suficientes para detenerlo. El hombre podía ser pasado por alto.

Volvió su atención de nuevo hacia el seguro, tratando de cogerlo con los dedos.

Lo peor de todo no era el gris tumba de la piel, los labios y yemas de los dedos de un negro verdoso, ni la línea de grapas a través de la frente, ni siquiera las evidentes señales del triunfo de la descomposición. Lo peor de todo era que había alguien ahí dentro... que no sólo una inteligencia, sino una personalidad existía dentro de la ruina.

Temblando violentamente de horror, piedad y repulsión a partes casi iguales, Celluci sujetó la pistola con la mano izquierda y, susurrando un "Salve María" a través de unos labios secos, apretó el gatillo. El primer disparo erró el blanco. El segundo rozó la parte posterior del cráneo de la criatura con bastante fuerza para hacerla girarse, y fue a parar contra la curva de la caja de aislamiento. No tuvo oportunidad de disparar un tercero.

El golpe lo alcanzó justo debajo del hombro, haciéndolo chocar

con los tres tanques de oxígeno alineados bajo la ventana. Perdió la pistola, vagamente consciente de cómo se alejaba deslizándose por el suelo, y vio a Vicki abalanzarse rodeando el extremo de la caja, alzando la linterna como una maza.

Vicki había contemplado el avance de Celluci hacia la criatura con un curioso distanciamiento. Era como si, cuando la había visto aparecer en la entrada y comprendido qué era y qué no era, un interruptor de sobrecarga se hubiese disparado y ya no pudiera reaccionar, sólo aguardar. Su boca se había movido para responder, pero su mente se había desconectado. Después de los últimos días de constante agitación interna, ataques y contraataques, y nada más que histeria general, la paz y tranquilidad eran muy agradables. Mantuvo el rayo de luz sobre la criatura mientras ésta avanzaba arrastrándose, y se negó a preguntarse a qué estaba esperando.

Creía entender lo que movía a Celluci a tratar de impedir la apertura de la caja, pero no parecía importarle. Le oyó hablar, pero las palabras se enmarañaron y perdieron su significado. Cuando él sacó la pistola, lo único que ella sintió fue una moderada sorpresa.

Sus músculos se contrajeron con el primer disparo, su cerebro rebotó adelante y atrás entre sus orejas. La detonación del segundo la sacó de su reclusión, despertándola de golpe.

Vio alzarse el brazo de la criatura y a Celluci salir volando. Comenzó a moverse antes de que golpeará el suelo. Manteniendo el haz apuntado a lo largo de su camino hasta que estuvo bastante cerca para actuar a ciegas, levantó la pesada linterna como una maza y golpeó con violencia. Sintió el contacto extrañamente amortiguado.

Aunque había llegado tan cerca que el hedor levemente dulzón de carne en descomposición la envolvió, en realidad no podía ver a la criatura a la que hacía frente. *Y gracias a Dios por los pequeños favores.* Ya era bastante aterrador desde lejos. Por desgracia, tampoco pudo ver el golpe en respuesta.

Con un sólo brazo para equilibrarse, cayó duramente, más preocupada por aferrarse a su único medio para ver que de parar su caída. Chocó con el suelo, rodó, y se aplastó la muñeca herida contra el mismo.

Celluci la oyó jadear de dolor mientras se lanzaba de nuevo sobre

la criatura. *¿Qué estás haciendo?*, chillaba la parte todavía racional de su cerebro. Pero aunque admitiese que la pregunta era digna de ser considerada, la noche había ido demasiado lejos para que la escuchara.

Con un sordo chapoteo, su hombro se clavó en las costillas del ser, obligándolo a retroceder hacia la puerta. Cayeron juntos, se enzarzaron, rodaron. Perdió la noción del tiempo, perdió la noción del lugar, perdió la noción de sí mismo hasta encontrarse mirando hacia el techo del pasillo mientras su columna se aplastaba contra las baldosas. Gruñó en tanto los pesados músculos de su espalda absorbían en su mayor parte, mas no todo, el impacto. Trató de liberarse pataleando. Se sintió alzado. Arrojado contra una pared de estanterías. Deslizado sobre ellas hacia abajo. Vio una puerta cerrarse. Y de pronto se encontró solo en la oscuridad.

Número nueve había puesto al último intruso en la caja. A ella le había complacido. Así que encontró una caja para este intruso también.

Apretando con ambas manos, dobló la cosa redonda de metal hasta que dejó de girar.

Ahora el intruso se quedaría en la caja.

Sin duda se trataba de un armario... aunque no es que importara mucho. Celluci se lanzó contra la puerta. No se movió. Y cuando, soltando tacos en italiano, halló por fin el tirador, éste no giró.

Vicki se alzó apoyándose sobre las rodillas, dándole vueltas la cabeza. Supuso que los sonidos del choque que había oído eran los de Celluci y la criatura, pero en aquel momento era físicamente incapaz de acudir en su ayuda. Encorvada sobre su brazo herido, sintió arcadas, y luchó contra las oleadas de vértigo que amenazaban con tirarla de bruces al suelo otra vez.

¡Maldita sea, Vicki, ve con él! ¡Mike te necesita! Así que has perdido un poco de sangre, vaya una mierda. No es la primera vez. ¡Levántate!

Jadeando a través de los dientes apretados, tanteó en busca de la

linterna y de pronto se dio cuenta de que no estaba sola.

Su visión consistía únicamente en una estrecha senda a lo largo del suelo, iluminada por la linterna y limitada por la enfermedad que había arruinado su vista. Por dicha senda se arrastraba un par de pies con zapatillas nuevas de atletismo con cierres de velero. Más allá del horror, Vicki se quedó inmóvil, incapaz de moverse, incapaz de pensar, incapaz de apartar la mirada mientras los pies se arrastraban hacia ella. Cuando se detuvieron, pudo ver también los pantalones de gimnasia que cubrían las piernas desde las rodillas hasta los tobillos. La criatura junto a la caja llevaba pantalones como éstos, pero todavía podía oír los sonidos de la pelea...

Por fin, cerró los dedos en torno a la empuñadura de goma y, aferrándose a ella como a un talismán, lentamente se obligó a enderezarse.

Su madre bajó los ojos hacia ella, mirándola de forma muy parecida a como lo había hecho un millar de veces antes. Salvo que, esta vez, su madre estaba muerta.

Sintió la razón escabullírsele y gateó desesperada, aferrándose a sus bordes. Ésta era su madre. Su madre la amaba. Muerta o no, su madre nunca le haría daño.

Entonces los muertos labios se separaron y una boca muerta pronunció su nombre.

Demasiado.

Henry oyó el alarido, se giró, y corrió hacia él. Aún medio cegado, su sentido del olfato inútil en los corredores saturados de abominación, recorrió a toda prisa la senda del terror de Vicki y se encontró en un callejón sin salida.

Aullando de rabia, volvió sobre sus pasos, esforzando los sentidos para que la sensación de su vida lo guiara.

--¡VICKI! --Celluci se arrojó contra la puerta con impotente furia.  
Una, otra vez.  
Y otra.

La boca seca, el corazón martilleando en la demasiado pequeña caja torácica, Vicki retrocedió despacio. Con las manos tendidas hacia

ella, su madre muerta la siguió. La cruda iluminación de la linterna acentuaba la palidez de la muerte y arrojaba pequeñas sombras junto a cada una de las grapas que atravesaban la frente de Marjory Nelson.

Sus pies siguieron moviéndose por un momento antes de que Vicki advirtiera que no iba a ir más lejos, que la distancia entre ambas estaba disminuyendo. La fría curva de metal de la caja de aislamiento presionaba contra la parte baja de su espalda. *¡Rodéala!*, pensó, pero no podía recordar cómo. No podía apartar sus ojos de la figura que se aproximaba. Ni podía desviar la luz con la esperanza de que desapareciera en la oscuridad.

--¡Para!

Vicki dio un respingo cuando el sonido la golpeó.

La mujer muerta, que había sido Marjory Nelson, se arrastró adelante un paso más y luego tuvo que obedecer.

--¡Espera! --Catherine, con número nueve siguiéndola de cerca, entró en el laboratorio, entornó los ojos al cruzar el haz de luz y miró furiosa alrededor--. Echa un vistazo a este sitio. Llevará días ponerlo todo en orden.--Dio una patada a un pedazo roto de circuito electrónico y se volvió hacia Vicki, sus movimientos casi tan espasmódicos como los de su compañero--. ¿Quién eres tú?

¿*Quién soy yo?* Las gafas estaban resbalándole por la nariz. Agachó la cabeza hasta que pudo empujarlas con el índice de su mano lesionada. ¿Quién era ella? Tragó saliva, tratando de humedecer su boca.

--Nelson. Vicki Nelson.

--¿Vicki Nelson? --repitió Catherine, acercándose.

El tono hizo que el filo de un cuchillo recorriera la columna de Vicki, aunque la estudiante de posgrado se hallaba todavía fuera de su campo de visión. *Esta persona está perturbada*. Loca no era una palabra lo bastante fuerte para la quebradiza voz de Catherine.

Dejando a número nueve en las sombras, Catherine cruzó el cono de luz y se paró justo delante de donde Marjory Nelson luchaba contra la compulsión que la mantenía en el sitio.

--La doctora Burke me habló sobre ti. No parabas de fisgonear por aquí --La puntiaguda barbilla se alzó y los ojos azul pálido se entornaron--. Ella no habría tenido que terminar los experimentos si no fuese por ti. ¡Todo esto es culpa tuya! --La última palabra se tornó una maldición y se lanzó adelante, los dedos curvados en forma de garras, las garras en busca de la garganta de Vicki.

El instinto de conservación rompió la parálisis. Vicki se echó a un

lado, sabiendo que no iba a ser lo bastante rápida. Sintió las yemas de los dedos cogiéndola por el cuello, vislumbró por un instante el pozo de locura cuando, por un momento, la contorsionada faz de Catherine llenó su campo de visión; luego, de repente, se encontró tambaleándose hacia atrás, sin ser ya atacada. Venciéndose contra el soporte de la caja, levantó la luz, buscando una explicación.

Catherine colgaba de las manos de su madre, y a continuación fue lanzada, sin esfuerzo aparente, a un lado.

Era la clase de rescate que los niños pequeños creen sin reservas que sus madres pueden llevar a cabo. A pesar de todo, Vicki se descubrió sonriendo.

--Enhorabuena, mamá --musitó, tratando de recuperar el aliento.

Número nueve no comprendía lo que el otro que era como él estaba a punto de hacer.

Entonces la oyó gritar mientras chocaba contra el suelo.

Estaba herida.

Recordaba la ira.

El primer puñetazo de número nueve aplastó las costillas, quebrando el hueso con el estruendo de un balazo, clavando astillas en la cavidad torácica.

Aquel primer golpe la habría matado, si no hubiera estado ya muerta. Se tambaleó bajo el impacto pero logró permanecer de pie. El segundo puñetazo cayó contra sus brazos alzados apartándolos, el tercero la hizo volar a través de medio laboratorio.

Vicki se esforzó por mantener la lucha en su campo de visión, apoyándose sobre la caja y apuntando con el haz de la linterna al techo, como si fuera alguna clase de demente operario de focos en una producción más macabra de lo que cualquier sala moderna pudiera ofrecer.

El fluido nutritivo goteó de lo que quedaba de las manos de número nueve, habiendo terminado la violencia lo que la podredumbre había comenzado. Relucientes curvas de hueso aparecían a través de la destrucción de sus muñecas. Se sirvió de sus antebrazos como garrotes, abatiéndolos una y otra vez.

Vicki contempló cómo el cuerpo de su madre chocaba con una estantería de metal, estrellando estantes y contenidos contra el suelo.



Algunos recipientes de cristal parecieron explotar en contacto con éste, arrojando vapor de productos químicos al aire, que se mezcló con el olor de la putrefacción. Cuando número nueve se tambaleó hacia delante, Vicki no pudo aguantarlo más.

--¡En nombre de Dios, mamá! --chilló--. ¡Devuélvele los golpes a ese bastardo!

Su madre se volvió, la cabeza colgando sobre un cuello que ya no era capaz de sostenerla, encontró la mirada de su hija por un instante, luego se inclinó y arrancó uno de los soportes de metal liso de los estantes. Blandiéndolo como un bate de béisbol, se irguió y lo balanceó.

El mellado extremo de la barra de acero le dio a número nueve en la sien, cercenando el delgado hueso y alcanzando el cerebro. Hubo un destello dorado por un segundo cuando la red neuronal fue arrancada, y después número nueve se tambaleó hacia atrás y se desplomó.

La barra resonó contra las baldosas. Marjory Nelson vaciló y se derrumbó, como si unas cuerdas invisibles hubieran sido cortadas.

--¡MAMÁ! --Vicki avanzó tropezando y se arrojó ante sus rodillas. No podía sostener a la vez a su madre junto con la linterna, así que puso esta última bajo el cabestrillo y arrastró el cuerpo flojo sobre su regazo. La difusa luz, brillando a través del delgado tejido de algodón de la camisa de Henry, borró todos los cambios que la muerte y la ciencia habían hecho y le devolvió a su madre.

--¿Mamá? No te mueras. Oh, por favor, no te mueras. Otra vez no...

Demasiado daño. Podía sentir el lazo soltándose.  
Pero había algo que tenía que hacer.

--¿Mamá? Maldita sea, mamá... --Ojos gris pálido, tan parecidos a los suyos, se abrieron con un parpadeo y Vicki olvidó cómo respirar. No debería haber sido capaz de distinguir su expresión, pero pudo, pudo verla con claridad, sintió que la envolvía y por un largo instante la mantenía a salvo del mundo

--...te quiero... Vic... ki...

Las lágrimas se acumularon bajo el borde de sus gafas, y se derramaron por sus mejillas.

--Yo también te quiero, mamá. --Su visión se desenfocó, y cuando se aclaró estaba sola--. ¿Mamá? --Pero los grises ojos miraban arriba hacia ninguna parte y el cuerpo que sostenía estaba vacío. Muy, muy cuidadosamente, lo deslizó de su regazo y le cerró los ojos.

Su madre estaba muerta.

Empezó a convulsionarse. La tensión creció, cerrándole la garganta, retorciendo sus músculos hasta anudarlos, sacudiéndola de atrás adelante donde se hallaba arrodillada. El primer sollozo desgarró enormes agujeros ardientes en su corazón y contenía tanta cólera como pena. Dolía tanto que se rindió al segundo, se hizo un ovillo alrededor del dolor y lloró.

Lloró por su madre.

Lloró por sí misma.

Número nueve yacía donde había caído. La ira se había ido. Aunque no tenía forma de saber que la red neuronal había dejado de funcionar, comprendió vagamente que la parte que era cuerpo y la parte que era *él* ahora estaban separadas.

Clavó los ojos en el techo, deseando...

...deseando...

Entonces la vista cambió y *ella* estuvo allí.

Catherine giró con delicadeza la cabeza de número nueve hacia ella.

--No puedo arreglarte --susurró, pasándole el dedo suavemente por la curva de la mandíbula, sobre carne y hueso de forma alterna--. Ibas a quedarte conmigo para siempre. No le habría dejado que te parara. --Sonrió y con ternura volvió a colocarle un colgajo de piel en su sitio--. Eras... --le dijo, quedándosele la voz en la garganta-- el mejor experimento que he hecho nunca.

Él quería que ella sonriera.

Le gustaba cuando sonreía.

Luego ella se fue.

Quería que volviera.

Despacio, cada movimiento meticulosamente ejecutado, Catherine se puso de pie. Cada paso cuidadosamente planeado, avanzó a través del laboratorio. Se detuvo ante el mellado pedazo de acero, todavía tirado donde había caído, se agachó, y lo levantó del suelo.

El extremo desgarrado de la estantería destelló, pulido y afilado por la fuerza que lo había arrancado.

Lo sostuvo en alto y le sonrió.

La barra de liso metal restalló contra los encorvados hombros de Vicki y la tiró al suelo. El mundo basculó y el instinto tomó el mando cuando, jadeando de dolor, consiguió darse la vuelta retorciéndose para hacer frente al ataque, colocándose de un empujón las gafas.

La linterna se movió en los pliegues de su ropa y de alguna forma acabó apuntando directamente hacia arriba, como un faro en miniatura. Iluminó el brillante extremo de acero descendiendo hacia Vicki. Pero no a tiempo.

## \_\_\_\_\_ 16 \_\_\_\_\_

Henry oyó el aporrear mientras corría por el pasillo que daba al laboratorio, lo oyó y lo habría pasado por alto si no hubiese ido acompañado por un exquisito libretto de palabrotas en italiano. Se detuvo en seco delante de una vieja puerta de panel, vio que el pomo había sido doblado de tal forma que lo volvía inservible, y resolvió el problema asegurando una mano contra la pared y arrancando todo el mecanismo de la madera.

La puerta se abrió con estrépito y Celluci se arrojó al pasillo, lanzándolo la fuerza de su salida sobre las rodillas.

Agarrándolo por el cuello, Henry lo alzó poniéndolo en pie, bloqueando el subsiguiente remolino de golpes con su otro brazo.

El rugiente desafío de Celluci cesó de pronto cuando por fin reconoció al vampiro.

--¿Dónde demonios estabas? --preguntó.

--Buscando el camino de vuelta --respondió Henry con frialdad--.  
¿Qué estabas haciendo ahí dentro?

--Tratando de salir --respondió con idéntico tono--. He oído gritar a Vicki.

--Yo también.

Juntos se volvieron y corrieron hacia el laboratorio.

Mientras se precipitaban a través de la entrada, el olor a sangre alcanzó a Henry casi como un impacto sólido, demasiado próximo en aquel momento para ser disimulado por la podredumbre o el vapor de alcohol que todavía rezumaba el aire. Lejos de estar ahita, el Hambre emergió. Por el bien de Vicki, la contuvo y la obligó a retroceder; no podía ayudarla si perdía el control. Mientras luchaba por conservar la razón, Celluci tomó la delantera.

Parecía haber cuerpos por todo el cuarto, pero Celluci sólo veía uno que importara. Tendida sobre la espalda a un lado de la caja de aislamiento, Vicki yacía inmóvil salvo por la sacudida puramente cinética que se producía cuando caía un golpe. Vio la barra de acero alzarse y bajar, luego, aullando con inarticulada rabia, agarró a la mujer de cabello pálido por los hombros y la lanzó detrás de él.

--¡Culpa tuya, también! --chilló Catherine, volviendo a abalanzarse, goteando sangre el mellado extremo de la barra.

Celluci no tuvo tiempo de prepararse para el ataque. Entonces, de repente, no hubo ningún ataque.

Lanzando su brazo más rápido de lo que un ojo mortal podía seguir, Henry cogió a Catherine por la nuca, envolvió con su otra mano la parte superior de su cabeza y la hizo girar.

Los pálidos ojos se quedaron en blanco. Por segunda vez aquella noche, el soporte de metal resonó contra las baldosas al caer de unos dedos súbitamente inertes.

Arrojando el cuerpo a un lado, Henry se tiró de rodillas, uniendo sus manos a las de Celluci mientras buscaban desesperadamente heridas bajo las ropas de Vicki empapadas en sangre.

La barra de hierro había desgarrado un trozo de carne de su hombro izquierdo y había hecho corles en el costado derecho sobre las costillas en dos sitios. Feas heridas, pero en absoluto mortales.

Entonces alzaron los dedos de ella del charco entre la cadera y el muslo.

--¡Dios! --Henry apretó su mano en el punto y encontró la salvaje mirada de Celluci--. Arterial --dijo en voz baja, y se esforzó por escuchar el corazón de ella por encima del doloroso martilleo del suyo propio.

La sangre que salpicaba la lente de la linterna dibujaba patrones

Rorschach sobre el techo.

Número nueve yacía, la cabeza a un lado como ella lo había dejado, aguardando a que regresara.

Y entonces estuvo ahí.

Pero ella no lo veía y no sonreía.

--Quince minutos. Lleva quince minutos desangrarse hasta morir por una herida como ésta.

--¡Lo sé! --contestó con brusquedad Henry. Oía su latido ahora, pero era terroríficamente débil.

--Claro que lo sabes. --Con los dedos temblando, Celluci le pasó la patilla de las gafas sobre la curva de su oreja--. Eres un puto vampiro. Sabes de hemorragias. ¡Así que haz algo!

Henry lo miró con furia. No había forma de hacer un torniquete en la unión entre torso y pierna. Nada sino la presión directa para detener la hemorragia y ya lo estaba haciendo, aun cuando fuera demasiado tarde.

--¿Hacer qué? --preguntó, seguro de que no había nada más que pudiese hacer.

--¿Yo qué cojones sé? Tú eres el maldito... ¡Jesús!

Atraído por la intensidad de la horrorizada mirada de Celluci, Henry se dio la vuelta. Al otro lado del laboratorio, junto a la pared de ventanas cubiertas con planchas, uno de los cuerpos se puso lentamente sobre sus pies.

Uno de ellos la había matado.

Matado en el acto.

La ira que número nueve había conocido antes no era nada en comparación con la que sentía ahora.

*¿Mi pistola? ¿Dónde diablos está mi pistola?* Echando a un lado el pánico, Celluci escudriñó el suelo y por fin la localizó casi bajo los pies del cadáver. *Genial...*

A gatas, se lanzó adelante, se tiró para coger el arma con ambas manos, rodó y apretó el gatillo casi a quemarropa.

La bala penetró a través del tejido en descomposición sin apenas perder velocidad y resonó contra la cubierta de cobre que del tanque de oxígeno situado justo detrás. Rebotó en la parte curva, chocó con el tanque de al lado y esparció pedazos de la válvula por todo el cuarto. El oxígeno empezó a salir con un siseo.

--¡Jesucristo! --Todavía en el suelo, Celluci reptó hacia atrás. Aunque el agujero chorreaba pus y fluidos, y Dios sabía qué más, el hombre muerto seguía arrastrándose hacia delante--. ¿Qué cojones crees que es esto? ¿Una puta película de James Cameron? --Sus manos temblaban demasiado para intentar un tiro a la cabeza. Vio cómo su segunda tentativa arrancaba un pedazo del lateral externo del muslo de la cosa, sin ningún efecto apreciable--. ¡Maldición, quédate muerto!

El tercer disparo pasó a través del abdomen de nuevo, sonando contra el cobre y produjo una chispa.

Todo el infierno se desencadenó.

Henry se arrojó sobre Vicki.

Celluci se tiró plano.

La explosión mandó volando por el aire pedazos del tanque de oxígeno como si fueran metralla. Varios de los trozos más grandes chocaron contra número nueve, haciéndolo pedazos.

Recordaba morir.

La última vez, ella había estado allí cuando todo acabó.

Esperaba que estuviese allí de nuevo.

De repente, el vapor del alcohol en el aire se encendió, luego el alcohol, después el escritorio.

Entonces la luz de emergencia se apagó.

Celluci se abrió camino hasta Vicki.

--El lugar está en llamas. Al menos todavía podemos ver. --Miró de reojo a Henry, la pálida piel del rostro y el pecho del vampiro apenas visible bajo la oscilante luz--. ¿Estás bien?

--Sí.

--¿Vicki?

Henry vaciló, rezando por poder decir algo diferente, sabiendo que no sería así.

--Está muriéndose.

--¡Y un cuerno! --Desgarrándose la chaqueta y la pistolera del hombro, Celluci se sacó la camisa por la cabeza, sin tener en cuenta los botones. Doblando el tejido hasta darle la forma de una tosca almohadilla, con las mangas colgando, se lo tendió a Henry de un empujón--. Ella dijo que tu saliva provoca la coagulación.

--Sí, pero...

--Escupe sobre esto y envuelve la herida. Estamos prácticamente encima de un puto hospital. Haz que la hemorragia se detenga y la moveremos.

--Es demasiado...

--¡Hazlo!

Aunque sabía que daba lo mismo, Henry cogió la camisa y se dobló sobre el irregular corte. Michael Celluci había vivido menos de cuarenta años y todavía creía que se podía luchar contra la muerte. Cuatro siglos y medio le habían enseñado una lección distinta. En la batalla entre amor y muerte, la muerte siempre vencía. Podía sentir la vida de Vicki abandonándola, sabía que nada de lo que pudiera hacer cambiaría aquello.

Manteniendo la presión con los dedos, cubrió la herida todavía sangrante con su boca. Al menos cuando muriera, estaría en contacto con su sangre. Guardó el tacto, el sabor, el olor de ella en su recuerdo. *Eres mortal, amor mío. Siempre supe que morirías, pero nunca soñé que tendríamos tan poco tiempo...*

De pronto, los dedos de Celluci lo cogieron por el pelo, y el contacto se rompió.

--He dicho que la envuelvas con eso. Maldición. ¡Nada de tomar lo que le queda!

Henry retiró unos labios manchados de sangre mostrando los dientes.

--¡Aparta tus manos de mí, mortal!

La explosión había sacudido a Vicki haciéndola volver de la zona crepuscular de dolor y negrura en la que se había sumido. Nunca había creído que fuera posible sufrir tanto y seguir viva. Podía oír a los dos hombres discutiendo, y luchó por vencer el peso que colgaba de su lengua.

--Mi...

--¿Vicki? --Olvidando a Henry al oír su voz, Celluci se giró y cogió el rostro de ella entre sus manos. El fuego lamía el contrachapado de las ventanas. Celluci lo pasó por alto. El alto techo atraía el humo, dispersándolo. El camino hacia la puerta permanecía despejado. En

tanto el fuego no supusiera un peligro inmediato, podía esperar ante otros problemas más importantes. El bien pulido metal de la caja de aislamiento reflejaba el resplandor naranja de las llamas del cuarto. Bajo su luz, Celluci vio parpadear a Vicki, una, dos veces—. Aguanta, vamos a llevarte al hospital.

*¿El hospital?* Ella quiso decirle que no valía la pena, pero no se le ocurría cómo.

--Michael. --La aflicción en la voz del detective enfrió la ira de Henry e hizo que su propio dolor pasara a primer plano. Con una mano todavía haciendo presión estúpida, desesperadamente sobre la pierna de Vicki, asió con suavidad el hombro de Celluci con la otra--. No hay tiempo suficiente.

--No.

--Estará muerta antes de que la saques de este edificio.

--¡No!

--Puedo sentir su vida abandonándola.

--¡He dicho que NO!

*Escúchale, Mike. Tiene razón.* Creía que seguía respirando, pero no podía estar segura. *Sigo aquí, debo de estar respirando,*

--¡Maldita sea, Vicki, no te mueras!

*Oh, Dios, Mike, no llores.* Pensaba que no podía sentir más dolor. Se había equivocado.

--¡Tiene que haber *algo* que podamos hacer!

Henry sintió un torno cerrándose alrededor de su corazón y comprimiéndolo.

--No. --Una palabra, dos letras, de alguna forma expresaron todo lo que sentía.

Atraído por el sonido de un sufrimiento tan grande como el suyo, Celluci alzó la vista hacia unos ojos color avellana casi bañados de oro por la luz de las llamas. Contenían una verdad demasiado amarga para negarla. Vicki se estaba muriendo.

*Tengo frío. Y está oscuro. Y no es justo. Podría decirles que os amo ahora. A los dos. El amor fue bastante para devolverme a mi madre. Supongo que no soy tan fuerte.* Su cuerpo ya no parecía formar parte de ella. La carne la envolvía como un vestido mal ajustado. *Oh, mierda. No puedo sentir nada. Esto apesta. De verdad apesta. ¡NO QUIERO MORIR!*

Sus ojos se abrieron de golpe. Podía ver una sombra familiar doblada sobre ella. Sus dedos temblaron, ansiando apartarle el rizo de pelo de la cara.



--¿Vicki?

Ella sacó fuerzas al verlo para formar una sola palabra.

--Hen... ry.

El nombre atravesó de parte a parte el alma de Celluci y la hizo jirones con punzantes garfios. Ella quería a Henry. No a él. Quería morir en brazos de Henry. Se mordió el labio para no gritar y trató de apartar la cabeza de un tirón. No pudo. Algo en los ojos de ella lo retuvo. Algo que insistía en que comprendiera.

Ella vio la súbita hendidura blanca de su sonrisa y se la llevó consigo a la oscuridad. Había hecho lo que podía. Ahora dependía de él.

Henry había oído su nombre y estaba doblándose hacia delante cuando Celluci alzó la cabeza. Se quedó inmóvil. Había esperado ver en el rostro del otro hombre la pena ante la elección de Vicki escrita sobre el dolor de verla morir. No había contado con ver una salvaje y enloquecida esperanza.

--¡Cambiala!

Henry sintió caer su mandíbula.

--¿Qué?

--¡Ya me has oído! --Celluci tendió la mano sobre el cuerpo de Vicki y asió la chaqueta de cuero--. ¡Cámbiala!

Cambiala. Se había alimentado de ella a fondo hacía sólo escaso tiempo. Y también la noche anterior. Su sangre contenía tantos elementos de la de Vicki que el organismo de ella podría aceptarla, en especial cuando tenía tan poca sangre propia para sustituirla. Pero teniendo en cuenta su estado, ¿tendría él bastante para los dos?

Cambiala. Si la cambiaba, la perdería. Dispondrían de poco más de un año, pero no más, antes de que su nueva naturaleza los separara.

--Hazlo --suplicó Celluci--. Es su única oportunidad.

Henry se dio cuenta de pronto de que Celluci no tenía la menor idea de lo que significaría el cambio. Que él, de hecho, creía justamente lo opuesto a la verdad. Creía que si Vicki cambiaba, él la perdería. Henry podía leer la certeza de aquella pérdida en el rostro del otro hombre. Podía leer lo deseoso que estaba de entregarlo todo a otro por el bien de Vicki.

*Crees que he vencido, mortal. Estás tan equivocado... Si ella muere, ambos la perdemos. Si cambia, sólo yo la pierdo.*

--Henry. Por favor.

*Y si tú puedes renunciar a ella por amor,* se preguntó Henry

Fitzroy, vampiro, hijo bastardo de Enrique VIII, *¿puedo yo hacer menos?* Su corazón sólo le consentía una respuesta.

Llevando su propia muñeca hasta su boca, Henry se abrió una vena.

--Puede que no funcione --dijo mientras apretaba la pequeña herida contra el corte en la pierna, obligando al flujo de su propia sangre a actuar como una barrera para la de ella. Un instante después, alzó su brazo y volvió a arrojar a Celluci su camisa, lanzando con el movimiento una sola gota carmesí a través del cuarto cual rubí desdeñado--. Átalo. Fuerte. Esto aún podría matarla a pesar de todo lo que yo haga.

Celluci hizo lo que se le ordenaba, levantando los ojos a tiempo para ver a Henry abrirse una vena sobre el corazón con el cuchillo del ejército suizo de Vicki. Incluso con una herramienta tan prosaica, aquello conservaba la sombra de un antiguo ritual y observó, incapaz de desviar la mirada, mientras la sangre brotaba de la incisión, de apariencia casi negra contra la piel de alabastro.

Deslizándolo el brazo por detrás de los hombros de Vicki, Henry la alzó y le apretó la boca contra su pecho. Su vida había disminuido hasta convertirse en un murmullo en la distancia; no estaba muerta, todavía no, pero estaba muy, muy cerca.

--Bebe, Vicki. --Convirtió las palabras en una orden, arrojó todo lo que él era dentro de ellas, las exhaló contra el suave pelo de ella--. Bebe para seguir viva.

Temió por un momento que no pudiera obedecerle aunque quisiera hacerlo; entonces sus labios se abrieron y ella tragó. La intensidad de su propia reacción lo cogió del todo por sorpresa. Podía recordar vagamente cómo se había sentido cuando Cristina se había alimentado de él. De ninguna manera era comparable al cuasi éxtasis que sentía ahora. Se tambaleó, envolvió el cuerpo de ella con su otro brazo, y cerró los ojos. Este arrebató no bastaba para compensar su probable pérdida, pero, por Dios, le faltaba poco.

Celluci ató el improvisado vendaje compresivo, sus manos obrando con independencia de su voluntad consciente. Había algo a la vez tan manifiestamente sensual y tan extraordinariamente inocente en la escena que no podría haber dejado de mirar de haber querido. No quería hacerlo. Quería cada segundo de Vicki que pudiera tener antes de haber de afrontar el resto de su vida sin ella.

La luz del fuego tornaba el cabello de Vicki del color de la miel derramada, haciendo bailar reflejos a lo largo del cuero negro que la

envolvía, y rielaba carmesí en los charcos de su propia sangre vertida sobre el suelo.

*¡Dios mío! ¡El fuego!* De repente, como si hubiera estado esperando a que lo recordaran, pudo sentir el calor lamiendo su espalda. Se volvió. Toda la pared de ventanas contrachapadas estaba en llamas. El humo tenía un matiz verdoso y un olor desagradable: productos químicos derramados o plástico ardiendo, era irrelevante en aquel momento. Tenían que salir.

--¡Fitzroy!

La voz pareció llegar desde muy, muy lejos, pero el tono de urgencia era difícil de desoír. Henry abrió los ojos.

--¡Tenemos que salir de aquí antes de que todo este sitio estalle! ¿Puedes con ella?

A los ojos de Henry les costó un instante aclararse, pero gradualmente, también él fue consciente del peligro. Echó un vistazo a Vicki, todavía acurrucada como un gatito ciego en su pecho, y se separó lo bastante para encontrar su voz.

--Nunca he hecho esto antes, detective. --No le quedaba energía para nada salvo para la verdad, y la sensación de la vida de ella seguía siendo demasiado tenue--. Está muriendo más despacio que antes, pero sigue muriendo.

--¡Dios! ¡Qué más se necesita!

--Más, me temo, de lo que tengo ahora mismo para dar. --Se tambaleó, y la cabeza de Vicki se alzó y cayó con el movimiento--. Te dije que podría no funcionar.

*Magnífico.* Vicki seguía muñéndose, Fitzroy parecía haber salido del infierno y el edificio parecía estarse quemando hasta los cimientos en torno a ellos. Tosió y se pasó el antebrazo por el rostro. *La maldita copa no está medio vacía si yo digo que está medio llena.* Agarrando chaqueta, pistolera y pistola del suelo, Celluci se levantó.

--Si sigue muriéndose, no está muerta. Tratemos de mantenerla así. ¡Vamos!

Cambiando su sujeción, acunando a Vicki en sus brazos como si fuera un niño, Henry trató de ponerse de pie. La habitación se inclinó.

Llorándole los ojos por el humo, Celluci metió su mano libre bajo una axila cubierta de cuero, y ayudó a Henry a alzar su carga del suelo.

--¿Puedes sostenerla?

--Sí. --En realidad no creía que pudiera soltarla, pero no tenía suficientes fuerzas para explicarlo. Henry se apoyó en la fortaleza del

otro hombre, más grande, cuando sus rodillas amenazaron con doblarse y, juntos, se tambalearon hacia la puerta. Incapaz de ver dónde ponía los pies, tropezó con un pedazo de algo húmedo (no quiso saber qué) y estuvo a punto de caer.

--Oh, no, no vas a caerte. --Estallándole los músculos, el sudor chorreándole por el pecho, Celluci consiguió de alguna forma mantener a los tres de pie y en movimiento--. Después de todo lo que hemos pasado esta noche, un cuerno vamos a abandonar ahora.

Los brazos cerrados sobre Vicki, manteniendo la vida de ella con la suya, Henry desenterró el fantasma de una sonrisa.

--¿Mientras hay vida hay esperanza, detective?

Celluci se quitó el rizo de pelo de la cara y fue el primero en salir del laboratorio.

--Cierto de la hostia --gruñó.

Mientras desaparecían pasillo abajo, la puerta que daba al almacén se abrió de pronto despacio y, tosiendo, la doctora Burke entró trastabillando en el laboratorio.

--Este sí que ha sido un anocheecer de lo más edificante. ¿Quién dijo que los que escuchan detrás de las puertas nunca oyen nada bueno? --Se limpió los húmedos ojos y nariz con la manga y se abrió camino con cuidado a través del humo y los escombros hacia la puerta.

Por lo que había oído, la hija de Marjory Nelson y sus compañeros tenían sus propios problemas. Problemas que fácilmente podían aprovecharse para convencerlos de que puede que fuera mejor dejar tranquila a la doctora Aline Burke, que su implicación en todo este sórdido asunto no era más que accidental.

Donald estaba muerto. Ella no quería que Donald estuviese muerto, pero habida cuenta de las circunstancias, no había nada que pudiese hacer al respecto. ¿Por qué habría de sufrir sólo porque Donald estuviese muerto?

Catherine estaba muerta, igualmente, y por lo tanto pasaba a ser un apropiado y anuente chivo expiatorio.

--No tenía ni idea de lo que estaba pasando, Señor Juez.

--Comenzó a reírse nerviosamente, y en vez de eso le entraron arcadas. Cualesquiera productos químicos que estuviesen ardiendo, eran sin la menor duda tóxicos--. ¡Adelante, arde! --ordenó--. Démosles a Catherine y sus amigos una refinada despedida vikinga y en el procesho... --un ataque de tos la hizo doblarse. Se tambaleó hasta la caja de aislamiento y se apoyó contra ella, sintiendo

náuseas--. Y en el procesho --repitió cuando había recuperado el aliento y tragado bilis--, destruyamos tanta evidencia como sea posible. Un poco de chantaje vampírico, un poco de... ¿cuál es la palabra?... con... fla... gración y saldré de esto sin daños graves en mi carrera. --Su reflejo orlado de llamas apareció con aire satisfecho y le sonrió, dándose a sí misma palmaditas en la mejilla. La caja se estaba volviendo caliente al tacto y la piel del rostro y las manos estaba comenzando a tensarse bajo el creciente calor. Hora de irse.

Con la cabeza baja para evitar lo peor del humo que ya ondulaba desde el techo, tosiendo casi continuamente, se dirigió hacia la puerta, alzando los pies con una precaución exagerada por el alcohol sobre cuerpos y partes de cuerpos.

Entonces vio el disquete. Saliendo a medias del bolsillo de la bata de laboratorio de Catherine, de un azul que contrastaba con el blanco manchado de sangre, sólo podía contener una cosa: las copias de las pruebas efectuadas aquella tarde al vampiro. ¿Qué más podía ser lo bastante importante para que Catherine lo llevara consigo?

*Sólo esta tarde. Parece haber pasado tanto tiempo.* Con una mano apoyándose contra el extremo de la caja de aislamiento, en un equilibrio no del todo estable, la doctora Burke se inclinó para recogerlo. No parecía estar dañado. Protegido por el cuerpo de Catherine, no parecía siquiera estar muy caliente. Se lo metió en su propio bolsillo, comprendiendo de pronto que no sólo saldría de esto con su carrera en esencia ilesa, sino con información por la cual la comunidad científica la premiaría con altos honores.

*Algunos sencillos experimentos, pensó, con una gran sonrisa, y ese premio Nobel es...*

Uno de los tanques de oxígeno había permanecido asombrosamente intacto después de que la primera explosión lo hubiera lanzado por el laboratorio. Había estado, en parte bajo el otro lado de la caja de aislamiento, a salvo lejos de la zona de mayor calentamiento producido por el fuego. Pero la temperatura estaba subiendo. La válvula de plástico empezó a derretirse por fin. El cuello de metal bajo ella se expandió muy, muy poco. Fue suficiente.

La onda expansiva lanzó a la doctora Burke contra el suelo, donde observó con horror cómo una invisible mano gigante levantaba la caja de aislamiento y la dejaba caer, imposiblemente despacio, sobre sus piernas. Oyó quebrarse los huesos, sintió el dolor un instante después, y se sumió en la oscuridad.

Cuando regresó la luz, se trataba del rojo anaranjado del fuego

que se aproximaba y casi no había transcurrido el tiempo. No podía sentir lo que quedaba de sus piernas.

--Está bien. No necesito piernas.

La mano extendida de Catherine había empezado a crepitar.

--No necesito piernas. Necesito salir de aquí. --La caja de aislamiento estaba sobre un costado. La parte abombada le dejaba algo de espacio. Si tan sólo pudiese empujar contra ella, podría liberar sus piernas y arrastrarse fuera del cuarto. Alejarse a rastras de las llamas. No necesitaba piernas.

Reptando hasta ponerse en posición sentada, empujó la caja. Asentada sobre una superficie irregular, se balanceó. Algo se aplastó bajo ella pero eso no importaba.

Las llamas lamían la manga de la bata de laboratorio de Catherine. Por encima del hedor del humo cargado de productos químicos, llegaba el aroma a cerdo asado.

Tragando saliva, aporreó la caja.

Se mecía de nuevo.

El seguro que número nueve había soltado parcialmente, cedió.

La tapa se abrió de golpe, volviendo a lanzar al suelo a la doctora Burke con el impacto, mientras se elevó por el aire sobre silenciosos goznes, vomitando el cuerpo que contenía sobre su regazo.

La desnuda y vacía cáscara de Donald Li rodó y fue a pararse entre sus brazos, la cabeza echada atrás de forma que parecía que su rostro la miraba.

Las llamas concluyeron el alarido cuando por fin llegaron.

--¡Cristo bendito! --El detective Fergusson se agachó detrás de su coche cuando la explosión arrojó pedazos de madera ardiendo y metal caliente a la calle--. ¡La próxima vez investigaré confesiones de borrachos por la mañana! --Agarrando su radio, hizo caso omiso de los aterrorizados gritos de los guardias de seguridad que se acercaban y llamó bajo el fuego, con una tranquila profesionalidad que estaba lejos de sentir.

--¡...y una ambulancia!

Creyó oír chillidos. Deseó de forma desesperada estar equivocado.

--Ahora qué.

--Son poco más de las dos. Necesito alimentarme. En una hora o así, si sigue viva, habré de alimentarla. Y luego tendré que volver con ella a Toronto antes del amanecer.

--¿Por qué a Toronto? ¿Por qué no puede quedarse aquí sin más?

Henry se dejó caer sobre el borde de la cama. Sentía la cabeza demasiado pesada para levantarla.

--Porque si cambia, necesito tenerla en un lugar que sé seguro. -- Agitó un fatigado y ensangrentado brazo hacia el apartamento--. Éste no lo es. Y si ella... si ella...

--Muere --dijo Celluci sin emoción, bajando la mirada hacia la inconsciente Vicki. Sentía como si el mundo se hubiese torcido unos grados y no tuviera elección sino tratar de mantenerse en equilibrio en la pendiente.

--Sí --Henry igualó la inexpresividad del detective. Si la fachada se venía abajo ahora, los destruiría por completo--. Si ella muere, tendré que deshacerme del cuerpo. Necesitaré estar en una ciudad que conozca a fin de hacerlo.

--¿Deshacerte del cuerpo?

--Su muerte va a ser algo difícil de explicar si yo no lo hago, ¿no crees? Habrá una autopsia, una investigación, y preguntas para las que no tienes respuesta.

--Así que sencillamente ella desaparece...

--Sí. Otro misterio más sin resolver.

--Y yo tendré que actuar como si no tuviera la menor idea de si está viva o muerta.

Henry alzó la cabeza y dejó que un atisbo de poder asomara en su voz.

--Llórala como muerta, detective.

Celluci no se molestó en fingir que no comprendía. Dejó de contemplar a Vicki y sostuvo de forma temeraria la mirada del vampiro.

--¿Llorarla sin saber nada? Que te jodan. Me dirás lo que ocurre, Fitzroy. Si desaparece porque ha muerto, la lloraré. Si desaparece en la noche contigo, yo... --Un músculo saltó en su mandíbula--. La echaré de menos como si fuera una parte de mí mismo, pero no la lloraré si no está más muerta de lo que tú estás.

Desde que la habían encontrado muñéndose en el laboratorio, Henry había estado midiendo el tiempo por el latido de Vicki. Dejó que pasaran tres mientras estudiaba el alma de Mike Celluci.

--De verdad crees que... --dijo al fin. Le resultaba difícil de creer.

Le era imposible no creerlo.

--Sí. --La palabra se atascó en la garganta de Celluci--. De verdad lo creo. --Tragó saliva y se esforzó por controlarse. Entonces sus ojos se dilataron--. ¿Qué quieres decir con que tienes que alimentarte?

--Deberías saber lo que significa a estas alturas.

--¿De quién?

--Podría cazar. --Salvo que se encontraba increíblemente cansado. La noche había durado ya más que cualquier otra noche que pudiera recordar. Parecía una lástima cazar cuando había... Dejó que el poder surgiera un poco más.

--Para. Sé lo que estás intentando. --Con un esfuerzo, Celluci liberó su mirada de un golpe y la volvió hacia la mujer sobre la cama. Seguía viva. Todo lo que de verdad importaba era mantenerla así. Había tomado esa decisión en el laboratorio. Se atendería a ella ahora--. Si sólo se trata de chupar sangre, qué leches, tómala.

Sorprendido por el ofrecimiento, Henry sintió alzarse sus cejas.

--No es necesaria otra cosa que chupar sangre, detective. No es tanto alimento lo que necesito, sino reposición.

--De acuerdo entonces. --Celluci se sacó la chaqueta por los hombros, dejándola con cuidado del revés a fin de no manchar la alfombra, y comenzó a subirse la manga--. ¿La muñeca, correcto?

--Sí --Henry sacudió la cabeza, con admiración y respecto mezclados casi por igual en su voz--. Sabes, en cuatro siglos y medio, nunca he encontrado a un hombre como tú. A pesar de todo, ¿me ofreces tu sangre?

--Sí. A pesar de todo. --Con una última ojeada a Vicki, se volvió y se tendió sobre el lado de la cama--. A riesgo de ofenderte, después de lo que ha pasado esta noche --suspiró--, no parece que sirva de mucho. Además, lo hago por ella. Ahora mismo, en lo que a mí respecta, eres sólo una sucursal primitiva de la Cruz Roja. Adelante.

Henry levantó el brazo ofrecido, luego alzó la vista hacia Celluci, sus ojos oscuros, el imperceptible asomo de una sonrisa rozando por un momento las comisuras de sus labios.

--Sabes, es una lástima que haya tanto entre nosotros, detective. Celluci sintió calor y se quitó el rizo de pelo de la frente.

--No abuses de tu suerte, no muerto hijo de puta.

Quando la sacaba por la puerta, la vida de ella todavía pendía del filo de la navaja. Henry se detuvo.



--¿No te atormenta --preguntó por fin, incapaz de irse sabiéndolo-- que al final me eligiera a mí?

Celluci alargó una mano y metió con suavidad las gafas en el bolsillo del abrigo de Vicki. Su bolso y su maleta ya habían sido cargados en el coche de Henry.

--Ella no te eligió --dijo, retrocediendo un paso y frotándose el vendaje de su muñeca--. Eligió la única oportunidad que tenía de vivir. Me niego a sentirme mal por ello.

--Todavía puede morir.

--Encárgate de que no sea así. Un millar de pensamientos entre cada titubeante latido. --Haré todo lo que pueda.

Celluci asintió, reconociendo la verdad; luego se inclinó y la besó con delicadeza en unos labios que parecían menos cálidos de lo que recordaba.

--Adiós, Vicki.

Y no hubo nada más que pudiera decir.

Se ocupó del detective Fergusson. Explicó que Vicki había sufrido una pequeña crisis nerviosa, perfectamente comprensible en tales circunstancias, y había vuelto a Toronto con un amigo.

--La tendré al tanto de lo que suceda...

Se encargó del contenido del apartamento de su madre, llamando a un subastador de bienes y dejándolo todo en sus manos.

--Simplemente véndalo. El dinero se lo quedará el abogado hasta que el testamento se demuestre válido, así que no veo cuál es el problema.

Habló con el señor Delgado.

--La vi marcharse en el coche de él; a través de mi ventana. --El anciano alzó la vista hacia él y agitó la cabeza--. ¿Qué pasó?

Sólo por un instante, Celluci quiso contárselo... sólo por un instante, porque necesitaba de forma desesperada contárselo a alguien. Por fortuna, el instante pasó.

--Hay un viejo refrán, señor Delgado: si quieres algo, deja que se vaya.

--Conozco ese refrán. Lo leí una vez en una camiseta. Es una chorrada, si me disculpa el lenguaje. --Siguió moviendo la cabeza como si fuera la única parte móvil de un antiguo reloj--. Así que ella hizo su elección.

--Todos la hacemos.

Se las arregló para conducir de vuelta a Toronto sin saber nada. No iba a llamar a Fitzroy. Aguantaría mientras pudiera. Que le llamara él.

Hizo frente al mensaje cuando por fin llegó y dio gracias a Dios por tener que tratar sólo con la voz grabada de Fitzroy. Incluso aquello era lo bastante perturbador. Trató de alegrarse de que ella siguiera viva. Lo intentó con todas sus fuerzas. Casi lo consiguió.

Descubrió lo que estaba ocurriendo casi por accidente. No tenía intención de pasar junto a su apartamento. Era estúpido. Macabro. Sabía que ella no estaba allí. Había entrado en una ocasión, la noche en que llegó desde Kingston, había recogido sus cosas y, sin saber por qué, había cogido una foto de los dos que odiaba del tocador de ella. Al llegar a casa, la había metido en el estante del armario del pasillo y no había vuelto a mirarla. Pero la tenía.

--Eh, sargento. --Una esbelta sombra se despegó de la amplia base del viejo castaño y se acercó caminando tranquilamente por la acera--. No sirve de nada entrar, todas las cosas de ella ya no están. Llegan nuevos inquilinos la semana próxima, creo.

--¿Qué estás haciendo aquí, Tony?

El joven se encogió de hombros.

--Estaba dejando la llave y te vi aparecer doblando la esquina, así que me dije que esperaría. Ahórrame un viaje después. Tengo un mensaje para ti.

--Un mensaje --repitió, porque no podía preguntar de quién.

--Sí. Henry dijo que te dijera que eras uno de los hombres más honorables que ha encontrado nunca y que deseaba que las cosas pudiesen haber sido distintas.

--Distintas. Sí. Bueno.

Tony lanzó al detective una mirada con el rabillo del ojo y disimuló su decepción. Henry no le había contado qué quería decir con *distintas*, si se refería a Vicki o a qué, y ahora parecía que Celluci iba a ser igual de reservado. Aunque le habían contado lo ocurrido aquella última noche en Kingston a grandes rasgos, no sabía ninguno de los detalles y se moría de curiosidad.

--Henry también quería que te dijera que un año es una pequeña parte de eternidad.

Celluci resopló y se puso a caminar por Hurón Street, necesitado de la distracción del movimiento.

--¿Qué demonios significa eso? --preguntó mientras Tony cogía el paso detrás de él.

--No lo entiendo --admitió Tony--. Pero eso es lo que quería que te dijera. Dijo que lo comprenderías más adelante.

Celluci bufó de nuevo.

--Maldito escritor de novelas rosa.

--Sí. Bueno. --Cuando llegaron a la esquina con Cecil Street, y el detective seguía sin volver a hablar, Tony suspiró--. La mayoría del tiempo ella duerme --dijo.

--¿Quién duerme? --Un músculo se contrajo en la mandíbula de Celluci.

--Victoria. Henry sigue bastante preocupado por ella, pero cree que las cosas están yendo bien ahora que el corte en su pierna ha sanado por fin. Nos mudamos a Vancouver.

--¿Nos?

--Sí. Está bastante indefensa ahora mismo. Necesitan a alguien que pueda actuar bajo el sol. Y...

--No importa --Vancouver. Al otro lado del país--. ¿Por qué? ¿Por el aire de mar?

--¡Ca! Es para que nadie la reconozca cuando comience a cazar. Al parecer son bastante descuidados al principio.

Habían comido mil veces juntos. Puede que dos mil.

--Dile que no es probable que se vuelva más pulcra.

Tony soltó una risa disimulada.

--Se lo diré. ¿Quieres que le diga algo a ella?

--Dile... --Su voz se esfumó y parecía estar mirando algo que Tony no podía ver. Luego su rostro se retorció y, los labios comprimidos en una delgada y blanca línea, se giró sobre un talón y se alejó a grandes pasos.

Tony se quedó donde estaba y lo contempló por un momento, luego asintió.

--No te preocupes, amigo --dijo en voz baja--. Se lo diré.

Se encargó de todo hasta que el detective Fergusson llamó desde Kingston con motivo de la investigación.

--Mire, se ha mudado a Vancouver, de acuerdo. Aparte de eso, no sé dónde cojones está.

El detective Fergusson saltó sobre la evidente conclusión.

--¿Se deshizo de usted, eh?

En respuesta, Celluci arrancó el teléfono de la pared de la cocina y lo arrojó contra la puerta de atrás. Unos días más tarde, después de

ser detenido por un par de policías de uniforme por competir con un jet en la pista de despegue del aeropuerto de Downsvie, con la trasera de su coche traqueteando llena de botellas vacías, el psicólogo de la policía sugirió que estaba ahogando fuertes emociones.

Todavía dolorosamente resacoso, Celluci apenas resistió el impulso de ahogar al psicólogo de la policía.

--Espero que valga la pena tirar tu carrera por el retrete por ella, porque eso es lo que estás haciendo. --La silla del inspector Cantree chirrió una protesta cuando éste se inclinó hacia atrás y miró con furia a Celluci--. ¿Sabes lo que tengo aquí? --Una enorme mano cayó sobre la carpeta centrada sobre el papel secante--. No importa. Te lo diré. Tengo un informe del psiquiatra del departamento que sugiere que eres peligrosamente inestable y que no debería permitírsete salir a la calle con una pistola.

Los labios comprimidos en una fina y blanca línea, Celluci comenzó a despojarse de su pistolera.

--¡Vuelve a ponerte la puta pistolera! --soltó Cantree--. Si fuese a escuchar a ese pomposo medicucho, te habría quitado la insignia hace días.

Celluci se apartó el rizo de pelo de la cara y trató de no recordar lo mucho que el gesto la traía a su memoria.

--Estoy bien --gruñó.

--¡Tonterías! ¿Quieres contarme qué es lo que va mal?

--Nada va mal. --Su tono desafió a Cantree a discutir el asunto y Cantree puso cara de hacer justamente eso. Celluci había oído rumores relativos al apresurado traslado de la ex detective Vicki Nelson a la costa oeste... aunque de segunda o tercera mano, porque nadie tenía las agallas para hacer conjeturas delante de él. Obviamente, Cantree los había oído también--. Es personal.

--No cuando afecta a tu trabajo, entonces no. --El inspector se inclinó y sostuvo la mirada de Celluci con la suya--. Así que esto es lo que vamos a hacer. Vas a coger una excedencia durante al menos un mes y vas a salir de la ciudad, y vas a encontrar dondequiera que esté lo que queda de tu cerebro, y luego vas a volver y tener otra pequeña charla con el doctor Freudenstein.

--¿Y si no quiero irme? --masculló Celluci. Cantree sonrió.

--Si no coges una excedencia, te suspenderé por un mes sin paga. De una u otra forma, te vas de aquí.

Las apuestas en jefatura estaban tres a uno a que la excedencia de Mike Celluci empezaría con el primer vuelo disponible a Vancouver. Varias personas perdieron una cantidad de dinero considerable.

Una semana después de la entrevista en la oficina de Cantree, Celluci se encontró acompañando a su anciana abuela al avión con destino a Italia y a una reunión familiar.

--Jesús, Mike, es bueno tenerte de vuelta. --La sonrisa de Dave Graham amenazó con dislocarle la mitad inferior del rostro--. Quiero decir, un compañero temporal más como el último y yo me habría tomado seis semanas.

--¿Quién cojones ha dejado círculos de café por todo mi escritorio?

--Por otra parte --continuó Dave con aire pensativo cuando Celluci empezó a acusar a compañeros de trabajo de desordenar sus cosas--, era mucho más tranquilo mientras estabas fuera.

--¿Vas a comprar uno de esos, Mike?

--¿Qué? --Celluci alzó la mirada del libro en rústica a la vista y miró ceñudo a su compañero.

--Bueno, has estado mirándolo durante los últimos cinco minutos. Pensaba que a lo mejor estabas de humor para algo de lectura ligera --Dave tendió una mano sobre su cabeza hacia el gigante rubio de la cubierta que acunaba a una morena medio desnuda--. *Velero hacia el destino*, por Elizabeth Fitzroy. Parece la bomba. Crees que conoces a un tío... --Le dio la vuelta al libro-- crees que conoces sus gustos, y después descubres algo como esto. ¿Crees que el capitán Roxborough y esa muñeca de Verónica van a juntarse al final, o se da por sentado?

--¡Dios, estamos en un lugar público! Alguien podría verte --Celluci agarró el libro y lo empujó de vuelta al estante.

--Eh, eres tú el que se ha parado a hojearlo --protestó Dave mientras los dos detectives volvían a caminar--. Eres tú...

--Conozco a la autora, ¿de acuerdo? Ahora olvídale.

--¿Conoces a una autora? Yo pensaba que ni siquiera sabías leer. --Contemplaron a una multitud de adolescentes pasar hacia una tienda

de deportes--. ¿Y cómo es ella? ¿Vive en Toronto?

*Es un vampiro. Vive en Vancouver.*

--He dicho que lo olvides.

Había pedazos de Vicki diseminados por toda la ciudad, y cada vez que se topaba con uno (su viejo barrio, su cafetería favorita, una prostituta a la que había arrestado), le arrancaba sangrantes costras de su habilidad para luchar. Ahora estaba encontrando trozos de Fitzroy también, y cada copia del libro que veía introducía sal en las heridas. Por suerte, lo hacía mejor ocultando el dolor.

Incluso había convencido al psicólogo de la policía de que estaba bien.

--...y los asesinatos del parque Stanley continúan en Vancouver. Otro conocido vendedor de drogas ha sido hallado junto al salón de té de Ferguson Point. Al igual que en los tres casos anteriores, la cabeza parece haber sido arrancada del cuerpo y fuentes del juzgado de primera instancia han referido que, una vez más, al cuerpo se le ha extraído la sangre.

La presa de Celluci se estrechó alrededor de la lata de cerveza de aluminio, aplastando el delgado metal. Con la atención puesta en la televisión, no advirtió el líquido goteando sobre su mano y cayendo a la alfombra.

--La policía sigue desconcertada y uno de los oficiales que vigilaba el salón de té cuando se produjo el asesinato admitió con franqueza no haber visto nada. Las conjeturas de la prensa van desde la probabilidad de que haya llegado una nueva y poderosa banda a la zona de Vancouver y se esté librando de competidores, hasta la posible existencia de un rabioso hombre de las nieves deambulando por el parque. En Edmonton...

*Extraído la sangre.* Celluci quitó el sonido y se quedó mirando fijamente sin pestañear el boletín de noticias de la CBC, que dio paso en silencio a la información nacional sin él. *Un hombre de las nieves no. Un vampiro.* Un nuevo, joven vampiro, aprendiendo a alimentarse. Arrancando las cabezas para ocultar las primeras y frenéticas marcas de dientes. Fitzroy era lo bastante fuerte. Dejando a los traficantes de droga muertos en el parque para dejar clara su postura. Podía ver a Vicki en todo aquello.

--Malditos vampiros justicieros --murmuró a través de dientes apretados con tanta fuerza que le dolían las sienes. Antes de que

llegara Henry, Vicki había comprendido que la ley era una de las pocas cosas que mantenían el caos a raya. Por mucho que ella hubiese querido decapitar a algunas de las cucarachas que caminaban sobre dos piernas en los barrios bajos de la ciudad, nunca se había tomado la justicia por su mano. Fitzroy había cambiado aquello incluso antes de cambiarla a ella.

Vicki estaba viva, ¿pero en qué se había convertido? ¿Y por qué no le importaba a él?

Celluci no quería afrontar la respuesta a ninguna de las dos preguntas. La televisión siguió parpadeando en silencio en el rincón, mientras abría de un golpe una botella de whisky y emprendía metódicamente la búsqueda del olvido.

El tiempo pasó, pero sólo porque no había nada para detenerlo.

Ella se quedó fuera por un momento y contempló la sombra de él moviéndose contra las persianas. Sentía una opresión en el pecho, y si no se conociese bien, diría que estaba asustada.

--Lo cual es ridículo.

Limpiándose las palmas contra los muslos de sus vaqueros, con un gesto ya no dictado por la necesidad sino por la costumbre, echó a andar por el camino de entrada. Esperar sólo lo haría peor.

Su llamada, mas ruidosa de lo que había pretendido, pues todavía no tenía un control completo de su fortaleza, resonó a lo largo de toda la tranquila calle. Le oyó acercarse a la puerta, contó sus latidos mientras giraba el pomo, y trató de no dar un respingo ante el súbito chorro de luz.

--Vicki.

Ella sintió como si no hubiera oído pronunciar su nombre hacía muchísimo tiempo, y no pudo escuchar la reacción de él por encima de sus propias palabras. Con un esfuerzo, mantuvo su voz más o menos tranquila.

--No pareces especialmente sorprendido de verme.

--Oí lo que les sucedió la noche pasada a Gowan y Mallard.

--Nada más que lo que merecían. Nada más que lo que les debía.

--El periódico dice que los dos vivirán.

La noche fulguró por un instante en su sonrisa.

--Bien. Quiero que vivan con ello --se frotó las palmas contra los

téjanos de nuevo, limpiando esta vez del todo viejas deudas--. ¿Puedo entrar?

Celluci dio un paso atrás desde la puerta. Era más delgada, más pálida, su cabello era diferente. Le costó un momento darse cuenta del cambio más evidente.

--¿Tus gafas?

--Ya no las necesito. --Esa sonrisa era la que él recordaba--. Y me alegro por ello.

Cerrando la puerta detrás de ella, se sintió como un amputado que hubiera despertado y descubierto que sus piernas habían vuelto a brotar. No parecía recuperar el aliento, y le llevó un instante identificar la extraña sensación de pérdida que sentía como ausencia de dolor. Casi oyó el clic cuando la pieza que había sido sacada de su vida volvía a deslizarse en su lugar.

--Sabes, los posibles problemas con la retinitis pigmentaria nunca se me llegaron a ocurrir aquella noche en el laboratorio --continuó, yendo la primera hacia la cocina--, ¿te imaginas un vampiro sin visión nocturna? Mordiendo por Braille... Dios, menudo desastre.

--Estás diciendo tonterías --dijo él secamente mientras ella se volvía para mirarlo.

--Lo sé. Perdona.

Se miraron fijamente el uno al otro por un largo instante, y ciertas cosas que necesitaban ser dichas se discutieron en el silencio.

--Henry te debe una disculpa --le dijo Vicki por fin--. Nunca te mencionó que los vampiros no pueden permanecer juntos una vez el cambio se ha completado.

--Han pasado catorce meses.

Ella separó las manos.

--Lo siento. Me costó bastante desde el principio.

Celluci frunció el ceño.

--No estoy seguro de entenderlo. ¿No puedes volver a verlo nunca?

--Él dice que no querré hacerlo. Que no querremos hacerlo.

--El muy hijoputa podía habérmelo contado. --Se pasó una mano por el pelo. *"Henry quería que le dijera que un año es una pequeña parte de eternidad"*. Respirando profundamente, se preguntó qué habría hecho si las posiciones de ambos hubiesen sido las opuestas--. No importa. Henry no me debe nada. Y el hijo de puta ya se disculpó.

Vicki pareció dudarlo.

--¿Sí? Bueno, no me trago sus tonterías sobre la separación



trágica, aunque no podamos compartir un territorio. --Valientes palabras, pero no estaba tan segura de que significaran nada, de que su nueva naturaleza la permitiera mantener un vínculo sin sangre.

*--No voy a abandonarte sin luchar.*

*Henry volvió la cara a las luces de una nueva ciudad y negó tristemente con la cabeza.*

*--Estarás luchando contra ti misma, Vicki. Luchando contra lo que eres. Contra lo que somos.*

*--¿Y qué? --El mentón de ella se alzó--. No me rindo, Henry. Ante nada.*

--Tiene un teléfono móvil y acaba de comprar un fax, joder; creo que conseguiremos seguir en contacto.

--¿De verdad? --Celluci apoyó una cadera sobre el mueble de la cocina y cruzó los brazos sobre el pecho--. Nunca me llamaste a mí.

--No fui capaz hasta hace muy poco... las cosas eran un poco confusas al principio. Y luego... --Pasó un pálido dedo por el canto de la mesa de la cocina, contenta de haber perdido la capacidad de sonrojarse--. Y luego, tuve miedo.

Nunca antes la había oído confesar que estaba asustada de nada.

--¿Miedo de qué?

Ella alzó la mirada y él halló la respuesta en la desesperada pregunta de sus ojos.

--Vicki... --Hizo que su nombre sonase como una tierna acusación. *¿No podías confiar en mí?*

--Bueno, ahora soy diferente y... ¿De qué te ríes?

¿Cuánto hacía desde la última vez que se había reído así? Unos catorce meses, sospechaba.

--Si eso es todo lo que te preocupa... Vicki, tú siempre has sido diferente.

La pregunta se desvaneció, reemplazada por esperanza.

--¿Entonces no te importa?

--Mentiría si dijera que no me costará acostumbrarme, pero no, no me importa --¿Importar? No había nada a lo que no pudiera llegar a acostumbrarse si eso significaba tenerla de nuevo junto a él.

--No será lo mismo.

--No me digas.

--Henry dice que puede ser mejor.

--No me importa lo que diga Henry.

--No sentaremos la cabeza y seremos una familia como tú querías.

Se dejó resbalar del mueble de la cocina.

--No me digas lo que quería. Te quería a ti.

Ella abrió los brazos, sus dientes una nivea invitación contra las comisuras de su boca.

Él se unió a ella en mitad del movimiento.

Cayeron al suelo juntos.

Dos horas y veintitrés minutos más tarde, Vicki apoyaba la cabeza sobre su hombro y miraba al techo de la cocina. Había creído que con el paso de los últimos catorce meses había llegado a aceptar aquello en lo que se había convertido (vampiro, hija de la oscuridad, noctámbula), pero no era así, en realidad no, hasta que sus dientes habían dado con un pliegue de la piel de Mike Celluci y había vuelto a tomar la vida de él dentro de la suya. Se lamió una gota de sudor y pudo sentir su aliento, cálido contra la parte superior de su cabeza, su aroma envolviéndola.

--¿En qué estás pensando? --preguntó él, soñoliento.

Vampiro. Hija de la Oscuridad. Noctámbula.

Alargando una mano, le quitó el rizo de pelo de la frente y sonrió.

--Sólo estaba pensando en los próximos cuatrocientos cincuenta años.

FIN